

Ana Merino Amigo



Lectulandia

Inés Sánchez Cruz, una poeta mexicana afincada como profesora de escritura creativa en Estados Unidos, llega a la Residencia de Estudiantes de Madrid para impartir un taller de poesía e investigar un hallazgo reciente: el archivo familiar de Joaquín Amigo, uno de los amigos de Lorca, también asesinado violentamente y desaparecido al comienzo de la guerra civil. Inés arrastra una profunda angustia fruto aparentemente de las luchas de poder en el ámbito académico y la traición por parte de un amigo íntimo, pero el fallecimiento de uno de sus colegas activa una serie de recuerdos traumáticos que se entremezclan con las investigaciones de los documentos y cartas del archivo familiar.

Ana Merino

Amigo

ePub r1.0

Titivillus 17.06.2022

Título original: *Amigo*
Ana Merino, 2022

Editor digital: Titivillus
ePub base r2.1

Índice de contenido

Cubierta

Amigo

1. Pestañear y asomarse
2. Fervor de Madrid
3. El epitafio de Thomas Carroll
4. El pensamiento obsesivo
5. Pobre corazón
6. Gratitud
7. El archivo familiar
8. Ay, Luisico, Luisico
9. El efecto mariposa
10. Fraternidad y duelo
11. Reencontrarse
12. La calumnia
13. No heredes el rencor
14. Las cartas de Lorca
15. El sabor del sueño
16. Banda sonora
17. Lo que nos atrae
18. Polifonía de sentimientos cruzados

19. Damnatio memoriae

20. El lado oscuro

21. Verbaliza el dolor

22. Hay otras vidas

23. La extraña duda

24. La verdad

25. El impostor

26. Tiempo con Agapito

27. Tocar fondo

28. Los dos hermanos

Epílogo. La flor de la canela

Agradecimientos

Sobre la autora

Pestañear y asomarse

Inés Sánchez Cruz pestañea y retrocede veintiséis años. El parpadeo de los ojos la lleva al hogar de los buenos recuerdos, con su rastro de migas luminosas. Como en los cuentos de niños perdidos o abandonados en los bosques, que sin embargo sobreviven con el ingenio gracias a que van dejando sus huellas. Las migas de este pasado no se las han comido los pájaros, la amistad que se forjó hace más de dos décadas y media sigue intacta en ese tiempo recordado, aunque en el presente solo hay un triste abismo y una gran decepción. Ella sí sabe diferenciar el tiempo de entonces del de ahora. Por aquella época, Luso era su amigo y aún no se había desprendido de su nombre de pila, que es Agapito. Sí, Agapito Luso Pescader, la joven promesa que tenía publicado un libro de relatos y coincidía con ella como becario del curso 1993-1994 en la Residencia de Estudiantes. Inés, que fue una poeta precoz, ya tenía dos poemarios publicados y estaba escribiendo una tesis doctoral sobre la Edad de Plata, ese fascinante periodo del primer tercio del siglo xx español donde coincidieron la generación del 98, la del 14 y la del 27. Fue su director de tesis quien, sabiendo que ella era mexicana y estaba haciendo un notable esfuerzo estudiando en la Universidad Complutense de Madrid, le sugirió esta beca que cubría alojamiento y manutención, precisamente en uno de los lugares donde se había vivido el florecimiento cultural y científico que Inés investigaba. «Estarás en tu salsa —le dijo su director—, son becas que te permitirán evocar el universo de los antiguos residentes. Con tu expediente, con tu tema y lo que ya tienes avanzado, y con las cartas que te vamos a facilitar, estoy seguro de que te seleccionarán. Creo sinceramente, Inés, que en un año allí te la terminas».

Para Inés, la Residencia de Estudiantes era un lugar soñado, y le pareció increíble cuando pasó todas las cribas y la llamaron para la entrevista final. Desde que llegó a Madrid lo había frecuentado porque allí organizaban ciclos de conferencias y había sido el sitio mágico en el que vivieron Lorca, Buñuel y Dalí de jóvenes cuando eran amigos. Inés creció leyendo a Federico García Lorca y viendo películas de la etapa mexicana de Luis Buñuel, y la idea de

que ese pequeño recinto de varios edificios rodeados de jardines hubiera sido clave en los comienzos de ambos creadores le erizaba la piel. El virus de Lorca, como lo llamaba, se lo inoculó doña Pura, una maestra hija de exiliados españoles que le dio clases cuando era niña en la escuela de Cholula. Los maestros son las herramientas secretas que atornillan las primeras ideas en el cerebro de los niños, y a ella le metieron una peculiar mirada hacia esa España, rica en creadores, pero desolada por el odio cainita. Lógicamente, su maestra doña Pura no olvidaba el trauma de sus padres, que lo perdieron todo. Los hijos de los exiliados crecen con una mezcla densa de emociones, la nostalgia de las cosas buenas que dejaron sin querer las familias exiliadas y siempre evocan en la distancia, y el hondo rechazo a lo que llena ese espacio de su ausencia. Porque el vacío de todos los que se han marchado se va llenando de otras cosas que se apropian y borran esa ausencia. Por eso los exiliados, les trataba de explicar la maestra, caen en la angustiada constatación de saber que son olvido, y esa amargura la heredan los hijos. Saberse de un lugar al que no podrás volver a pertenecer, porque has dejado de ser de él. La maestra de Inés había sido de esas personas dubitativas y oscilaba entre sentirse mexicana o española. En México había crecido arropada por la oportunidad esperanzada que les dieron a los suyos, pero España era la vida arrebatada de sus orígenes, el espacio anhelado en la nostalgia de sus progenitores, porque no eligieron irse de su tierra: se vieron obligados a marcharse. La maestra buscaba sus orígenes en los poemas de Lorca, su miserable asesinato representaba todas las muertes de aquella guerra. La España perdida resonaba en la cabeza de Inés y se mezclaba con el murmullo de las voces de los compañeros en el aula leyendo en voz alta «El lagarto está llorando». Qué pena le daba que el lagarto y la lagarta hubieran perdido su anillo de desposados, y que fueran viejos y llorasen tanto. Con los años, el Lorca que hablaba con los niños y los gitanos se volvió el Lorca que tocaba su corazón adolescente y le impresionaba con un viaje a Nueva York en el que todo eran sensaciones abstractas e inquietantes que nombraban los lugares. El poeta pasó nueve meses en Manhattan, pero también escribió poemas evocando Harlem, Coney Island, Newburg, Vermont y La Habana. Las vivencias líricas de los poetas españoles en América divertían a una Inés que aprendía a amar la poesía leyendo muchas veces sus versos.

Por México había estado exiliado Luis Cernuda, un poeta coetáneo de Lorca que le fascinaba, pero que no estudió en profundidad hasta que fue a la universidad y aprendió a poner a cada creador en el mapa de sus propias circunstancias. Cernuda se pasó los primeros años del exilio en el Reino

Unido, luego en Estados Unidos, para terminar en México, y allí estaba la persona que más le ayudó, que fue precisamente la poeta española Concha Méndez, que también estuvo en el exilio y lo acogió en su propia casa durante una década. Concha Méndez era otro personaje cautivador; había sido amiga de la madre de doña Pura y representaba el lado femenino de la generación del 27, que tantas veces los críticos olvidaban mencionar. Cuando Inés estaba escribiendo la tesis y entendió lo importante que había sido Concha Méndez, ya era tarde y la escritora había muerto, pero pudo entrevistar a la madre de doña Pura, que rozaba los cien años y tenía buenos momentos de lucidez. Le contó detalles de su amiga poeta y le mostró sus libros firmados. «Bailaba muy bien y siempre me hacía reír, cuánto nos dolía estar lejos, pero ella tenía un don, y era buena y ayudó mucho a ese poeta, sí, Cernuda, que tenía bastante carácter. Eso es ser buena amiga».

El complejo entramado creativo de todos esos autores que eclosionan antes de la guerra civil y que convivieron con otras generaciones abrumaba a la Inés universitaria, aunque le parecía apasionante. Su tesis española fue sobre todo una enciclopedia de datos, pero en ese ejercicio encontró la mirada de un país cautivador, lleno de hallazgos creativos únicos y que había tardado mucho tiempo en entender la trascendencia de su propio aliento. Eran sobre todo los hispanistas de otros países los que reivindicaban la creatividad española de antes de la guerra como un episodio sobre el que seguir indagando.

Tal vez fue por lealtad a doña Pura por lo que decidió centrarse en ese periodo español de la historia cultural donde se encontraron tantos creadores, humanistas y científicos, en esa época anterior a la gran catástrofe de la guerra civil. Sus amigos mexicanos bromeaban con ella por su afición a lo español: «Tienes más sangre de la Malinche que de los gachupines, Inés, aunque hagas veinte tesis sobre España no te harás española». Pero Inés sabía que no era el querer ser parte del Imperio español, como lo llamaban con ironía sus compañeros, el motivo de ese trabajo. Tampoco pretendió ser parte del Imperio gringo, y eso que hizo una segunda tesis en la Universidad de Chicago centrada en estudios cinematográficos y se quedó a vivir y a trabajar en Estados Unidos. Lo suyo era un genuino impulso de gran curiosidad, de querer conocer. En ese primer tiempo universitario de su juventud había varias tendencias, y la suya se mezclaba con la nostalgia española heredada de su maestra de escuela.

El amor a una España perdida que iluminaba los ojos de doña Pura, que llenaba el aula de suspiros, se fraguó en el corazón de la pequeña Inés como

un enigma lírico. Si los hechizos o los encantamientos se verbalizan con el «abracadabra» para atraer a los espíritus benevolentes, la palabra *España* explosionaba en los oídos de la niña como una contraseña secreta que alimentaba pensamientos fantasiosos y viajeros. El fondo izquierdo de la pared del pasillo de acceso a las aulas del colegio estaba decorado con un inmenso mapamundi y a la Inés niña se le iban siempre los ojos hacia la geografía de la península ibérica, hacia ese país que era la piel de un toro y que con tanto cariño y emoción evocaba su maestra. Los niños tienen el don de aprender a sentir del mismo modo que las personas adultas en las que confían.

¿Cómo pudo un país generar tanto talento y destruirlo en una guerra civil, en una lucha descarnada entre hermanos? El caso español no era el único, la historia estaba llena de momentos luminosos y vibrantes que se descomponían con la pulsión del daño, con la violencia ciega. En los periódicos de la actualidad salían artículos dramáticos sobre la guerra civil en Siria y la desesperación de los refugiados tratando de llegar a Europa.

Inés regresa a su querida Residencia de Estudiantes un domingo 3 de noviembre de 2019, como prestigiosa poeta invitada, para impartir un taller de poesía de una semana. Vuelve a su querido y bullicioso Madrid, se toma un respiro de Milwaukee, la anodina ciudad del Medio Oeste donde ahora trabaja. Han pasado muchos años, y esa mañana, mientras pestañea mirando hacia el jardín de las adelfas que un siglo atrás mandó plantar el poeta Juan Ramón Jiménez, Inés piensa en su infancia escolar, en doña Pura y en Lorca, como si ellos fueran la clave de ese momento que une las edades más remotas: la niña, la adolescente, la becaria residente y la mujer cincuentona que observa a las otras con el pestañeo de la memoria. Inés siente la textura del pasado mirándola extrañado desde las copas de los árboles. A las hojas y a las ramas no parece pesarles tanto el tiempo como a ella. Está ansiosa y le cuesta entender bien sus emociones. No es la primera vez que vuelve a Madrid, pero en esta ocasión se juntan dos aspectos conmovedores. Se aloja en la Residencia de Estudiantes y, casualmente, la han puesto en la misma habitación que ocupó aquel lejano año que estuvo de becaria y terminó de escribir su tesis española. Además, ha llegado a España para encontrarse con toda su poesía recogida en un precioso volumen de tapas negras. Un viejo editor español se ha interesado por su obra y la ha publicado, lo que ha obligado a Inés a ordenar treinta años de poemas entrelazados en once libros y numerosos poemas sueltos que habían aparecido en revistas y necesitaban agruparse.

Todos sus poemas están ahora ordenados dentro de un grueso tomo. Se pregunta si eso contribuye a la sensación de parálisis que tiene. Le da miedo asomarse a la vida que esconden sus versos. En ellos se mezcla la intensidad del pasado con la desnudez sincera de unos sentimientos que fueron importantes. Se acuerda de aquel poema que escribió la primera noche en la Residencia, cuando todavía no le habían presentado a los otros becarios y llegó sola arrastrando dos maletas por la cuesta de la calle Pinar, porque el taxista la había dejado mucho antes de la entrada de la barrera y a ella le dio apuro la idea de tener que pedirle al guarda que se la levantaran. «Aquí está bien», le dijo la joven Inés, nerviosa, al taxista, justo cuando la calle Pedro de Valdivia hacía esquina con la calle Pinar, es decir, bastante lejos. Estaba anocheciendo, y los transexuales esperaban a sus clientes fumando y apoyados en los coches aparcados en la calle. La Inés veinteañera se sorprendió de ver a esas mujeres gigantescas, medio desnudas, en aquella zona. Llevaban corpiños y taconazos, fulares de plumas y abrigos de pieles, medias de rejilla y collares de perlas. Eran un espectáculo cautivador de resoplidos y risas, bocas pintadas de carmín rojo, uñas larguísimas, melenas rubias tipo Marilyn Monroe y pestañas postizas.

Días después le explicarían a Inés que por esa calle se apostaban los transexuales de Madrid. La Residencia de Estudiantes estaba ubicada en una zona tranquila y selecta, salpicada levemente por el lado oscuro de la prostitución de lujo. Había dos arterias grandes cerca: por un lado, el paseo de la Castellana y por otro, la calle Serrano, quedando el histórico lugar en el centro de una zona residencial y ajardinada que subía desde el Museo de Ciencias Naturales. Un lugar perfecto para hacer la calle sin sufrir demasiados sobresaltos.

—Si vieras los coches que se paran a buscarlas —le dijo Agapito con gesto misterioso.

—Alta gama, ¿qué te crees, que no me he fijado? —comentó Sabino Viñuela, un becario compositor que también se había incorporado a la promoción de los nuevos y estaba cenando con Inés y Agapito.

—Son hermosas, pero chambear en la calle tiene que ser muy duro —replicó Inés, tratando de incorporarse a la conversación de los muchachos.

Su primera noche hacía más de dos décadas había estado impregnada del olor a perfume dulzón que desprendían aquellas extrañas mujeres, de la cara de sorpresa del guarda que le había preguntado por qué no le dijo al taxista que la subieran hasta arriba, y de su ridículo nerviosismo, que le hizo no pegar ojo. Estaba en un lugar mítico y tenía nueve meses para terminar la

tesis, «la pinche tesis», como le decía su hermano Sergio cuando hablaban por teléfono: «¿Y cómo dices que va la pinche tesis?».

En esa primera noche, una Inés ilusionada y temblorosa escribió un poema donde las medias de rejilla se mezclaban con los dibujos de la colcha de su cama. ¿Qué edad tendrían esas mujeres con peluca y pestañas postizas? Veintiséis años después ya no estaban. Con el nuevo regreso no se atrevió a preguntar por ellas, se acordó de su forma de andar y de sus pómulos, del maquillaje denso que disimulaba cicatrices y asperezas de la piel. Las extrañó, pues la mexicana se había dedicado nueve meses a contemplarlas con disimulo y fascinación secreta cuando subía la cuesta por las noches. La historia que escribían con sus cuerpos dejaba un rastro invisible de tristeza que la acongojaba. Eran las sacerdotisas de la lujuria mercadeando con sus voluptuosos cuerpos. Eran hermosas y ajenas, seres de otro universo que desplegaban sus alas de plumas y lentejuelas, pero no podían volar.

Inés nota por unos segundos el peso del tiempo sobre sus hombros, como si al recordar las imágenes de su primera llegada se endurecieran y los sentimientos presionaran con fuerza, obligándola a enderezar la espalda. Ha vuelto transformada en una prestigiosa poeta, pero sigue tocada por una sensación de fragilidad, y en el fondo está casi tan nerviosa como la primera vez, aunque en esta ocasión el taxi la ha dejado en la misma puerta. Ha subido su maleta saboreando cada peldaño de las escaleras de ladrillo rojo, ha cruzado la puerta de cristal, y una vez dentro del edificio ha respirado la luminosa alegría del regreso como una bocanada intensa de aire redentor. El olor de la carpintería de los muebles, de las sábanas almidonadas y de su propio cansancio, pese a la larga ducha después de un larguísimo viaje, la van arropando mientras cierra los ojos.

Fervor de Madrid

Inés se ha quedado dormida pensando en su lejano pasado, reviviendo emociones de un tiempo placentero. Qué es la vida sino esa capacidad que tenemos para recuperar las mejores sensaciones, evocarlas, contemplar su esencia en las imágenes que hacemos perdurar. La mujer trata de aferrarse a esa idea, al aura mágica de un curso de becaria en la Residencia de Estudiantes donde hizo grandes amigos y cerró su capítulo madrileño convertida en otra persona, más segura de sí y del universo poético que seguiría creando a lo largo de los años.

En ese lugar que la vuelve a acoger terminó su tesis sobre la Edad de Plata. La llamita imaginaria de la energía de ese tiempo que investigó parece querer seguir encendida. Todavía nota el rastro invisible de las vidas que dieron sentido a sus pensamientos. Está en un cuarto algo reformado y con muebles nuevos, pero es la misma habitación y las sábanas la abrazan con ese tacto de tela bien estirada debajo del colchón.

Inés llegó por primera vez a Madrid a finales de los ochenta. Su destino inicial fue un colegio mayor cerca de Moncloa, pero a los dos meses decidió mudarse a un piso compartido para ahorrar dinero. Además, ella venía a realizar cursos de doctorado y la mayoría de las chicas en el colegio mayor eran más jovencitas y comenzaban a estudiar la carrera. Se sentía poco afín a ese grupo y los costes eran altos; más adelante se puso a buscar otras opciones. Encontró una habitación en el barrio de Cuatro Caminos y allí se quedó los siguientes cuatro años, hasta que consiguió la beca de la histórica Residencia de Estudiantes.

El edificio de la habitación compartida era de los antiguos, el piso tenía techos altos y lo habían acondicionado para que tuviera cinco espacios que hacían de habitaciones individuales. La cocina era grande, con dos neveras y una mesa de madera para seis personas donde todos comían. Había una especie de salón en el que se podía ver la tele con dos sofás y un amplio tresillo. Muchos estudiantes en prácticas u opositores pasaron por allí, pero la persona más duradera fue Cécile, una francesa de treinta y pocos con la que

Inés entabló amistad. Cécile había venido a hacer prácticas a una empresa y más tarde encontró trabajo fijo, aunque no se aventuraba a vivir sola. A Inés le gustó vivir en aquel piso antiguo con dos baños amplios de grifería separada, bañeras profundas, amarillentos espejos empotrados en la pared y un reducido aseo alicatado con pequeñas baldosas azules de piscina. Se preparaba su propia comida, conversaba animadamente con los otros inquilinos, iba a los cursos del doctorado y disfrutaba intensamente de Madrid.

La Europa que encontró a finales de los ochenta estaba agitada y también España vivía su propio periodo complicado. Y ella, sin embargo, tenía la sensación de haber llegado a un mundo avanzado y fascinante. A un espacio de libertad donde podría crecer y ser ella misma. Estaba en la edad que concentra el espejismo de lo invencible. Ella no se metía con nadie, a ella nadie le haría daño, sería prudente y cuidadosa. Eso les prometió a sus padres, que contemplaban el futuro de su hija con preocupación, tan lejos y tan sola. Pero Inés no se sintió sola en ningún momento: la literatura y los libros estaban de su parte, y con el tiempo tendría la oportunidad de hacer amigos. Y eso hizo, por su camino se cruzaron otros estudiantes e investigadores, compañeros de parecidos anhelos que también pasaban largas jornadas en la biblioteca tratando de escribir más y más folios para dar sentido a sus tesis y cumplir con los requisitos que exigían proyectos que superasen las mil páginas. Tenían que sumar citas, menciones, descripciones y, de alguna manera, volver a repetir todo lo que se había dicho antes sobre el tema, aunque lo hacían añadiendo chispas de ideas propias que servían para seguir reflexionando una y mil veces sobre el mismo asunto.

A Inés no le importó lo tedioso de aquel trabajo académico, porque Madrid era un auténtico disfrute y los cuatro primeros años de su estancia en la capital se le pasaron volando. En la mesa de la cocina, hablando con Cécile y los diferentes realquilados, o en los rincones de las bibliotecas, donde tomaba meticulosas notas que pasaba a limpio en su pequeño escritorio de la habitación por las noches. Madrid era un lugar hermoso, aunque se mezclara levemente con los recuerdos de las tristes noticias de los violentos atentados que ocurrieron desde el primer mes de recién llegada a la ciudad.

Había sido muy feliz ella sola en esa edad efervescente, pese a que el mundo a su alrededor se retorció, pero Inés se sentía ajena, lo veía desde el otro lado, pasaba de puntillas, aunque a veces se paraba a escuchar con tristeza el eco de una bomba nueva, de otro atentado, de un disparo en la

nuca. El terrorismo de ETA siempre se colaba en las noticias, pero el hilo de la historia que ella buscaba era anterior a ese tiempo presente.

Fue en su segunda mañana en la Residencia de Estudiantes cuando Inés conoció por casualidad a Agapito. Ella estaba saliendo de su recién estrenada habitación con ganas de dar una vuelta y él volvía de correr vestido con unos pantalones de chándal holgados y una camiseta blanca.

—¿Eres del grupo de los nuevos becarios? —preguntó el sudoroso muchacho al verla.

—Sí —contestó Inés, sorprendida con el encuentro.

—Yo soy Agapito, llegué anteayer y vengo a escribir ficción como un loco.

—Un placer, me llamo Inés y voy a tratar de concluir mi tesis.

—Puf, una tesis, qué pereza me da pensarlo, creo que mi plan es más divertido, soy cuentista.

A Inés le dio apuro confesar en aquel momento que era poeta, y le pareció peculiar tener al muchacho en chándal mirándola fijamente con gesto interesado.

—¿Inés dices que te llamas?

La mexicana movió afirmativamente la cabeza.

—No eres de aquí, ¿verdad?

—Soy de México.

—Qué bien, una perspectiva de fuera. Mi habitación está justo al final de la galería. —Señaló con el dedo al fondo del pasillo.

Inés todavía sujetaba su puerta con la mano.

—En esta estoy yo.

—¿Me dejas verla?

—¿La habitación?

—Sí, es que tengo curiosidad por cómo son los cuartos de los otros becarios.

—Bueno, lo que pasa es que ahorita voy de salida.

—¿Eso es un sí?

Inés cerró la puerta y le cortó el paso.

—Ay, cuánto lo lamento, pero no la tengo dispuesta para visitas, mejor en otra ocasión.

Qué directos y entrometidos eran los españoles, pensó, con razón, la mexicana. Agapito notó que la había incomodado.

—No quería molestarte, es que tengo fijación por los cuartos ajenos. Siempre quiero ver lo que tienen los demás, me da ideas.

—Yo en cambio voy a la biblioteca a buscar las mías, es la bronca de estar escribiendo una tesis.

Agapito entendió el mensaje y se alejó despidiéndose con una sonrisa.

—Encantado de conocerte, Inés, imagino que nos encontraremos luego en la reunión de becarios de esta tarde.

—Sí, claro, nos vemos.

Mientras bajaba las escaleras, Inés pensó en lo extraño de la escena y en el fuerte olor que desprendía el escritor español, todo sudoroso. Parecía buen tipo, extrovertido, aunque algo excéntrico con esa curiosidad por los espacios ajenos. Qué ocurrencia haber intentado asomarse a su habitación, cuando ella a su vez era una maniática del orden y le costaba hacerse a los nuevos lugares. Todavía lo tenía todo desperdigado y le incomodaba la idea de que un perfecto desconocido pudiera ver semejante desbarajuste.

Por la tarde volvieron a coincidir y ya charlaron con naturalidad sobre literatura y sobre sus proyectos personales. Esa misma noche se sentaron a cenar juntos en una mesa grande con el resto del grupo. Agapito se había acicalado e incluso llevaba desodorante y algo de colonia, pero persistía en él un leve rastro del olor de la mañana. ¿A qué le recordaba ese hilito fino de hedor? Era inclasificable y muy denso.

El olor de los sitios nuevos, de las tiendas, o el olor corporal de las personas que acababa de conocer solían llamar su atención. De niña jugaba con su hermano Sergio a taparse los ojos con un pañuelo y adivinar las cosas y los lugares. Sergio le daba diez vueltas y la llevaba a tientas por todas las habitaciones. «Este es el cuarto de la abuela», decía Inés, pues enseguida reconocía el olor de las velas que dejaba en su altarcito. «Este es el tuyo, te chilla la ardilla, hueles a pies y a ropa sucia»; a Sergio le daba la risa al escuchar a su hermana decir eso. Es verdad, le olían los pies mucho por el sudor que le causaban las zapatillas deportivas, pero él detestaba los zapatos y prefería apestar a llevar todo el rato el incómodo calzado del uniforme de la escuela. Inés recordaba con precisión los perfumes de las amigas de su madre y sus maestras, y si incluso ese día se las hubieran puesto delante con una venda, bien podría haberlas distinguido por sus matices: los de fondo dulzón, los de flores, los de maderas o cítricos... Igual le ocurría con los molestos olores de los hombres y sus camuflajes en forma de lociones de afeitado y geles para el pelo. Las imágenes y los recuerdos de su niñez los asociaba a diferentes aromas.

Sergio no tenía la habilidad de su hermana y fantaseaba con ella sobre el potencial de lo que consideraba un talento muy importante. «Tienes padrísimo

el sentido del olfato, como Daredevil, qué suerte». Su hermano se refería al superhéroe de Marvel que era abogado y se había quedado ciego por una sustancia radiactiva, pero había desarrollado un radar interno donde los cuatro sentidos que le quedaban daban forma a sus intuiciones. Al menos él carecía de la sensación del miedo e iba dos veces por semana a clases de artes marciales después de la escuela, lo que compensaba su falta de otro tipo de habilidades.

A Inés no le interesaban demasiado las historietas que su hermano, ya desde muy niño, leía y coleccionaba con pasión; pero sí clasificaba los olores y le gustaba ordenar en su cabeza la esencia que desprendían algunas personas, lugares o cosas. En aquella lejana época, Agapito olía fuerte y áspero. Como se hicieron grandes amigos, Inés aprendió a convivir con ese incómodo rastro, al igual que el repulsivo olor entre picante y salado de los pies de su hermano. Tal vez la esencia extrañamente acre de Agapito delataba algo de su impaciencia por ser un gran escritor, los apestosos efluvios juveniles de las ideas que buscaba. Era la época del realismo sucio y Agapito experimentaba con las voces provocadoras de una generación donde los bares y las juergas nocturnas intentaban construir relatos legendarios.

Con los años, Inés dejó de lado el talento olfativo, que para su hermano Sergio era de superheroína. Su agudo sentido del olfato se fue neutralizando con las canas, el estrés y la desagradable sensación de su cuerpo sudando angustia y ensimismado en sus propias obsesiones. Para poder sentir la fragancia de las cosas Inés necesitaba volver a los tiempos felices de la niñez y la juventud, cuando los olores, sobre todo los que eran agradables, recreaban atmósferas únicas y se grababan en su mente con la misma intensidad que los lugares y las cosas bellas que pasaban frente a los ojos.

Al Agapito becario que conoció en el pasillo y quería curiosear en las habitaciones ajenas lo que le preocupaba sobre todo era la Literatura con mayúsculas. Sentía que España estaba en su mejor momento para los grandes relatos. Que la ficción podía retomar el aliento y avanzar. Que la libertad traería una nueva forma de escribir y descifrar el mundo. Además, era un apasionado de lo que hacían sus colegas y quería que aquel curso en el que ambos eran becarios invocara el mismo espíritu de fuerza creativa que tuvieron sus prestigiosos antecesores. Estaban en el lugar preciso en el que Lorca, Dalí y Buñuel habían sido conscientes de su propio talento, ese era el paso clave para avanzar. Ser conscientes de la fuerza que habitaba en cada uno y de las posibilidades. Inés nunca había conocido a alguien tan apasionado por el hecho de querer ser escritor de verdad y desear que la

literatura brotara alrededor generando una selva de invenciones. Era como si quisiera que el amor a la literatura fuese una manera de estar en el presente. Todo era susceptible de transformarse en materia prima literaria. Conversar con él era estimulante e inspirador una vez que te acostumbrabas a su peculiar olor. Inés disfrutaba muchísimo con las densas conversaciones, los paseos y las salidas de juerga nocturnas.

—Mira que yo soy admirador del Borges narrador, pero el poeta es también formidable —le dijo una noche Agapito a Inés.

Estaban volviendo de un concierto de Los Rodríguez, una banda de rock que tocaba mucho en Madrid y que a Inés le divertía por sus letras pegadizas con acento argentino. Agapito era un fiel seguidor del cantante argentino Ariel Rot, antiguo integrante del grupo Tequila y uno de los componentes de esa banda, en la que destacaba el también argentino Andrés Calamaro. Eran sus músicos favoritos de aquel momento y en su habitación había colgado varios pósteres de sus giras, que arrancaba con cuidado de las paredes de la calle. Escuchaban con insistencia las melodías de su primer disco, *Buena suerte*, y Agapito trataba de seguirlos a muchos de sus conciertos, explicando siempre que podía la evolución y los pormenores de estos roqueros.

Esa noche, Inés y Agapito habían ido solos, porque el resto de los becarios no tenía una pasión tan intensa por el rock, y Sabino, su amigo compositor y organista, que se hubiera apuntado sin dudarlo, estaba en León visitando a sus padres y haciendo unas prácticas en el órgano de la catedral. La experiencia roquera con acento porteño hizo que Agapito evocara a Borges, una curiosa asociación que plantaría una semilla en las futuras lecturas de la mexicana.

—De Borges leí algunos cuentos —replicó Inés.

—Al Borges poeta hay que leerlo ya, Inés. Yo me quito el sombrero ante *Fervor de Buenos Aires*. Es su primer poemario y ya está allí todo Borges concentrado. El universo que habita en esos versos es emocionante. Te va a encantar.

Inés buscó el libro en la biblioteca. Lo encontró formando parte del primer volumen de las obras completas de Borges y cuando lo leyó entendió deslumbrada lo que Agapito quería decir. Lo había escrito un muchacho que regresaba a Buenos Aires y añoraba Europa. Un joven que aprendía a conformarse con el presente. Estaba el primer poso de la mirada filosófica del gran Borges enhebrada en un hilo de sencillez cotidiana. Era un paseante que recorría la belleza de los márgenes de una ciudad sorprendente.

Inés sentía como el joven Borges la invocaba como lectora y le pedía perdón por ser él quien había escrito esos versos primerizos afortunados. Todo el libro era un maravilloso paseo por una ciudad inolvidable, por las calles desgastadas del barrio, las sencillas de las afueras, las desconocidas, los arrabales... La búsqueda del ser estaba en la ceniza de los otros contemplando las inscripciones en los sepulcros. El tono cercano, la melodía de los rincones silenciosos y las luces de la tarde le hicieron comprender que la poesía que ella quería escribir tenía ese mismo aliento. Que Madrid también estaba hecho de calles desconocidas, de rincones de miradas silenciosas, de casas sencillas y chatas, de barrios que crecen hacia las afueras, de arrabales dentro del corazón de la ciudad misma. Descubrir al Borges poeta había sido encontrar el tono de su poesía futura, de su filosofía existencial.

—Agapito, gracias, no sabes cuánto te agradezco al Borges poeta —le dijo emocionada la mexicana.

—Te lo dije, qué pedazo de poeta —respondió su amigo otra noche que caminaban por las calles de Madrid y regresaban a la Residencia después de salir de bares.

—Somos los únicos espectadores de estas calles dormidas —añadió ella imitando al poeta.

—Buscando nuestras soledades —replicó Agapito con tono solemne.

Las calles dormidas y la búsqueda de soledades se convirtieron en un guiño, un código secreto al que volvían cuando salían de juerga y regresaban caminando con el amanecer. La poesía de Borges era la clave para celebrar con fervor la ciudad que los acogía. Madrid trazaba rutas misteriosas donde las conversaciones de los dos amigos alimentaban la atmósfera de cuentos y poemas por escribir. Esa afinidad por la escritura literaria como forma compartida de entender aquel presente prefiguró, además, una camaradería comprometida con un futuro lleno de propuestas renovadoras y auténticas.

Tal vez por eso, a Inés le dolió mucho más la indiferencia con la que Agapito la trató en Milwaukee. El Borges poeta ya no importaba tanto, los poetas ya no le interesaban. Era como si quisiera borrar el rastro del hombre que había sido cuando era joven. No quería parecerse al escritor de sus primeros cuentos. Las alusiones que Inés hacía a ese año mágico de becarios en la Residencia, a las lecturas y a los sueños compartidos parecían aburrirle. Habían pasado casi dos décadas y en Estados Unidos Agapito renegaba de sus orígenes y de los códigos madrileños de la antigua camaradería que fundó su

amistad. En cambio, Borges seguía siendo el mismo. Borges nunca la había decepcionado, sus versos juveniles seguían sonando a pálpito en cada relectura. La poesía, el fervor por la vida, por la amistad, por la memoria feliz de lo vivido, aunque fuera en un tiempo muy lejano, acariciaba el descanso de esa primera noche de Inés en su reencuentro con Madrid.

El epitafio de Thomas Carroll

El profesor Thomas Carroll murió por un fallo multiorgánico en un triste hospital de Florida. Sus hijas, Cordelia y Circe, dos jóvenes universitarias que tuvo con su segunda esposa, no llegaron a tiempo para darle un abrazo y despedirle antes de que expirara. Su última mujer, la brasileña Sonia Silva, por la que se dejó la piel y que se convirtió en el aliento esperanzado de sus últimos años de desgraciada existencia, ya no estaba a su lado. Murió resignado y solo en la mesa de un quirófano, luchando por aguantar un día más en este mundo. El epitafio del profesor Thomas podía haber sido un largo poema de Edgar Lee Masters.

Inés leyó con pena la noticia en un correo electrónico que el decanato de la universidad lanzaba de forma aséptica enumerando sus logros y su trayectoria académica, como si esa muerte, tantas veces presentida por muchos, fuera una gran sorpresa para la comunidad de Milwaukee. Inés tenía reciente la relectura de los epitafios de Edgar Lee Masters y su *Antología de Spoon River*, y el día anterior había comenzado su taller en la Residencia de Estudiantes citando precisamente a este poeta estadounidense, como solía hacer cuando impartía algún curso. A Inés le gustaban esos poemas narrativos que aludían a terribles secretos y vidas tocadas por la desgracia. La América de aquel abogado poeta nacido en la segunda mitad del XIX que se enfrentó al imperialismo bélico de su país y criticó la guerra hispano-estadounidense, la que en España se conoce como la guerra de Cuba y que acabó en el desastre del 98, seguía teniendo curiosos y reconocibles rasgos que a Inés la asombraban. El exitoso poemario de Edgar Lee Masters publicado hacía más de un siglo, en 1915, le ayudaba a entender el Medio Oeste y le servía para enseñar a escribir poemas con personajes. ¿Cómo sería el epitafio en verso del profesor Thomas Carroll? ¿Qué secretos se ocultaban detrás de su triste muerte? ¿Cómo narraría su amargo devenir en los últimos años de enfrentamiento y lucha descarnada con la jefa del departamento que había ocupado el cargo después de él?

A Inés se le ocurrieron unos pocos versos mientras se asomaba a la ventana y veía la pared de ladrillo rojo del edificio gemelo:

*Yace aquí el cuerpo de Thomas Carroll,
el hombre enamorado de la vida
que buscó en las mujeres
la fuente de la eterna juventud,
y quiso ser inmortal y revolucionario,
pero la rabia lo hizo alcohólico,
le fue amputando los dedos de los pies,
le hinchó el rostro,
le rompió el corazón.*

Se imaginó a las dos hijas de Thomas, jóvenes y risueñas, profundamente apenadas contemplando el cadáver de su padre. Lo habían intentado, desearon con todas sus fuerzas acompañarlo en ese instante tenebroso en el que todos cruzaremos el umbral de los dos mundos. Pero el mapa de América es inmenso y ellas llegaron desde los puntos lejanos de dos pequeños *colleges* en medio de la nada, donde la posibilidad de un aeropuerto regional desde el que despegar estaba a dos horas en autobús y apenas ofrecía algunos vuelos intermitentes de limitado horario.

Cordelia contenía las lágrimas, quería aparentar fortaleza frente a los sanitarios, tragándose la saliva y sintiendo el dolor de la tristeza en la garganta mientras escuchaba las instrucciones técnicas del gestor del hospital. Su hermana se deshacía en un llanto infantil y acongojado frente al cuerpo inmóvil de su padre. Este parecía un hombre tranquilo, como si la muerte no se lo hubiera llevado realmente. Cordelia lo observaba todo con incredulidad, con la secreta esperanza de que aquello fuera un mal sueño. Pero el hipo y la respiración ahogada de su hermana la obligaban a digerir la orfandad del presente.

*Cordelia y Circe
deshechas por el dolor
frente al cadáver de su padre,
coreografía de llantos,
niñez remota que se resiste
a la orfandad,
al paso del tiempo,*

*al cuerpo desnudo de la muerte
como ofrenda de abismos.*

Thomas Carroll había sido el rey Lear del departamento de español y portugués de la Universidad de Wisconsin Midwest. Este viejo catedrático no sufrió la ingratitud de sus hijas, sino que padeció la más siniestra ingratitud de algunos de sus colegas. Probablemente Shakespeare habría escrito un buen drama con su desventurada historia y lo que le hicieron sus propios compañeros, los mismos que durante años él cuidó y protegió.

¿Dónde nace la ingratitud de los hombres? La palabra *ingratitud* está emparentada con la ofensa, con la envidia, con la traición. La maldad se hacía fuerte en las escenas que evocaba, y ese pensamiento incomodaba a Inés porque había sido testigo de la ingratitud con mayúsculas. La había visto supurar en el comportamiento ajeno, pegajosa y amarillenta, como el pus enfermizo de una infección. Ingratitud maloliente en los gestos cotidianos de los compañeros. La había sentido incluso cuando no estaba delante, y eso le pesaba al recordar al catedrático.

Inés no pudo evitar sentir una punzada de culpa, no supo reaccionar cuando vio como la jefa del departamento y sus acólitos lograban desquiciar al catedrático haciéndole la vida imposible a Sonia Silva, su joven esposa, que trabajaba como lectora de portugués en ese mismo departamento. Si hacen daño a la persona que más quieres, la rabia y el dolor te deteriorarán de una forma más contundente y precisa. Además, si eso sucede cuando solo le estás pidiendo a la vida disfrutar del último tramo que te queda, cuando lo que quieres es dar amor porque ya estás de vuelta de todo, ese daño se vuelve mortal y te lo llevas a la tumba.

En la época desventurada en la que destruían al viejo profesor, Inés solo pensaba en su programa de escritura creativa. Las guerras entre los colegas de otras áreas le resultaban ajenas. Algo había pasado entre la jefa y Thomas, el enfrentamiento era brutal y se respiraba mucha tensión en las reuniones del departamento, pero ella estaba demasiado absorta en que su nuevo programa se estabilizase y en poder consolidar la plaza de su amigo Agapito Lusoz Pescader, que ya se había instalado en Milwaukee y le rogaba a su amiga que lo ayudara para poder quedarse allí de forma permanente.

Inés recordó la última vez que se cruzó por el pasillo con Thomas, hacía casi año y medio. Era un hombre gigantesco, vestido de una manera descuidada con un chándal de algodón negro lleno de lamparones. Le habían amputado los dedos de un pie por culpa de la diabetes y llevaba una bota

ortopédica que lo hacía cojear levemente. Se saludaron con un cruce de miradas y un hola apenas perceptible. A Inés le asustó la decadencia de aquel hombre, que había sido jefe del departamento bastantes años. Precisamente fue él quien la contrató y la convenció para que se viniera con ellos a Milwaukee para desarrollar un programa de máster de escritura creativa en español a la manera de los que había en Iowa City, Nueva York o El Paso. Inés había dejado su plaza de profesora asistente de estudios del cine en una prestigiosa universidad privada del estado de Nueva York para lanzarse a la aventura creativa. La propuesta era ilusionante; además, la ciudad de Milwaukee se ubicaba cerca de Chicago, donde estaba la universidad en la que había escrito una segunda tesis doctoral sobre cine latinoamericano, y conservaba allí buenos amigos.

Habían transcurrido nueve años desde que Inés llegara al departamento y el pobre Thomas Carroll ahora estaba muerto. En nueve años lo habían destruido, había pasado de ser el viejo y sabio catedrático a convertirse en un dragón violento y alcohólico que mandaba correos electrónicos delirantes y llenos de rabia. Curiosamente, Inés también estaba ahora tocada por la amargura del departamento. Sentía que su proyecto de máster había sido secuestrado por los mismos colegas que ayudaron a cavar la fosa de Thomas. Pensaba en la sombra del profesor arrastrándose por los pasillos. Recordaba la voz áspera de aquel hombre que ya era un cadáver solitario. Evocar Milwaukee en aquella lejana habitación de la Residencia de Estudiantes en Madrid le daba una extraña perspectiva forense.

Alguna vez había pensado escribir al viejo profesor Thomas para contarle que a ella también la estaban desquiciando. Decirle que estaba inmersa, sin quererlo, en una guerra departamental por el poder llena de aristas y zancadillas. Todo era muy doloroso, porque Agapito Luso Pescader, su gran amigo, al que ella trajo y ayudó a hacer una carrera meteórica en Estados Unidos, resultaba ser uno de los cabecillas que se habían aliado con la jefa y sus secuaces. Los secuaces tenían nombre y apellido, y estaban implicados directamente en el despido de la mujer de Thomas. Se podría escribir un tratado maquiavélico de cómo destruir a un colega. Simplemente se necesitaba buscar su punto débil, y en el caso de Thomas, su enamoramiento y matrimonio con la joven lectora brasileña lo habían vuelto vulnerable. Cuanto más feliz se veía a Thomas paseando su enamoramiento con Sonia, más molestos estaban algunos colegas del departamento. No lo expresaban de un modo abierto, pero en el fondo sentían un hondo rechazo hacia la forma en la que Thomas había elegido vivir el último tramo de su vida.

Sonia, que era una docente de portugués querida por sus alumnos, resultaba ser según varios informes una pésima profesora y había que rescindirle el contrato cuanto antes. La jefa comenzó su meticulosa campaña de desgaste. Lo primero fue desprestigiarla entre los colegas y tantear las lealtades para llevar a cabo su plan. En abril de 2015 empezaron a verbalizarse los primeros ataques y la jefa compartió con el comité de contratación, en el que estaba Inés como directora del máster, su preocupación por el asunto de Sonia. A Inés le pareció raro que se cuestionaran las capacidades docentes de aquella joven lectora que había defendido recientemente su tesis y era la nueva mujer del viejo catedrático. En una conversación de pasillo le expresó a la jefa su sorpresa:

—No entiendo qué está pasando con Sonia. Sus clases están llenas, hace un montón de actividades para el programa de portugués. Yo siempre la he visto muy pilas.

—Por eso hay que tomarse el asunto muy en serio, no lo está haciendo bien y no creo que sea conveniente renovarle.

—¿En serio? Es la esposa de Thomas, y cumple con su trabajo. Si no les gusta cómo enseña, ¿por qué no se lo cantan?, pues díganse lo, ¿no?

—Inés, las cosas no son tan sencillas, y que esté con Thomas no tiene nada que ver.

Los departamentos universitarios son como un gran mapa político. Cada área de estudio es un territorio que vigila sus fronteras. La llamada crisis de las humanidades, con todos los recortes en los presupuestos, había generado susceptibilidades entre compañeros. La jefa, al determinar los aumentos de salario y las renovaciones temporales, obligaba a muchos a rendirle absoluta pleitesía. Le gustaba generar tensión entre compañeros para garantizarse un espacio de poder aparentemente apaciguador. Otra de sus estrategias se basaba en la desinformación y los rumores, y en involucrar a los demás en toda esa fabricación de bulos. Parecía una supervillana de esos cómics de ligas de superhéroes enredados en todo tipo de enfrentamientos que tanto apasionaban a su hermano Sergio desde niño. «Si todos son personajes planos, de hueva», le decía Inés mientras los hojeaba, «el mundo real no es así». A Sergio le encantaban los cómics y la ciencia ficción, a Inés la poesía, y parecía que las lecturas que ella consideraba superficiales de su hermano lo habían preparado a él mejor para enfrentarse emocionalmente a la vida.

Inés había leído poesía desde muy niña, y en ella se refugiaba. Cada libro de poemas había sido una brújula de sentimientos puros que la ayudaron a distanciarse del ruido cotidiano y de las cosas aburridas o banales. De adolescente pensaba en la belleza, en el instante sublime de las imágenes que habitaban los versos y las poéticas que iba descubriendo. No perdía el tiempo, como su hermano, con la pulsión maliciosa del ser humano que tan bien retrataban los cómics. No le preocupaban entonces las máscaras que escondían los rostros inventados, ni los disfraces, ni las terroríficas amenazas de las tramas de las viñetas impregnadas de dobles intenciones, de codiciosas ambiciones o de los deseos más primitivos y malévolos.

Para sentir emoción había que sumergirse en las entrañas del amor, y con esa idea del amor poético que se formulaba en los versos que Inés releía con fascinación trazaba un hilo de sentimientos que eclipsaba todo lo demás. La Inés adolescente había sido una enamoradiza platónica que se conformaba con los poemas de amor exaltado de otros poetas y la mirada secreta y pasiva del que se enamora sin decirlo. Prefería la imagen idealizada del amor, el enamoramiento como estado de ánimo perpetuo, sin el engorro de vivir las tramas confusas de las relaciones reales. Tardó en tener un primer novio y cuando aquella relación, de apenas un año, se terminó, lo vivió con algo de indiferencia. Sintió entonces que ese primer amor no había tenido, ni por asomo, la misma fuerza de los que habían inspirado los más grandes poemas de la historia. De la belleza del amor contemplativo pasó a la metafísica de la existencia. Los parámetros del pensamiento abstracto y la sublimación conceptual fraguaron las emociones de sus propias propuestas poéticas. Su hermano Sergio, sin embargo, nunca se desprendió ni de los cómics ni de la ciencia ficción de las películas. Los consumió sin complejos de niño, de adolescente, de joven y de adulto. La lealtad de Sergio al universo trepidante de los buenos y los malos en perpetua lucha era inquebrantable.

A los pocos días de aquel desencuentro con la jefa, Inés le comentó a Luso su extrañeza por la polémica con los cursos de portugués que impartía Sonia, y la respuesta de su amigo la dejó aún más perpleja.

—Es muy maja —le dijo Luso—, pero mi novia dice que no es buena profesora, que usa demasiado el inglés y solo se preocupa por caer bien a sus estudiantes. Se lo he comentado a la jefa porque me lo ha preguntado.

La novia de Luso era una joven estudiante del máster de escritura creativa en inglés que cursaba portugués como oyente.

—Lusoz, no tenías que haberle contado nada de lo que piensa Gladys de las clases de Sonia. A mí la jefa no me da ninguna confianza y no me gusta que se ventilen esos comentarios sobre Sonia y sus cursos. Los rumores, en este sistema, joden bastante.

—Exageras, la jefa se preocupa por mí y me está ayudando mucho —concluyó Lusoz con un tono casi ridículo—, fueron simples observaciones, porque Gladys ha cursado dos semestres de portugués con Sonia, y aunque la aprecia no ha aprendido casi nada.

—No lo sé, realmente está empezando como docente, las clases de lengua son lo que son, tal vez lo único que necesita es que la guíen un poco con la metodología.

A Inés le molestó que su amigo opinara tan a la ligera de las capacidades de Sonia basándose en la caprichosa perspectiva de su novia.

A la mujer de Thomas Carroll no le renovaron el contrato de lectora. Era claramente una injusticia dejarla sin trabajo, y una enorme humillación para el viejo catedrático. Todo aquello parecía una broma pesada. Thomas se sentía impotente porque esa trama absurda lo había pillado desprevenido y sin energía para las batallas con los colegas. A finales de septiembre de 2016 comenzaron los peores enfrentamientos. Sonia ya estaba fuera del departamento, y como era lista y tenía un buen currículum había encontrado otro trabajo en una universidad de Florida. El viejo profesor se quedó en Milwaukee, impartiendo con desgana sus últimos cursos antes de la jubilación y teniendo que cruzarse por los pasillos con los miserables que habían apoyado a la jefa y vapuleado la carrera docente de su esposa, alejándola de allí. La ira y el estar solo lo hicieron beber más de la cuenta, y por las noches comenzó a mandar incómodos correos electrónicos a todo el departamento, donde acusaba a la jefa, con razón, de ser una auténtica bruja. El grupo de colegas afines a la jefa estaba indignado, y esparcieron un siniestro rumor contra Thomas que surtió efecto y que deterioró todavía más la relación del viejo profesor con la universidad.

A Inés le daba mucha rabia recordar toda aquella trama, en la que ella fue manipulada y acompañó a Lusoz y a otros colegas a la oficina del decano, para expresar juntos su preocupación y miedo por el extraño comportamiento de Thomas. Según decían, a Thomas le gustaban las armas, y esos ataques de ira podían terminar en tragedia. A Inés le sonó raro, pero como Lusoz

presumía de conocer bien a Thomas a través de la amistad de su novia con su esposa, no tuvo más remedio que creerlo.

La alarma que activaron contra Thomas generó una investigación por parte del equipo de evaluación de riesgos, y fue una de las jugadas que más desgastó al catedrático. Cuando la policía fue a verlo a su despacho acompañada de un psicólogo, a Thomas casi le da un ataque. Le parecía el colmo que sus colegas insinuaran que era capaz de convertirse en un asesino en serie. Thomas era un latinoamericanista experto en testimonio y se había pasado media vida ayudando a comunidades indígenas, viajando a zonas de riesgo, enfrentando situaciones espeluznantes. Para él, formado en el marxismo estadounidense de los sesenta, la camaradería era sagrada, y esta denuncia maliciosa que generaba una investigación absurda desbordaba su mente. Todo le parecía un sueño extraño e irreal. El despido de su mujer, el equipo de investigación policial, el recelo con que lo miraban sus colegas.

¿Qué habría sentido Lusozy leyendo la noticia de la muerte de Thomas? ¿Se habría dado cuenta de lo falso que había sido siguiéndole el juego a la jefa? Todos sumaron piedras en esa lapidación. Pero Inés no estaba en Milwaukee para preguntárselo. Las alianzas cobardes habían estado por encima de su amistad, y al tratar de recomponer pesarosa los episodios finales de Thomas sentía que la misma fuerza invisible que lo había aniquilado ahora estaba centrada en destruirla.

¿Le hubiera consolado a Thomas saber que aquellos miserables colegas seguían siendo miserables con los demás? La mezquindad en el departamento era como una energía que generaba dinámicas de grupo sorprendentes. En todo lo que había estado pasando, Inés notaba una extraña sensación de densidad, una presión tóxica que la asustaba y acababa de cobrarse su primera víctima. Ciertamente es que Thomas no se cuidaba nada, pero el trato que les dieron a él y a su esposa generó una amargura y una rabia que tuvo un efecto muy pernicioso sobre su debilitado organismo. El despido de su mujer hizo que se alejaran y al final rompiesen. Sus últimos meses fueron como estar en una ciénaga.

El epitafio del profesor Thomas Carroll se esculpía sobre las paredes de la habitación. Inés se pasó todo el día pensando en su colega fallecido, viendo letras grabadas con sangre sobre las superficies blancas de las paredes. Era un canto triste, el epitafio punzante de un hombre que todavía no se había dado cuenta de que estaba muerto y seguía anclado en el desconsuelo.

Si la rabia que sientes no te deja expirar

*no hallarás en la muerte tu descanso:
el último suspiro,
el alma plateada que abraza al infinito.
Un hombre derrumbado
hoy se vuelve fantasma
y silba su amargura con el viento.*

El pensamiento obsesivo

El Agapito de otro tiempo había sido un ser normal, un amigo de verdad. La Inés del pasado lo seguía viendo sentado en el murete de ladrillo rojo, fumando un cigarro sin filtro y anotando ideas en un cuadernillo mientras ella subía la cuesta de acceso rodeando el jardín de las adelfas. Cuando conoces a alguien desde hace muchos años se vuelve complicado digerir que pueda transformarse en otra persona. Tu mente quiere conservar la imagen idealizada, la que fragua los orígenes y define los cimientos de esa amistad y sus códigos emocionales y afectivos. Lo curioso es que eso pasa con los matrimonios que se rompen. El desamor y los desengaños son las normas que rigen los finales perplejos. La traición de Agapito tenía mucho de amistad quebrada, de metamorfosis siniestra, de herida profunda. En esos momentos amargos, Inés pensaba en ese nuevo personaje que ahora convivía con ella en la universidad americana. Se borraba el Agapito amigo para superponerse el mezquino Luso. En Milwaukee no había huellas del lejano Agapito, la presencia de Luso era corrosiva, un hombre cincuentón que trataba de disimular el paso del tiempo y su alopecia afeitándose meticulosamente para sentirse atractivo: la calvicie seductora de las serpientes. El amigo de aquel curso siendo becarios en Madrid se había convertido en una boa constrictor de olor aséptico. Pero en mucho de lo que había pasado Inés se sentía responsable, pues fue ella la que lo idealizó, la que conservó la amistad en la distancia durante los largos años de su aventura estadounidense y la que a la menor oportunidad se lo llevó a Milwaukee, convencida de que era el escritor ideal para ocupar una de las plazas del nuevo programa. Luso no se merecía estar donde estaba, era un extraordinario manipulador. Sabía intoxicar y engañar lentamente. Inés había tardado mucho en darse cuenta: su examigo, y ahora insufrible colega, se había comportado como una enfermedad silenciosa.

Inés había pasado dos décadas idealizando el perfecto año escolar de los becarios que soñaban con ser escritores y artistas. Ella pertenecía al grupo de los becarios investigadores, pero instintivamente se juntó con los creadores.

La poeta quería pertenecer al club de los escritores. La vida se detenía en las imágenes de los recuerdos luminosos, con sus aromas cálidos. Definir la felicidad era volver a aquel tiempo y poder evocarlo sin las interferencias de los desengaños. Su proyecto del máster de escritura creativa en Milwaukee quiso reproducir la magia de su propia felicidad como becaria en la Residencia de Estudiantes. Incluso en esa semana del pequeño taller de poesía que estaba impartiendo en Madrid, transmitía a los doce participantes la ilusión de poderse marchar a otro país a estudiar la creatividad como un espacio de talento compartido.

—Lo importante es superar el obstáculo del idioma. —Inés era muy clara con ese tema—. Hay que prepararse bien el examen del TOEFL. Solo les darán beca si pasan esa prueba de nivel de inglés.

—¿No vale el British Certificate? —solían preguntarle algunos.

—No, las universidades estadounidenses se rigen por el TOEFL, pero es un examen muy fácil, solo necesitan estudiar y aprender su mecánica.

Al final, todo en la vida tenía una mecánica que había que dominar. Saber pedir becas, acostumbrarse al ritmo del campus, a las aulas presenciales y al portal de las clases telemáticas. Sin embargo, sus pensamientos de los dos últimos años se habían visto alterados por una batalla entre colegas donde se había deteriorado la relación con su amigo, que quería aprovecharse del esfuerzo de Inés, fagocitar sus logros y dejarla al margen. Existe un tipo de individuo que es experto en apropiarse del trabajo ajeno, como el cuco que deja sus huevos en otros nidos, o la garrapata que crece en la piel de los ciervos, o las chinches invasoras de los colchones, esos seres parasitarios que se vuelven fuertes y debilitan o destruyen a sus víctimas.

Inés, cansada de tantas falsedades y de sentir que era la única que seguía los protocolos, renunció en una reunión del departamento a la dirección del máster que ella misma había creado. Dijo basta y su jefa aprovechó para coronar a su examigo, que aceptó inmediatamente quedarse en su lugar. La borró del mapa mirándola con un gesto silencioso de satisfacción y desprecio que a Inés le resultó desconocido y terrorífico.

¿Qué podía hacer? ¿Cuál es la mejor forma de enfrentar una situación tan dolorosa? Su vida era su trabajo. Se había entregado en cuerpo y alma al proyecto del máster, como una sacerdotisa que había renunciado a los placeres carnales encerrándose en un templo de responsabilidad y compromiso. Su edificio se tambaleaba, le estaban robando los sillares, las

columnas y las piedras, la pira de la llama encendida, los mármoles del suelo. Todo lo que había construido temblaba ante sus ojos, el pensamiento obsesivo dibujaba escenas delirantes.

Su renuncia había coincidido con la víspera de los idus de marzo. Inés pensó que su propia aniquilación emocional se parecía al asesinato de Julio César. Una conjura en la que participó Bruto, uno de sus herederos, al que el propio César había perdonado y protegido pese a que se alineó con uno de sus enemigos. Luso tenía mucho de Bruto: había conspirado demostrando su deslealtad a quien lo había protegido y ayudado, y merecía un final parecido.

Al día siguiente de su dimisión, Inés se levantó con dolor de cabeza y una leve irritación en la garganta. Le duraba el mal cuerpo que le había quedado por la reunión. Mientras desayunaba notó algo de dolor en la mandíbula. Pensó que la tensión nerviosa se estaba clavando en sus cervicales. Notó el cuello demasiado rígido y decidió no ir a la facultad hasta la hora del taller de poesía, por la tarde. Además, no quería cruzarse con Luso por el pasillo. No sabía bien cómo actuar. ¿Qué ganaba con un enfrentamiento abierto? ¿A quién debía quejarse por el juego sucio? La jefa, tan siniestra como él, adoraba a Luso.

Cuando por la tarde Inés llegó al aula del taller, el dolor se le había condensado en la barbilla. Era como si unas manos la apretaran con fuerza y quisieran subirla hacia arriba. Nunca había tenido una sensación tan rara e incómoda. El taller se le hizo eterno porque el dolor no la dejaba concentrarse. Se leyeron dos series de borradores de poemas que presentaron los alumnos. Eran jóvenes y los versos que entregaban aludían a experiencias de su propia vida. Muchas veces les costaba entender que escribir un poema no es lanzar oraciones y esparcirlas sobre la página diciendo que son versos. Inés hacía un esfuerzo para no resultar áspera en sus comentarios y tratar de ayudar. Era difícil que no reaccionaran mal cuando era demasiado sincera. Los versos necesitaban ritmo y las imágenes claridad que diera emoción a lo que trataban de contar. Se notaba que leían poca poesía, que querían ser escritores sin el sustrato de la literatura bien arraigada dentro de su imaginario. Cuando intentaba corregirlos, algún compañero salía a defender el poema como si el triste borrador ya pudiera ser la versión definitiva, y el taller se transformaba en un diálogo de sordos.

Sabía que Luso y Virgilio, un novelista argentino que estaba también en el departamento, utilizaban la estrategia del halago delicado, y eso era lo que

los estudiantes interiorizaban. Además, para los dos profesores, criticar a un joven aspirante a escritor era muy complicado porque salían con ellos de copas y dejaban que «los chicos», como solía decir Virgilio, los admirasen. El aura de los escritores en el bar y las confidencias compartidas en los amaneceres eran la verdadera enseñanza. Ser un escritor consolidado y sentir el revolotear de los aspirantes mezclarse con los efluvios de la noche era la peculiar satisfacción de esos dos hombres que vivían tan lejos del mundo literario de sus países de origen. Tal vez con el programa de escritura y la estela de los jóvenes que los celebraban en esa anodina ciudad del Medio Oeste daban sentido a su existencia como autores de culto. Porque eso era lo único que les quedaba, ya que no eran superventas y vivían demasiado lejos de los grupitos de escritores de Buenos Aires o Madrid. La supervivencia y el ego de los narradores tenía que formularse de otra manera. El programa les servía para estar presentes de alguna forma en ese mundillo, y el prestigio de las instituciones estadounidenses era una pátina brillante, como la cera que se les pone a las manzanas para que aparenten ser más sabrosas bajo la luz amarillenta del supermercado.

Inés no pertenecía al grupo, no era el modelo que seguir, los poetas como ella no eran relevantes. Ya terminó su época, y a nadie le interesaba ya que hubiese construido el programa. La importancia de las personas se medía por la fuerza que proyectaban, por el espejismo de su ser en los ojos de los demás. Inés era tenaz, trabajadora y sincera. Tenía atributos para construir y desarrollar cualquier cosa, pero le faltaban habilidades sociales para que los demás la admirasen. Ella pensaba que seguir las reglas era la clave para prosperar en el espacio del trabajo colectivo. La institución era precisa con la distancia que se debía establecer a la hora de trabajar con los estudiantes, era clara con las asignaturas que debían cursar, todo lo tenían perfectamente ordenado, pero ese lenguaje de reglas solo le hablaba a ella. Los estudiantes la veían como a una señora mayor, sus leves canas, que aparecían blanqueando las raíces de su pelo, no tenían el atractivo de la calvicie rasurada de Luso o la melena dorada de Virgilio recogida en una cola de caballo.

A Inés le dolía la mandíbula y sentía una rabia inmensa, le daban ganas de gritarles a los pobres estudiantes que por más que se aplaudieran los unos a los otros en los talleres y mendigasen la aprobación de los escritores consolidados, todo eso era irrelevante, ser un escritor era la peor decisión posible en sus vidas. ¿Para qué querían ser escritores? ¿Qué era eso de ser escritor? ¿La satisfacción de tener su propia obra publicada? ¿Los corazoncitos en las redes sociales? ¿La admiración de cuatro lectores

voluntariosos, un editor y veinte amigos? ¿Amigos? ¿De verdad hay amigos en el mundillo literario?

«¡No hay amigos! ¡No existen los amigos en el mundillo literario!» Su pensamiento gritaba con tanta fuerza que no se estaba enterando de nada de lo que decían los estudiantes sobre los poemas del compañero. Solo veía el brillo de sus ojos y sus sonrisas. «Qué bien se sienten diciéndose lo chingones que son, vale más la amistad aduladora que la sinceridad. Un poco de sinceridad, un poco de valentía».

Inés comprendió que no era valiente, que quería ser querida y admirada, que en realidad envidiaba a Lusoz, que había pensado ingenuamente que al ayudarle se aseguraba una especie de amistad eterna como muestra de agradecimiento. «Me lo debe todo, es un desagradecido», se decía una y otra vez. El palpito de ese pensamiento se volvió acidez en su boca y tuvo ganas de vomitar y retroceder al año 2010. Tenía que haberle dicho que no a Thomas Carroll cuando le ofreció el contrato. ¿Por qué había dejado su estupendo trabajo en el *college*? Era un lugar precioso con gente encantadora, con sus colegas del departamento de cine, con una vida perfecta centrada en ella misma. Su vanidad había sido su perdición, la vanidad de montar un programa, de ser admirada por otros escritores. ¿Qué estaba pensando? ¿Realmente su vida había mejorado? No, su vida era peor, más frustrante, más solitaria, más repugnante.

¿Dónde estaba la magia de la creación literaria?

—Profesora, ya es la hora.

La voz de una de las alumnas interrumpió su pensamiento. Era Valentina, una joven promesa chilena de ojos muy azules. Escribía autoficción y era ambiciosa, pero tenía un fondo bueno. La clase estaba impaciente por salir, recogían sus carpetas, cerraban los portátiles y miraban extrañados el gesto rígido de Inés. No entendían lo que les quería decir con ese silencio.

—¿Profesora?

—Disculpa, Valentina, sí, ya es la hora, nos vemos la próxima semana.

¿Qué le estaba pasando? ¿Por qué la tomaba con los estudiantes? No era justo tomarla con ellos. No tenían la culpa de que el sistema literario funcionase de esa forma. Querer ser escritor era suficiente desgracia. «¡Querer ser escritor es una chingadera!» No podía dejar de gritar ese pensamiento, ese ridículo pensamiento, todo su mundo se desmoronaba dentro de su cabeza.

«¡Serán desgraciados, este es un oficio donde nunca se es feliz!»

«¿Para qué escribir?»

Pobre corazón

Todos los alumnos salieron del aula, pero el pensamiento obsesivo de Inés seguía gritando dentro de su cabeza. Era una cascada de frases cada vez más inconexas. Imágenes densas de percepciones oscuras. El dolor de la barbilla se pasaba al pecho y la presionaba, tenía la sensación de estar quedándose sin aire, como si respirase mal. Inés decidió acercarse al ambulatorio de la universidad para que le dieran algo que la ayudara con esa sensación de irrealidad y angustia.

—Creo que estoy incubando una gripe —le dijo a la enfermera mientras registraban sus datos, le tomaban la temperatura y la presión sanguínea—. Es un dolor extraño que me sube por todo el cuello.

La médico que había entrado a examinar a Inés escuchaba con gesto preocupado los síntomas que esta describía a la enfermera:

—Me duele mucho la barbilla, el dolor se me clava en las encías, me siento rara, me cuesta respirar, es como si alguien estuviera haciendo fuerza en mi pecho. Llevo una temporada terrible en mi departamento, estamos con muchos enfrentamientos entre colegas y creo que tanto estrés me ha bajado las defensas.

Le miraron la garganta y los oídos, escucharon el ritmo de su respiración y los latidos del corazón, midieron su nivel de oxígeno en la sangre y la médico concluyó que Inés tenía que irse a Urgencias del hospital porque sus síntomas eran compatibles con los de un inminente ataque al corazón.

—No me duele el hombro izquierdo —dijo Inés extrañada.

—Los síntomas cardíacos en las mujeres son diferentes a los de los hombres. Está bajo mucho estrés y en la franja de edad más peligrosa. ¿Tiene a alguien al que llamar que la pueda acompañar?

—Sí, claro —contestó Inés aturdida—. ¿Están seguros de que no me pueden dar algo y ya?

—Necesita hacerse un electrocardiograma, aquí no tenemos esa máquina.

Inés sacó su teléfono móvil del bolso y se puso a mirar el listado de contactos, Agapito aparecía el primero, todavía lo guardaba en el directorio.

«Agapito ya no existe», pensó; era el número español y seguía bajo su nombre de pila. En realidad, ella nunca dejó de llamarlo Agapito. Entendió que los editores vieran en Luso una firma literaria, pero Agapito, su Agapito, se llevaba bien con su nombre, y fue al llegar a Milwaukee, al programa de escritura creativa, cuando se empeñó en convertirse en Luso todo el tiempo. La agenda de teléfonos del móvil crecía con los años e Inés había sido capaz de conservarla con cada cambio de modelo. A la poeta mexicana le gustaba tenerlo todo ordenado, era muy meticulosa. Cuando uno entraba en su despacho de la universidad tenía la sensación de estar en la pulcra habitación de una casa. Había colocado dos pósteres enmarcados de los carteles de sus películas preferidas y algunos de los fotogramas que se vendían en los noventa. Tenía dos paredes forradas de estanterías con los libros primorosamente ordenados: los de teoría del cine, las novelas adaptadas al cine, las colecciones de historia del cine, la serie de guiones y su amada poesía. Una alfombra de México, una butaca y un pequeño sillón con orejeras de terciopelo rojo. Incluso su mesa del despacho tenía estilo propio, se la había mandado hacer a un carpintero cuando impartía clases en el *college*. Era de madera de cerezo, amplia y con cajones a los lados.

El listado de nombres con sus teléfonos en la agenda de Inés evocaba una armonía ficticia. Eran nombres de amigos que obviamente ya no eran amigos, pero que no se le había ocurrido borrar, teléfonos de conocidos que un día anotó y jamás había marcado: viejos colegas de diferentes épocas que en su día fueron muy importantes; familiares queridos que estaban siempre presentes; algún amante ya olvidado; nombres de empresas, los del internet, el del gas, el del manitas que le solucionaba los temas de la casa, o el de sus vecinos Fiona y Josh, siempre sonrientes y atentos. Fiona Baker, con sus ganas de charlar por las mañanas. El dedo de Inés subía y bajaba por el listado de nombres, no quería incomodar a nadie con el asunto de ir a Urgencias.

La doctora la miraba con gesto de interrogación.

—¿Encuentra a alguien que pueda acompañarla?

—Estoy mirando, pero es una hora bastante mala, mis amigas tienen niños pequeños y la gente está ya cenando.

—No puede ir sola, necesita que la lleven. Podemos buscarle a alguien de nuestro equipo.

—No se preocupe, llamaré a mi vecina. —A Inés le pareció humillante la idea de no tener a nadie y marcó el teléfono de Fiona y Josh, una pareja de septuagenarios con los que compartía la pared del adosado.

—Fiona, soy Inés, siento molestar, pero necesito pedirte un favor.

Fiona escuchó con preocupación el problema que tenía su vecina y en quince minutos ya estaba en la puerta del ambulatorio, esperándola para llevarla a Urgencias.

—Venga, sube. —Fiona había llegado sola y le abría la puerta del copiloto—. Josh está jugando al póquer con los amigos, ya le he dicho que estoy contigo y que tardaré en volver.

—Gracias, y disculpa todo este desmadre, es que los protocolos no me dejan conducir. Es absurdo, espero que no nos hagan perder mucho tiempo.

—No te apures, si han notado algo raro lo mejor es que te miren ya.

—Tengo un malestar horrible que me presiona el pecho y la garganta. —A Inés le entraron ganas de llorar, sintió que su vecina era lo más cercano a una madre.

—Respira despacio. —Fiona buscó en la guantera una pequeña bolsa de papel marrón y se la dio a Inés—. Mira, respira dentro de esta bolsa, te ayudará a controlar el ritmo. Creo que te estás poniendo muy nerviosa.

Fiona había sido contable en una firma de abogados y ahora era voluntaria en la biblioteca pública. Tenía un don para entenderse con la gente y le gustaba estar bien preparada para todo tipo de emergencias. La sencilla bolsa de papel era un recurso para los ataques de ansiedad que alguien pudiera tener. También llevaba un torniquete y un botiquín porque había hecho varios cursillos de primeros auxilios. Si a Inés le daba un paro cardíaco, Fiona sabría cómo hacer maniobras de reanimación cardiopulmonar comprimiendo treinta veces con fuerza el pecho y luego realizar ventilaciones. Pero en ese momento lo que Inés necesitaba era respirar con sosiego, recuperar el aliento, calmarse. La carretera tenía poco tráfico y Fiona miraba de reojo a Inés, que seguía hiperventilando, apretando la bolsa de papel en su cara.

—Inés, trata de reducir el ritmo de la respiración.

—Sí, perdona, es que no puedo más. —Inés rompió a llorar como una niña.

—Tranquila, está bien, llorar te ayudará a quitarte esa presión. Estamos llegando, no te preocupes.

Fiona aparcó, sacó unos pañuelos de papel del bolso y se los dio a Inés para que se secara las lágrimas.

—Me siento ridícula, perdona, Fiona, menuda situación tan absurda.

—Es normal, no te encuentras bien y estás asustada.

—En realidad estoy harta, me están haciendo muchísimo daño.

—Ya, pero tu corazón no tiene la culpa.

—Mi pobre corazón, me lo han roto en pedazos.

Fiona observó a Inés con preocupación; la situación era seria, su vecina estaba devastada y desahogándose.

—Estos últimos años han resultado una auténtica pesadilla.

—Entremos para que te cojan los datos y te miren el corazón.

—¡A quién chingados le importa si hoy yo me muero!

Inés dijo esta última frase en su idioma y Fiona solo acertó a responder en su limitado español:

—Yo no comprender.

A Inés le dio la risa, ella tampoco comprendía nada de lo que le estaba pasando en su propia vida y le enterneció el esfuerzo de su vecina por tratar de ayudarla.

—Perdona, me estoy poniendo dramática, pero estoy muy dolida con una persona.

—Mándala al infierno.

Fiona lo veía claro sin tener que saber los detalles; con la reacción que estaba teniendo su vecina, algo muy feo le estaba pasando.

—A la gente tóxica hay que mandarla a paseo y apartarla de nosotros inmediatamente.

—No soy capaz, me toca trabajar con él y está generándome una tensión horrible. Es malo y lo sabe, siento que quiere aniquilarme.

Todavía podía notar el gesto de complacencia victoriosa y desprecio hacia ella de Luso en la reunión. En el mismo instante en el que ella renunciaba había sentido como su ser caía por un precipicio horrendo y secreto de algo que intentaba olvidar.

¿Cómo explicarle a Fiona todo lo que estaba pasando? Inés se sentía como una colegiala incapaz de contar a sus padres que sus compañeros le hacían *bullying* en el recreo. Que el que creía su mejor amigo, al que había apoyado de forma ciega para que precisamente rehiciera su vida en Estados Unidos, ya no lo era. La humillación, el miedo y la sensación de fracaso la sobrepasaban. A su edad, con todo lo que había vivido emocionalmente, se retrotraía a los recuerdos más angustiosos de su infancia, cuando no la dejaban leer tranquila en el patio de la escuela. Los empujones, los tirones de pelo, las burlas, las ganas de llorar escondidas en la garganta. Al menos ahora estaba llorando abiertamente, se sonaba los mocos con fuerza y se sentía mejor.

El diagnóstico fue claro: Inés había sufrido un fuerte ataque de ansiedad que derivó en una sintomatología compatible con una enfermedad coronaria. Necesitaba calmarse, relajar los músculos y liberar la tensión acumulada. Por lo pronto le recetaron una pastilla de hidroxizina cada seis horas, además de

recomendarle que considerara la posibilidad de hacer terapia para verbalizar la congoja que tanto le oprimía el pecho.

Terapia y ansiolíticos, esa fue la respuesta que le dieron para luchar contra la siniestra traición de Luso y el daño que había generado directa e indirectamente su comportamiento. A Inés los ansiolíticos le resultaron más llevaderos. Antes de dormir tomaba uno y así evitaba quedarse enganchada a los pensamientos circulares, pero no le gustaba sentir que los necesitaba, aunque en el fondo sabía que eran su único asidero. Una pastilla blanca y redonda como las galletitas de Alicia, bebe de este frasco, toma esta galleta, te harás grande o pequeña, vivirás en un estado onírico donde al menos tus músculos no se contraerán en cada reunión de departamento cuando tengas que mirarlo a la cara. ¿Qué ojos veías en esa cara? ¿Qué había detrás de esa mirada hueca?

Inés se apuntó a un cursillo de *mindfulness* que daban en el hospital y financiaba el decanato. Descubrió que los anestesistas estaban tan frustrados como ella con sus vidas. Eran ocho participantes y el primer día tuvieron que explicar las razones por las que asistían al cursillo. Inés fue escueta, dijo que se ponía nerviosa y tenía mucha presión en su lugar de trabajo. Los dos anestesistas confesaron que los habían obligado; sus gestos de mal humor y su sarcasmo evidenciaban que estaban enfadados y que lo hacían porque no les quedaba otro remedio. Había también una chica joven con problemas de alimentación, una psicóloga que quería conocer mejor este tipo de experiencia, una mujer transexual que estaba pasando un mal momento y una pareja de jubilados que buscaba armonía. Las sesiones de *mindfulness* tenían una primera parte de terapia de grupo en la que la única persona que compartía con sinceridad sus problemas era la mujer transexual, que se sentía cómoda con esa audiencia dispar que la escuchaba con curiosidad. La pareja de jubilados tenía una vida sin sobresaltos y aportaba buen humor, y la psicóloga daba sus razonamientos sobre las emociones y cómo gestionaba sus rutinas. La joven con anorexia era muy retraída. Los dos anestesistas estaban casi siempre de mal humor y tampoco se abrían, e Inés se sentía incapaz de explicar lo que le estaba pasando. Imaginó que para que el cursillo tuviera verdadero efecto debía saber desahogarse abriéndose al grupo, pero no se veía como una narradora capaz de construir su relato y de aprender de forma objetiva de todo lo vivido.

Lo mismo le pasó con Fiona. Al día siguiente del percance hospitalario, Inés se apresuró a visitar a su vecina para tratar de aclararle que aquella escena había sido algo puntual y que iba a buscar soluciones para arreglar la

situación. Le daba mucha vergüenza que Fiona, que la había visto al borde de un ataque de nervios en el coche rumbo al hospital, pudiera pensar que era una mujer desequilibrada que estaba perdiendo el control en su trabajo.

Fiona, que era sabia y mayor, trató de aconsejarla:

—No dejes que te afecte así, sea lo que sea lo que te estén haciendo los colegas.

—Ayer exploté, pero no volverá a suceder.

—No te lo guardes dentro, ni sigas aguantando de esta forma.

—Tuve un mal día.

—No, tú no tuviste un mal día. Por lo que he podido intuir, trabajas con alguien bastante asqueroso, y eso te hace sentir fatal.

—Soy demasiado sensible... Si en el fondo es mi culpa.

—Que te quede muy clara una cosa, Inés: yo no creo que tengas la culpa.

—Sí, sí la tengo, he dejado que se convierta en una especie de monstruo que me obsesiona.

—El monstruo está en tu cabeza, pero está obrando con saña y probablemente lo sabe y no le importa. Sin embargo, eres tú la que debe sacarse al monstruo de la cabeza y poner límite a ese hostigador silencioso. Pero esta situación no es culpa tuya, nadie nace sabiendo parar a los abusones.

—Lo peor es que yo creía que era mi amigo. —A Inés se le llenaron los ojos de lágrimas.

—El monstruo que tienes en la cabeza es el daño que te ha ocasionado ese falso amigo. La amistad se lleva en el corazón, no dejes que ese imbécil te lo rompa.

A Inés le resultaba más doloroso que el desamor descubrir que el gran amigo, el camarada escritor en el que creía, se comportaba en realidad como un enemigo y que su actitud falsa y ambiciosa aglutinaba desgracias. No se atrevía a mirar todas las piezas de la lógica interna de esa desalentadora trama de amistad rota y pisoteada, solo sabía que le afligía muchísimo, que escondía capas aterradoras, que había en ella un fantasma que a ratos la obligaba a taparse la cara con las dos manos y respirar despacio por la boca.

Gratitud

En la mañana del jueves 7 de noviembre, Inés se encuentra el correo electrónico en que le confirman una pequeña beca de investigación que había pedido. Con ese dinero podrá alargar su estancia en Madrid y en la Residencia, y visitar el archivo familiar de Joaquín Amigo, uno de los intelectuales de la generación del 27. Se alegra mucho, pues la semana como poeta invitada le está sabiendo a poco y esto le permitirá retrasar el regreso a Estados Unidos. Calcula que tendrá suficiente como para estar tres semanas, si suma los días de las vacaciones de Acción de Gracias. Dejó grabadas las clases del curso de licenciatura que imparte de forma telemática y las tutorías o los proyectos de alumnos graduados que supervisa se pueden desarrollar desde cualquier lugar con conexión a internet. Además, el mal cuerpo que hace unos pocos días le ha dejado la noticia de la muerte del profesor Thomas Carroll acrecienta una sensación de angustia y de vacío. Volver a Milwaukee en ese momento no es lo más agradable y se siente feliz de poder retrasar el retorno.

En México, su hermano Sergio conoce bien a Santiago, uno de los nietos de Joaquín Amigo que trabaja y reside allí, y es quien le ha dado el contacto de María, la nieta que vive en Madrid y guarda el archivo.

—¿Y cuándo dices que vas a presentar tu poesía completa en Madrid? — le había preguntado Sergio muy interesado en una de las conversaciones por Zoom cuando ella estaba en Milwaukee.

—En noviembre. Saldrá a la venta dentro de un mes, y me quedo una semana haciendo un taller de poesía.

—Qué bien, ya es hora de que la doctora Ryan Stone toque tierra. — Sergio se estaba refiriendo a la película *Gravity* del mexicano Alfonso Cuarón, en la que una mujer astronauta quedaba atrapada en su nave y debía intentar volver del espacio viviendo una sorprendente aventura.

Desde hacía varios años, Sergio tenía la sensación de que su hermana vivía prisionera en una constelación extraña y oscura. Bromeaba con el personaje de la película y trataba de animarla, la heroína solitaria debía

recuperar el rumbo. Milwaukee, su trabajo y sus fríos invernales la habían vuelto hermética y distante, ausente y desganada, y su hermano se lamentaba abiertamente:

—Inés, que hacernos mayores no significa que ya casi no hablemos. Pero qué onda con el pinche máster, todo el día estás sin tiempo. Te tienen secuestrada y casi ni puedes platicar con la familia.

—No me esperaba tanto trabajo... —acertaba a explicar ella.

—Inés, te tengo que pedir un favor para un amigo.

—Dime.

—Sus padres fallecieron este verano y su hermana está en Madrid a cargo de los papeles del abuelo que era amigo de Lorca. Me platicó que tienen muchísimo material.

—¿De verdad?

—Sí, al parecer era profesor de filosofía, lo mataron al comienzo de la guerra y nunca recuperaron el cuerpo.

—Como a Lorca.

—Sí, pero según dijo mi amigo sus asesinos fueron del bando republicano, de los primeros grupos activos que se formaron y que represaliaban a la vez que lo hacían los fascistas. Entraron en el pueblo donde vivía y lo eliminaron. Por lo visto era un hombre encantador, amigo de todo el mundo sin distinción de ideologías, y la familia guarda un archivo muy extenso que hay que ordenar y ver qué se puede hacer con él. ¿Tú podrías ayudarla?

—Sí, claro. Lo que me cuentas es sorprendente, dame sus datos y le escribo.

Qué bien poder alargar la estancia, piensa Inés mientras escribe a la contable para confirmar que cambiará la fecha de su regreso y empleará el dinero de la beca para pagar las noches extra en la Residencia de Estudiantes. Cambia el día de vuelta en el billete de avión y contrata veintiuna noches con desayuno. Estar en el carismático lugar que el poeta Alberti bautizó como la colina de los Chopos ha despertado muchas emociones ajenas a su vida americana, pero las tres horas del taller de poesía por las tardes no le dejan tiempo para disfrutar a fondo de ese regreso. Arrastraba bastante jet-lag y tardaba mucho en dormirse por las noches. Contestaba dudas telemáticas de sus estudiantes en la plataforma de la clase de Milwaukee, se encargaba de la gestión técnica de los correos electrónicos de la universidad y luego se quedaba dando

vueltas en la cama, consumida por los pensamientos oscuros de las ansiedades que arrastraba. Tenía que quitarse el lastre, borrar el cúmulo del daño que tenía enquistado y convertirse en otra persona. Tal vez quedándose alojada en la Residencia de Estudiantes mientras visitaba el archivo familiar de Joaquín Amigo sería capaz de reencontrarse con el espíritu de la Inés que había sido tan feliz en aquel lugar.

Inés se despierta el domingo sintiendo una extraña gratitud. Nota en el aire que inspira profundamente el cosquilleo de la dicha de estar entre las sábanas limpias de la habitación de la Residencia de Estudiantes y no en el aeropuerto, esperando en una terminal para embarcar en dirección a Chicago. Es el día que inicialmente tenía que haber regresado, pero está en la cama saboreando el rumbo de otra vida con su plácido olor a madera. Disfrutando de lo que evocan y parecen sugerirle las veintiuna noches que tiene por delante. Días para lo que ella ve como su terapia de distanciamiento con Milwaukee, para romper con su frustración, con ese cúmulo de pensamientos circulares y tóxicos que tanto le duelen. Sentir gratitud nada más despertar ya es una forma de alejarse, de plantar semillas de emociones nuevas. Se queda en Madrid tras la pista de uno de los últimos archivos familiares de la generación del 27 y está de regreso en su querida Residencia de Estudiantes, saboreando el momento con una alegría infantil. Es el triunfo de la investigadora, que además aprovechará esos días para escribir poemas. El proyecto será doble: se encargará de los archivos durante la jornada diaria y al atardecer dará largos paseos por Madrid para empaparse de la ciudad y escribir.

Haber publicado su tomo de poesía reunida no significa que todo se acabe ahí. Su verdadero idioma son los versos y esas semanas alejada de la universidad le ofrecen materia prima para escribir nuevos poemas. Su cabeza tiene que volver a las palabras precisas, a la emoción contemplativa, a la introspección energética de la poesía. Inés piensa que la justicia poética es la que le ha dado la oportunidad de localizar ese archivo. Las musas de la poesía están tejiendo ese reencuentro con sus años madrileños, con esa lejana e ingenua primera tesis doctoral donde se limitó a analizar voces poéticas, comparar la trayectoria de las personalidades más relevantes y destacar la propuesta de algunas de las mujeres que quedaron olvidadas. La generación del 27 había sido pura poesía, y ella había seguido el rastro poético de Concha Méndez, Rosa Chacel y Lucía Sánchez Saornil celebrando la fuerza de sus poemas y lo que también habían aportado a su época. A Concha Méndez, tan

ligada a México por el exilio y a la memoria de su maestra, la evocaba muchas veces repitiendo unos inquietantes versos que aprendió de niña y que todavía guardaba en la memoria:

*¡Este no saber vivir
a la plena luz del sol
y hacer día de la noche!
¡Y este infinito terror
al vacío de las horas!*

Las imágenes de aquellos versos pertenecían a un poema titulado «Insomnio», y en las noches que Inés arrastraba grandes desvelos se le aparecía como una tonada espectral. La cama entonces se volvía dura e incómoda y escuchaba el eco de los versos; era un extraño murmullo de voces que le hacía sentir pánico. Trataba de no pensar y repetirse a sí misma como un mantra: «Sé vivir, no he perdido el rumbo, no le tengo miedo al tiempo», para conjurar la ansiedad de no poder dormir y la posibilidad de perderse en pensamientos oscuros y obsesivos.

Sin embargo, hoy se ha despertado consciente de que tiene por delante horas llenas de posibilidades. Ha dormido bien y se siente agradecida. Tiene que esforzarse en ser otra y recuperar su viejo espíritu de poeta luminosa, hacer de este viaje un reencuentro con la sustancia de su poesía. Se estaba poniendo solemne, pensaba en la poesía con mayúsculas, como si fuera una especie de energía suprema y reconfortante, pero entonces se le cruzaban ideas contradictorias y le entraban dudas.

¿Servían de algo los poetas de su propio presente? Esa era una disyuntiva que afloraba en cada festival de poesía al que acudía, en cada velada de lectura en la que repetía sus propios poemas como si fueran salmodias huecas. Obviamente, los poetas habían sido claves en los inicios de la historia de la humanidad, y el filósofo Platón los quiso expulsar de su proyecto de República por lo contradictorias que eran sus invenciones dentro del orden político. El pensamiento creativo cuestionaba e inventaba realidades de emociones incontrolables e impulsos humanos superiores al estatismo de lo divino. Los dioses solo eran interesantes si tenían los mismos defectos que los hombres, y esa manera de pensar que transmitían los poetas no podía ajustarse al molde institucional de una sociedad con reglas fuertemente politizadas. Pero la génesis del mundo occidental no se entendía sin la imaginación de un poeta, un simple aedo había hecho poesía de los sentimientos universales. El

comienzo de Occidente se concentraba en la épica de Homero y *La Ilíada*. Su voz hizo de la historia la gran poesía inaugural que sobrevivía a los siglos. Y todo concentrado en un largo poema épico con personajes, lleno de la fuerza dramática de los sentimientos desbordados y la belleza de las palabras construyendo melodías. En la ira de Aquiles, en la concentración de las emociones, habitaba el impulso atemporal del alma humana.

¿Cuánto tiempo tardó Aquiles en aplacar su cólera? ¿Era necesaria la humillación a la que lo sometió Agamenón exigiéndole que le entregase a Briseida, la sacerdotisa que era su botín de guerra? La inmensa herida interior de sentir la deshonra. ¡Qué forma tan absurda de perder al mejor guerrero! Agamenón le parecía caprichoso y arrogante, Inés entendía mejor a Aquiles y podía ver la sustancia de sus desencuentros con Agamenón y su deseo de volver a casa. Solo la muerte de su mejor amigo, Patroclo, le haría volver al campo de batalla, la cólera densa transformada en torrente de ira infinita, la venganza como energía celeste que construye los mitos. Vengar al amigo muerto, redimirse en la pena frente al cuerpo inerte del amigo querido.

La Ilíada tenía algo más de quince mil versos y *La Odisea* doce mil. ¿Sería capaz ella de escribir siquiera la cuarta parte de los veintisiete mil versos que sumaban esos dos libros? Inés se sintió insignificante, ¿cuántos versos tenía la poesía reunida que acababa de publicar? Su triste volumen encuadernado en fondo negro con una pequeña estampa del gato de Cheshire sonriente subido a la rama de un árbol estaba sobre la mesa. Un libro que recogía todos sus versos decorado en la solapa con una de las imágenes que creó el ilustrador británico John Tenniel para la edición de *Alicia en el País de las Maravillas* de 1865. Como era mexicana, meses atrás su editor había sugerido con insistencia otra imagen, algo más cercano a los mitos culturales que ella representaba. Recordó la absurda conversación telefónica:

—Inés, no sé si me escuchas bien, te repito que la imagen del gato ese de Alicia que me has mandado va a confundir, no es acertado poner una vieja ilustración infantil.

—Ese gato significa mucho en mi imaginario poético y vital —le respondió ella con cierto énfasis melodramático, que sonaba más intenso por la distorsión del teléfono.

El editor pensó que Inés era boba, mientras se encendía un cigarrillo y sujetaba el teléfono móvil con el hombro. Los poetas siempre hacían sugerencias idiotas para las ilustraciones de las cubiertas de sus libros. Debería prohibirles por contrato que pudieran intervenir.

—¿No crees que quedaría mejor una serpiente emplumada? —le dijo, tratando de persuadirla.

¿Una deidad azteca? Inés no veía clara esa imagen por más que se empeñara su editor. Su poesía tenía tintes paradójicos, jugaba con ideas extrañas, con las apariencias falsas de la sociedad del presente. Poner a Quetzalcóatl, dios de la vida y señor de los vientos, era darle una especie de solemnidad histórica a sus versos que no tenían. ¿Qué pensaba ese editor español que era su poesía? No estaban haciendo una guía cultural del México prehispánico.

—Una rueda del calendario azteca —volvió a sugerir el editor.

—Son a toda madre, pero no tienen nada que ver con mis poemas.

—Quedarían bien, a mí me gustan mucho.

—Es como poner una moneda de diez pesos en la solapa. —Las monedas mexicanas estaban grabadas con la imagen del disco de la piedra del sol, el exotismo que buscaba el editor español carecía de sentido en la perspectiva de Inés—. Mejor dejemos al gato.

—Van a confundir tu libro con uno de poemas para críos.

—Así tendremos lectores más variados. —Inés no se dejó convencer, y el gato sonriente ilustró la portada de su poesía reunida.

Al menos, pensó el editor, la imagen estaba libre de derechos, y la coedición le saldría muy económica. Calculó que en España vendería como mucho doscientos ejemplares al público en general, otros tantos a las bibliotecas de las comunidades autónomas, y mandaría los quinientos ejemplares acordados a México. Qué poco daba de sí el negocio de la poesía.

Si Inés hubiera sabido los cálculos exactos que hizo su editor, se habría derrumbado. Porque para ella la poesía era su voz interior depurada, su yo cuerdo dando sentido a una existencia universal y ajena a las cosas que más le irritaban. La poesía, pese a todo, seguía siendo su gran compañera en los momentos de absoluta soledad y aislamiento. Su brújula cuando perdía el rumbo. Su escudo contra los peores ataques y las grandes decepciones. Ella seguía el camino filosófico de Borges y la literatura inglesa como señal que la diferenciaba de otras voces coetáneas. Pero Inés era consciente de que la fuerza de la poesía ya estaba en el denso sustrato indígena anterior al poso occidental, y aunque sus poemas no dialogasen con ese imaginario lo respetaba profundamente. En la cultura de los náhuatl, los poetas eran príncipes y sacerdotes que representaban a toda la colectividad. Tenían poemas que honraban a los dioses, que cantaban a la belleza y a la alegría, a los guerreros, a la tristeza y a la muerte. Y también cantos floridos dedicados

a la amistad, los Xochicuícatl. Inés pensaba en la amistad y la sentía herida junto a la pobre poesía relegada al olvido: «Los poetas ya no somos guerreros, ni reyes, ni sacerdotes, ni sabios, ni nada...».

—Lo siento, Inés, pero que los estudiantes hagan dos talleres obligatorios de poesía nos parece exagerado —le dijo un día Agapito cuando ya estaban trabajando juntos en Milwaukee y fue a verla a su despacho.

—¿Exagerado? ¿Qué quieres decir? —La mexicana no esperaba la visita de su amigo y estaba terminando de preparar una clase.

—Bueno, que la poesía es un ingrediente, pero le estamos dando demasiada importancia en nuestro programa.

—La poesía es fundamental. —Inés estaba sorprendida.

—Ya, pero no soy yo, son los estudiantes. Se quejan de que están saturados, que tanta poesía los desvía de sus proyectos. Estoy seguro de que la enseñas muy bien, pero con un taller es más que suficiente.

—¿Cómo?

—Sí, fíjate, se lo he comentado a la jefa y está de acuerdo conmigo.

Inés se quedó helada escuchando a su amigo.

—Además hay pocos alumnos que luego hagan un poemario como proyecto final. En realidad, los estudiantes necesitan otro tipo de talleres, más narrativa, más cuento, novela pura y dura... incluso género policíaco o guion, está claro que necesitamos reforzar con más novelistas.

—A mí nadie me contó nada. —Inés se sintió profundamente herida, ¿qué era eso de que a los estudiantes no les importaba la poesía?

—Es que como eres poeta y directora del máster, no quieren ofenderte. Y yo, que soy tu viejo amigo, pues creo que debo decírtelo. Lo mejor es, si acaso, que hagan un taller, y luego, si les gusta, pues que trabajen de forma independiente contigo.

—¿Qué me estás diciendo?! —exclamó Inés.

—Sabíamos que te pondrías nerviosa, por eso trato de explicártelo con calma.

—¿Explicarme el qué? ¿Que a los muchachos no les importa la poesía?

—Más o menos.

—¿Y les dieron la razón?

—Hay que adaptarse a las necesidades del máster.

—¿Es neta? —A Inés le costaba creer que su amigo estuviera hablando en serio.

—Mira, Inés, no todo el mundo piensa como tú. La poesía no es la prioridad de los que vienen a nuestro máster y lo estamos comentando entre todos.

—¿Qué le andan haciendo al programa?

—No, no te confundas. Te estoy informando para evitarte el mal trago en la reunión del departamento y que estés preparada.

—¿Qué chingados quieres decir?

—Pues que lo vamos a cambiar y solo enseñarás en un taller, y es mejor que lo sepas por mí y no pelearnos delante de todos cuando se discuta y lo votemos. A veces te pones complicada, prefiero que lo hablemos ahora.

—¿Has pedido que me quiten mi taller de poesía avanzada?

—Han sido los chicos, nosotros lo pusimos en la orden del día, pero pienso que tienen razón.

—¿Ya lo platicaron? A veces te desconozco. —Inés contuvo las lágrimas.

—Venga, Inés, no es para tanto. Tú misma me explicaste que en este sistema universitario se da mucha importancia a cómo se sienten los alumnos. Y a la mayoría les sobra la poesía...

—¿Viniste a verme a mi despacho para decirme esta chingadera, que van a desterrar a la poesía? —Los ojos de Inés se humedecieron.

—Por eso estoy aquí, para evitar que pierdas la calma en la reunión y quedes en ridículo tomándotelo a la tremenda como lo estás haciendo ahora.

Agapito le habló con una autoridad impostada que a Inés le había resultado repugnante. Nunca se imaginó que al convertirse en colega de la universidad la relación se iría deteriorando y poco a poco descubriría en él una faceta ajena al amigo con el que había compartido todo tipo de confidencias sobre la poesía en Madrid.

—A ti te gustaba la poesía.

—Inés, no estamos hablando de nosotros.

—Desde luego que no, ya no somos nosotros.

Aquel día Inés sintió que algo estaba roto. Notó que las inseguridades de su amigo en aquel entorno lo arrastraban al agujero con dientes de los enfrentamientos y las decisiones apresuradas. Levantar el programa era complicado, pero la poesía era el alfabeto que los jóvenes escritores deberían aprender antes que cualquier otra cosa. Milwaukee les ofrecía un programa meticuloso y consciente que ella había diseñado, como el ballet clásico en una escuela de danza o saber las técnicas de pintura del natural y mezclar colores si quieres ser pintor. Estaba convencida de que los talleres de poesía que impartía ayudaban en ese proceso creador, daban la base fundamental, eran el

primer sustrato. Al disgusto de las palabras de Agapito se sumaba la sensación de complot. No había ido a verla cuando los estudiantes le compartieron su cansancio con los talleres de poesía, eso lo había comentado primero con otros colegas y con la jefa. Llegaba a ella para advertirle de lo que iba a pasar al día siguiente, y lo hacía invocando la antigua amistad para calmar su furia.

El tiempo de la amistad se superponía en capas, era como una cebolla que al pelarla le hacía llorar; el corazón que una vez germinó en un pasado idílico ahora estaba podrido y tenía ganas de partirlo en dos, contemplar su negrura y tirarlo a la basura. Pero entonces Inés lo disculpó, no quería perder esa amistad, trató de dar una explicación al ambiguo comportamiento de su amigo, creyó en sus miedos, en su instinto de supervivencia en un departamento polarizado por luchas absurdas y rivalidades secretas. Bajó la cabeza cuando votaron quitar su taller de poesía avanzada y se abstuvo de opinar, no se esforzó en decir nada en esa reunión donde sus colegas, que no eran escritores, apoyaron con entusiasmo la idea de que lo que había que reforzar sin lugar a dudas era la narrativa.

Entonces se acordó de los reyes y sacerdotes con sus cantos, de toda la herencia de la poesía azteca que muchas veces ella misma olvidó, eclipsada por los sonetos de la vieja Europa. Luego vio hordas de narradores arrasar con el paisaje de los versos. Al final toda la poesía de uno y otro lado del océano se quedaba náufraga y a la deriva. Le dejaban un solo taller para convencer a los estudiantes de que la poesía era la poción mágica que los volvería escritores de verdad.

Inés se levanta de la cama, abre la ducha y trata de pensar en el presente. El chorro de agua templada le acaricia la espalda y le relaja los hombros. El domingo madrileño la espera, tiene cosas nuevas que hacer, tiene ideas. Trastear con sus recuerdos tóxicos del pasado no la ayuda, aunque no lo puede evitar porque están enquistados y se le presentan como ráfagas de amargura obsesiva. Es consciente de que tiene un problema, pero Madrid puede ser el antídoto. Siempre es luminoso, con sus árboles y sus calles anchas, huele bien, es terapéutico, es una oportunidad para salir de la madriguera que alimenta su tristeza. Debe hacer un esfuerzo y aceptarse en el tiempo real del aquí y el ahora. Quita el vaho del espejo con la mano y se ve mayor, pero no se compadece: todavía sigue siendo ella, la misma que cree en la poesía y en la amistad como una forma de amor.

El archivo familiar

Inés siente mucha curiosidad por lo que puedan contener los papeles de la familia de Joaquín Amigo. Ha intercambiado varios correos electrónicos con su nieta María, que le ha mencionado cartas personales de primeras figuras de la época, cuadernos manuscritos de poetas, apuntes de filosofía y documentos relacionados con la revista granadina *gallo*. Inés ha quedado en pasarse ese mismo día por la tarde por casa de María para conocerse, tener una perspectiva de los materiales y planear las semanas de trabajo.

Inés aprovecha la mañana del domingo para caminar por los alrededores de la Residencia. Se merece un tiempo tranquilo sin las interferencias de los correos electrónicos, sin las preocupaciones técnicas de las clases pregrabadas que ha subido a la plataforma. Está todo bien organizado, ahora tiene que evadirse de los pensamientos circulares y sentir el sol del otoño madrileño, pasear un rato y dejarse sorprender por las sensaciones que salgan a su encuentro. Ha bajado la cuesta de la calle Pinar, tuerce a su derecha por la calle Pedro de Valdivia. ¿Acaso ese nombre no es el del conquistador de Chile? Claro, el militar del siglo XVI que fundó varias ciudades: Santiago, La Serena, Concepción y alguna más que no recuerda... ¡Valdivia!, por supuesto, cómo olvidarla, es la que lleva su apellido. Inés tuvo un compañero cuando hacía el doctorado en Chicago que era de allí, de Valdivia. Al pobre le tocó un triste trabajo en un pueblo universitario de Arkansas y perdieron el contacto. ¿Qué habrá sido de él? Era bueno, pero no tuvo suerte en las búsquedas de trabajo. Hay una extraña lotería en el proceso profesional de la academia americana. El compañero chileno estaba orgulloso de su ciudad de origen: «Santa María la Blanca de Valdivia», solía decir cuando hablaba de ella. Inés piensa en la imagen de la Virgen junto al nombre del conquistador, la etimología de los lugares que se bautizan con sangre, fuego y algo de fe. Y hace una curiosa asociación con la ciudad de Los Ángeles. A punto estuvo de irse allí a estudiar su segundo doctorado, pero eligió Chicago. Sonríe y se da cuenta de que también hay una virgen que ampara a la ciudad que no eligió: «El Pueblo de la Reina de Los Ángeles», que fundaron en el siglo XVIII nada

menos que cuarenta y cuatro españoles. Y el nombre creció: «El Pueblo de Nuestra Señora la Reina de Los Ángeles de Porciúncula». En su día buscó en el mapa Porciúncula, un pueblo de Italia, de la Umbría. El rastro de los primeros misioneros españoles en California era franciscano. Vuelve a sonreír. Sin embargo, ella eligió Chicago, tal vez porque su nombre suena lejanamente al de su Cholula natal.

En realidad, fue porque la beca que le ofrecieron los de Chicago era la más jugosa, y al final el dinero, o la falta de dinero, decidió por ella. Inés tenía entonces casi treinta años y una densa tesis española terminada bajo el brazo, y en México no encontraba su lugar. Se había tenido que marchar de su país para desarrollar sus inquietudes académicas y literarias. Había visto que las universidades mexicanas no eran capaces de absorber todo el talento de su gente. Lo mismo le sucedió en España, donde terminó su tesis, y le fue más sencillo escribir otra en Estados Unidos y encontrar una plaza digna y bien pagada que quedarse a pasar penurias en el sistema universitario español. La habían formado entre México y España, pero no eran capaces de aprovechar sus méritos, y ella, por desgracia, no era el único caso. Pese a las diferentes crisis, el sistema universitario estadounidense era el más potente para integrarla y además estaba lleno de todo tipo de profesores e investigadores venidos de muy diversas partes del mundo.

En aquel momento, el cine se abría paso con fuerza en los departamentos de estudios hispánicos, y lo más práctico fue formarse con los estadounidenses, beneficiarse de sus becas y escribir otra tesis, mucho más teórica y liviana que la española. Su segunda tesis arrancó con el cine de Buñuel y su película *Los olvidados*, sobre los niños de la calle en el México a comienzos de la década de los cincuenta. Luego iba enlazando las miradas de otras infancias marginales que habían construido varios cineastas latinoamericanos a partir de la propuesta de Buñuel.

A Inés le costó un poco adaptarse a su nueva vida estadounidense, a la inmersión en el marco teórico anglosajón y su ritmo de trabajo. Chicago era frío y ventoso, las calles se helaban y se llenaban de nieve sucia en invierno. Nada que ver con su Cholula natal, o con su Madrid de adopción. Era otra ciudad y le ofrecía una vida extraña y ajena a la anterior. Al principio se sintió como los insectos que se metamorfoseaban y que con la transformación perdían su esencia. Pero la poesía volvió a ser su brújula, esa voz interior que la llamaba y estaba a su lado.

Antes de que pueda seguir el hilo de su pensamiento, un niño en patinete la sobresalta y está a punto de chocar con ella. Su padre, que trata de alcanzarlo por detrás, lo regaña a gritos y pide disculpas a Inés por el susto que le ha causado su hijo bajando a lo loco la calle que sube hacia el Museo Nacional de Ciencias Naturales. Hay otros niños que ocupan la acera a lo lejos, y ella decide cambiar el rumbo y aventurarse hacia allí. No ha vuelto a ese museo desde el año de la beca de residente, pero se ha acordado muchas veces de sus salas y de las confidencias y los paseos que daba con Agapito por aquel curioso lugar. La misteriosa taxidermia queriendo contener el instante eterno de los seres inmóviles. Todos los animales disecados parecían espiarlos desde sus vitrinas. «Nosotros estamos vivos aquí y ahora —solía decir Agapito mientras recorrían sus salas—, y ellos, que están muertos, nos hacen sentir que somos unos impostores en un tiempo que también se irá. ¿Te das cuenta, Inés, de lo insignificantes que somos y de que todo está contenido en los ojos de cristal de estos bichos que nos miran?»

Cómo le gustaba recordar a ese Agapito de frases enigmáticas que quería ser un gran escritor y siempre estaba dispuesto a acompañarla a cualquier museo. «Estos lugares dan muchas ideas», solía repetir. Y el Museo de Ciencias, tan cercano, tan fácil de recorrer, era casi una parada obligatoria los días largos en los que salían un rato a la calle para despejarse. En realidad, se escapaban de la habitación para meterse en el túnel del tiempo. Mientras se desliza por la entrada del museo, Inés se emociona, «ya estoy en el túnel del tiempo», piensa, y mira los letreros. Hay una invitación para dar la vuelta al mundo, la está recibiendo una exposición que celebra el V centenario de la circunnavegación del globo de Magallanes y Elcano. El cartel con los detalles y las fechas está rodeado de un jolgorio infantil que le produce ternura. Al Agapito de entonces le hubiera gustado toparse en uno de sus descansos con esta expedición donde el cronista Antonio Pigaffeta fue anotando todo tipo de detalles de los animales desconocidos que iban encontrando. Una época de animales desconocidos, como lo era ahora su antiguo y lejano amigo, un perfecto desconocido.

¡Con la ilusión que le había hecho descubrir que la universidad tenía un pequeño museo de ciencias naturales! Inés se emocionó al llegar a Milwaukee, en agosto de 2010, y ver que el singular edificio con columnas blancas que estaba justo enfrente de su despacho albergaba un reducido museo de la taxidermia. No era como el de Madrid, ni mucho menos, pero era un modesto museo de historia natural fundado a mediados del XIX que aguantaba con mucha dignidad en el centro del campus. Tenía sobre todo aves

disecadas, incluso un bellissimo ciclorama panorámico de una lejana atalaya del Pacífico llena de pájaros que visitó con frecuencia en los meses que redactaba la farragosa propuesta del programa. En esas absurdas y solitarias horas redactando planes de financiación y la estructura pedagógica del máster, el sonido grabado de los albatros, las gaviotas y las olas de un lejano mar le daban ánimos. Se aburría en el despacho y hacía el mismo ritual que en los tiempos de becario en la Residencia: se iba al museo a contemplar la mirada vidriosa de los animales.

El pequeño museo del campus de Milwaukee no tuvo el mismo efecto en el recién llegado Agapito. A él ya no le gustaba salir a pasear y detenerse a contemplar las vitrinas, todo le sobrepasaba, y los esfuerzos de su amiga por reproducir momentos de una vida anterior le irritaban.

—Perdona, Inés, pero con las clases y todo el trabajo que tenemos no estoy de humor para ir al museíto de los bichos, mejor bajo a tomar un yogur helado de esos tan ricos, así desconecto.

—Te encantaban esos bichos.

—Eso era en otra vida, ahora no tengo tiempo para esas cosas.

Agapito se aficionó al yogur helado que vendían en una tienda abierta todo el año a dos manzanas del edificio donde estaban los despachos y las aulas. Le gustaba servírselo él directamente, apretando la palanca de la máquina, y decorar la superficie de esa especie de churro cremoso con anises de colores y pedacitos de chocolate. El yogur helado y el cambio de nombre vinieron de la mano, como si la mudanza a un nuevo territorio tuviera que estar marcada por otros hábitos y costumbres. Trató de explicarle a Inés que lo de Agapito sonaba ridículo en inglés y que quería ser Luso para siempre.

—A los americanos les cuesta pronunciar Agapito, lo mejor es que usemos Luso. Estamos en una nueva época, Inés, hay que pasar página con el año que tanto te gusta recordar.

—Fue un año tan lindo.

—Ya, pero hace mucho tiempo...

—A mí me parece que fue ayer..., y me emociona tanto que estés aquí, Agapito.

—Inés, por favor, Luso, mejor que todos me llaméis Luso.

—Pero siempre has sido Agapito.

—Hace veinte años, Inés, hace veinte años.

—Yo siempre te he llamado Agapito.

—Sí, y no me importaba, pero ahora es distinto, estamos en el ámbito profesional y verdaderamente suena fatal cómo pronuncian mi nombre. Al fin

y al cabo, firmo mis libros como Luso y estoy aquí como escritor, pues dejemos al escritor Luso que se haga con Milwaukee, ¿no te parece?

«¡Qué remedio!», pensó Inés contrariada. El Agapito del año madrileño y el del intercambio epistolar era más luminoso que la versión americana que tenía delante. Milwaukee lo estaba estresando, lo había vuelto frío y nervioso. Sentía que no tenían la confianza de antaño, como si al renombrarse Luso frente a ella se hubiera perdido parte de la frescura que había abonado esa amistad de décadas.

Inés come en un restaurante cerca del museo, descansa una hora en la habitación para amortiguar el rastro de *jet-lag* que le queda, se da una ducha y se encamina hacia la casa de María. De la Residencia de Estudiantes a la calle Amor de Dios hay un paseo muy agradable, primero bajando por la Castellana, una avenida grande que al ser domingo tiene pocos coches circulando. Luego llega a la plaza de Colón y sigue por Recoletos y el paseo del Prado hasta la plaza de las Cortes, y de allí a la calle de las Huertas. Qué bonito es Madrid, y qué agradable es poder caminar por las calles del corazón de la ciudad sintiéndose segura y a su aire.

Amor de Dios es una calle perpendicular a Huertas. A Inés le gusta que el archivo de aquel intelectual del 27 esté en una calle llamada Amor de Dios. Su hermano Sergio le ha comentado que al parecer Joaquín Amigo había sido el más místico de aquel grupo. Ella lo recuerda levemente de cuando leía bibliografía para su primera tesis. Un apellido tan original como Amigo le llamó la atención, ese sí que era un apellido con encanto.

El apartamento de María está en un edificio antiguo de techos altos, en un tercero sin ascensor. Es una casa estrecha de escaleras de madera empinadas con tramos de descansillo entre piso y piso, una barandilla negra de hierro forjado y ventanales que dan a un patio interior. María, una mujer alta y sonriente de melena rubia, abre la puerta antes de que a Inés le dé tiempo a llamar al timbre. A ella le gusta su calidez y se siente inmediatamente bienvenida a aquel hogar que huele a una delicada y relajante mezcla de azahar con lavanda.

María la invita a tomar una infusión y conversan en la cocina sobre las universidades estadounidenses y la vida de los investigadores. María está ahora a cargo del legado del abuelo y no sabe bien cuál debe ser el mejor destino de todas aquellas cosas. Son cinco hermanos y todos se tienen que poner de acuerdo. Al parecer, los padres de María habían tenido varios

estudiosos examinando parte de aquellos materiales para completar libros e investigaciones sobre personalidades de la generación del 27, pero esas publicaciones académicas todavía no han visto la luz después de muchos años. María va colocando los tres cajones de madera repletos de papeles sobre la mesa baja del salón que acompaña al tresillo.

—He intentado ordenarlos un poco. Al menos encontré las cartas de Lorca y las cosas de Luis Rosales. Esta carpeta está llena de revistas y otros documentos...

En aquel primer encuentro Inés se da cuenta de que el archivo familiar de Joaquín Amigo es muy original y tiene cosas valiosísimas, como tres cartas de Federico García Lorca, una postal de Lorca y Dalí, revistas originales, cartas y poemas manuscritos del poeta Luis Rosales, además de una extensa correspondencia con otras personalidades de la época y muchos otros documentos de enorme interés. Se sorprende de que todavía no estén en ninguna colección de alguna fundación o biblioteca.

—Tal vez me puedas ayudar a buscar el mejor lugar para todo esto —dice María.

—Estoy segura de que en la colección de la biblioteca de Harvard lo querrán y pueden pagarlo. Yo creo que Milwaukee no tiene presupuesto para adquirir toda esta colección.

—¿Te parece tan valioso?

—Las cartas de Federico García Lorca están cotizadísimas en el mercado de subastas. Además, estas que tienes parece que son largas. —Inés mira emocionada el trazo del poeta y las hojas que María conserva delicadamente en unas fundas plásticas.

—Son inéditas. Un profesor de Granada planeaba sacarlas en un libro, pero lleva quince años de retraso. Es una pena, mi madre y su hermano tenían mucha ilusión por ver esa publicación y el sesudo estudio donde las analizaría en profundidad y hablaría de la vida de mi abuelo, pero nada, todavía no ha salido.

A Inés le entran ganas de volverse especialista en Lorca solo para sumergirse en esas cartas y hacer el estudio en profundidad que se ha quedado atascado. ¿Cómo alguien que tenía a su disposición este archivo y semejantes materiales inéditos podía haberse rezagado de ese modo?

—Hay otro investigador, un catedrático de sociología, pero se dedica a la obra de Enrique Gómez Arboleya, que también se hizo amigo de mi abuelo.

Inés piensa que tiene mucho trabajo por delante y probablemente las tres semanas no serán suficientes. Debe repasar muchos de los nombres que María

le menciona para intentar catalogarlos de una manera práctica. Se maravilla de tener a su disposición todos esos papeles de Joaquín Amigo. Cuando solicitó la ayuda para quedarse a investigar el archivo familiar lo hizo de forma mecánica, buscando una excusa para retrasar su regreso a Milwaukee, poder quedarse en Madrid un tiempo y notar en sus pies la fuerza de la gravedad, como diría su hermano Sergio.

Pese a sus buenas intenciones y al impulso energético de la mañana al despertar, temía volver a caer en el agujero negro, lamentándose de su suerte una y otra vez, de sus decepciones y sus angustias. Pero aquellos tres cajones llenos de los papeles de Joaquín Amigo son un tesoro emocionante, son la vida de un hombre que ha vivido un siglo atrás y se abre a ella, se esparce sobre la mesa en forma de cartas y notas. Inés siente un vértigo extraño: que su propia existencia sumida en la desgana y el pensamiento obsesivo solo tendrá sentido si se asoma a escuchar la vida de Joaquín Amigo. Siente que el agujero negro se cierra: al poder deslizarse por la vida de otra persona, podrá olvidarse de su propia vida. Las escenas tenebrosas y absurdas que se repiten en su mente, la traición de un amigo y sus siniestras aristas no pueden seguir colapsando su pensamiento, el mundo de Joaquín Amigo, de un Amigo con mayúscula, está allí observándola desde el trazo de todas sus cartas y anotaciones, acompañándola junto a su nieta. El murmullo de otras voces que existieron en otro tiempo la está esperando. Es el momento de transformarse en otra Inés, de desprenderse de la sufrida piel de los recuerdos que la asfixian y sumergirse llena de gratitud en el archivo de Joaquín Amigo.

Ay, Luisico, Luisico

Inés ha pasado parte de la mañana y toda la tarde del lunes en casa de María mirando papeles, tratando de interpretar la vida de Joaquín Amigo, entregada al destello de energía que proyectan. Ha sido una jornada intensa llena de muchas caligrafías, documentos impresos y sensaciones melancólicas de otra época. Ya se ha metido en la cama, ni siquiera ha tenido ganas de cenar, el descubrimiento del archivo de Joaquín Amigo y conocer a su nieta María la ha sacado del territorio circular de sus propias obsesiones. Lleva día y medio, y el universo inesperado al que se está asomando le hace sentir el palpito de una urgencia que difumina todo lo demás. Es ahora la pulsión de Joaquín Amigo y su mundo lo que la desvela.

En los ratos que ha podido conversar con María, esta le ha regalado recuerdos familiares donde invoca a su abuela y el dolor de lo que significa tener que guardar los recuerdos del amor de su vida en una caja.

—Mi abuela Rosario metió todo en una caja grande que puso en el altillo del armario de su dormitorio. En la casa de la Guindalera mandó construir una librería doble para tener todos los libros del abuelo juntos.

Inés imaginó una pared llena de libros cobijando a la abuela de María. Una muralla de libros que pudiera contener la tristeza de la ausencia de su Joaquín. Los lomos de los libros que tantas veces él había tocado seguramente dejaban un rastro invisible que la reconfortaba.

—La abuela cerró la caja con todas las cartas y sus papeles personales, y los poemas manuscritos de los amigos y las cosas de la revista *gallo* mientras ella viviese. Lo había guardado todo y no quería que nadie viera lo que la caja custodiaba. De los investigadores de entonces, fueron a visitarla el historiador irlandés Ian Gibson y el poeta Félix Grande —continuó explicando María—. Gibson estaba trabajando en la biografía de Lorca y Félix Grande, en un ensayo sobre Luis Rosales y su amistad con Lorca. Ese libro, que creo que se titula *La calumnia*, no lo tengo, pero el de Gibson está en la estantería.

María le muestra a Inés el grueso volumen con la foto de un Lorca jovencísimo. Es el libro que abarca el periodo desde que nace en Fuente

Vaqueros en 1898 hasta que viaja a Nueva York en 1929.

—Mi abuelo había sido muy amigo de ambos, de Lorca desde la adolescencia, y a Luis Rosales, que era unos diez años más joven que ellos, lo ayudó muchísimo convenciendo a su padre para que le dejara ir a estudiar Filología en Madrid en 1932.

Entre los papeles del abuelo de María hay varios cuadernos de poemas manuscritos de Rosales y algunas cartas. El poeta Luis Rosales, según le cuenta María a Inés, había seguido en contacto estrecho con la familia porque se hizo amigo del tío Primitivo, el hermano menor de la abuela Rosario, médico especialista en salud pública, que era un gran amante del flamenco y la cultura y organizaba reuniones, fiestas y tertulias con escritores y artistas en su casa de Madrid.

—Mi abuela estaba disgustada con el poeta Luis Rosales. Al parecer le pidió prestados unos papeles de Lorca de mi abuelo y por más que le rogó nunca se los devolvió.

—¿Saben lo que eran? —preguntó Inés con curiosidad.

—Seguramente poemas manuscritos y algunos dibujos. Mi abuela siempre suspiraba con tristeza y decía «Ay, Luisico, Luisico», y luego se quedaba en silencio.

Inés conoce ese tipo de silencio, el de quien nombra a alguien y luego se calla, saboreando la decepción que el nombre de esa persona deja tras de sí. Pensar en el disgusto de la abuela de María la está desvelando. ¿Por qué se llevaría el poeta Luis Rosales los papeles de Lorca que tenía Joaquín Amigo? Le parece cruel que nunca se los devolviera a su viuda Rosario, y que, además, eludiese el tema cuando ella se los pedía las veces que coincidían en casa de Primitivo. No devolvérselos era faltarle el respeto a ella y a su amigo Joaquín. ¿Qué serían exactamente aquellos papeles? Lo que estaba claro era que el desencuentro con Rosales había sido determinante para que Rosario metiese todo lo de Joaquín en una caja y se negara a abrirla. Inés piensa que tiene que buscar el ensayo de Félix Grande para ver qué cuenta sobre cómo era Luis Rosales y la relación con Joaquín Amigo. Es una pena que Félix Grande haya fallecido, porque seguramente tendría algunas anécdotas de sus visitas a la casa de Rosario y quizá supiera algo de esos papeles de Lorca a Joaquín Amigo que nunca se devolvieron. Ahora a Inés solo le queda tratar de localizar a Ian Gibson y preguntarle qué recuerda de sus visitas a la casa de Rosario.

«Ay, Luisico, Luisico», piensa Inés. «¿Qué fue lo que te llevaste? ¿Con qué excusa entraste en la casa de Rosario? ¿Por qué consideraste que eras tú

el que tenía que quedarse con esos papeles?» El desvelo se mezcla con una irritación que la acalora y siente el ultraje a Rosario como propio. Toda la vida de Rosario llena de silencios, arropada por los libros de la biblioteca de Joaquín, abrazada al recuerdo del amor arrebatado con violencia y saña. ¿Por qué Luis Rosales no empatizaba con aquella mujer? Inés imagina que habría mucho de la sociedad machista de la época. Tal vez Rosales creyó que los papeles con anotaciones literarias de Lorca estaban mejor con él, que la viuda de Joaquín no entendía realmente lo valiosos que eran esos documentos, y que era a él a quien correspondía reivindicar la memoria del poeta granadino.

En ese momento Inés piensa que quizá quede algún rastro de aquel préstamo. Si Luis Rosales se los llevó de la casa de Rosario, tuvo que inventar una excusa convincente. Se incorpora, enciende la luz de la mesilla y comienza a hacer una búsqueda en internet con su teléfono. No tarda en dar con la respuesta. En 1949 Luis Rosales publica siete poemas y dos dibujos inéditos de Lorca en los *Cuadernos Hispanoamericanos*, una revista de crítica literaria fundada el año anterior, de la que Rosales fue secretario de redacción y director, y que en cierto modo era la respuesta a la revista *Cuadernos Americanos*, que habían fundado en México los escritores republicanos del exilio.

Inés ve claro que Luis Rosales quería reivindicar a Lorca, y lo tenía siempre presente porque no pudo impedir que apresaran a su amigo en su propia casa familiar. Federico se había refugiado al comienzo de la guerra en casa de los Rosales pensando que, como Luis y sus hermanos eran falangistas, harían la vista gorda. Inés imagina que para Rosales tenía que ser importante que la voz viva del poeta asesinado formara parte de las páginas de la revista, y sabía que Joaquín Amigo, gran lector y confidente, poseía originales de la primera época del poeta. De ese tiempo anterior a que Lorca fuera el Lorca que todos conocemos.

Federico había nacido en 1898 y Joaquín en 1899, y eran amigos de Granada desde la adolescencia. María le mostró orgullosa la primera edición de *Impresiones y paisajes*, firmada por Lorca en 1918 y con una bonita dedicatoria manuscrita a su abuelo. En esos años, un Federico ilusionado y primerizo tenía que haber compartido muchas confidencias y poemas con su amigo Joaquín. «Y qué casualidad —piensa Inés— que entre los poemas que publica Luis Rosales hay uno manuscrito del 7 de mayo de 1918 titulado “La oración de las rosas”». Rosales contextualiza brevemente los poemas, pero no dice de dónde los ha sacado. Los seis primeros, titulados «La suite de los espejos», eran de un libro inédito compuesto antes del *Poema del cante jondo*.

Inés calcula que serán de 1920, porque el *Poema del cante jondo* es de 1921, aunque se publica en el 31. Pero «La oración de las rosas», según indica el propio Rosales, probablemente sea la primera composición poética de Lorca.

A Inés la hipótesis de que estos poemas y dibujos sean los originales que le regaló Federico a Joaquín, y que luego le prestó Rosario a Luis, le encaja perfectamente. Además, en sus notas del día estaban las palabras que Federico había escrito en la primera edición de *Impresiones y paisajes*: «A mi querido amigo Joaquín, que tiene una gran ansia de cosas románticas. Cariñosamente. Federico. Hoy día 11 de mayo de 1918». Inés quiere creer que ese día en el que Federico le escribe esa afectuosa dedicatoria también le regala el poema manuscrito con «La oración de las rosas», fechado tres días antes. El poema, de largo aliento, es juvenil y apasionado, y describe las rosas como flores exuberantes que lo conectan todo con el ansia y la pulsión de la existencia. Las rosas son el guiño que arropa el deseo de los románticos.

A la mexicana le resulta extraño que Luis Rosales publique unos poemas y dibujos sin contextualizar su origen. Ni Federico ni Joaquín están vivos para explicar la historia detrás de aquel regalo que le hizo el poeta a su amigo Joaquín en mayo de 1918. A finales de la década de los cuarenta, publicar los textos de Lorca en la revista literaria que pretendía ser el nuevo referente intelectual del momento era una forma de celebrar al poeta desaparecido. A Luis Rosales le pesan las dos muertes, los dos asesinatos. Lorca y Amigo habían sido ejecutados al comenzar la guerra, dieciocho años después de aquellos días efervescentes en los que Federico celebraba con Joaquín la publicación de su primer libro, el que sería su único libro en prosa, lleno de paisajes y sensaciones melancólicas.

Inés busca una copia de *Impresiones y paisajes* en el archivo digital de la Biblioteca Nacional. Está escaneada, como la que ha visto dedicada y firmada por Federico a Joaquín en la casa de su nieta María. Abre el libro en la pantalla del teléfono y lo mira por encima pasando las hojas con el dedo. Lorca medita, Lorca visita pueblos y ciudades, reflexiona sobre la historia, sobre los monumentos y edificios, sobre la fe. Le llama la atención que en la página 18 las reflexiones de Lorca se detengan a contemplar el paisaje rural y evoquen la envidia fratricida: «Por todas partes hay angustia, aridez, pobreza y fuerza... y pasar campos y campos, todos rojos, todos amasados con una sangre que tiene de Abel y Caín...».

En algún lugar perdido están los cuerpos de Federico y Joaquín, ambos asesinados con nueve días de diferencia en agosto de 1936. Lorca el 18 y Amigo el 27. Ellos dos eran de la estirpe del bueno de Abel; sus asesinos,

aunque pertenecieran a bandos opuestos, de la de Caín. Ahora estaban todos muertos, Federico, Joaquín, Rosario y Luis, pero ese día María había invocado la memoria de su abuela porque Luis Rosales nunca devolvió unas cosas que eran un regalo de un amigo a otro amigo. El recuerdo de dos vidas que en 1918 celebraban un primer libro y el compromiso con la poesía y la amistad. Federico aplaudía que Joaquín quisiera enamorarse, y le regaló «La oración de las rosas».

Casi un año después, el 23 de marzo de 1919, Joaquín formalizará su relación con Rosario, y durante años le regalará rosas con notas enamoradas que ella guardará, dobladas con las flores dentro, en una cajita de cartón azul. Esa misma mañana Inés ha abierto la cajita y las ha descubierto, fascinada con la esencia que todavía desprende el amor de Joaquín.

Las rosas de Lorca.

Las espinas de Rosales.

Las lágrimas de Rosario:

«Ay, Luisico, Luisico».

El efecto mariposa

Inés despierta con el teléfono móvil entre las sábanas clavándosele en el costado. Se había quedado dormida con el archivo abierto de la primera edición escaneada de *Impresiones y paisajes* de Lorca y todavía siente el pálpito de sus teorías insomnes. Se da una ducha y baja a desayunar. Mientras camina por el pasillo, ve en una de las mesitas auxiliares de las zonas comunes, donde suele haber revistas, periódicos y catálogos para entretener a los residentes, una edición de la poesía completa de Federico García Lorca. La cubierta es una fotografía de la cara de un joven Lorca mirando fijamente a la cámara sujetándose con la mano la barbilla. Inés se detiene, coge el grueso volumen y lo hojea. Nadie lo ha perdido, forma parte del reclamo de lectura de uno de los rinconcitos del pasillo junto a un gran ventanal. Inés siente que ese libro la estaba esperando y se lo lleva para leerlo con calma mientras desayuna. Está manoseado, se nota que ha sido abierto por muchas manos. Es una edición del año 2013, busca en el índice señales que la ayuden a apuntalar su teoría de la noche anterior. Revisa varias veces el grueso tomo de 827 páginas, le extraña ver que allí no esté recogido «La oración de las rosas», el que según Luis Rosales era uno de los primeros poemas. Inés busca en el archivo de su teléfono el documento escaneado de la vieja revista con los siete poemas y los dos dibujos inéditos de Lorca publicados por Rosales hace ya siete décadas. Por otra parte, el poema «Rayos», que aparece como número 4, tampoco está recogido en la edición completa, ni en el apartado de los descartados. Es un brevísimo poema de tres versos:

Todo es abanico.

Hermano: abre los brazos.

Dios es el punto.

Inés se sonríe al leer el texto de la contracubierta del volumen que presume de recoger toda la producción poética de Lorca. El último verso le da la clave secreta de sus intuiciones: «Dios es el punto», y debe volver a la calle Amor de Dios a buscar más respuestas. Mientras tanto, decide tomar prestado

el libro hasta que vuelva a Milwaukee y busque en la biblioteca otras ediciones que tal vez contengan «La oración de las rosas» y «Rayos».

Cuando sube a la habitación a lavarse los dientes y recoger sus cosas para ir a casa de María, vuelve a echar otro vistazo al libro. Pasa las páginas como si fuera un abanico, abriéndolas con delicadeza y acariciándose el rostro con el aire que desprenden las hojas en movimiento. Huele a muchas manos, a sudor invisible de ojos curiosos. A aliento y saliva de huéspedes que quizá se quedaron varios días alojados y se distrajerón encontrando versos al azar. Y ese mismo azar de páginas abiertas le hace toparse con el poema «Dos marinos en la orilla», que está dedicado a Joaquín Amigo. Inés lo lee en voz alta varias veces, tiene dos partes que terminan en un mismo verso: «Mira al agua».

«¿Son Federico y Joaquín los dos marinos en la orilla que miran al agua?» Inés recoge su bolso y su cuaderno de notas y baja por la cuesta, caminando a buen ritmo hacia la Castellana. Andar deprisa la ayuda a aclararse la mente. ¿Tenía sentido todo lo que estaba pensando? Encontrar la noche anterior en internet las páginas de los poemas inéditos de Lorca de hace setenta años y luego por la mañana las poesías completas en la mesita auxiliar del pasillo cerca de su habitación lo siente como señales que refuerzan su extraña corazonada. Ha pasado solo dos días viendo los documentos que custodiaba la nieta de Joaquín Amigo y su cabeza parece querer llevarla hacia un misterio imposible de resolver. La voz de María recordando la pena silenciosa de su abuela ha activado en Inés una genuina curiosidad sobre todo aquel asunto de los papeles de Lorca que tenía Joaquín Amigo y que Luis Rosales no devolvió a su viuda Rosario.

Inés camina dando largas zancadas desde la Residencia hacia la casa de María mientras trata de pensar en una forma coherente de afrontar la nueva jornada. Casi todo está en tres grandes cajones de madera de una cómoda antigua. María, que a su vez arrastra el dolor de haber perdido hace pocos meses a sus padres, se siente desbordada por todos aquellos materiales que están tratando de ordenar. Ya tiene suficiente con digerir el luto de su reciente y terrible pérdida, por lo que Inés piensa que no debe distraerla con conjeturas de iluminada insomne. Ha ido al archivo para examinar el material y ver sus posibilidades académicas, y ayudar a la familia Amigo a buscar un destino apropiado para todas esas cosas. Lo que tiene que hacer es empezar a contactar con los colegas bibliotecarios de las grandes bibliotecas estadounidenses que conoce, para activar el interés y ver quién puede adquirir la colección. No se puede detener en ese recuerdo personal de María, que en

realidad no la lleva a ningún sitio. Fantasear con las cosas de Lorca que pertenecían a Amigo y se quedó Rosales hace más de setenta años no es la mejor forma de organizar el hilo mental de las semanas de investigación que tiene por delante. Debe ser metódica y clasificar todo lo que vea, y por ahora simplemente hacer resúmenes de materiales para facilitar la catalogación completa y encauzar los trazos para futuros proyectos de investigación más minuciosos.

En los dos primeros días había tenido muy claro que se podía escribir un estudio fascinante sobre el propio Amigo y la época que le tocó vivir, y se está desviando. En los tres cajones de madera está la España que Inés solo intuyó levemente en su primera tesis doctoral. Atascarse en la intuición que le sugiere un recuerdo triste no es lo apropiado. Sin embargo, tampoco tiene por qué ser tan estricta. Es decir, es libre de pensar lo que quiera y tal vez no podrá escribir un artículo académico que demuestre su corazonada insomne, pero al menos sí podrá elaborar su conjetura en la cabeza y tratar de darle una respuesta a ese misterio. Cuando llega a casa de María tiene claro que le toca seguir el rastro al poeta Luis Rosales y ver si es capaz de elaborar una hipótesis que al menos pueda darle una respuesta a la nieta de Amigo.

María abre la puerta apresurada, tiene que salir a hacer bastantes recados, pero le deja a Inés la casa para que pueda trabajar tranquila.

—Confío en ti. Allí tienes los tres cajones, esta vez no puedo acompañarte. Tómate tu tiempo para ir mirando lo que contienen.

—Agradezco muchísimo la confianza —dice Inés sintiendo emoción, pues María le está abriendo su casa.

—Mi hermano Santi dice que tu hermano Sergio es fabuloso y que está seguro de que tú también lo eres.

Inés piensa en su hermano, amigo del hermano de María, y se alegra de que esa amistad providencial permita que ella pueda estar en la casa a solas con los papeles. Sergio e Inés son muy diferentes. A él le gusta estar siempre rodeado de gente, las fiestas y las risas. Tiene un gran sentido del humor, es familiar y muy fantasioso. Colecciona cómics de superhéroes y es un fan obsesionado con la saga de Star Wars, la de Matrix o la de Star Trek. Tendría que ser él quien viviera en Estados Unidos, porque está impregnado de sus ficciones y, aunque sea adulto, las sigue manteniendo con excéntrica lealtad. Es de los que si pudiera se iría a la Comic-Con de San Diego todos los años disfrazado de Jedi con un sable láser que cambia de color, como el de Luke Skywalker. Incluso físicamente no se parecen en nada, él es rubio, con los ojos azules y la cara redondeada. Tiene un aire al director de cine y guionista

mexicano Guillermo del Toro, y como le encantan sus películas le divierte que se lo digan. Así aprovecha para divagar sobre su adaptación al cine del cómic *Hellboy* de Mike Mignola, o sobre lo increíble que fue *El laberinto del fauno* o lo bella que es *La forma del agua*.

—¿Todavía no has visto *La forma del agua*?

—No, Sergio, no he tenido tiempo.

—Ay, Inés, lo que te pierdes.

—Bueno, Sergio, no será para tanto.

—Es buenísima, es una historia de amor, ve a verla, hazme el favorcito.

Por aquel entonces, Inés ya se sentía muy sola e hizo caso a su hermano cuando terminaron de hablar por teléfono. Fue a la primera sesión de la tarde; no había nadie en la sala. Compró palomitas y una bebida de cola, y se sintió como la joven protagonista muda que limpia un siniestro laboratorio secreto donde investigan a un hombre anfibio. Inés se emocionó con la música y las escenas, con la trama desesperada de la mujer por salvar a aquel ser con branquias. Y quiso creer en la esperanzada idea de descubrir el amor en las vidas imposibles de dos seres perdidos. Le gustó muchísimo, aunque nunca se lo contó a su hermano, porque las llamadas se distanciaron y pasaron varios meses hasta que volvieron a hablar. Sergio la extrañaba y le mandaba mensajitos. Inés los leía y le respondía con un pulgar alzado y algún beso. «Ya platicaremos —le escribía—, cuando encuentre el tiempo». Pero no hacía nada por encontrarlo, se dejaba arrastrar por el oleaje revuelto de un profundo e inconfesable dolor. Llevaba años flotando en alta mar, rodeada de tiburones, consumida en la amargura del fracaso y la pena más secreta.

Lo primero que Inés hace en cuanto se despide de María es buscar las cosas del poeta Luis Rosales para tratar de dar sentido a las piezas del puzle que ha empezado a componer en su cabeza la noche anterior. En el tercer cajón hay muchos materiales de Rosales; afortunadamente, María ya los había localizado y los tiene juntos y etiquetados en una funda de plástico transparente. Va por partes, hay un cuaderno tamaño folio de los antiguos, negro de tapa dura y bordes de tela marrón. Pone DIARIO en letras mayúsculas y doradas sobre un fondo rojo enmarcado en una decoración de hojas también doradas. Las páginas están numeradas por la esquina superior derecha, y las hojas son de esas con líneas, una parte cuadriculada y los márgenes marcados en rojo y azul. Es el típico cuaderno que se usaba para llevar cuentas a comienzos del siglo xx, pero se ha transformado en un poemario manuscrito. En la primera página se puede ver que, con elaborada caligrafía, está dedicado a una mujer que tal vez fue su primer amor. En la

página 1, la cuidadosa caligrafía a mano dice: «Leed... Poesías de L Rosales Camacho» y está fechado en Granada el 1 de enero de 1927.

Inés comienza a leer con mucha curiosidad. El cuaderno parece querer imitar la estructura de un poemario y hay una serie de poemas titulada *Pensamientos*. Los cinco primeros versos dicen:

*Tronchadas las ilusiones
por falacias y egoísmos
al borde de hondos abismos
nos llevan nuestras pasiones
y acatamos sus ficciones*

Inés no puede evitar sorprenderse, parece que el poema le hable directamente a ella. Su temperamento apasionado la está llevando a construir una ficción sobre Rosario, la abuela de María, y su disgusto con Luis Rosales. La pasión por conocer, por saber los detalles sobre lo que sucedió, se mezcla con sus propias ilusiones, también tronchadas por las falacias y los egoísmos de su examigo Luso. Ella, al igual que el joven Luis Rosales de diecisiete años que escribió esos versos, ha bordeado hondos abismos, y en su propio caso no eran precisamente poéticos.

Inés deja de sonreír y su rostro pone un gesto grave. El diagnóstico de la tristeza es difícil de calibrar. Puedes reconocer lo que te duele en los recuerdos, en ciertos momentos que parecen anecdóticos, pero condensan una oscura sensación de desamparo enfermizo. A la tensión que le ocasionaba el distanciamiento con su amigo Agapito se sumaba cruzarse con él cada día transformado en Luso. El español quería reinventarse, ser otra persona, y la mexicana notaba claramente como la rechazaba, como construía su propio círculo de amigos entre los compañeros y ella estaba fuera. Inés empezó a presentir que esas señales frías escondían realidades inquietantes. Luso en Milwaukee no jugaba limpio, le incomodaban las reglas, y a Inés le aterraba que algo saliera mal.

Ella no era su guardiana, y había mirado hacia otro lado. Pero ahora le mortificaba haber ignorado esa penetrante oscuridad por la que su antiguo amigo se había deslizado. Inés lo había protegido firmando un pacto de silencio. Un hermético acuerdo para que no le pasara nada a su amigo, aunque se hubiera comportado como un «pinche cabrón» y sus actos desembocasen en el caos y el horror.

—Profesora, necesito hablar con usted sobre un tema de suma importancia —le había dicho un día Erasmo, un talentoso estudiante salvadoreño del máster que quería escribir crónica e investigaba a fondo la guerra civil de su país, en la que sus padres habían desaparecido en manos de un escuadrón de la muerte. El chico, que había crecido con unos tíos entre México y Suiza, estaba profundamente marcado por la tragedia de El Salvador y a Inés le daba mucha pena y ternura su presencia. Creía ver sobre los hombros del muchacho la herencia invisible del espanto que habían vivido sus mayores y de alguna forma sus fantasmas lo acompañaban.

En su mirada de aquel día había una extraña condensación de sentimientos nuevos que Inés no supo traducir y que la inquietaron.

—Pasa y toma asiento. ¿Qué sucede?

—No sé bien la mejor manera de decirlo, pero no quiero estar en el taller del profesor Luso. Usted me tiene que sacar de la clase.

—¿Cómo? ¿Sacarle? —Inés se asustó, la plaza de su amigo todavía no estaba consolidada y la expresión de rabia del estudiante tenía muy mala pinta.

—No quiero volver a pisar su taller, se está acostando con mi novia.

Así fue como Inés descubrió la intensa vida nocturna de Milwaukee condensada en la calle ancha de los tres bares cerca de la universidad donde salían a beber los estudiantes graduados y algunos profesores. Al parecer, todo se mezclaba en un ambiente festivo de libaciones que terminaba en tórridos encuentros sexuales.

—¡La cagaste! ¿Cómo se te ocurre acostarte con la novia de uno de tus estudiantes? —le recriminó furiosa Inés a su amigo.

—Para empezar, no son novios, el tonto del chaval piensa que por dormir varias veces con una tipa ya son novios. Y para continuar, la tipa no es del departamento, es americana, está con los de creativa de inglés y no tiene nada que ver con nuestro programa.

—¡Es la chava de Erasmo!

—Joder, que te he dicho que no, que follaron cinco o seis veces y el otro ya se piensa que es suya. Es que es idiota, no sé para qué ha ido a verte a ti montando el numerito con esos celos salpicándome a mí.

—Está en tu taller, no mames, ¿cómo no va a sentirse humillado? Le bajaste a la chava.

—Venga, hombre, menudo drama, si aquí todo el mundo folla con todo el mundo y resulta que yo soy el malo.

—¿Cómo que todo el mundo?

—Thomas, que es un viejo, por si no lo sabías, se ha liado con una de las nuevas instructoras de portugués, y aquí nadie dice nada. Si nos apuramos, hasta podría ser su abuelo... El hombre no pierde el tiempo.

—Creo que eres un pendejo y que debes comprender el asunto. Tengo una queja formal de uno de tus alumnos porque según él te robaste a la novia. Furioso, como es lógico, aprovechó para comentar que también te gustan las alumnitas de tus talleres, con las que tienes una relación muy especial. ¿Entendiste? Con quienes se acuesten los demás ahorita mismo me vale madres.

—No, no, eso que insinúa Erasmo es mentira, yo sé distinguir. Y a las alumnas de nuestro programa no las tocamos.

—Huy, qué pinche alivio —respondió la mexicana con sarcasmo.

Inés tuvo que saltarse algunas reglas para proteger a su amigo. Sacó a Erasmo del taller y le dio la opción de que lo terminara con ella en encuentros semanales de trabajo pactados en su despacho. Como Inés, aparte de poeta, estudiaba cine testimonial latinoamericano, no quedó extraño que fuera ella y no Luso la que estuviera en el comité de tesis del muchacho siendo el proyecto una crónica. Al terminar el semestre, Inés le pidió a Luso que le pusiera la máxima nota a Erasmo en su acta, ya que ella era la que daba fe de que había completado bien el curso de su amigo. Nadie comentó nada, ningún alumno preguntó por la ausencia del compañero, el tenso episodio quedaba en una simple anécdota, pero Inés sabía que todo lo que había hecho para encubrir a su amigo estaba mal.

Convenció a Erasmo para que la queja no prosperara y no se lo dijera a nadie más. Le hizo creer que siendo alumno extranjero todo el asunto al final le perjudicaría; además, su novia no era alumna de Luso. Y respecto a lo que insinuaba sobre las compañeras del taller, necesitaba que fueran ellas quienes elevaran una queja, y las chicas no parecían disconformes con el escritor español. Era mejor pasar página, olvidar el asunto y no medirse con el profesor. Erasmo lo aceptó de mala gana, pero al no tener que ir al taller de Luso comprendió que al menos se habían cumplido parte de sus deseos, aunque nunca se le fueron las ganas de golpearlo por lo que consideró una honda humillación. Empezó a beber demasiado, acumulando en cada trago una rabia secreta que lo distanciaba del resto de sus compañeros. Pero Erasmo no bebía solo porque el profesor del taller le hubiera robado a su novia, sino que además traía un equipaje de desarraigo y de fantasmas aterradores que se fueron haciendo cada vez más grandes con los tragos.

El día antes de la graduación, cuando Erasmo ya había defendido su proyecto y solo le quedaba recoger el diploma y hacer la lectura pública junto a los otros estudiantes escritores, sucedió lo inesperado. Fue temprano al Racoon Tail, uno de los bares que solían frecuentar los estudiantes graduados y se lo bebió todo como si no hubiera un mañana. Como si su despedida de Milwaukee fuera una gran borrachera de bilis con whisky.

Era un jueves al anochecer de mediados de mayo y ya empezaba a notarse el calor húmedo en el ambiente por la proximidad al lago. Inés salía tarde de estar en su despacho con el papeleo de las nuevas admisiones para el siguiente curso. Vio a Erasmo caminar solo por la calle dando tumbos cerca de donde ella tenía su coche aparcado.

—Profesora —balbuceó el muchacho con voz gangosa—, qué alegría verla.

A Inés le asustó su estado de embriaguez, con la ropa sucia y caminando descalzo de un zapato.

—Estás muy tomado, si te ve la policía así te llevan preso.

—¡Qué más da!

—Erasmo, mañana terminas. ¿Dónde están tus compañeros?

La calle estaba oscura y vacía.

—¡Que se mueran mis compañeros, que son unos hijos de la gran puta!

—¿Dónde vives?

El muchacho se puso a vomitar y salpicó a Inés en las sandalias y el bajo del vaporoso vestido que había estrenado para celebrar el final del curso.

«Ay, no mames», pensó la mexicana viendo con desagrado las salpicaduras. Se había quedado tarde para solucionar asuntos del trabajo e irse tranquila a casa y tenía frente a ella a uno de sus estudiantes en un estado lamentable. Se sintió apenada y responsable por ser precisamente Erasmo y todo lo que había sucedido con su novia.

—Lusoz es un cabrón —dijo con mucha rabia.

—¿Todavía andas ardido con eso?, ahorita ya da igual. —Inés trató de quitarle importancia.

—No, no da igual. Yo estaba enamorado de Gladys, no da igual.

—Ni modo, ¿dónde tienes la casa? —respondió Inés resolutiva—. ¿Está cerca? Deja que te ayude.

Inés cogió a Erasmo por la cintura y fue cargándolo sobre su hombro, ayudándole a caminar en línea recta hasta llegar al lugar que el muchacho le indicó que era su casa. Estaba en una especie de sótano con ventanucos junto a un caserón antiguo que habían subdividido en pequeños apartamentos para

estudiantes. Buscó las llaves en el bolsillo del pantalón del chico y abrió la puerta. El apartamento era un simple cuarto con un colchón en el centro haciendo de camastro y una mesa de trabajo arrimada a la pared de los ventanucos. Al fondo había una cocina y un pequeño baño oscuro. «Qué lugar más tétrico —pensó Inés—, tan sórdido como las crónicas que escribe y los libros que lee sobre el espanto de la guerra en su país».

Quiso dejarlo tumbado en la especie de camastro del centro de la habitación y, al agacharse para depositarlo sobre el colchón, él reaccionó y tiró de ella. Lo demás pasó demasiado deprisa. Al recordarlo Inés se estremece con pánico. Todavía nota el peso de Erasmo sobre su espalda, tiene al muchacho montado encima de ella, es fuerte y la inmoviliza. Sabe dónde agarrar, la sujeta bien, tira de sus bragas para abajo y le abre las nalgas.

—No, no, no... —acertó a balbucear la pobre Inés, perpleja ante lo que estaba sucediendo.

El chico se bajó el pantalón y buscó con su miembro húmedo y fuertemente empalmado la vulva cerrada de la mexicana, que intentaba juntar las nalgas. El ansia caliente y la rabia sobrepasaron a Erasmo, que la penetró analmente como si quisiera poseerla transformándola en el cuerpo mismo del muchacho enfebrecido. El dolor que Inés sintió fue más allá del miedo o la incredulidad. Sintió como si la atravesara un palo y creyó perder el sentido. El chico se agitó varias veces con fuerza hasta alcanzar el orgasmo. Y luego se quedó dentro apretándola con los brazos.

—Disculpe, profesora, le ruego por favor que me perdone. —Erasmo se puso a llorar como un niño desesperado mientras seguía dentro de Inés.

—Sal, Erasmo, que esto duele mucho.

El muchacho sacó su verga manchada de semen, sangre y excrementos, y se limpió la mano en las sábanas. Inés se dio la vuelta y contempló a su agresor, no daba crédito a lo que había ocurrido. Estaba en estado de *shock*.

Erasmo la miró con horror, dándose cuenta de la gravedad de lo que acababa de hacer.

—Lo lamento, profesora, no sé qué me ha pasado. Soy un hijo de puta, soy un animal. Le juro que nunca en mi vida he hecho esto antes. —Y volvió a romper en sollozos.

Inés se preguntó si estaría soñando. Rogaba que todo eso fuera una pesadilla, pero le dolía demasiado el rastro que le había dejado la penetración anal y sabía que esa escena espantosa había sucedido, que la habían violado. Se recompuso y miró al estudiante con gesto severo.

—Erasmo, no vuelvas a tomar en lo que queda de tu chingada vida.

—Le juro que no. Perdóneme, por favor, perdóneme.

La mexicana se arregló el vestido, buscó su bolso, respiró profundo y salió a la calle. Cruzó el parque y fue caminando despacio hacia su coche. Le latía el corazón en la sien y sentía como si estuviera en un sueño. ¿Qué había sucedido? Llegó a su casa y se metió en la ducha. Al secarse buscó un poco de vaselina para aliviar el dolor de la agresión. Se metió en la cama y rompió a llorar con la misma rabia desesperada de Erasmo, su violador, y pensó con todas sus fuerzas que lo que acababa de pasar, que el abismo que había vivido, nunca había sucedido.

Al día siguiente, durante la lectura pública de los estudiantes escritores en el auditorio, Inés y Erasmo no se miraron a la cara ni una sola vez. A ella le dolía al sentarse y estaba furiosa consigo misma por haber dejado que algo así le pasara. El muchacho no daba crédito a lo que había hecho, miraba al suelo y juraba por Dios y por los cuerpos torturados y desaparecidos de sus padres que nunca más tocaría el alcohol.

La lectura de los estudiantes del máster que se graduaban salió bien, y Luso se sintió cada vez más poderoso y cómodo en su papel de profesor escritor. Incluso se atrevió a sugerirle a Inés que no estuviera tan tensa mientras leía Erasmo, porque ese asunto de los ridículos celos del muchacho, al final, se había quedado en nada.

Fraternidad y duelo

Afortunadamente, la distancia y la casa de María con todos los papeles de su abuelo hacen que Inés se sienta otra persona. Su depresión y buena parte de sus miedos se alimentan de la energía exógena. Como si Milwaukee tuviese una radiactividad venenosa que la intoxicara y le nublase la vista, y estar en Madrid fuera la mejor terapia para racionalizar todo lo vivido.

Inés quiere entender la amistad entre Rosales y Amigo, dar sentido a la anécdota de los suspiros de Rosario. Tal vez porque en ese lamento desvalido ve la misma sustancia de su propia indefensión resignada. Entre las hojas del cuaderno aparece una pequeña tarjeta con bordes dentados, en los que están bellamente impresos los nombres de Joaquín Amigo Aguado y Rosario de la Quintana de Amigo. Es una tarjeta de las que se usaban a comienzos del siglo xx, donde la feliz pareja participa su enlace a sus amistades y ofrecen su casa, en Villa Gardenia, en la avenida Martínez Astein de Ronda. Ella interpreta la tarjeta como una señal de que tiene que seguir recomponiendo el puzle, pues la desdicha de Rosario merece una respuesta, aunque sea fruto de la pasión ficticia de Inés.

Esta empieza a pasar las páginas mecánicamente, los poemas se dispersan, muchos de ellos han envejecido bastante mal, pero dan una imagen muy precisa de los valores de la época en la que fueron escritos.

De pronto aparece un poema dedicado: «A la Redacción del Baluarte de Vanguardia gallo». Si el número 1 de la revista apareció en Granada en febrero de 1928, este cuaderno de Rosales que arranca con la fecha de enero de 1927 tiene materiales de más de un año. El poema es divertido e Inés ya se ha acostumbrado al trazo de la letra de Rosales, con las pes y las enes esbozadas como simples rayitas en forma de u:

*El renovarse o morir
la evolución de las cosas
exige normas honrosas
que miren al porvenir.*

*Sólo se podrá vivir
cultivando nuevos predios
sin inútiles asedios
nuestro proceder se explica
«pero el fin no justifica
la estupidez de los medios».*

Estaba claro que Luis Rosales quería ser poeta, y precisamente en 1928, con dieciocho años, ya le llamaba la atención lo que hacían los poetas e intelectuales del momento. Quería acercarse al grupo de los vanguardistas de Granada, esos jóvenes universitarios que, capitaneados por Lorca y Amigo, diseñaron una revista que reivindicaba las nuevas tendencias artísticas europeas. Que este cuaderno primerizo estuviera entre las cosas de Joaquín Amigo significaba que la amistad y la confianza había sido profunda. Tal vez las páginas arrancadas fueron poemas valiosos que Luis Rosales se llevó, una vez conocida la opinión de Joaquín Amigo sobre el manuscrito.

Falta demasiada información e Inés sigue buscando. Encuentra otros dos cuadernos de Rosales, muy pequeños y escritos a mano. Son negros y finos, y tienen como encuadernación dos grapas. Hay, además, unas hojas de cuaderno de media cuartilla que pretenden ser el borrador de un ensayo dramático y una carta en papel azul escrita desde Granada el 9 de agosto de 1934. Es una elegía que se le ha ocurrido al despertar y que quiere compartir con Joaquín. También está el cuadernillo impreso titulado *La Andalucía del llanto (Al margen del Romancero gitano)*, que publicó Cruz y Raya en Madrid en 1934. La dedicatoria indica la amistad que se había fraguado a lo largo de los años: «Al maestro Joaquín con una intención transcendental, ya en el borde del grito».

El ruido de la puerta sobresalta a Inés. Es María, que vuelve de sus recados. Entra en la cocina a dejar unas bolsas. El espacio de la cocina donde Inés se encuentra trabajando es de tipo americano y abierto al comedor.

—Sigue con tus cosas, no quiero distraerte —le dice la recién llegada mientras guarda algunos paquetes de comida en el frigorífico.

—La mañana se me ha pasado volando. —Inés mira el reloj y se da cuenta de que es casi la hora de comer—. Recojo todo y si es posible regreso por la tarde.

—No, no te preocupes, sigue trabajando, puedo preparar algo ligero y comemos en el sofá del salón. Veo que tienes muchas cosas.

María se acerca a mirar.

—Ese es el cuaderno grande de Luis Rosales.

—Sí, he estado leyendo sus poemas primerizos.

—Mi abuelo lo ayudó muchísimo. Él siempre ayudaba a todo el mundo, como mis padres, que también ayudaban a todo el que lo necesitase. —Los ojos de María se llenan de lágrimas y se tapa la boca con la mano.

—¿Te encuentras bien?

—Disculpa, es que ha sido una mañana muy complicada. Me duele tanto que ya no estén, pensar en todo lo que pasó...

Inés no sabe cómo reaccionar. María se sienta en una de las sillas del comedor y se pone a contemplar el cajón de madera mientras se desahoga.

—Todos estos papeles que quedaban de mi abuelo los traje hace tres semanas de casa de mis padres en un carrito de la compra, en un taxi. No quise que mis hermanos me ayudaran. Quería estar sola en la casa con los recuerdos. No me resigno a que mis padres ya no estén con nosotros.

De los ojos de María se empiezan a deslizar dos grandes lagrimones.

—Ahora la casa está en venta y quieren cerrar el trato a finales de noviembre. Pienso que todo esto es un sueño, llevo cuatro meses pensando que esto es un mal sueño. Este sábado se cumplirán cuatro meses del accidente y sigo sin creérmelo.

Inés la escucha con mucha atención, sabe que los padres de María murieron en verano, en un accidente de tráfico, pero no tiene ni idea de los tristes detalles. María continúa hablando:

—A mi madre le hubiera gustado mucho conocerte. Saber que una profesora de una universidad estadounidense estudiaría los papeles de su padre le habría encantado.

—Todo lo que hay aquí es muy valioso y muy interesante. Estoy tratando de darle un sentido a las anotaciones que hago, hay muchas cosas que ver y organizar.

—El año pasado por estas fechas estaban vivos y eran felices. Nadie te prepara para que un día desaparezcan de tu vida.

La tristeza de María se puede respirar, es la energía dolorosa de un profundo desconsuelo. A Inés le entran ganas de ponerse a llorar con ella.

—¿Te puedes creer que una chica con un Mercedes rojo iba distraída mirando al móvil y los embistió por detrás? Ahora la autopsia de mi madre dice que ella había muerto dos minutos antes de un derrame cerebral. En las fotos de la cámara ves a mi padre tranquilo al volante y mi madre dormida en su asiento de copiloto. Y luego el coche de esa inconsciente a toda velocidad.

—¿Tu madre tuvo un derrame dos minutos antes?

—Es lo que dice la autopsia. Los del seguro han querido utilizarlo para no hacerse responsables de nada, pero estaban las cámaras poco antes del choque y mi padre no se había dado cuenta. Conducía a la velocidad justa y con mucha prudencia, fue el Mercedes rojo de la chica el que se lo llevó por delante.

—Lo siento mucho, María.

—A veces pienso en cómo se habría sentido mi padre si no les hubiera embestido el Mercedes. Al llegar a casa se habría dado cuenta de que mi madre no estaba dormida, estaba muerta en el asiento.

—La vida es muy extraña.

—Eran amigos desde los trece años. Se pasaron toda la vida enamorados y se fueron de este mundo casi a la vez, mi padre agonizó tres días en el hospital. Al menos pudimos despedirnos de él.

—Qué bonito es poder pasar una vida enamorado de alguien. —Inés trata de consolar a María con la imagen de sus padres enamorados que acaba de evocar. Piensa que ella nunca ha sido capaz de enamorarse así. Sin embargo, sus padres siguen juntos y se quieren muchísimo. Si los dos murieran de esa forma tan fulminante, ella también estaría devastada.

—En los ratos que mi padre se despertaba solo preguntaba por su mujer. No nos atrevimos a contarle la verdad, que mi madre ya había muerto. Y ahora la casa está vacía y ellos ya no están.

—Tienen una hija que los recuerda con mucho amor. Tal vez en cierta forma están en esta casa junto a los papeles de tu abuelo.

—Gracias por ayudarme con todo esto.

—No, soy yo la que está agradecida con tus abuelos, con tus padres, contigo.

—Les echo tanto de menos...

—Me lo imagino.

María se seca las lágrimas con las manos, se incorpora y se va hacia la cocina.

—Voy a preparar algo, comemos y sigues trabajando.

—Solo si no soy una molestia.

—Al contrario, me anima mucho que estés aquí.

El duelo es un dolor extraño que aprisiona la garganta, es como si el paladar y el cuello estuvieran encerrados en un puño de aire denso. Inés ha comido pensando en la tristeza que reseca la garganta y el gesto de tragar la comida cuando te duele el corazón por la pena de la orfandad.

Al retomar la investigación después de comer con María se sobresalta, porque lo primero que encuentra es una carta de Luis Rosales dándole el pésame a Joaquín Amigo por la muerte de su padre. No tiene fecha, pero en ese momento Inés no quiere molestar a María con una pregunta sobre el año en el que murió su bisabuelo. Ella no sabe cuándo murió su propio bisabuelo, y se pregunta si en la casa de sus padres quedan papeles donde trazar el rastro de su historia familiar. Duda que María tenga la respuesta, y se imagina que en ese montón de papeles tal vez aparezcan otros pésames y alguno tenga la fecha. Lee la misiva con mucha atención; es un pésame en el que Rosales reflexiona sobre cómo le afecta a él saber que su amigo ha perdido a su padre, y le hace pensar en su propio padre, que es la persona que él más quiere en el mundo. No es fácil escribir un pésame y verse en el lugar del que sufre la pérdida. Rosales promete ofrecer su propia confesión, e incluso su comunión dominical, a la memoria del padre de Joaquín. A Inés ese gesto le resulta extraño, le llama la atención la muestra de afecto acompañada de un sentimiento religioso tan preciso. Rosales se dispone «a responder ante Dios» de su pasado, «confesaré y comulgaré el domingo por tu padre, que ha muerto».

Junto a la hoja del pésame hay una carta larga, de dieciocho páginas, de media cuartilla, cortadas a pulso con sus bordes rasgados. La carta está fechada entre el 14 y 15 de marzo de 1936; aunque la firma un tal Luis, no parece el mismo Luis de los cuadernos y apuntes. Son letras similares, pero la ele de su firma es diferente y está llena de dibujos que decoran los pequeños tachones. Inés compara las dos letras: las enes y las eses son también algo distintas, aunque la forma de escribir la letra t se parece mucho. Inés comienza a leerla, le gusta el tono, es de un amigo que se llama Luis y habla de la amistad, el agradecimiento y el cariño que siente por Joaquín. Está claro que no es Luis Rosales, que es otro amigo del mismo nombre muy cercano al compositor Manuel de Falla, al que menciona en varios pasajes.

Inés suspira. Transcribir esta carta tan interesante llevará tiempo, ahora simplemente hace una lectura superficial y anota algunos detalles. Hay muchas cartas, llenas de letras gemelas con sus matices redondeados y su trazo variable, dependiendo de la punta de la pluma y de la textura del papel. La tarde parece volverse inabarcable, contempla sobre la mesa el bosque de hojas tocadas por un aliento espectral que le asusta. Quizá porque la extensa epístola que va leyendo está datada en marzo del 36 y habla en presente de la «desbordante cálida fuerza» que habita en Joaquín, y lo define como un «espíritu henchido promisoriamente de Verdad y de Sentido» otorgándole a

la V y a la S unas mayúsculas que engrandecen los conceptos que representan. Es un murmullo inquietante, porque se imagina a Joaquín vivo leyéndola, juntando las letras como ella las junta para formar palabras que dan sentido a la emoción de un amigo que lo celebra. Ese amigo le confiesa a Joaquín que tiene un sentimiento en el que considera la Vida, que escribe con mayúscula, como una Lotería, que también escribe con mayúscula, y por eso la gasta pródiga y ciegamente. «Como ves», le dice, «buen tema de meditación este de la Lotería en relación con la Vida». Al final presagia sin saberlo la cercana muerte de Joaquín:

esta vida no es más que un cauce para la Otra. Todo conspira. Desde las estrellas hasta las montañas humildes y poderosas, todo conspira, todo es cauce secreto, hontanar quedo, susurro poderoso e incesante de este viaje inmenso hacia la Eternidad.

La jornada del investigador es laboriosa: acumular datos de forma objetiva, asociar unas ideas con otras más lejanas y tener mucha paciencia. Hay que preservar y organizar los materiales mientras se traza la geografía del pensamiento ajeno y se le da un sentido propio. Investigar es entender las distancias, los cambios, los matices de lo que perdura y lo que pasa. Ver el olvido, los amagos, los gestos y las equivocaciones. Inés sigue rastreando y encuentra un libro de Luis Rosales titulado *Un rostro en cada ola*. Hay una amable dedicatoria manuscrita que le devuelve a Rosario y al hilo del enigma sobre lo que sucedió entre ella y Rosales. El poeta parece que se esfuerza por mostrar su afecto y preservar la memoria de Joaquín. Inés anota en su cuaderno las palabras textuales de la dedicatoria de Rosales, escritas un 30 de abril de 1982:

A Rosario le dedico este libro donde he dejado constancia de mi deuda para siempre con Joaquín. Os sigo queriendo y os sigo necesitando.

Luis Rosales

Inés busca entre las páginas el guiño de Rosales a ese amigo que tanto dice querer y seguir necesitando, y lo encuentra en un poema titulado «La ronda de los amigos muertos».

Rosales poetiza la añoranza de un tiempo dichoso que se había borrado de cuajo y solo deja la evocación del amigo carismático: «Joaquín era tan generoso que tuvo fiebre alguna vez mirando al mar». Aquella imagen parece una alusión al poema de Lorca dedicado a Joaquín donde dos marinos en la orilla miraban al agua. Al describir a Joaquín, Rosales quiere regresar al

instante vivo de su existencia, dar forma a su rostro, modelar el busto de lo que fue. Inés copia algunos versos:

*y yo quisiera describirlo con aquel pelo fulvo, enmarañado y sortijón,
la cabeza rampante,
la nariz de tabique,
y aquel desmadre suyo de encontrarle sentido a todo, pues tenía don de
intimidad,
y a veces parecía que te hablaba por dentro,
despacio, muy despacio,
con un arrancamiento de vida tan profundo,
que sólo podía hablar vendando sus palabras.
No olvidaré a Joaquín.*

¿Cuál era la verdad que rodeaba a Luis Rosales? Celebraba a su amigo Joaquín, pero su viuda Rosario estaba al margen de toda admiración. Ella era apreciada en tanto formaba parte del universo sentimental de Joaquín, representaba la parte viva que evocaba una existencia familiar que no le permitieron disfrutar a Joaquín. Pero lo que añoraba Rosales era al amigo que le acompañaba y era su interlocutor, al Joaquín anterior a la responsabilidad de ser marido y padre.

Rosales estaba retratando a una especie de santo, el Joaquín humilde de los versos parecía un místico que arrojaba a sus amigos. Inés pasa las hojas del poemario sintiendo un extraño reposo. La amistad de Rosales parece sincera, aunque la pureza de sus versos es compatible con el capricho de llevarse los poemas inéditos y los dibujos de la casa de Rosario. En la última página está el lugar y la fecha en la que cerró la composición del poemario: «Cercedilla, agosto de 1980».

«¿Cercedilla? ¿De qué me suena Cercedilla?», piensa Inés al guardar el libro junto a los cuadernos de Rosales. «Claro, es el pueblo de Agapito». Su madre, que era viuda desde muy joven, vivía allí; él y su hermano Venancio habían crecido en Cercedilla. Inés fue una vez a visitarlo, en un viaje relámpago que hizo a España para un congreso de cine cuando estaba haciendo la tesis en Chicago, y conoció a la madre y al hermano fugazmente. Luego su madre murió, los dos hermanos lo pasaron muy mal, y encima su hermano Venancio, justo antes de que Agapito se fuera a Milwaukee a trabajar con ella, tuvo un accidente escalando y se quedó en coma. Por primera vez en mucho tiempo Inés siente una genuina lástima por el que fue

su gran amigo. En el fondo se ha quedado solo, su hermano no despertará. Tal vez tantas pérdidas lo convirtieron en Luso, en ese ser mezquino y ambicioso. Inés se da cuenta de que ya vuelven los pensamientos circulares. Es hora de recoger todos los papeles y dejar que María recupere su comedor, mañana empezará con la caja de las cartas de los amigos.

—Has trabajado un montón. ¿Quieres que te prepare una infusión? —La sonrisa cálida de María la devuelve a la armonía del presente.

—No, no te preocupes. ¿Mañana está bien que llegue a las diez?

—Vamos a hacer una cosa, si no estoy en casa le pides a Rodrigo o a Jesús, los de La Biotika, la tienda naturista de abajo, que te dejen las llaves. Ellos tienen una copia, les aviso de que vendrás y así vas a tu aire y no tenemos que preocuparnos de que esté yo.

—Muchas gracias, María. ¿Son los mismos del restaurante vegetariano de la esquina? —El día anterior Inés había comido allí y se había fijado en la tiendecita.

—Sí, son tres hermanos que llevan ambos negocios. Rodrigo y Jesús están siempre en la tienda, y cuando estoy de viaje me riegan las plantas.

El piso está lleno de plantas, pero Inés, abstraída en el archivo, no se ha fijado hasta que María lo menciona. Sin embargo, recuerda el restaurante y el sabor de la comida vegetariana.

—Ayer comí allí el menú del día y es delicioso.

—Pues son encantadores, ya les digo que vendrás estas semanas a mi casa y que seguramente alguna vez les pedirás las llaves. Organiza tus propios horarios y no te preocupes por mí.

Reencontrarse

Son poco más de la seis de la tarde y ya se nota la luz del crepúsculo afilando sus uñas otoñales en el borde de las aceras. Inés siente que la jornada ha sido muy estimulante. Todavía están las tiendas abiertas y va mirando el empedrado de la calle de las Huertas, decorado con citas literarias y alusiones a escritores. Justo en el tramo que hace esquina con la calle Amor de Dios hay una placa dedicada a Francisco de Quevedo y cuatro versos dorados en el pavimento que forman parte del primer cuarteto de un soneto:

*Miré los muros de la patria mía,
si un tiempo fuertes, ya desmoronados,
de la carrera de la edad cansados,
por quien caduca ya su valentía.*

¿Qué clase de mensaje está enviando el poeta del Siglo de Oro a sus ojos cansados, que miran con curiosidad las letras doradas? ¿Cuáles eran los muros de su patria? ¿Cuántos años suma ya su vida fuera de México? Más de media vida de nómada convirtiendo las bibliotecas y los archivos, los cines y los museos en su verdadero hogar. Si ella misma es su propia patria, ¿está tan cansada como Quevedo? Suspira, sus muros se han desmoronado, su proyecto de Milwaukee ya no le pertenece, toda su vida se la ha pasado queriendo construir cosas, tratando de integrarse en diferentes lugares. Al menos no le han arrebatado la vida como a Joaquín o a Federico. Se le hace extraño pensar en todas esas cartas, todas las emociones que se concentran en casa de María, emociones vivas de personas que ya no están. Sin embargo, al leer sus cartas y sus poemas se le aparecen en el comedor de la casa.

Baja la calle de las Huertas dando largas zancadas y llega en pocos minutos al Paseo del Prado, con su ritmo trepidante de coches y de personas que salen de trabajar y van en todas direcciones. La ciudad está animada con el bullicio de la vida de tanta gente terminando su jornada y la mexicana cruza la ancha avenida a la altura de la entrada norte del Jardín Botánico.

Siente que está en un Madrid en estado puro, en la arteria ancha del corazón y los pulmones de la gran urbe. La fachada sur del Museo del Prado saluda a Inés con su pequeña plaza y su monumento a Murillo. Todavía hay tiempo para seguir disfrutando del atardecer y decide encaminarse hacia la estación de Atocha para darse una vuelta por la Cuesta de Moyano y visitar la Feria de Libros permanente que hay allí. Son treinta casetas que lindan con la parte de atrás de la verja del Jardín Botánico y que tienen un enorme encanto, con sus expositores de madera donde uno puede encontrar todo tipo de libros: los nuevos, los de ocasión, los descatalogados o los antiguos. Solía visitar con frecuencia esas casetas en los años del doctorado madrileño porque allí estaban muchos de los libros que necesitaba.

Cuando llega a la Cuesta de Moyano ya ha oscurecido y algunas de las casetas están cerradas, pero todavía quedan varias abiertas con sus expositores llenos de libros y cubiertas de plástico transparente sujeto por pinzas para protegerlos de las inclemencias. Inés camina nostálgica rozando con los dedos la madera y los bordes de los libros, mirando de reojo las mercancías, los libros de diferentes tamaños y edades, envejecidos algunos y otros casi nuevos, esperando pacientes a un comprador que los reviva. Son semillas de árboles gigantescos que quieren crecer en la mente de los nuevos lectores que los encuentren.

Inés no da crédito a lo que ve. Allí, en la penúltima caseta abierta, junto a un grupo variado y heterogéneo de libros, hay un ejemplar de *La calumnia*, el libro sobre Luis Rosales que en 1987 publicó el poeta Félix Grande. Inés lo coge y busca nerviosa al librero, que está justo a su lado, recogiendo el expositor y plegando el plástico. El hombre se lo vende encantado.

—Has elegido bien, precisamente me llegó ayer en una caja de libros muy variada. ¿Necesitas bolsa?

—Tengo, no se preocupe.

A Inés le late el corazón secretamente emocionada por el hallazgo, la fuerza mágica de las extrañas casualidades, y mete el libro en su mochila junto a su cuaderno de notas. Siente que en el libro de Félix Grande encontrará respuestas. La jornada no ha terminado, pero no le importa: la adrenalina de toparse precisamente con el libro sobre Luis Rosales en el que sale Joaquín Amigo le ha borrado el cansancio del día. Los desvelos del investigador académico están llenos de sensaciones placenteras y pasa rápidamente por donde la estatua de Pío Baroja, hacia el semáforo que cruza hasta una de las puertas de entrada laterales del Retiro, la que da a la misteriosa estatua del Ángel Caído. En ese lado de la calle toma el autobús

19, que recién llega y tiene el recorrido más conveniente, pues sube por Alfonso XII y la deja en Velázquez, a la altura de López de Hoyos. Inés quiere llegar cuanto antes a la Residencia de Estudiantes y empezar a leer.

En el autobús se sienta en una de las filas del fondo, junto a la ventana, y comienza a hojear el libro; es de tapa dura con sobrecubierta de papel blanco y está bastante cuidado, aunque tiene marcas en los bordes. Lee en la contracubierta el resumen, donde se indica que el autor ha querido reconstruir los últimos días de Lorca y reflexionar sobre la idea de LA CALUMNIA; lo ponen con mayúsculas, y la definen como una enfermedad civil, un cáncer intelectual y una falsificación del lenguaje. Es un libro dedicado a la exculpación de Rosales en la muerte de su amigo Lorca, pero también tiene una sección donde aparece, según le ha contado María, su abuelo Joaquín Amigo.

Inés mira las hojas finales dedicadas a las fotografías y hay una de Rosario, la viuda de Amigo, con la poeta Francisca Aguirre, fechada el 17 de septiembre de 1986. «Claro», piensa Inés, «ese debió de ser el día que Félix Grande fue a ver a Rosario y le acompañó su mujer Paca». Hay además una foto del Tajo de Ronda y otra de la dedicatoria que le hizo Lorca a Joaquín en su primer libro. Rosario no les debió de mostrar el contenido de la caja clausurada; seguramente la dedicatoria del libro fue lo único que les enseñó.

Inés ya está subiendo el último tramo de la cuesta que rodea el jardín y los edificios gemelos. Mira el reloj, ya no le queda nada para llegar a la habitación y todavía tiene un rato, podrá leer algunas páginas antes de bajar a cenar.

—No me lo puedo creer, Inés Sánchez Cruz, ¿qué haces aquí?

Un hombre grueso con el pelo recogido en una coleta y barba con perilla recortada saca a Inés de sus pensamientos. Ella lo mira fijamente, es un rostro familiar distorsionado por la luz tenue de las bombillas que iluminan la calle. Él sigue hablando con voz jubilosa:

—Es increíble, sabía que eras tú. He visto tu silueta a lo lejos, he pensado en ti y has aparecido. Esa forma que tienes de andar es inconfundible y estás igual que siempre.

El hombre abraza a Inés y en ese momento el olor peculiar de colonia con sudor lo delata.

—¿Sabino? Sabino Viñuela.

—El mismo, mi querida Malinche. El conquistador que te amó desde el primer día que apareciste como una diosa por este santo lugar.

—Carajo, cuántos años sin verte, no te había reconocido. —Inés lo mira con sorpresa y curiosidad—. Has cambiado un poco.

—Con esta barba y esta melena me parezco más a Hernán Cortés, ¿verdad?

—Subiste algunos kilos, me costó reconocerte.

—Eso ha sido la vida monacal, me la paso visitando catedrales, tocando música sacra por toda Centroeuropa. Soy el espíritu de Bach remasterizado y con veinte kilos de más. Tú en cambio, Malinche mía, estás preciosa. ¿Cuál es tu secreto?

Hacía muchísimo que no la llamaban Malinche. El año que se conocieron en la Residencia de Estudiantes Sabino acababa de leer *El laberinto de la soledad* de Octavio Paz y estaba entusiasmado con el capítulo titulado «Los hijos de la Malinche», donde el poeta mexicano desarrollaba su teoría sobre la existencia simbólica de la mujer como madre y traidora. Sabino, en cuanto tuvo confianza con Inés, la bautizó con el nombre que le daban los mexicanos a la primera mujer intérprete de la historia.

—Pobre Malinche, los mexicanos la culpan de traición y lo único que hizo fue sobrevivir, tratar de salir adelante. Tuvo que ser muy carismática —continuaba reflexionando entonces el joven Sabino con veinte kilos menos—, había sido vendida como esclava y luego regalada, no tenía ninguna oportunidad en un mundo que veía a las mujeres como objetos, porque unos y otros las trataban igual de mal, ¿no? Se las arregló para convertirse en leyenda y ser alguien importante en la historia de los hombres. ¡Con lo que debió de ser aquella época, esa mujer es mi heroína!

Inés sonreía escuchando la argumentación de Sabino.

—Yo no soy experto en temas latinoamericanos, pero esa mujer me ha impresionado mucho, como tú, Inés. Mira que las celebraciones del Quinto Centenario del año pasado me han dado lo mismo —Sabino se refería a las conmemoraciones de los quinientos años del descubrimiento de América, que habían llenado por aquel entonces la agenda cultural española de congresos y todo tipo de eventos temáticos—, pero esta coincidencia de conocerte, de que seas mexicana y yo estar leyendo el libro de Paz tiene que significar algo, ¿no?

—No lo sé.

—México debe de ser un gran país con mujeres así de fabulosas.

A Sabino le gustaba Inés y a Inés le hacía gracia la forma en la que al principio trataba de cortejarla. Pobre Sabino, con los momentos tan gratos que le hizo vivir, se había olvidado de él y de su peculiar olor a colonia para bebés

mezclado con la testosterona sudorosa. Sabino Viñuela había sido el becario compositor y musicólogo, amante de los órganos de todas las iglesias, que se había ido a la Universidad Estatal de Música y Artes Escénicas de Stuttgart tras las huellas del organista de catedrales Karl Ludwig Gerok.

—¿No vivías en Alemania?

—De allí vengo precisamente. ¿Y tú no estabas en Milwaukee con Agapito?

—Estoy temporalmente en Madrid investigando los documentos de un archivo familiar hasta fin de mes.

—Yo en un congreso internacional de organistas y expertos en música sacra hasta el domingo. Es increíble, Inés, parece que el tiempo no ha pasado, estás idéntica.

—Sabes que eso no es cierto, Sabino, ha pasado un cuarto de siglo.

—Sí, pero las musas te concedieron el don de la eterna juventud. ¿Sigues siendo poeta?

—Claro, y precisamente presenté mi poesía reunida la semana pasada aquí.

—Qué pena que me lo perdí. Guardo como oro en paño el poemario que me regalaste, *El azar de los espejos*, no me olvido del título. En las noches de insomnio lo releo y recuerdo los buenos tiempos que pasamos. Me sé de memoria algunos versos:

*Dale el don de la vida a los espejos,
en su reflejo se concentra
la naturaleza plena
del que los mira sin verse.*

—Nunca dejas de sorprenderme, Sabino. Te acuerdas de mis versos primerizos.

—Aunque sea un impresentable y perdiéramos el contacto, no te he olvidado, mi adorada Malinche, estás en el corazón palpitante del año más feliz de mi vida.

—Me alegra tanto verte. Figúrate que al llegar aquí unos días atrás me acordé de la primera cena y estábamos también con Agapito.

—Agapito, a ese nunca le he perdido la pista, pero desde que emigró contigo a Estados Unidos anda un poco extraño. Tenemos que quedar y ponernos al día. Yo tengo ahora una cena, pero mañana vacío por ti mi agenda y te entrego mi alma.

—¿El alma?

—Los organistas somos muy espirituales.

—¿A qué hora?

—¿Te viene bien a las siete?

—¿Cenar a las siete no es un poco temprano para ustedes?

—Tomamos primero un picoteo y luego cenamos, necesitamos algo de tiempo para ponernos al día.

—Va, nos encontramos acá pues.

Inés ya veía al viejo amigo con el que pasó tan buenos ratos. Había engordado, pero bajo esa capa de grasa de hombre maduro estaban los mismos ojos brillantes y la misma sonrisa, exactamente la misma energía llena de una calidez cercana que acompaña a las confidencias de otro tiempo.

—Te esperaré en el banco de piedra que hace la curva del murete. Donde nos liábamos Agapito y yo los cigarrillos. ¿Te acuerdas?

—Claro, lo que menos me gustaba de ustedes era que fumasen.

Qué injusta había sido su memoria con Sabino, pensaba Inés mientras abría la puerta de su habitación. Quizá el haberse implicado sentimentalmente con él, dejándose llevar por la naturalidad de dos cuerpos que se atraían y sencillamente querían pasar el rato sin comprometerse, fomentó ese descuido. Sabino e Inés se quisieron mucho, pero fueron discretos y no presumieron de sus pasiones secretas. Les gustaba visitarse a hurtadillas por las noches, compartir caricias y besos, desearse sin equipaje, sin las obligaciones del futuro. Sabino había sido el que en aquella época la hizo reír y disfrutar de su cuerpo, y sin embargo Agapito fue el amigo que al final le había dejado una huella profunda y permanente. La amistad de Agapito, por afinidad profesional, por ser los dos escritores, por compartir las mismas ambiciones, era la que había cuajado con los años y se volvió constante en el tiempo. Hay grandes amigos que aparecen en determinados momentos y solo se quedan en un tramo de la vida, y otros que van modelando nuestras biografías y duran muchos años.

Inés pensó que podría escribir un tratado sobre la amistad y todos esos matices que construyen los perfiles tan variados de los amigos. El año que estaba terminando la primera tesis de becaria en la Residencia de Estudiantes no le preocupaba realmente el rumbo concreto de su vida. Disfrutaba del momento con Sabino porque sus cuerpos se atraían y se reían mucho juntos. Pero era con Agapito con el que se pasaba las horas hablando de literatura, tenían muchas afinidades intelectuales e intereses comunes. Querían ser escritores reconocidos, se sentían creadores y consideraban el horizonte

universitario como una posibilidad profesional. Luego Inés se marchó a Chicago, pero Agapito y ella se preocuparon por conservar la comunicación y reencontrarse si alguna vez ella visitaba España. A Agapito le gustaba estar en contacto con sus amigos, y también había mantenido una relación muy estrecha con Sabino. Solía ir a verlo a Alemania gracias a esos billetes de avión económicos que ofrecen las compañías aéreas de bajo coste como reclamo. Agapito escribía a buen ritmo y eso lo tenía animado, pues priorizaba los reconocimientos de su literatura a cualquiera otra cosa, aunque no perdía de vista el lado académico y establecía contactos con universidades privadas, encadenando contratos de profesor adjunto. Esperaba, como muchos otros, una plaza de profesor ayudante en Madrid que nunca llegó.

Inés sube las escaleras con gesto risueño y con ganas de que ya sea la tarde del día siguiente para ver otra vez a Sabino. Los años lo han agrandado, pero es en esencia el mismo, y ella se alegra de que el azar le haya hecho ese regalo, un reencuentro inesperado que la llena de alegría.

La calumnia

Lo primero que hace Inés al llegar a la habitación es descalzarse. Va al baño, se lava las manos, la cara y los dientes. Es un ritual de limpieza que le refresca y la centra en sus propósitos mientras se mira en el espejo. Se cepilla suavemente el pelo y lo recoge en una trenza para estar más cómoda. Luego abre el portátil y repasa los correos electrónicos desde Milwaukee, contesta los que le parecen más urgentes y se sienta a leer un rato el libro de Félix Grande. Encontrarse con Sabino ha sido un curioso paréntesis al que mañana volverá, pero ahora tiene que viajar al tiempo de Rosario y Joaquín, seguirle la pista a Luis Rosales y tratar de dar sentido al misterio de los papeles que nunca devolvió. El libro la atrapa, es un texto biográfico y lleno de referencias personales que comienza en el momento en que avisan a Félix Grande de que Luis Rosales ha sufrido una trombosis cerebral. Aunque se irá recuperando lentamente, tendrá problemas para hablar. Eso hace que Grande le dé vueltas a la idea de que Rosales siempre debería tener a alguien que hable por él, y se erige como su portavoz. Luego el texto se sumerge en el tema de las dos Españas y de cómo Grande quiere escribir contra ese «demonio» de una sociedad dividida y enfrentada. Cree que lo que él denomina «el caso Luis Rosales» puede, e Inés subraya con lápiz la idea, contribuir al esfuerzo de que los españoles de su tiempo cicatricen sus heridas y contemplen el futuro colectivo con una nueva confianza.

Félix Grande conoció a Luis Rosales una noche de septiembre de 1960, recuerda que caminaron juntos por las calles hablando de la libertad. Para Grande, esas horas fueron fundamentales en su vida. La amistad y confianza entre ambos se fue consolidando y eso hizo que Grande reflexionara sobre la prevención que tuvo contra Rosales antes de conocerlo porque había «oído y creído» que este era cómplice del asesinato de Lorca. Tiempo después se demostró que era una calumnia, pero en esa época circulaba la idea de que era un falangista sanguinario. Casi veinticinco años después, en la década de los ochenta, cuando Grande escribe el ensayo, contempla la profunda relación que ha tenido con Rosales y todos los cambios que se han sucedido: el

franquismo ha muerto y está ante una democracia que define como «joven y extraordinariamente hermosa».

Hay un detalle que le llama a Inés la atención: para argumentar a favor de Rosales, Félix Grande menciona al poeta chileno Pablo Neruda y reproduce una breve carta que mandó en 1972 desde París para el número de homenaje que le hacen a Rosales en los *Cuadernos Hispanoamericanos*. Inés se detiene en las primeras líneas:

¿Qué decir de Luis Rosales a quien conocí naranjo, recién florido en aquellos años treinta, y que ahora es grave poeta, exacto definido, señor de idioma?

En una oración interrogativa retórica llena de metáforas, el poeta chileno sintetiza la evolución de una vida. Inés se sonríe y elabora sus propias oraciones interrogativas retóricas, a la manera de Neruda:

¿Qué decir de Sabino Viñuela, a quien conocí delgado y juguetón, amante aprendiendo a amar en aquellos años noventa, y que ahora es grueso organista, esplendoroso señor de catedrales que respiran, murmuran y gritan a través de sus infinitos tubos?

Luego piensa en Agapito y se siente incómoda, su trazo no sería tan luminoso:

¿Qué decir de Agapito Luso Pescader, a quien conocí brillante y cercano, lleno de proyectos, gran amigo en aquellos años noventa, y que ahora es un cínico adulador y un arrastrado, un exacto mezquino, un señor oscuro que cruzó el océano Atlántico y se transformó en un pinche traidor?

¿Qué estaba haciendo? Se había prometido borrar los pensamientos rencorosos y obsesivos. No podía seguir atascada en el barrizal de las cosas absurdas que habían pasado en los últimos cinco años. Al menos estaba viva y podía contarlos, no como el pobre Thomas Carroll, convertido en cenizas y esparcido por sus bares favoritos de la ciudad de Milwaukee. Thomas dejó escrita una carta a sus hijas que ellas habían compartido en internet, en el que con gran sentido del humor les pedía regresar transformado en cenizas a las puertas de los bares, bodegas y restaurantes donde tan buenos ratos había pasado. El hombre parecía reconciliarse con la ciudad en esa peculiar petición y dividía sus restos entre los bares y el lago Michigan, que baña la ciudad.

Si a ella le tocaba morir antes de tiempo, como le había pasado al pobre Thomas, nada de quedarse esparcida por Milwaukee, nada de incineración, el fuego la aterraba. Inés quería que la enterrasen en el panteón familiar del cementerio de Cholula y que la fueran a visitar sus familiares en las celebraciones de todos los muertos. Pensó entonces que pondrían su

fotografía en un altarcito junto a las calaveras de azúcar y las flores de papel de colores. ¿Cuál era la mejor foto para un altar? Sin duda, alguna de las de su primera juventud, llenas de buenos recuerdos, esas que todavía se tenían que revelar en la tienda. Le gustaba la textura de las viejas fotografías y lo que escondían esas miradas cuidadosas de los que en ellas aparecían, porque se lo jugaban todo a un solo posado. Esas fotografías se parecían al tiempo mismo de la vida, no eran las infinitas repeticiones que se hacían ahora con los teléfonos móviles conectados a las redes sociales. Inés detestaba los selfis, las exhibiciones públicas de algunas personas que lo compartían todo en cualquier momento, aunque ella misma pecaba de curiosa y los seguía en secreto. Así confirmó que Luso y otros profesores seguían de fiesta con los estudiantes graduados y compartían brindis idiotas en sus cocinas a altas horas de la madrugada. «Hay que ser menso», pensaba Inés, estaban avisados de que eso era cruzar la línea roja, pero debían de estar tan animosos y borrachos que no se daban cuenta de que estaban posando con sus estudiantes mostrando un aspecto beodo y ridículo, con el brillo del sudor sobre sus calvas. La diferencia de edad entre ellos y las sonrisas de los estudiantes que abrazaban sobre los hombros alzando el vaso de whisky era patética. Ser escritor no concedía prórrogas ante la vejez y el deterioro, solo los roqueros o los actores parecían hacer pactos consistentes con el diablo pagando fortunas por terapias de rejuvenecimiento. La edad en los escritores se hacía evidente cuanto más querían disimularla posando rodeados de jóvenes.

La decepción de las traiciones que fue descubriendo en Milwaukee la acorralaron. Inés se sorprendía rememorando escenas de su propia irracionalidad cuando sentía que estaba luchando por una gran causa, su causa, la causa que daba sentido a su existencia en Milwaukee y a todas las renunciaciones que hizo al mudarse allí. John, su pareja de entonces en el anterior *college*, no quiso seguirla y luego ella misma no tuvo ni tiempo ni energía para meterse en otra relación. Al final se había pasado más de ocho años arrastrando soledad en favor de su vida profesional, para que todo quedara en nada. A veces se mandaba algún correo cariñoso con su antiguo novio, pese a que John había rehecho su vida en cinco minutos, se había casado, tenía dos niñas pequeñas y era ya catedrático de filosofía en el *college*. Ella, en cambio, le había regalado al proyecto de Milwaukee el segundo tramo de su década de los cuarenta, la oportunidad de ser madre y el último aliento de juventud. Tenía cincuenta y tres años, y, por más que Sabino dijera que estaba igual que cuando se conocieron, ella reconocía los síntomas de la menopausia en su

cuerpo, con sus menstruaciones casi ausentes, los sudores nocturnos y las absurdas noches de insomnio con sensaciones de ráfagas de frío y calor que la desazonaban. Qué rápido se le había pasado ese trecho de vida fértil, la verdadera juventud de las mujeres condensada en la triste sensación de que en su caso estaba finiquitada, y con ello el camino interior de otras vidas posibles.

No envidiaba el devenir de John ni su paternidad, seguramente si se hubiera quedado en el *college* habrían roto igual porque eran muy diferentes, pero no estaría tan erosionada mentalmente y se habría animado a empezar otras relaciones. Milwaukee había supuesto un parón afectivo sorprendente; elegir el proyecto del máster conllevó un esfuerzo absoluto, una especie de renuncia monacal a cualquier otro propósito existencial que no fueran los talleres y el nuevo programa. Tal vez por eso se había trastornado y había reaccionado tan mal a las mentiras, a las manipulaciones y al narcisismo de Luso.

El impacto de su vida laboral, con sus inesperadas ramificaciones de dolor, fue tan tóxico que le llevó al extremo de fantasear con la idea de la muerte. No quería reconocer los efectos devastadores de la violación y se fue encerrando en el interior de su culpa y de su rabia. Pensó en suicidarse tirándose al lago Michigan, montando en uno de esos barcos para turistas que hacían rutas lago adentro. Lanzarse uno de esos días de frío extremo, cuando estuvieran en una zona de oleaje, porque el gran lago era como un mar picado de olas densas. Hacerlo con discreción, en un instante en el que nadie se diera cuenta de su salto al vacío, llevar mucha ropa para que el peso de la tela la hundiera rápidamente y quedase inerte en el fondo y que tardasen meses en dar con ella. Fue una fantasía recurrente que, sin embargo, no se atrevió a compartir con su terapeuta de la universidad, pues le hubiese costado que la encerraran. En Estados Unidos no se andan con tonterías, y a la primera alusión al suicidio ya le mandan a uno al hospital psiquiátrico a hacer una cura de sueño. Una parte de Inés sabía que los pensamientos suicidas se tenían que quedar escondidos, verbalizarlos hubiera sido su derrota definitiva. Tampoco contó nunca la escena del daño que le infligió Erasmo, enloquecido y beodo. Era como si al negarla en sus recuerdos la agresión nunca hubiera pasado. Se esforzaba por olvidar la violación y trasladaba toda su rabia a Luso.

La imagen de ese salto al lago helado la devuelve al cuarto de la Residencia de Estudiantes y al libro que tiene en las manos. Está buscando a Joaquín Amigo y a Lorca, rastreando entre los pensamientos de Félix Grande

y la defensa a ultranza que hace de Luis Rosales. Milwaukee queda lejos, el lago Michigan es una minúscula mancha azul que se diluye en las letras azules de la cubierta del libro. Inés regresa a la lectura. El ensayo quiere dejar claro que Luis Rosales no era un falangista y que no fue culpa suya que mataran a su amigo. Inés sigue leyendo sobre la familia Rosales, la cronología de los días de Lorca en la casa de su amigo Luis y los detalles angustiosos de su detención.

Félix Grande recoge palabras textuales de Luis Rosales describiendo su relación con Joaquín Amigo. Al parecer, Joaquín se sintió conmovido por el primer recital que dio Rosales en Granada en 1930 y se presentó en su casa con el deseo de conocerle. A Joaquín Amigo le interesaba apoyar el talento de los jóvenes, y ese gesto amable hace que Inés recuerde esos momentos en los que ella buscaba jóvenes escritores llenos de posibilidades para su programa de maestría. Durante las jornadas, conferencias o festivales, Inés siempre estaba pendiente de descubrir voces con potencial a las que convencer para que se fueran a Milwaukee a cursar el máster en escritura creativa.

Luis Rosales le cuenta a Félix Grande la admiración que sentía Lorca por Amigo, y luego lamenta que tanto uno como el otro fueran asesinados al comienzo de la guerra por bandos opuestos. Rosales enfatiza como Amigo fue «precipitado desde lo alto del Tajo de Ronda». Inés busca entre las fotos del final la del Tajo de Ronda que le llamó la atención en el autobús unas horas atrás. Aunque la reproducción fotográfica sea pequeña, se hace una idea de la altura y piensa en la desesperación de Rosario al contemplar esa imagen. En la misma página, en la mitad superior, también está la fotografía de un paraje cercano a la Fuente de las Lágrimas, donde fusilaron a Lorca. Las fotos en blanco y negro contienen el instante de las dos muertes, el dolor de la página se equilibra con la reproducción de la dedicatoria caligrafiada que en 1918 le hizo Lorca a Amigo en su primer libro *Impresiones y paisajes*, cuando el horror de sus destinos era inimaginable.

Inés sigue leyendo. Luis Rosales vuelve a ser el centro de la trama junto a Lorca, y van apareciendo numerosos datos contrastados sobre lo que sucedió en el verano del 36: Federico en casa de los Rosales; su arresto; la protesta de Luis Rosales en el Gobierno Civil por la detención de su amigo; la intervención de Manuel de Falla acompañado de Enrique Gómez Arboleya para tratar de salvarlo; escenas dolorosas y tensas que desembocan en la Fuente de las Lágrimas; su fusilamiento y la desaparición de su cuerpo enterrado en alguna de las fosas comunes que se abrieron por toda España. La prosa del texto es repetitiva con las imágenes, el tono es elegíaco y, tras la

muerte del poeta, comienza el interrogante de por qué los Rosales no pudieron salvar a Federico. La respuesta es compleja, y Félix Grande explica con detalle como el propio Luis Rosales se verá sumamente vulnerable y debilitado por haber protegido y cobijado a su amigo. Al final resulta que los Rosales no tenían tanto poder como pensaban... Las envidias, los enfrentamientos internos, hay muchos aspectos siniestros sobre la realidad granadina del momento, llena de odio y de todo tipo de prejuicios que afloraron de la peor forma y se llevaron por delante a Federico.

En la segunda parte del libro, titulada «Variaciones sobre la calumnia», se desarrollan teorías acerca del lenguaje de los calumniadores y el impacto de la calumnia en la sociedad. Se aúna el concepto de la calumnia con la tiranía, porque ambas erosionan la libertad. También se suman los ingredientes de la cobardía y la envidia, y la presencia de los encubridores que hacen posible que el rumor insidioso se transforme en delito. Son bastantes páginas teorizando sobre las dimensiones de la calumnia y lo que hay bajo una acusación o denuncia falsa. Inés ve como el texto disecciona la figura del calumniador y las comunidades que pueden ampararlo y propagar su engaño. En ese contexto, Félix Grande desgana el acoso a Luis Rosales y cómo, por defenderlo, él mismo había sido acusado de filofalangista y franquista. En cada dato sobre la vida de Rosales se van sumando aspectos que la maledicencia ha omitido. Es cierto que Luis Rosales había dirigido los *Cuadernos Hispanoamericanos*, publicación considerada en su momento afín al régimen, pero el poeta tendió la mano a los escritores del exilio y dimitió de la dirección de la revista cuando se publicó un trabajo en el que escribía sobre la muerte de Lorca y las autoridades franquistas retiraron la edición. El libro desemboca en una tercera parte en la que se reivindica a los historiadores y su esforzado trabajo en busca de la verdad. Va recogiendo momentos en que los silencios y las dudas han sostenido la calumnia contra Luis Rosales y lo que este ha padecido en sus viajes al escuchar como le llamaban asesino.

El asesinato de Lorca sucede cuando Rosales tiene veintiséis años. Desgraciadamente es Concha García Lorca, la hermana del poeta, la que, cuando van a buscarlo para detenerlo a la casa familiar, y bajo la presión de que se lleven al padre en su lugar y lo maltraten, informa con naturalidad de que su hermano Federico «ha ido a leer versos a casa de un amigo». Concha calculó mal el poder que tenía la familia de Luis Rosales, no contó con que entre los del otro bando podría haber luchas intestinas y que tal vez no eran infalibles. El drama será doble, porque también fusilarán a su marido, Manuel

Fernández-Montesinos, que había sido brevemente alcalde de Granada. La perplejidad y el dolor de la mujer debieron de ser infinitos. El mundo en el que vivían se había dado la vuelta, y su hermano y su esposo fueron borrados de la faz de la Tierra. La triste rutina de los fusilamientos convertida en el gesto de poder supremo en una nueva sociedad que arrancaba. Y en esa sociedad les tocó seguir viviendo a Luis Rosales y a ella.

Inés se acuerda de la tristeza de María por la mañana, pensando en sus padres y su reciente accidente de tráfico. Todo lo que lee parece querer formar parte de una misma amalgama de energía y dolor. El tiempo de las ilusiones se ha ido, las vidas cruzadas son un eco de voces distantes que terminan de forma abrupta.

Inés se da cuenta de que se le ha pasado la hora de bajar a cenar. Sumergida en la lectura, no ha notado que tiene la boca seca y que sus tripas murmuran. Casi es medianoche y bosteza, bebe un vaso de agua del grifo del lavabo y busca en su cartera una de las barras energéticas de frutos secos que suele guardar para emergencias. Mientras mastica la mezcla pastosa de avellanas con miel, por fin encuentra el dato que le encaja en la trama del desencuentro entre Rosario, la viuda de Amigo, y Luis Rosales. Es en la página 262, en la que Félix Grande confiesa que tuvo miedo muchas veces, pero que, desde agosto de 1984, sintió la necesidad de escribir el libro que Inés está leyendo esa noche del 12 de noviembre de 2019.

Félix Grande recuerda que a Luis Rosales lo llamaron «alguna vez, en público y a gritos, ¡asesino de García Lorca!». Inés piensa en cómo se debió de sentir Rosales al escuchar esos gritos acusatorios. Sucedió en un país latinoamericano que visitó junto a otros poetas españoles en 1948. Ese año es la pista que Inés necesita. Félix Grande interroga a su amigo: «¿Y por qué fuiste, Luis Rosales, a Hispanoamérica, viajando con dineros españoles administrados por una dictadura? ¿Con qué derecho, quién te manda aceptar ese tipo de viaje literario, cómo pudiste caer en esa trampa, de la que yo ahora no te voy a poder sacar?».

¿Qué le habría respondido Luis Rosales a Félix Grande? Tal vez que quería respirar, sacar la cabeza de aquella España del 48, que no se lo pensó dos veces y aceptó porque así podría ver a amigos queridos en el exilio. Que tenía treinta y ocho años y que todo había sido miseria desde los veintiséis, cuando mataron a sus dos grandes amigos y él no pudo impedirlo. Que estaba en un exilio interior espantoso arrastrando una pena abismal llena de fosas comunes y que su deseo de salir le hizo olvidar de dónde venían los fondos. ¿Qué hubiera hecho ella? Probablemente salir también de España e irse a

recitar poemas. ¿De dónde venía por ejemplo el dinero que financiaba su estancia investigadora en Madrid? ¿En qué mercado había invertido sus acciones el ricachón estadounidense que donaba a su institución y la financiaba a ella? Los mercados de la bolsa están llenos de empresas miserables que se lucran con el sufrimiento de los trabajadores y devastan el planeta. Los ricos le siguen el juego al capitalismo, ella le sigue el juego al capitalismo, que es en cierta forma un tipo de dictadura transnacional miserable. Por eso, ella no es quién para juzgar a Rosales por haberse ido de gira poética financiado por el franquismo. Tampoco Félix Grande se siente autorizado, pues en las siguientes líneas reconoce que en diciembre de 1967 había aceptado un viaje a Cuba pagado por la dictadura del castrismo, y otro a Rumanía en 1969, que también era por aquel entonces una dictadura. Los poetas del siglo xx y xxi mendigaban viajes y recitales.

Qué curioso, Inés es clemente con Luis Rosales y esa gira de 1948 en la que lo llenaron de insultos y se fue fraguando la calumnia. Le da lástima imaginarse al poeta golpeado por las falsas acusaciones y el odio. Siente la enorme tristeza y el trauma de las dos pérdidas, de saber que fueron asesinados por un odio gemelo. Pero, aunque sea una intuición caprichosa, no le perdona que se hubiera quedado con los poemas y dibujos que se llevó de la casa de Rosario y publicó en 1949 en la revista *Cuadernos Hispanoamericanos*.

Rosales debió de volver destrozado de aquel viaje donde lo calumniaron a gritos, entendió que solo podía compensar tanto despropósito celebrando una y mil veces a Lorca. Aquellos inéditos que encontró entre los papeles de Amigo fueron el comienzo, y se sintió como la persona verdaderamente autorizada para guardarlos. ¿En qué clase de ensayo se puede escribir esa conjetura? No tenía pruebas, solo una corazonada. Lo cierto era que Rosario se lamentaba con disgusto de Rosales y los poemas que no devolvió. Porque aunque en la cabeza del propio Rosales él era el amigo íntimo de Federico y Joaquín, y a ellos les dedicaba poemas elegíacos y los celebraba constantemente, Rosario seguía viva y sola. Pocos de los amigos de Joaquín Amigo se acordaron verdaderamente de ella, y eso tuvo que dolerle mucho.

No heredes el rencor

Rosario, la viuda de Joaquín, la abuela de María, salió adelante sollozando todas las noches. Antes de quedarse dormida, no podía evitar expresar con un llanto amargo la frustración y el desvalimiento que le había dejado el asesinato de su esposo. Ella embarazada y con un bebé de cinco meses que crecería durmiendo en su regazo, oyéndola llorar.

A la madre de María, la hija de Rosario, ese bebé que tenía pocos meses cuando mataron a su padre, la llamaron Lourdes. Joaquín era muy devoto de la Virgen de Lourdes, tal vez porque era la patrona de los enfermos o porque se le apareció a una simple pastora. Su forma de entender la fe y la religión era sencilla y discreta, dialogaba con las diferencias de los demás, con otros puntos de vista como el del psicoanálisis o la filosofía. La fe no estaba reñida con la creatividad, con la voluntad de las transformaciones, con la alegría de la amistad, con el anhelo de la vida que se disfruta al máximo o con la propia literatura.

A Lourdes le tocó convivir con la pena de su madre. Contemplar la tristeza y el desconsuelo como si fueran una misma emoción cotidiana. Crecer con la sensación de pérdida y sentir la orfandad de un padre al que no conoció mientras veía como su madre guardaba celosamente su rastro en una caja. La pena se puede heredar. Rosario le pasó a su hija Lourdes la melancolía de la pérdida brutal que había significado la guerra civil en sus vidas.

Inés encuentra las páginas dedicadas a Joaquín. Comienzan con un interrogante:

¿Quién recuerda a Joaquín Amigo?

Félix Grande se lamenta de que nadie se apiade del asesinato de Joaquín Amigo y reproduce el poema que le dedica Rosales y que Inés ha leído, y del que ha copiado algunas estrofas unas horas antes en casa de María. Con esos versos de Rosales, Félix Grande quiere evocar su recuerdo. Al poema le suma datos importantes, la amistad con Lorca y cómo su carisma le hizo ser el

centro de las inquietudes literarias de muchos jóvenes granadinos. Tanto Joaquín como Lorca galvanizaban las tertulias de varios cafés. Hay un dato preciso: en 1934, Federico les lee a él y a Manuel López Banús *La casa de Bernarda Alba* en la Huerta de San Vicente. Joaquín fue además el mediador que en 1930 presenta al joven Luis Rosales a Federico. El estudioso Gibson destacaba como el mentor del grupo *gallo* era Joaquín Amigo, al que Federico describía como el amigo de más valía, entusiasmo y pureza de Granada. En esas imágenes cálidas estaba la dicha de tiempos ilusionados, de los comienzos creadores con los poemas, el teatro y las dedicatorias y la amistad plena. Después llegó la guerra y en esas primeras semanas ya comenzaron los asesinatos tenaces. El esfuerzo del mal por borrar la ilusión de la vida. Rosario se abre y le cuenta a Félix Grande que a Joaquín lo arrojaron los rojos por el Tajo de Ronda en la madrugada del 27 de agosto de 1936. Su marido no buscaba la muerte, le obligaron a morir.

Frente a una trama así de desgarradora poco le queda a Inés por anotar en su cuaderno. El ensayo intenta aclarar lo que pasó, y defender a Rosales y exponer lo que significaron el odio y la revancha. Trata de explicar cómo después de la guerra se apropiaron de ella, cómo la memoria de unos y otros fue construyendo un nuevo relato. Pero en esta historia no había dos bandos tan precisos, ni Joaquín ni Federico se merecían estar perdidos en fosas comunes. Eran grandes amigos y creían en un mismo proyecto: la humanidad era la clave, la amistad, el entendimiento... En ellos se contenía la luminosidad de una época que se apagó con sus asesinatos.

¿Quién recuerda a Rosario de la Quintana? Ahora es Inés la que se hace la pregunta. No es una pregunta retórica, quiere reconstruir su rastro, porque a Rosario le tocó tantear la oscuridad con las manos y encontrar cobijo para sus hijos. Los que se quedaron a oscuras tenían el conocimiento preciso de que hubo una vida mejor, y la vivieron brevemente, y desde ese recuerdo perplejo les tocaba seguir viviendo sin asideros, sin ilusión, sin sueños.

Félix Grande recoge interesantes observaciones sobre Rosario. La describe como una mujer de muchos años, pero no muy anciana, es decir, la edad y la vejez van cada una por su cuenta, y solo a veces confluyen. Condensa en dos ideas su esencia, la de una mujer de «serenidad ejemplar» y dotada de «una extraordinaria memoria en donde no habita el rencor». A Inés le gusta la idea de una memoria prodigiosa capaz de desprenderse del rencor. Ella no tiene esa cualidad, se pregunta si uno puede ser capaz de desprenderse de la rabia convertida en rencor. ¿En qué momento la memoria de lo vivido con dolor se vuelve una especie de bruma? ¿Es esa bruma una clase de

perdón, un olvido leve, una indiferencia de tiempos nuevos? Sin embargo, Rosario no olvidaba, estaba construida de memoria pura y era capaz de impedir que creciera el rencor dentro de su ser. Rosario, con sus ochenta y tres años, conservaba la energía, que como explicaba Félix Grande amaba el perdón, la piedad y la clemencia en un mismo gesto. Las tres palabras enumeraban una actitud vital que se alimentaba de la capacidad de digerir el dolor y convertirlo en serenidad.

Inés se admira y le entenece que Rosario no sintiera odio, porque ese sentimiento habría entristecido a su esposo Joaquín. A Rosario le tocó interiorizar el perdón, transformar todo el dolor en un aliento de vida nuevo alejado del odio y la revancha. Joaquín era profundamente cristiano, su apasionada curiosidad literaria, psicoanalítica y filosófica convivía con una honda fe católica. Era catedrático de filosofía en el instituto de Ronda, un católico librepensador e independiente que criticaba todo tipo de violencia. Esta forma de entender el cristianismo le recuerda a Inés al de la poeta chilena Gabriela Mistral. Cuando la estudió a fondo para una de sus clases del doctorado, Inés aprendió mucho sobre lo que se definía como el cristianismo social. Gabriela Mistral reivindicaba la autoridad moral de una serie de figuras como Jesucristo o san Francisco, y construía a su vez una pedagogía mística donde para ella la educación era el espacio redentor de la humanidad. Joaquín Amigo y Gabriela Mistral compartían esa mirada tan espiritual y comprometida de los años veinte, y tan poco comprendida por unos y otros.

Inés recuerda como le llamó la atención la manera en la que Gabriela Mistral pudo ver como el catolicismo perdía el espacio carismático de influencia dentro de la población latinoamericana en la década de los veinte. Y entendía que la propia institución eclesiástica había sido responsable, en buena medida, de este paulatino cambio y distanciamiento entre la religión católica y algunos grupos fundamentales de la sociedad. Mistral pensaba que solo si se hacía un verdadero análisis agudo desde el interior, que formase parte de un proceso autocrítico de reflexión cristiana, se podrían entender los aspectos ideológicos mundanos que habían dañado la esencia mística del proyecto espiritual del cristianismo. Ese tipo de mirada que construían los intelectuales y creadores católicos en las primeras décadas del siglo xx no cuajó, no pudieron reformular las posibilidades de su propia espiritualidad. Figuras como las de Joaquín Amigo o Gabriela Mistral, que revitalizaban el cristianismo social, cayeron en el olvido, como si el siglo xxi no quisiera revisar la posibilidad espiritual de sus pensamientos. Añadir el ingrediente de la fe y la espiritualidad en un perfil humano es darle complejidad. Joaquín,

Federico, Gabriela, coetáneos en un mundo que se desintegró, convivieron con la espiritualidad y con la fe expresada como compromiso humanista, y en ella encontraron consuelo.

El rencor no pudo con Rosario, porque el rencor es una enfermedad y ella no quiso que sus hijos lo heredaran. A Inés le hubiera gustado saber más de la Rosario que se encuentra con Félix Grande y Paca Aguirre. Siente que la visita que describe el texto ha sido demasiado breve. Busca al final del libro la foto de Rosario en la que está junto a la poeta Paca Aguirre. La observa con calma, su nieta María se parece mucho a su abuela. Mira el reloj y siente el peso de la madrugada en los párpados. Sin embargo, no es capaz de dormir; el arco de la diferencia horaria sigue desvelándola y bosteza sin sueño. Se quiere despertar pronto para volver al archivo y siente el fastidio incómodo de los insomnes cuando desean dormir, pero no pueden. Enciende el teléfono, sabe que no debe hacerlo porque la luz azul rompe con la armonía del cuerpo que busca el sueño, pero navega un rato en la cama, jugueteando con las palabras clave: Joaquín Amigo, Federico García Lorca, Luis Rosales, y esta vez el buscador la sorprende con un hallazgo que parece querer cerrar el círculo de la noche. De nuevo la revista *Cuadernos Hispanoamericanos*, pero ahora es el número de julio-agosto de 2010, dedicado al centenario de Luis Rosales (1910-2010). Hay un artículo de Félix Grande que vuelve sobre el tema de la calumnia contra Rosales y el recuerdo sentido del asesinato de los dos amigos: Federico y Joaquín. Félix Grande recupera el artículo del historiador Hugh Thomas, que habla de quinientos doce asesinados en Ronda al comienzo de la guerra, para recordar el triste final de Joaquín, un hombre inocente, y las oscuras circunstancias que lo rodean. No se aclaran los motivos y, al parecer, el propio Joaquín sabe quién estaba detrás de su detención aquel agosto aciago del 36, pero no quiso desencadenar el odio de la venganza.

Hay un emocionante epígrafe al final donde Rosario reaparece convertida en ceniza. Esta vez Félix Grande recuerda su encuentro con los padres de María, Lourdes Amigo y Santiago Bastos, que le relatan los pormenores del fallecimiento de Rosario. Había muerto un jueves 27 de enero de 1994 y la incineraron al día siguiente. Su hija Lourdes y su marido Santiago, acompañados por cuatro de sus hijos, se fueron a llevar sus cenizas a Ronda. No podían imaginar otra despedida que la del polvo de cenizas abrazado a los huesos de la tierra. Subieron a lo alto del Tajo de Ronda y contemplaron la mañana luminosa convertida en la esencia de sus antepasados, que por fin se abrazaban en el infinito de la muerte.

Inés cierra los ojos. Algún día ella también será ese infinito. Escucha los primeros pájaros de la mañana. Respira lentamente, como cuando trata de meditar y de calmarse. El hilo del sueño se ha llenado de abismos y despedidas. Rosario descansa junto a Joaquín, no sienten odio ni rencor; tampoco lo sentirán sus hijos ni sus nietos. Inés se queda profundamente dormida.

Las cartas de Lorca

Inés se despierta con hambre, da varios bostezos y mira el reloj. Ha debido de dormir unas tres horas, pero le pueden más las ganas de desayunar que el sueño atrasado. En su cabeza encajan muchas piezas, y la energía de las investigaciones y las lecturas desveladas se impone sobre el cansancio del horario irregular. Decide no abrir todavía el correo electrónico, no quiere contaminarse con los asuntos de la universidad, es un buen momento para descansar del murmullo lejano de Milwaukee. Hoy es el día que ha planeado con María leer las cartas que conserva de Federico García Lorca a su abuelo.

Se ve ojerosa en el espejo, pero está contenta. Baja al comedor hambrienta e ilusionada, y todo le sabe rico: el zumo de naranja, las dos tostadas con aceite y miel y el café con leche. Las pocas horas que ha dormido han sido como un extraño bálsamo, como si la actitud de Rosario ante la vida y su capacidad de neutralizar el rencor para que no fuese la triste herencia de sus hijos la hubiera inspirado. Inés decide ir andando a casa de María, caminar oxigena y tiene tiempo hasta las diez de la mañana. Cuando caminas piensas y ordenas las ideas, también te reencuentras con las calles y sus árboles, y le gusta que Madrid esté llena de árboles, y que el otoño filtre la luz sobre el marrón de las hojas esparcidas por el suelo. Hay tramos del paseo central de la Castellana que con la humedad de la mañana parecen alfombras mullidas.

Junto al portal de la casa de María está La Biotika, la pequeña tienda de productos naturales, e Inés entra a comprar algunas cosas. El espacio es estrecho y se alarga hasta el fondo, huele a hierbas variadas y a fruta fresca. Busca unas galletas energéticas, un par de manzanas rojas y una botella fría de *kombucha* con sabor a jengibre y limón. En el mostrador está uno de los dos hermanos que regentan la tienda.

—Eres la amiga mexicana de María, ¿verdad? —le pregunta el hombre sin titubeos mientras cobra y le devuelve el cambio.

Inés se sorprende, lo mira con curiosidad; es alto, de unos cuarenta y tantos años, con los ojos color miel y el pelo castaño claro recogido en una coleta.

—Bueno, sí.

—No viene casi nadie a comprar a esta hora. María nos comentó ayer que estabas en su casa investigando. —El hombre le sonríe—. Me llamo Rodrigo.

—Mucho gusto, Rodrigo; María me platicó que ustedes la ayudan con las plantas y que les avisaría si no estaba en la casa. Pero hoy pienso que sí está, quedé ahorita con ella.

—Sí, sí que está. Simplemente quería saludarte y que supieras quién era yo. María me comentó que trabajas en los papeles de su familia. Me alegra, yo conocí a sus padres, eran muy buena gente. ¿Cómo dices que te llamas?

A Inés le gustan los ojos de Rodrigo mirándola fijamente.

—Me llamo Inés, disculpe, creo que no se lo dije.

—Yo estuve hace quince años viviendo nueve meses en México. ¡Me encantó tu país! Y tú me recuerdas a una buena amiga que tuve entonces.

—¿Ya no la tiene? —pregunta Inés con curiosidad.

—La verdad, perdimos el contacto, pero la recuerdo con mucho cariño.

—A veces pasa, vivir tan lejos no es fácil.

Ella misma había perdido el contacto con buenos y queridos amigos. Se vuelve a acordar del reencuentro con Sabino y de que cenarán juntos esa misma noche para celebrar una amistad que ha estado sumergida en un lapso de bastantes años.

—¿Tú eres profesora en Estados Unidos?

—Sí.

—María me lo contó. También he viajado por Estados Unidos, pero me gusta muchísimo más México, es como estar en casa, con gente mucho más amable y unos lugares espectaculares.

—Soy de Cholula.

—¡Lo conozco!, es un lugar precioso —responde Rodrigo orgulloso—, recuerdo que visité un montón de iglesias. Una la tenéis encima de una pirámide.

—Se refiere a la de Nuestra Señora de los Remedios.

—Esa es. Era impresionante que estuviera justo arriba del todo. Y otra bellísima llena de ángeles.

—La de Santa María de Tonantzintla.

Inés se emociona recordando el estilo barroco indígena que la adorna. Los ángeles con penachos de plumas y la sensación de que el cielo es un lugar mágico donde puedes volver a sentir la felicidad de la infancia. La decoración del templo es un ejemplo de sincretismo religioso, una mezcla de los motivos católicos con los motivos de la espiritualidad indígena.

—La historia de Cholula es fascinante. Si no me equivoco fue zona sagrada, luego pasó por allí Hernán Cortés, ¿no?

—Bueno, pasó con mucha fuerza, se alió con los tlaxcaltecas y acabaron con los mexicas y los cholultecas. Fue una de las matanzas más sanguinarias de la conquista de México.

—Pues lo lamento. Al menos han quedado unas iglesias preciosas, y las pirámides son alucinantes.

—Sí, el lugar es muy hermoso.

Inés mira fijamente a Rodrigo a los ojos, es un hombre guapo y cálido con una gran nariz y la barbilla afilada. Tiene el aspecto de los conquistadores que aparecen en los grabados del siglo XVI, pero no lo va a responsabilizar por la sangre de sus antepasados. Ella, como los descendientes de Rosario, tampoco ha heredado el rencor.

—Me encantó México, fue una época formidable de mi vida. Viajé de mochilero, trabajé en un bar, hice cursos de antropología cultural y chamanismo. Aprendí sobre un montón de plantas medicinales, disfruté muchísimo.

Inés se va alejando despacio del mostrador y se despide con una amplia sonrisa.

—Tengo que irme ya, pero ha sido un placer conocerlo.

—Vuelve cuando quieras, Inés, que aquí estaremos. Y la próxima vez háblame de tú, que hay confianza.

La conversación inesperada con Rodrigo ha puesto a Inés de muy buen humor. Sale de la tienda y entra risueña en el portal del edificio donde vive María. Sube las escaleras altas de madera dando grandes zancadas y pensando en lo sugerente que es el hombre que acaba de conocer. Hace años que no se fija de esa forma en un hombre guapo. El día anterior, Sabino le trajo recuerdos de juventud, de cuando era enamoradiza y apasionada, y hoy el hombre de la tienda que le ha dado conversación le ha resultado enormemente atractivo. Se ha levantado contenta, pero ahora ha sentido, además, el efecto químico de la atracción física como un plus de endorfinas.

María está esperando a Inés sonriente en la puerta del apartamento y la lleva hasta el comedor.

—He preparado las cartas de Federico a mi abuelo para que puedas trabajar tranquila. Verás que una la mandó desde Lanjarón, otra desde Cadaqués y la tercera desde Barcelona. Son largas y te van a gustar mucho, y hay otros papeles relacionados en esta carpeta, lo irás viendo.

Inés contempla con emoción los documentos que María ha dejado sobre la mesa.

—Voy a estar leyendo en el salón, avísame si necesitas cualquier cosa.

María se retira y deja a Inés a solas con la correspondencia de Lorca a Amigo.

¿Quién le iba a decir a Inés que encontraría todas estas cosas?

«Querido amigo Joaquín», así comienza la primera carta escrita con papel del Gran Hotel España desde el granadino pueblo de Lanjarón. En ella el poeta le comenta a Joaquín que ha recibido el cuento de «nuestro niño» (aparecen subrayadas las palabras), un tal Fernan Gomez (faltan los acentos en el nombre), y que le ha conmovido porque la boca se le ha llenado de «un humor de almendra verde». Qué bien define Lorca la emoción amarga en una simple carta. Luego aparece la oración: «Incipiente mes de Marzo». ¿Será el título del cuento?

A Inés le gustan la letra y el trazo de la escritura con tendencia ascendente en la página, lo cual denota un ritmo alegre y celebratorio que se traduce en lo que dice: «Estoy contento de que un muchacho de Granada haya escrito este boceto, tan espiritual y tan raramente medido». Qué sorpresa, Federico está comentando con Joaquín el ejercicio de un aspirante a escritor. Así explica como lo más acusado que tiene el muchacho en su «tipología literaria es un poder de asimilación (que otra vez subraya) y de transformación». Hay también una «orientación de época (subrayado), aguda muy sagaz». Ni asimilación, ni transformación, ni orientación, ni época llevan su acento en la caligrafía de la carta de Lorca. Inés comprueba que hay otras muchas palabras que olvidan el acento y duda si debe copiar de forma literal, indicando los errores, o transcribir una versión editada. A veces se atora con pequeños detalles como este, que en el fondo no tienen demasiada importancia. La forma frente al fondo. Opta por lo segundo, pues únicamente está tomando apuntes y poder sentir la voz de Lorca es lo que le interesa en este primer encuentro con las cartas, aunque anota el detalle de la ortografía algo descuidada. Observa además que en las tres páginas de la carta el nombre de Fernán Gómez aparece siempre escrito sin los acentos. ¿Estará leyendo mal el nombre? ¿O simplemente al escribir a mano y con prisa descuida levemente la ortografía de los pequeños detalles? Tal vez, los acentos se pierden porque son signos más leves o porque al escribir con pluma es fácil emborronar el papel. Sencillamente se evitan porque es más cómodo dejar que el trazo de la mano siga su curso. Inés nota que está tratando de justificar a Lorca, buscando absurdas excusas, cuando sabe que si alguno de sus alumnos le presentara un

texto sin acentos le echaría una buena regañina. Pero Lorca no es ninguno de sus estudiantes, y no le está entregando un trabajo de clase. Inés, que ya empieza a notar el cansancio de las pocas horas de sueño, bosteza para despejarse y vuelve a concentrarse en la carta que acaba de empezar.

Es interesante ver como Federico menciona las posibles influencias del escritor francés Jean Giraudoux y del vanguardista español Benjamín Jarnés; aunque la prosa del muchacho se diferencia de la de estos dos por «la ternura y el temblor de lágrimas». Inés copia emocionada en su cuaderno la voz de Lorca describiendo el cuento del joven aspirante, pero no puede resistirse y corrige los acentos pensando que el día que publique sus investigaciones pedirá permisos para incluir las cartas originales que muestren los pequeños lapsus gramaticales:

El cuentecillo está revestido de suave pelusilla adolescente y a mí me ha sorprendido como una luz de plata y vidrios de Venecia, el talento de esta criatura encantadora a quien yo quiero como él no sabe ni quiero que lo sepa.

La lectura es minuciosa porque Lorca inserta citas del cuento que aplaude y da datos interesantes sobre el joven escritor:

esta lógica poética tan de mi gusto: «Él sabía que a los muchachos de ojos verdes, les gustaban los caramelos». Escribir esto en Granada, y a los quince años, en medio de la podredumbre oficial y el empacho arqueológico, me llena de consuelo y suave esperanza.

Ella también se ilusionaba con el talento de los jóvenes escritores que cursaban los talleres en Milwaukee. Pero jamás se intercambiaba pensamientos constructivos con Luso y Virgilio, ni dialogaban entre ellos sobre el talento de los estudiantes. En las defensas de las tesis creativas de narrativa, Virgilio solía aprovechar para presumir de que no había leído nada de Galdós y de que detestaba a Mario Vargas Llosa. Hacía comentarios socarrones y del todo inapropiados para dejar claro que la vía realista canónica no merecía la pena, viniera de donde viniese. Eso a Inés la irritaba, qué necesidad tenía de dar discursos sobre los libros y autores que no leía e imponer como una salmodia sus opiniones personales y maliciosas sobre tal o cual persona. Los estudiantes venían a que les editaran los textos, y no lo hacía nada mal, aunque le gustara rociar sus lecturas de los manuscritos con mucho whisky. El mensaje era ridículo, «revoloteen a mi alrededor y rían mis gracias, entonces yo concederé favores y guiños». Era una pena, porque Virgilio era un buen escritor, mucho mejor que Luso, pero saberse tan atractivo, locuaz e inteligente lo perdía.

Era bonito leer cómo Federico compartía con Joaquín la ilusión por el talento ajeno y el potencial que eclosionaba. Qué capacidad tan increíble de transmitir emoción en unas pocas líneas, la misiva sube el tono hacia la celebración dichosa de lo universal. Parecía que Lorca quisiera reconfortarla también a ella:

Dios se vale de los artistas representativos de una época, para volver a crear el mundo...

Lorca apela al mundo que se reinventa, a la fuerza milagrosa de la creación y la belleza, a la luz celestial de la imaginación y el talento. ¡Qué ganas de vivir y luchar hay en esta carta! Lorca se lanza a definir lo que es el amor:

El amor es nuevo en cada época y estamos aferrados a una falsa y escandalosa teoría amorosa, momificada y sin fuerzas creativas. Creemos en un amor que sirvió a otras gentes y no pensamos adivinar dónde está nuestro amor, nuestro amor vivo y nuevo, que pasa llorando a nuestra vera en las carrozas de caballos y en los últimos paseos de olmos, con un revólver de níquel enemigo de reflejos queridos y de pétalos marchitados. ¡Es nuestro amor a quien tenemos que buscar!

A Inés solo le falta levantarse de la silla, aplaudir y gritar: «¡Bravo, bravo, bravo, Federico!». Ella siente lo mismo: «¿Dónde está el amor? ¿Por qué no se piensa más en el amor?».

—¿Qué tal vas? ¿Quieres que te prepare una infusión? —La cálida voz de María saca a Inés de su ensimismamiento.

—Esta carta es buenísima.

—Son muy interesantes las tres.

—Qué emoción siento. Estoy muy agradecida por que me dejes pasar tiempo con ellas.

—Ojalá salga algo bueno. ¿Tienes sed?

—Gracias, pero compré una botellita de *kombucha* en la tienda de abajo, ahora me lo tomo.

—A mí también me gusta mucho el té frío de *kombucha*, sobre todo el de jengibre con limón.

—El mismo que a mí. Yo me aficioné a beberlo en Estados Unidos, es mi forma de evitar las bebidas azucaradas con burbujas. Al ser un refresco vegano y probiótico pienso que es bastante más sano.

Inés se levanta de la mesa y va hacia el mostrador de la cocina a tomar la *kombucha*. Se la bebe en varios tragos largos y sedientos y destaca su encuentro matutino:

—Conocí en la tiendita a Rodrigo, qué persona tan linda.

—Rodrigo es un tipo genial y su hermano Jesús, también. Es con ellos dos con los que más trato, son los que están sobre todo en la tienda. El mayor lleva el restaurante y lo veo mucho menos. Ayer les comenté que estabas por aquí y les dije que algún día que vengas y yo no esté les pedirás la llave.

—Gracias.

Inés se lava las manos en el fregadero y vuelve a la mesa para seguir con los papeles.

—Por cierto, esta carpeta con fotocopias que estaba junto a las cosas de Lorca tal vez tenga algo que te pueda interesar.

María le entrega a Inés una carpeta de plástico rosa transparente e Inés la observa con curiosidad.

—Ahorita en cuanto termine con esta primera carta echo un vistazo.

—Creo que son fotocopias variadas que hicieron mis padres. Tal vez encuentres cosas repetidas, aparece en algunas de ellas la letra de mi abuelo, espero que te sirvan.

Inés se siente renovada con la bebida de *kombucha*, aunque vuelve a notar el cansancio denso por las pocas horas de sueño que ha tenido. Lo primero que hará es terminar la primera carta de Lorca, ya solo le quedan el párrafo final y una posdata. Luego mirará los papeles y bajará a comer, el reloj ya casi ha cruzado la mitad del mediodía. Ha pasado más de dos horas metida en la carta. Y Federico le cuenta a Joaquín que ahora se aburre menos en Lanjarón y que ya trabaja, pero que quiere que vengan todos a verle. Tiene peculiares palabras cariñosas para el joven aspirante a escritor y manda también abrazos a Antonio Cienfuegos y a Nicolás, y pide a Joaquín que les diga de su parte que vengan a pasar tiempo con él. Quiere que todos le visiten, no quiere sentirse solo.

Entonces aparece un dato importante que Inés apunta con satisfacción. Sabe a lo que Federico se está refiriendo cuando le dice a Joaquín:

¿Verdad que hay que hacer la Revista? Sí. Todos la necesitan. A todos estos muchachos los quiero como cosa mía. Dios nos cría y nosotros nos juntamos. Adiós, Joaquín. Recibe un abrazo de
Federico

Claro, se está refiriendo a la revista *gallo*. Aquí aparece mencionado el germen del proyecto y Joaquín y Federico comparten la tutela por esos jóvenes y apasionados granadinos que necesitaban proyectos estimulantes y renovadores, como lo que luego fue la revista *gallo*. Este dato le ayuda a intentar calcular la fecha de la carta, obviamente anterior al año 1928.

A Inés le gusta el trazo sencillo de la firma de Federico, con la efe mayúscula recta y elegante como si las rayas horizontales no quisieran cortar la vertical y simplemente brotaran de un lado. Después de la firma sigue la carta con jugosas noticias sobre sus avances líricos:

Yo he escrito nuevos romances gitanos ya ceñidos, y uno terminado en punta. Y otros poemas un poco escandalosos pero de insólita novedad por su carne poética.
Contesta.

Le está contando a Joaquín que ha escrito nuevos romances gitanos y que está contento, esto le ayudará a datar la misiva. ¿Qué significa en realidad que uno termina en punta? Se sonríe, Lorca siente el escándalo y lo escribe como de insólita novedad. Inés no sabe si realmente pone carne poética, pero de todas formas la ilusión de tener la carta y leerla, y rememorar el instante de Joaquín leyéndola, le parece sublime. Seguramente Joaquín entendió, como ella entiende, que Federico estaba en plena ebullición haciendo grandes poemas. ¿Contestó Joaquín a la misiva? La palabra de Federico era clara: «Contesta». Federico tenía ganas de seguir la conversación.

Es hora de bajar a comer, aunque antes de levantarse abre la carpeta de plástico rosa por si hay algo interesante y lo primero que encuentra es una hoja que dialoga con la carta que acaba de leer. No da crédito a lo que ve, es la fotocopia de una misiva de Joaquín a Federico desde Granada. Es la carta que acompañó al cuento de Fernán Gómez que Joaquín había mandado a su amigo a Lanjarón:

Imponderable y queridísimo Federico:
Te envío esta narración breve llena de gracia, de ternura y de acertadas metáforas escrita por nuestro joven y delicado amigo Fernán Gómez.

A Inés le gustan el tono cordial, la camaradería y los detalles sobre la predisposición del aspirante a escritor. Le agrada imaginar la voz de Joaquín:

Él no quería de ninguna manera enviártelo a ti, pero yo, sabiendo lo que te gustará, quiero regalarte unos momentos deliciosos.

Y claro que fueron momentos dichosos, Federico había contestado a Joaquín con mucho apasionamiento y efervescencia celebrando al joven aspirante a escritor. Joaquín sabía que Federico estaba aburridísimo en Lanjarón y deseando volver a Granada. Y todos los amigos deseaban que el poeta volviera a la ciudad y el propio Joaquín se comprometía a hacerle una visita algún día si su estancia en Lanjarón se alargaba. Joaquín terminaba su

carta un 7 de agosto desde Granada, lo hacía «muy cariñosamente» y con «un abrazo», y esperando con curiosidad la opinión de Federico sobre el cuento del muchacho.

Aparecía la fecha, pero no el año. Inés trata de calcular, «¿en qué año sale el *Romancero gitano*? ¿Cuántas veces fue Lorca a Lanjarón en agosto? ¿Estandremos en 1926?». En un margen leve de la fotocopia se puede ver el sello de la fundación Federico García Lorca. Los padres de María habían seguido el rastro de la correspondencia de Joaquín con Federico, o tal vez se la proporcionó alguno de los investigadores parsimoniosos que los frecuentaban y conocían estos documentos.

Busca en el mapa del teléfono la distancia entre Granada y Lanjarón, la aplicación le indica que cuarenta y cinco kilómetros por carretera. Quizá Joaquín se animó a visitar a Federico. Inés bosteza cansada, eso es imposible de adivinar. Lo que tiene que hacer es tomarse un descanso, bajar a la calle, comer algo y tratar de despejarse con un café bien cargado. La emoción que siente ante los documentos que está leyendo se mezcla con breves cabezadas de un espeso cansancio.

El sabor del sueño

Inés baja a comer al restaurante vegetariano y, para su sorpresa, es Rodrigo el que la atiende y le pregunta por su mañana de investigadora. A ella le hace gracia encontrarse a Rodrigo simpático y familiar y que se interese por su trabajo. Se siente un poco ridícula espiándole de reojo mientras come. Rodrigo va de un lado para otro sirviendo y tomando pedidos, está solo con todas las comandas. Es un local relativamente pequeño y lo tienen bastante lleno con todo tipo de clientes. Inés se fija en las mesas más cercanas. En una hay tres jóvenes de pelo desordenado y pendientes en la nariz que planean crear un fanzine, en otra hay dos señores de traje y corbata que hablan de negocios, y en la que tiene justo al lado, una familia de turistas estadounidenses con acento sureño, dos hijos gemelos preadolescentes y una hija mayor protestona y algo rebelde. A Inés le gusta escuchar las diferentes melodías de las voces y los idiomas amasando un murmullo que a ratos quiere acunarla.

La mesa de Inés da a la ventana y ella disimula su interés por Rodrigo comiendo deprisa con gesto concentrado. Masticar la ayuda a vencer el sueño mientras saborea una mezcla indeterminada de vegetales guisados.

—¡Qué rápido te lo has comido!, ¿quieres que te ponga un poco más?

—En verdad, el platillo estaba delicioso.

—Comiste con muchas ganas y eso le va a gustar al cocinero. Tenemos una cazuela hasta arriba y hay que terminarla. Deja que te ponga un poco más.

Rodrigo se lleva el plato e Inés se queda sin saber bien qué hacer. Lo observa cruzar la sala, meterse en la cocina y volver a salir con otro plato lleno.

—Esto es demasiado.

—Toma lo que quieras.

Inés comienza a comer el guiso más despacio que la primera vez y Rodrigo la mira mientras traga y mastica.

—Este tipo de guisos es como beber agua, son todo verduras muy diuréticas.

Inés nota como si Rodrigo se arrepintiera de haber dicho eso.

—Bueno, quiero decir que tienen mucha fibra —aclarar él.

También parece sentirse incómodo con la aclaración. Rodrigo desea conversar con Inés, pero no sabe cómo hacerlo. El tracto intestinal y la comida sana son lugares comunes, y las verduras son el hilo de siempre en un restaurante vegetariano. Inés parece querer entender la cordialidad de Rodrigo y le sigue la conversación.

—Está bien delicioso, pero creo que con tal cantidad me voy a ir directamente al postre. No me traigas ya el segundo.

—¿Segura?

—Sí, ha sido la comida perfecta —contesta Inés mientras lo mira fijamente y le interroga—. Entonces, ¿trabajas en los dos lugares?

Rodrigo le responde con su mirada atenta y una sonrisa mal disimulada:

—Claro, en la tienda por la mañana y algunas tardes, y en el comedor siempre al mediodía. Ya me fijé que has venido otra vez, ¿verdad?

—Sí, es bien cómodo que tengan este lugar tan lindo de comidas y sea justo debajo de la casa de María.

—¿Sabías que este es el restaurante vegetariano más antiguo de Madrid?

—No tenía idea.

—Lleva más de treinta años abierto. Nosotros lo tenemos desde hace diez años, pero hicimos pocos cambios; la decoración es la misma, hemos preservado el espíritu del lugar.

Inés se ríe. El local es austero y, en efecto, tiene pinta de no haberse renovado en años, pero a ella le gusta mucho más ese tipo de restaurante familiar de mesas de madera gruesa que las finas sintéticas de los restaurantes de diseño donde lo vegetariano es en realidad parte de una moda.

—Me gusta cómo lo tienen —le dice Inés jovial.

—A nosotros también —le responde Rodrigo con gesto amigable.

¿De qué hablamos cuando queremos conversar y conocer a fondo a otra persona? Parece que Inés y Rodrigo tienen ganas de hablarse y quedarse charlando un buen rato, pero no pueden. Él está trabajando y ella tiene que aprovechar el primer tramo de la tarde para seguir con las cartas de Lorca. Calcula que puede estar un par de horas investigando antes de volver a la Residencia a encontrarse con Sabino. Lo malo es que está muy cansada y va a necesitar echarse un rato en algún momento.

Vuelve a casa de María y comienza a leer la segunda carta. Las cuartillas están escritas en vertical y no llevan membrete. Federico le escribe a su querido amigo Joaquín en pleno descanso en el admirable «Cadaqués en el fiel del agua y la colina». La oración está entrecomillada y subrayada con rayitas discontinuas. A Inés le suena a verso, y efectivamente en una sencilla búsqueda descubre que es un verso de la «Oda a Salvador Dalí» que apareció publicada en abril de 1926 en la *Revista de Occidente*. Sigue leyendo y descubre que Lorca se está poniendo morenazo: «de bronce, todo el día con el agua en la cintura y los ojos en el admirable “nacimiento de Venus” que pinta Dalí».

«Vaya —piensa Inés—, está con su amigo Salvador Dalí». El día está resultando muy plástico, con las alusiones a pintores y cuadros. Inés trata de encontrar la fecha en los cuatro folios de la epístola, pero tampoco aparece. Se nota demasiado cansada para seguir leyendo la carta manuscrita y poder transcribirla bien. No quiere copiarla de forma mecánica, quiere disfrutar cada palabra y tiene la sensación de que le falta contextualizar el momento y calcular también la fecha de la anterior. Se está atascando con un dato, pero quiere sentir que está marcando bien la cronología imaginaria de los materiales. Coge el libro de Ian Gibson sobre Lorca que María le ha dejado junto a las carpetas para consultas y busca las partes donde aparece la amistad de Dalí con Lorca. Mira por encima los capítulos dedicados a los años 1926 y 1927 e intuye que mucha de la información le ayudará a dar sentido a las epístolas. Pero necesita leer y tomar apuntes. Nota el sabor del cansancio en su boca como un cosquilleo en las encías y en la mandíbula. La imagen de Federico en la playa metiéndose en el agua y tostándose al sol mientras Dalí pinta le resulta enormemente atractiva. Al seguir leyendo interpreta un mensaje secreto en lo que cuenta Federico:

Necesitaba descanso después de los intensísimos días de Barcelona. Pero el éxito ha coronado mis esfuerzos y me siento tranquilo como después de una gran pesca y estoy contento.

Ella también necesita descanso. Ha pasado unos días intensísimos en Madrid y precisamente por la tarde se va a encontrar con su amigo Sabino, y ahora mismo está al borde de la catalepsia. No sabe si a ella le espera algún éxito, si alguna vez se coronarán sus esfuerzos, porque si analiza su gran momento de la semana anterior al final solo fueron cuatro personas a la presentación de su poesía completa. Nada que no sea lo normal en estos casos, y además a ella tampoco le quedan amigos en Madrid y no tuvo ganas de obligar a los conocidos ni perder el tiempo con una invitación masiva. Ella

detesta que le manden invitaciones masivas y que le saturen el correo electrónico con tarjetones digitales. Ahora se siente tranquila y satisfecha por lo mucho que ha progresado, pero se le cierran los ojos, le pesan demasiado los párpados, ya no puede más.

—María, estoy agotada, dormí muy poco, creo que voy a dejarlo por hoy. ¿Me sabrás disculpar?

—Claro, no te preocupes, mañana puedes continuar. Pide la llave en La Biotika y yo te dejo todos los papeles listos sobre la mesa.

—¿Me prestarías este libro? —Inés le muestra a María el volumen biográfico sobre Lorca de Gibson.

—Por supuesto.

—Así avanzo por la noche, si me desvelo. El *jet-lag* me está afectando y duermo a deshora, y si me despierto muy temprano, puedo tratar de leer un rato. Hay información que necesito tener en la cabeza para entender mejor las cartas.

—Es emocionante, ¿verdad?

—Todo esto es una sorpresa increíble.

—Muy bien, llévatelo entonces y cuando lo termines me lo vuelves a traer.

—Por supuesto. —Inés se sonríe y se acuerda de los libros que presta a sus alumnos y cómo se olvida de anotarlos y luego muchos no vuelven; entonces ya no sabe quién diablos los tiene y termina comprándose otra vez los ejemplares.

Qué alegría estar ya en la habitación de la Residencia y poder cerrar los ojos. Tiene dos horas por delante para intentar descansar y sacarse el cansancio acumulado. Tal y como se sentía en casa de María, no habría podido aguantar hasta las siete de la tarde sin dormir. En estos detalles Inés nota que se ha hecho mayor. Cuando era una joven universitaria podía pasarse semanas enteras durmiendo a trompicones mientras viajaba, salía de fiesta o preparaba los exámenes de la carrera. Era como si la energía de su cuerpo nunca se acabara, solo con las ganas de salir y hacer cosas era suficiente. Había perdido parte de la sustancia de la juventud noctámbula, que amanecía siempre con ganas de vivir y no se dejaba amilanar con un bostezo. Ahora su cuerpo se sublevaba y no le concedía tregua alguna, eran demasiadas noches de sobresaltos. Había cambiado las discotecas, los bares y las ganas de fiesta por artículos, libros y referencias digitales. Las dos horas que puede dormir le

saben a instante de gloria. El sueño glorioso que se acuna con el agotamiento máximo.

Suena el despertador del teléfono con una ruidosa melodía de pájaros cantores, a Inés le queda media hora para prepararse. Qué rica ha sido la siesta, se nota la boca seca y siente el deseo de seguir durmiendo. Tiene el impulso de remolonear diez minutos en la cama y cerrar otra vez los ojos, pero se resiste, sabe que hay que levantarse, ya dormirá por la noche, ya volverá a sentir el placer de las sábanas dándole cobijo. Se lava la cara con agua fría y luego los dientes para quitarse el sabor del sueño y estimular sus papilas gustativas con el dentífrico mentolado y el masaje en las encías del cepillo. Huele a sudor dormido y se mete en la ducha para sacarse definitivamente el cansancio del cuerpo y hacerle creer que está a la mitad del día, porque en Milwaukee hay siete horas menos y ha quedado con Sabino a las siete.

Dicen que el número siete es mágico, que tiene connotaciones bíblicas, descansar de crear el mundo en siete días, pero también históricas, la llegada de Hernán Cortés el 7 de julio de 1520 a las ruinas de Teotihuacán. Ya entonces no quedaba nadie en aquella ciudad abandonada, una civilización anterior a la de los aztecas que según el mito había sido construida por unos gigantes para que los dioses cuidaran del mundo. De niña, Inés tenía verdadera obsesión por los números y las fechas, como si en ellos hubiera claves reales que daban sentido a su vida. Y a veces, retornaba a ese pensamiento que construía peculiares asociaciones con el calendario y los números.

Inés decide ponerse guapa. Tiene un vestido amarillo de punto fino con un par de franjas blancas por encima de la cintura que le sienta bien y es el mismo que usó en la presentación de su poesía reunida. Se encuentra favorecida. Se pone un poco de máscara de pestañas y se pinta los labios con un tono rojizo que la rejuvenece. También se perfuma y se suelta el pelo largo, que suele llevar recogido en una trenza de corona. Por encima se pone un abrigo negro entallado que le queda perfecto y unos elegantes botines de cuero que la elevan unos centímetros.

—¡Estás preciosa!

Es lo primero que Inés escucha al acercarse a su amigo.

—Pero ¡qué guapa eres, querida! —exclama Sabino mientras se dan dos sonoros besos en las mejillas.

Inés sonríe, ha cruzado la barrera de los cincuenta y le gusta sentirse celebrada, aunque sabe que con Sabino hay viejas complicidades y mucha nostalgia por su parte. Piensa en Rodrigo, más joven y con bastante menos grasa rodeándole la cintura. «Qué pena que Sabino se haya abandonado así». Calcula que es un año mayor que ella y ese sobrepeso le añade a su aspecto por lo menos diez años.

—Ay, madre —suspira Sabino—, te veo y se me viene una explosión de buenísimos recuerdos. Desde ayer por la noche no he dejado de pensar en este reencuentro. No veas qué emoción que estemos aquí, que los dos nos estemos quedando en este lugar. Es increíble.

A Sabino le brillan los ojos. Inés le responde con gesto risueño y se siente un poco culpable; a ella también le alegra, pero no es tan efusiva. Ha pensado en Sabino y, sin embargo, no le han venido tantas imágenes como parece evocar su amigo. Ha estado demasiado concentrada en su proyecto de investigación, y por otra parte no puede evitar asociar a Sabino con Agapito, y ese detalle la inquieta. ¿Cómo y cuándo le va a poder explicar todo lo que ha pasado en Milwaukee? Pero no todo puede ser la amargura del daño y la enemistad, tiene a Sabino delante y se merece poder revivir con ella lo mejor de lo que fue aquel curso de becarios compartido.

—¿Te acuerdas de la Virgen de Agosto? Esos días que pasamos juntos en los que yo me enamoré de Madrid, justo antes de que te volvieras a América. Me habían renovado la beca otro año y nos estábamos despidiendo de la ciudad. Habías defendido tu tesis a finales de julio. Qué días tan bonitos, Inés, y qué felices fuimos.

Es verdad, cómo se había podido olvidar de esas últimas semanas diciéndole adiós a su ciudad de adopción, recorriendo las calles por la noche y bailando en todas las verbenas.

—Cierto, tú te quedaste otro año.

—Claro, pedí renovación para estudiar a fondo los órganos de las iglesias de esta santa ciudad. Mañana daré un concierto en la de San Ginés y cuento contigo. Voy con repertorio variado, con Bach y Mozart, que siempre gustan, y con nuestro fabuloso Antonio de Cabezón, que se tendría que conocer más entre el gran público..., pero siempre nos olvidamos de los nuestros. — Sabino se está refiriendo al compositor español del Renacimiento conocido también por ser un magnífico organista y que al parecer fue ciego desde la niñez.

—Es a las siete y tienes reservado un lugar especial, mi querida Malinche. Sabino saca un folleto del bolsillo y se lo entrega a Inés, que lo observa nostálgica.

—Lo pasamos lindo ese verano en el desmadre.

—Fueron verbenas inolvidables: San Cayetano en la zona del Rastro, San Lorenzo en Lavapiés y La Paloma en La Latina... A punto estuve de tatuarme en el brazo «soy chulapo de adopción».

—¿De verdad?

—La romería de San Froilán, a principios de octubre en mi ciudad, es estupenda, y la de Carrasconte, que también es a mediados de agosto y celebra a la patrona de Laciana y Babia, es formidable. León también sabe mucho de festividades. Pero aquí en Madrid, contigo, Inés, aprendí a bailar «agarrado», y si a eso le sumamos el amor que entonces nos dimos, pues me tienes a tus pies.

Sabino es un leonés parlanchín, amante de las romerías y de las fiestas de su región y comarcas vecinales. Cuando se escapa de Alemania no duda en volver a su tierra a seguir disfrutando de las pintorescas romerías y también de los órganos de las iglesias y catedrales ligadas a las celebraciones. Se conoce, además, a la mayor parte de los párrocos, feligreses y lugareños de las parroquias más olvidadas porque no tiene inconveniente en dar conciertos y alegrar los pulmones de los órganos dormidos de los templos. Su amor por su tierra es tan exaltado que había fundado una pequeña Casa de León en Stuttgart, donde organiza con un grupo de leoneses nostálgicos como él actividades culturales y gastronómicas variadas. Sus reuniones, bañadas con vinos de las bodegas del Bierzo de la uva mencía, siempre terminan con cánticos exaltados recordando que «todos somos de León contentos de ser de allí». Sabino practicaba su leonesismo en tierras germanas con auténtica pasión y alegría, y con mucho más fundamento que los colegas de otras organizaciones o embajadas que representaban a otras zonas de España y que lo hacían con las agendas demasiado contaminadas por los discursos políticos y las subvenciones. La estirpe de los leoneses, y aprovechaba para ilustrar a quien quisiera oírle, era de un talante generoso y conciliador, no en vano habían sido ellos los que inventaron el parlamentarismo mucho antes que los británicos. El Reino de León tenía personalidad propia y era motivo de orgullo, y para celebrarlo invitaba a todo el mundo a un buen vino y una cecina espectacular que traía envasada al vacío cada vez que iba a ver a sus padres a «la vieja capital de aquel reino fundado por Sancho I en el año 910», como repetía ufano Sabino. No se cansaba de presumir de la catedral gótica,

de sus increíbles vidrieras, de que tuviera uno de los mejores órganos del mundo y de que siempre que la visitaba le dejaran tocarlo.

Sin borrar un ápice de su lealtad a León, Sabino era también un apasionado de Madrid, ciudad que acogía a todo el mundo, en la que pasó dos años maravillosos como becario y de la que se conocía de memoria todas sus iglesias y todos sus órganos.

Aquel agosto de 1994, Inés y Sabino se habían quedado solos en la Residencia y recorrieron al atardecer todas las verbenas de los barrios más castizos. Se sentían como Humphrey Bogart e Ingrid Bergman en París viviendo al límite de sus emociones, al menos así lo recordaba Sabino.

—Y lo bien que bailábamos el chotis. Tú me agarrabas y me guiabas, eras una diosa de la mantilla y el clavel en la cabeza. Yo clavado en el suelo dejándome guiar por tu carisma, un giro a la derecha y otro a la izquierda. Pasando un pie a un lado y al otro, con esa fuerza que tenías en los brazos... ¡Cómo sabías manejarme!

Sabino se para y se pone en situación de chulapo con el cuerpo entallado, aunque la panza no le deja lucir el talle como lo lució décadas atrás.

—Ese baile tan chido de la gente de Madrid.

—Sí, querida, pero recuerda que el mejor chotis lo escribió un mexicano, tu compatriota Agustín Lara.

Sabino canturrea el arranque de la canción:

*Cuando vengas a Madrid, chulona mía,
voy a hacerte emperatriz de Lavapiés;
y alfombrarte con claveles la Gran Vía,
y a bañarte con vinillo de Jerez.*

—Pero qué bruta, me había olvidado de esa canción.

—¡Si era nuestro himno, Inés!, ¡si prometiste lealtad eterna a «Madrid, Madrid, Madrid»! —Sabino sigue canturreando la canción de Agustín Lara:

*en México se piensa mucho en ti
por el sabor que tienen tus verbenas
por tantas cosas buenas
que soñamos desde aquí...*

«Por tantas cosas buenas que soñamos desde aquí», la letra pegadiza da vueltas en la cabeza de Inés. Qué de cosas buenas habían soñado en aquellos días juntos. Luego ella se volvió a México, pero ese curso de becaria en Madrid terminando la tesis fue el gran año soñador. Durante los primeros meses de su regreso canturreaba la canción rememorando aquella época madrileña. Después se fue a Chicago y la aventura estadounidense borró el sabor de las verbenas; ella dejó de soñar, se olvidó de ese tiempo maravilloso en España. ¿Cómo era posible que hubiese olvidado tantas cosas buenas? ¿En qué clase de ser se había convertido? La vida tuvo un intenso sabor, había paladeado la alegría con música de organillo, había sido muy feliz soñando el futuro bajo la luz de las calles adornadas con farolillos de colores, pero se había olvidado de todo aquello, y el simple chotis que canturrea su amigo se lo está recordando.

Banda sonora

En la cama, Inés hace recuento del día que concluye mientras se acomoda buscando la mejor postura del cuello sobre la almohada. Su cabeza está llena de canciones, Sabino ha celebrado el reencuentro tarareando melodías como si quisiera que la tarde tuviera una banda sonora que adornase cada conversación. Sabino es organista y compositor, pero bien podría ser tenor de ópera. Explica el mundo arrancándose a cantar algunas estrofas y lo hace tan bien que da gusto escucharle. Es como estar en un musical, y esa exaltación lírica se le ha acentuado con los años. Canta con potencia y armonía en cualquier momento, y le da igual que lo miren, porque en el fondo disfruta con la sensación de curiosidad y extrañeza que despierta en los desconocidos que de lejos se paran a escuchar.

—A veces pienso que hemos perdido la gracia del cante. Éramos un país de cantores, de cantantes, de cantaores, de jotos y de amigos que cantan. En México los mariachis son la voz de tu pueblo, ¿verdad? Un país que deja de cantar está abocado al abismo.

—No seré yo quien te diga que no.

—Tú me entiendes, Inés, siempre me has entendido. No importa el tamaño del lapso que pasemos sin vernos, tú y yo nos seguimos entendiendo porque el tiempo en paréntesis y el torrente de cariño son sustancias distintas.

—Sí, bueno, al principio mantuvimos el contacto, pero luego...

—Yo me enamoré, es verdad, y me casé, y mi vida dio un giro total. Fue llegar a Alemania, conocer a Christiane y el resto es historia...

Los ojos de Sabino se habían entristecido por primera vez en toda la tarde. Inés había notado ese leve brillo de pena, esa gestualidad que cierra la boca y se traga el dolor.

—No sé si Agapito te contó todo lo que pasó —dijo Sabino suspirando con pesar.

Inés recordó alusiones en algún correo electrónico de los que le mandaba desde Madrid, años antes de que se fuera con ella a Milwaukee.

—Se separaron, ¿cierto?

—Me dejó, que suena bastante peor.

—Pero eso fue hace mucho, ¿no?

—Me plantó por un cretino que trabaja en la fábrica Porsche.

Stuttgart es una ciudad industrial donde se fabrican automóviles y tiene un par de museos dedicados tanto a la escudería Mercedes como a la Porsche. Sabino detesta los coches deportivos; él tiene un Volvo, un modelo familiar de la marca sueca con el que recorre Europa y de paso expresa su descontento y ojeriza personal hacia la producción automovilística germana y el final de su matrimonio.

—Un día me dijo que ya no estaba enamorada de mí y al siguiente se fue con Günter. Todo muy civilizado, porque esa gente se desenamora sin alterarse.

—Ya, eso cuentan... —alcanzó a responder Inés.

—Entonces me puse a comer, para compensar el vacío.

—Lo lamento.

—Al menos los chicos se quedaron conmigo.

Sabino es padre de un niño y una niña, ahora en edad universitaria, pero cuando su mujer lo dejó tenían once y doce años.

—El colmo habría sido que encima me largaran a mí de la casa familiar, que eso en España pasa mucho. Hay un divorcio y el padre se queda plantado en la calle y sin los hijos. Al menos yo me quedé con mis hijos y en mi casa mientras ella se inventaba una nueva vida.

Inés se compadeció de su amigo, pero antes de que pudiera decir nada Sabino se puso a cantar. Entornó los ojos y se colocó la mano en el pecho, levantando los hombros mientras inhalaba el aire abriendo sus pulmones. Su voz brotó con energía:

*Cuando un amor se va
qué desesperación;
cuando un cariño vuela,
nada consuela mi corazón,
dan ganas de llorar,
no es fácil olvidar
el amor que se aleja,
y que nos deja sin compasión.*

Estaba cantando el bolero de Abel Domínguez, y a Inés le hacía mucha gracia la pasión de Sabino por los compositores mexicanos. Conocía bien la

letra y apreciaba cómo la disfrutaba su amigo, aunque fuese una tonada muy sentida y condensara la esencia de muchos pesares.

La mexicana vuelve a tararear en la cama la melodía de la canción, pensando en el estribillo final de la letra que da consuelo a su amigo despedido: «Pero no hay que llorar, hay que saber perder...».

Inés no se ha atrevido a hablarle a su cantarín amigo de la toxicidad de Agapito en Milwaukee. Cuando Sabino le explicó los pormenores de su divorcio y la preocupación por que sus hijos estuvieran bien vio una posibilidad de compartir su propia rabia, pero pensó que era de mal gusto comparar la desesperación de un hombre abandonado y con el corazón roto, padre de familia responsable, con la horrible sensación de fracaso existencial y soledad que ella sentía. A Inés le cuesta demasiado poder verbalizar toda la trama del comportamiento deleznable de Luso y la suma de horrores que se fueron encadenando. Solo imaginarse desvelando lo que guarda en su interior le causa aprensión y pánico.

La maldad universitaria de luchas de poder intestinas es mucho más siniestra que el desamor. La erosión de la soledad y el aislamiento deja poco espacio para reinventarse. En su caso, no puede tararear ninguna canción que le dé consuelo, y se refugia en los ansiolíticos que le recetaron tiempo atrás. Ese pensamiento le hace darse cuenta de que lleva varios días sin necesitar una pastilla de hidroxizina, concretamente desde que está investigando los papeles de Joaquín Amigo. ¿Cuántos días?, solo cuatro, pero le gusta sentir que no las necesita. La toxicidad de Milwaukee está lejos, la radiación que desprende esa atmósfera hoy no le quita el sueño ni la altera. Es más, si no pudiera dormir, tiene muchas cosas que repasar sobre la vida de Lorca en el tomo biográfico de Ian Gibson. Puede buscar el sueño leyendo, tomando notas sobre la década de los años veinte y así tener referencias concretas para entender mejor las tres cartas que Federico le mandó a Joaquín. Muchas cosas son una interpretación que se alimenta de certezas precisas.

La cena había sido muy divertida. Sabino tenía ganas de festejar y comieron de más, y él bebió demasiado, pero estaba eufórico por la avalancha de recuerdos y no pudo evitar brindar y bendecirlos dando abundantes tragos.

—Si es que lo pasamos muy bien, y tú te hiciste doctora a toda pastilla, porque en España la gente se eterniza con las tesis, ya sabes, ¿no? Y, por cierto, qué defensa tan lograda y lo que nos reímos por lo bajini con aquel tribunal de estirados que te tocó.

—La terminé en chinga porque no me podía permitir otra cosa, y la beca en la Residencia fue un milagro que aproveché al máximo. No te imaginas lo

que trabajé los primeros meses para completar el borrador, todavía recuerdo levantarme todos los días a las seis, escribir dos horas y media, y luego bajar a desayunar con el grupo. Y el resto del día también trabajando, pero esas horas antes de verles a todos eran fundamentales.

—Pues yo recuerdo esa época durmiendo hasta tarde y bajando a desayunar cuando todos estabais terminando. Luegoirme a visitar parroquias y ver archivos. Pero con calma, que la música tiene otro *tempo*. Brindemos por eso y por la fuente de la eterna juventud de la que has bebido, y por los espejos que me recuerdan que yo me he echado a perder.

—Yo creo que para mí ya es suficiente. —Inés había alzado la copa y simplemente se había mojado los labios.

—Cuéntame, y ahora en Madrid, ¿qué estás investigando exactamente?

—No te lo vas a creer, pero he vuelto al tiempo de esa tesis que defendí con tanto arrojo.

—¿Cómo?

—Pensé que era un periodo de la historia y de mi propia vida que estaba cerrado, pero ha aparecido un personaje olvidado que es clave, y todo en mi cabeza ha cambiado de forma vertiginosa. Me he encontrado los papeles y la correspondencia de alguien muy especial. Se llamaba Joaquín Amigo y fue íntimo amigo de Federico García Lorca y de otros escritores e intelectuales de la época. Era de Granada, como Lorca.

La palabra *Granada* activó el repertorio de Sabino y esta vez se puso en modo operístico:

*Granada, tierra soñada por mí,
mi cantar se vuelve gitano
cuando es para ti,
mi cantar, hecho de fantasía,
mi cantar, flor de melancolía,
que yo te vengo a daaaaaaaaar...*

El encuentro de Inés y Sabino comenzó con una canción de Agustín Lara y la cena concluyó con otra de las grandes canciones del compositor mexicano. Además, esta pieza era de 1932, coetánea a la época de Federico y Joaquín, cuando ellos todavía estaban vivos.

¡Qué capacidad tenía Sabino para convertir su realidad en un musical y disfrutar del momento! Cantar es una forma maravillosa de expresarse. El cine está lleno de películas con bandas sonoras y canciones que solo escuchan

los espectadores cuando contemplan las escenas, y las imágenes musicalizadas se quedan grabadas en la mente como si la vida solo tuviera verdadero sentido si está acompañada de unos músicos tocando sus instrumentos.

En el momento de la despedida en la propia Residencia, junto a las escaleras que llevan a los pabellones gemelos, hubo un largo abrazo y una última canción que invocaba la ilusión de la intimidad que compartieron. Con el deseo de las buenas noches, los besos en las mejillas y la promesa de reencontrarse al día siguiente en el concierto de órgano, llegó la inolvidable ranchera:

*Y volver, volver, volver
a tus brazos otra vez,
llegaré hasta donde estés.
Yo sé perder, yo sé perder,
quiero volver, volver, volveer.*

—Nos dejamos hace demasiado tiempo, Sabino. Anda, vete a dormir, que mañana tienes que darnos otra serenata.

—Vendrás, ¿verdad?

—No me lo perdería.

—Perdona si me he puesto muy pesado.

—Me hiciste reír y te lo agradezco.

—¿No te enamoré un poco?

—En México te querrían mucho, se agradece cuando los españoles nos cantan nuestras canciones.

—Es que algunas las hicieron para nosotros. Porque México y España son almas gemelas.

—Buenas noches, Sabino.

—Que duermas bien, Malinche mía.

El azar o la providencia le ha mandado a Sabino a conjurar sus angustias. Ella tiene suerte, no como el infeliz Fernando Z. Maldonado, el compositor de la canción *Volver, volver* y su pobre esposa, que murieron acribillados por una pistola del calibre 38. A Inés siempre le ha impresionado ese doble asesinato camuflado por un asalto que nunca se resolvió. Los borrachos invocaban con esa canción las segundas oportunidades del amor y de la vida, y el pobre Fernando Z. Maldonado y su esposa no tuvieron una segunda oportunidad, ni tampoco Federico, ni Joaquín. «Siempre hay alguien

dispuesto a apretar el gatillo y robarle la vida a otra persona. Asesinos solitarios, asesinos en grupo, ¿cómo habrá sido la muerte de todos los involucrados y responsables de estos asesinatos?»

Inés no quiere dormirse con ese pensamiento, quiere volver a la luminosidad de su encuentro musical con Sabino. Ella no tiene melodías que la saquen de sus pensamientos obsesivos; cuando conduce por las carreteras rumbo a la universidad escucha la radio, las entrevistas con voz grave, los informativos llenos de malas noticias, no busca canciones que conjuren su desesperación.

¿Cuál era la banda sonora de Federico en la playa de Cadaqués viendo pintar a su amigo Salvador Dalí? Inés busca la biografía de Gibson, comienza leyendo la parte de la llegada de Lorca a la Residencia de Estudiantes. Era en la primavera de 1919, ella en cambio está en el otoño de 2019; en medio, cien años y un verano con su Virgen de Agosto.

El capítulo dedicado a la «Resi», como la llamaban cariñosamente, alude a la actividad musical y a invitados como Manuel de Falla, Andrés Segovia o Joaquín Turina. Gibson menciona que el periodo feliz de Lorca en la «Resi» va de 1919 a 1925, aunque su etapa de residente termina en 1928 y en junio del año siguiente el poeta se irá a Nueva York. En la «Resi», Lorca hará grandes amistades e intentará su conquista literaria de la capital estrenando el 22 de marzo de 1920 *El maleficio de la mariposa*, pieza con la que experimentó un rotundo fracaso. Inés anota la fecha de ese fracaso intuyendo que tal vez Lorca lo verbalice en alguno de los papeles del abuelo de María. Busca referencias sobre la amistad de Dalí y se salta la parte dedicada a Falla en Granada. Quiere tener algunos datos que la ayuden a entender mejor las cartas, ya volverá a todo con detalle cuando ordene las notas y las transcriba en un largo ensayo. Hay un libro por escribir que la espera y esa idea le da sosiego. El misterio del archivo familiar que ha aparecido en su vida, su peripecia en forma de una gran caja tantos años guardada y llena de sentimientos, parece una especie de salvavidas que quiere mantenerla a flote en lo que siente como su naufragio personal y su hundimiento.

Inés piensa en la primera carta que alude a Lanjarón y en los nuevos romances gitanos *ya ceñidos*, piensa en Dalí y en Cadaqués. Necesitaría un año sabático investigando para poder extenderse en profundidad y dar sentido a todos los hallazgos que la deslumbran y la animan. Se sonríe y se acuerda de su tesis ingenua y primeriza, que escribió sumando biografías, analizando poemas y entrelazando voces. Si la Inés de hace dos décadas y media se hubiera encontrado el tesoro de Amigo, ¡qué distinto habría sido su texto!

Por fin aparece la parte dedicada a Salvador Dalí e Inés anota que el pintor llega a la Residencia en el otoño de 1922, pero Federico y Salvador no se conocen hasta febrero o marzo de 1923. Gibson destaca el deslumbramiento de Federico por el joven pintor seis años menor que él. Inés sigue leyendo y anota que los dieciocho poemas del *Romancero gitano* se escribieron en su gran mayoría entre 1924 y 1927, pero lo que ella en ese momento quiere saber son detalles de Dalí y Lorca en la playa. Quiere encontrar imágenes que dialoguen con las mismas emociones que va dibujando Federico en sus cartas a Joaquín. Hay una alusión a una primera visita de Lorca a Cadaqués en 1925 y la mención de que los críticos establecen 1926-1928 como «la época lorquiana» de Dalí. La «Oda a Salvador Dalí» es, según Gibson, «uno de los más altos cantos a la amistad jamás escritos en español».

La amistad y sus cantos, con ese pensamiento se le cierran los ojos a la mexicana y deja que su cuerpo se entregue al abrazo de Morfeo. Si hubiera sido Odiseo, estaría ya cautivo en el abrazo de Circe con sus hombres convertidos en bestias. Inés siente la melodía del sueño que le llega con intensidad. Su cabeza todavía se esfuerza por pensar, pero la somnolencia se parece al canto de las sirenas. Trata de alzar la barbilla para escuchar el eco de unas sensaciones que condensan la plenitud de todo lo que ha vivido ese día. Sin embargo, se rinde con un largo bostezo, que arrastra las imágenes de lo que ha leído al final de la noche.

Lo que nos atrae

Al poeta Federico García Lorca le gustaba mucho el pintor Salvador Dalí. Esa atracción se volvió dolorosa porque, aunque fraguaron una amistad intensa y pasaron tiempo juntos, Salvador no quiso intimar a fondo con Federico.

Inés se despierta pensando en las atracciones no correspondidas, en el deslumbramiento que podemos sentir unos por otros. Federico había escrito la «Oda a Salvador Dalí» para contener toda la fascinación que sentía por su amigo pintor. La carta de Federico a Joaquín aludía a un verso de esa oda y lo situaba en el mapa emocional de la alegría plena.

Inés se levanta de la cama con ánimo. Ayer estaba demasiado cansada para sumergirse en la carta desde Cadaqués, pero hoy es distinto, ha dormido profundamente durante unas siete horas. El sueño reparador ha ordenado su cabeza, presiente que será un día productivo y que debe aprovecharlo al máximo porque por la tarde le ha prometido a Sabino que irá a su concierto. Además, le hace ilusión escucharlo tocando el órgano y hace años que no va a un concierto de dicho instrumento. Se sonríe, pues en el último concierto al que fue también tocó Sabino, justo antes de defender su primera tesis.

No hay rastro de Sabino en la zona del comedor habilitada para el desayuno, debe de estar todavía durmiendo la resaca del vino y las canciones. Inés bebe un café con leche, come un pedazo de tarta de almendras y se da prisa. Toma el autobús que la deja cerca de la calle de las Huertas y la sube a buen paso. Al doblar la esquina con la calle Amor de Dios se acuerda de las instrucciones de María, que no estará por la mañana, pero puede pedirles las llaves a los hermanos de La Biotika. «Ojalá esté Rodrigo». Inés saca del bolso un pintalabios y se detiene un instante para retocarse la boca y mirarse en el espejuelo redondo y pequeño que siempre lleva. Tiene buen aspecto y ganas de conversar. Se ha puesto nerviosa pensando en el hombre que le gusta, metido tras su mostrador de madera y rodeado de productos orgánicos y a granel.

¿Cuándo fue la última vez que alguien le gustó? El tiempo de Milwaukee ha sido un patético erial. Obsesionada con el trabajo del máster, solo tuvo una

ridícula aventura con un colega en uno de los congresos de la Asociación de Estudios Latinoamericanos. No fue en Milwaukee, fue en un congreso en San Juan en Puerto Rico, y resultó frustrante porque no tenían nada que ver, y él se lo tomó como un triunfo personal, y ella como un error garrafal. «Las aventuras de una sola noche en congresos y conferencias deberían estar prohibidas», al menos eso pensó Inés al despertarse al lado de aquel colega en un hotel de la cadena Hilton. Además, para colmo, él estaba casado, lo cual hizo que Inés se sintiera miserable cuando por la mañana lo escuchó conversar brevemente con su mujer desde el baño. El tono cínico y dulzón del colega casado que acababa de conocer la tarde anterior en el panel de presentaciones le pareció lamentable y se compadeció de su mujer, desconocedora de las aventuras de su esposo. Inés tenía principios y solía evitar ser parte de las mentiras y los engaños de los demás, pero los tres cubatas y la noche de fiesta le hicieron bajar la guardia y no se le ocurrió preguntar el estado civil de aquel hombre.

Algunos colegas se comportaban como si los congresos fueran un festival de esparcimiento sexual y amatorio, y ella, tan culpable como el resto, había procedido como una inconsciente desinhibida. Ni se acordaba del nombre del tipo, era un profesor argentino de una universidad privada de California, y quizá lo más interesante había sido su ponencia sobre *La invención de Morel*, aquella novela breve de Bioy Casares sobre un fugitivo en una isla que se enamora de una mujer a la que espía todas las tardes y que forma parte de un grupo de turistas. La trama se complica porque es una novela que cruza el umbral de la realidad y desemboca en lo fantástico. Es clave en la resolución de la trama la máquina del científico Morel, que experimenta con la idea de la inmortalidad y su representación. El científico ha grabado la vida de los turistas durante una semana y reproduce ese tiempo una y otra vez. El fugitivo se ha enamorado de la misma imagen y de las mismas acciones cotidianas de los días repetidos de la mujer que espía.

El hombre casado y *La invención de Morel*, las imágenes de lo vivido intentando perdurar en el tiempo como si fueran la vida eterna. Un episodio insignificante de sus vivencias se le aparece en forma de recuerdo para advertirle de que la atracción puede ser un espejismo. Inés se mira los ojos en el espejuelo. También ha tenido encuentros fugaces satisfactorios, aunque esos quedan en la prehistoria de sus recuerdos, cuando hacía el doctorado en Madrid y salía de bares con las amigas. El sexo esporádico de los bares de copas, en los apartamentos de los chicos guapos que se quedaban durmiendo en la cama mientras ella buscaba su sujetador, sus bragas y sus medias entre

las sábanas. No le gustaba desayunar con ellos ni darles demasiadas explicaciones. Durante la semana tenía las clases en la facultad y mucho trabajo por delante, el sexo era un juego lúdico, un guiño a la vida, un canto a las endorfinas y al placer.

—Buenos días. —Inés entra en la tienda saludando, sintiéndose atractiva y con ganas de gustar.

Rodrigo está agachado en una esquina cerca del mostrador abriendo unas cajas en el suelo y apenas le presta atención.

—Ahora le atiendo.

Responde de manera mecánica, no se da cuenta de que es Inés la que ha entrado. Mira contrariado el contenido de una de las cajas y llama a su hermano:

—Jesús, ven, otra vez nos han mandado cosas que no encargamos, son la leche, es la tercera vez que pasa.

Jesús entra por la parte de atrás de la tienda, se acerca a las cajas y se agacha para mirarlas.

—Tienes razón, menudo despiste llevan, ahora los llamo. —Se saca el teléfono móvil del bolsillo y cuando va a marcar se percata de que Inés está junto a la puerta, mirándolos con timidez.

Antes de que pueda decirle nada, su hermano Rodrigo se le adelanta.

—Perdona, Inés —se disculpa—, se ha complicado la mañana con una mercancía. ¿Qué necesitas?

—María no está y vengo a ver si me pueden prestar la llave.

—Sí, la tengo yo. —Jesús se mete tras el mostrador, saca un llavero y se lo entrega mientras pregunta—: ¿Qué tal va la cosa?

—Bien, hay muchísimo material.

—¿Son los papeles de su padre? Era un gran tipo.

—No, no, estoy con el abuelo.

—Nosotros conocimos a los padres —responde Jesús.

—Ya me comentó Rodrigo.

—Ha sido muy triste todo lo que ha ocurrido, María lo está pasando muy mal. Le viene bien que la ayuden con lo de su familia, la noté animada cuando nos comentó que estarías por aquí. —Parece que Jesús tiene más confianza con María, o al menos lo verbaliza—. Los padres solían venir bastante a verla y pasaban siempre a saludarnos, eran grandes personas... Es una verdadera pena.

Inés coge la llave y sonríe agradecida.

Rodrigo se apresura a preguntar:

—¿Quieres una *kombucha*?

—Sí, sí, gracias. —Inés está ya en la puerta, pero se para y lo mira fijamente.

Rodrigo saca la bebida de la nevera y se la entrega.

—Veo que vas con prisa. No te preocupes y luego cuando puedas me la pagas, yo estaré aquí toda la mañana y en el restaurante a la hora de comer.

Inés quiere interpretar la confianza como un gesto cordial y un guiño secreto para que baje a conversar en algún momento. Se dicen adiós con la mirada mientras Jesús, desde el fondo de la tienda, se pone a llamar por teléfono. Rodrigo ve alejarse a Inés, busca cinta de embalaje dentro del mostrador y comienza a cerrar la caja con la mercancía equivocada para preparar su devolución.

Inés abre el portal de la casa de María meditando y sube las escaleras despacio. Se siente ridícula y algo contrariada, ha llegado en mal momento a pedir las llaves. Había fantaseado con el saludo mañanero y encontrarse con Rodrigo a solas en esa tienda estrecha llena de aromas naturales. Definitivamente le gusta mucho, y piensa que esa atracción la libera de la vida real de la universidad, que lleva varios días descuidando. Ha dejado un mensaje automático de respuesta del correo electrónico donde indica que si hay algo urgente pueden llamarla por teléfono. Sabe que estar unos días sin mirar y contestar correos electrónicos le dará serenidad. Ahora su pequeño entretenimiento es imaginar cómo seducir al tendero utilizando los ratos de la mañana y las conversaciones banales cuando la atiende en el restaurante a la hora de comer. Es más difícil este tipo de seducción diurna que la de las miradas en los bares con copas, complicidad y risas. «Seducir con luz natural», piensa Inés, «dejarse habitar nuevamente por las ganas del roce humano y sensual».

¿Se sentiría así Federico cuando veía a su amigo Salvador? Los dos en bañador en la playa... Inés se bebe la *kombucha* de jengibre con limón y suspira imaginándose a Rodrigo en bañador, en una playa parecida a la de la carta de Federico.

Inés se enfrenta a la segunda carta de Lorca a Amigo con el ánimo renovado por las horas de descanso y el sueño ajustado al ritmo lógico del cuerpo. Aunque no lleva fecha presente que esta vez sabrá deducirla. Le gusta que arranque citando el verso de la «Oda a Salvador Dalí», «Cadaqués en el fiel del agua y la colina»; ayer ya lo anotó y hoy vuelve a escribirlo en su cuaderno. Pertenece a la séptima estrofa, y el verso que sigue dice «eleva escalinatas y oculta caracolas».

Vuelve a la carta y allí está Federico con el agua en la cintura y sus ojos clavados en el *Nacimiento de Venus* que pinta Salvador. El poeta ha pasado días muy intensos en Barcelona y es en la playa de Cadaqués, junto a Salvador pintando, donde encuentra reposo. Inés ya sabe que el éxito que ha coronado los esfuerzos que menciona Federico es la obra teatral *Mariana Pineda*. El día anterior, mientras Inés leía el libro de Gibson, anotó que se estrenó la noche de San Juan en Barcelona en el verano de 1927. Ahora que sabe el contexto preciso y está despejada, las palabras de la carta suenan a melodía gloriosa. Federico le cuenta a Joaquín que ha «podido observar después de los múltiples arreglos» que su drama «es poesía pura». Lo subraya y refuerza con otra afirmación: «Se ha visto claro». Federico es consciente de la fuerza del montaje de su obra teatral, en la que su amigo Salvador hizo insólitos decorados cubistas. Imagina y planea una posible gira y está exultante describiendo a Joaquín detalles de cómo ha sido el proceso de producción y su colaboración con Salvador. Inserta además algunas impresiones de figuras relevantes que vieron las representaciones:

Ha sido el primer triunfo público de la juventud actual española (estas son palabras de Salinas). Los autores viejos, me decía el gran arqueólogo catalán Villasegut, están echando *llet* (leche).

Inés va copiando diligente las palabras de Federico:

Aquí en Barcelona hay una gran juventud y una cantidad de mierdas catalanistas tan grande como la juventud.

¿Qué habría pasado para que en medio de su euforia celebradora tuviera que contarle precisamente eso a Joaquín?

«Este chico ha caído aquí como una bomba», dijo el director de *La Veu* a un conocido mío, ¡y es verdad! Con mi drama y ¡la exposición! Estoy dando que hablar más que escribió el Tostado.

Federico se está refiriendo a la exposición de veinticuatro de sus dibujos coloreados que hizo en las Galerías Dalmau de Barcelona, del 25 de junio al 2 de julio de 1927. Según recoge Gibson, solo nueve se pueden identificar y del resto se ha perdido el paradero. Federico planea darle detalles a Joaquín de todo cuando se vean: «Ya hablaremos cuando vaya a Granada». Pero no quiere dejar de contarle cómo resultó el banquete que le dieron «las revistas de poesía y arte» reunidas el día antes de que Federico se fuera a Cadaqués.

Inés había leído en el libro de Gibson sobre esa cena para celebrar los éxitos de Lorca, y que fue justo al terminar la temporada de Margarita Xirgu en Barcelona y cuando se clausuró su exposición. Concretamente el 2 de julio

en el restaurante Patria de la plaza Sepúlveda. En la cena, Federico no olvida a sus amigos de siempre y los señala bien en la carta:

hice un brindis muy significativo y brindé por vosotros mis amigos de Granada que es lo único que me interesa de esa ciudad.

Después vuelve a sus confidencias sobre su amistad con Salvador y los proyectos que tienen entre manos:

Dalí no quiere que me vaya de ninguna manera, pero mi familia me reclama urgentemente. De todos modos yo estaré algunos días aquí disfrutando de este mar y redactando un manifiesto que vamos a llamar Dalí y yo «Manifiesto antiartístico», que será el escándalo más grande que se habrá registrado en la vida artística española.

A Inés le divierte la naturalidad con la que Federico confía a Joaquín su anhelo, su deseo de ser rompedor e impresionar a la sociedad con sus proyectos. La idea del éxito como escándalo, la provocación creativa como un guiño efervescente y vitalista. Ser jóvenes y tener cosas que decir que sorprendan e inquieten a los demás. El poeta disfruta al compartir con su amigo sus planes mezclados con la satisfacción de sus logros. Continúa su carta expresando la alegría, describiéndola como un placer lúdico parecido al luminoso tiempo de los juegos de la infancia, donde incluso ha salido a escena vestido para la ocasión sintiéndose hermoso porque «el joven de la voz aceitunada» le ha pintado «al temple» una corbata amarilla «insultante».

El joven de la voz aceitunada es Salvador, y así lo celebra en la oda que le dedicó con un verso que repite dos veces en el poema para dejarlo claro y a Inés todavía le resuena: «¡Oh, Salvador Dalí, de voz aceitunada!».

La mexicana regresa a la carta, aparecen otros detalles sobre las peripecias de la función:

Fue muy gracioso el momento antes del estreno. Porque mientras me vestía en el hotel (bajo la dirección artística de Dalí) estaba el cuarto lleno de poetas y me vistieron entre todos como los toreros. Era una corrida peligrosa para la poesía moderna. Ahora me dedicaré a mandar mi libro de canciones y que

Inés se atasca con la siguiente palabra. «¡Qué rabia, con lo fluida que había sido la transcripción y la lectura!» Justo en la última página, es incapaz de entender lo que pone: «y que ¿¿urgieran?? a hablar de él». Lo deja en negrita con varios interrogantes.

Está claro que Federico quiere activar la recepción de su poemario *Canciones* (1921-1924), que se publicó en Málaga en 1927 con el suplemento de la revista *Litoral*.

La despedida es un guiño a la amistad y a la necesidad de los reencuentros:

Adiós Joaquín. Pronto tendré el gusto de abrazarte y de abrazar a los amigos. Saluda a todos y tú recibe la amistad de Federico.

La F mayúscula en grande de la firma del nombre de Federico se adueña del resto de la página. Una última frase es un ruego:

Escríbeme enseguida y háblame del éxito de Paquito en el auto sacramental.

Otro dato que Inés tendrá que buscar es ese auto sacramental al que se refiere Federico. Pero en ese momento está feliz de haber concluido la carta y poder tomarse un breve descanso, bajar a La Biotika a devolver la botellita de cristal de la *kombucha* y pagar lo que debe a su tendero particular de voz aceitunada. A Inés le apetece tontear un rato mientras compra algunas cosas y luego sumergirse en la tercera carta. Más tarde irá a almorzar y volverá a deleitarse con la imagen de Rodrigo dando vueltas por el comedor del restaurante. Se levanta, coge las llaves y la botellita vacía de cristal y sale del apartamento sintiendo el nerviosismo ridículo de los enamoramientos leves y caprichosos de la adolescencia. Como siga tan ilusionada será ella la que escriba una «Oda a Rodrigo el de La Biotika».

Inés sale del apartamento y baja un tramo de las escaleras. En el rellano del segundo piso se encuentra a María llevando varias bolsas. La sigue una mujer con un gorrito de lana fina de color verde claro y un anorak gris cargando una mochila y un bolsón de tela.

—¡Qué coincidencia! Hola, Inés, precisamente hablaba de ti —exclama María.

Inés se apresura a ayudarla con una de las bolsas y vuelve a subir al apartamento mientras saca la llave del bolsillo.

—Déjenme que abra, tengo la llave que tomé prestada en La Biotika.

Inés abre la puerta y cede el paso a María y a su amiga mientras entra detrás de ellas. María coloca las bolsas con comida en el aparador de la cocina. Su amiga deja la mochila y el bolsón en el pasillo, junto a la puerta de una de las habitaciones.

—Te presento a Rocío, es la hermana de Manuela, la pareja de mi hermano Santi. Los que viven en México y conocen a tu hermano.

—Qué tal, mucho gusto.

—Encantada. —Rocío tiene una sonrisa luminosa que a Inés le recuerda a alguien.

—María está muy contenta de tenerte investigando los papeles de su abuelo —dice Rocío sin dejar de sonreír.

—Estoy aquí poco tiempo para todo el material que hay. Esta vez solo puedo quedarme hasta fin de mes, pero volveré, de eso no tengo duda.

—Yo he venido a pasar unos días aquí a Madrid, tengo un cursillo complementario para mi titulación de profesora de yoga y María siempre me acoge en su casa.

—Feliz de teneros a ambas. Te quedarás a comer, ¿no? —dice María mirando a Inés.

—No quiero molestar —responde ella con timidez—. Además, en el restaurante de abajo se come muy rico y es lo más práctico para seguir trabajando.

—Es un vegetariano estupendo, podríamos ir también nosotras, así comemos todas juntas. Pero todavía es un poco pronto, ¿no? —responde María mirando el reloj.

—Estaba por bajar un minuto a la tienda, les debo una *kombucha* que compré por la mañana.

—No te preocupes, cuando bajemos a comer ya se la pagas y devolvemos la llave. Ahora nosotras te dejamos tranquila para que puedas seguir trabajando.

Inés se queda sola con la botellita de cristal vacía en una mano, frente a la mesa con los papeles del abuelo de María. Parece que hoy el azar no la deja estar a solas con Rodrigo. Se fija en la carpeta rosa con las fotocopias que guardan los padres de María y recuerda que el día anterior encontró allí la copia de la carta que le había mandado Joaquín a Lorca en Lanjarón. Con el cansancio y su estilo ácrata de abordar los papeles presiente que tal vez pueda haber otra pieza del puzzle. No se equivoca, aparece la fotocopia de una carta de cuatro páginas que Joaquín envió desde Granada con fecha del 5 de junio de 1927. Es anterior a la carta de Lorca desde Cadaqués que acaba de transcribir. En la esquina superior izquierda de la primera página hay escrita una notita de Cobo. ¿Cobo? Debe de ser Antonio González Cobo, el que fue secretario de la revista *gallo* y se encargó de la contabilidad, las suscripciones y las relaciones con las librerías. Inés cree haber visto varias cartas con su firma que tiene que leer. ¡Hay tanto material!

Federico: Un abrazo. Uno mi felicitación a la de Joaquín por la tan esperada epifanía del libro de *Canciones* y mi indignación a la suya por la alcaldada vil de Bergamín.

Cobo

Es una especie de posdata de inicio que curiosamente hace referencia al poemario *Canciones* y señala que ha debido de pasar algo desagradable con Bergamín. Inés trata de recordar si ha leído alusiones a Bergamín que muestren tensiones entre compañeros. Le suena a un eco lejano, a las quejas de Cernuda en alguna correspondencia que quizá leyó en sus años de la tesis madrileña. Imagina que los detalles concretos de este caso los dará Joaquín en su misiva. Se dispone a leerla con mucha curiosidad:

Queridísimo Federico:

¡Cómo estarías de indignado conmigo si otras cosas más importantes no ocuparan tu imaginación! Pero sé que eres capaz de tomar la cosa por la tremenda e interpretar mal el que yo no haya contestado a tus cartas.

Inés se detiene, ¿a qué cartas de Federico se refiere Joaquín? La que leyó ayer desde Lanjarón era de agosto de 1926 y la que ha terminado hace un rato, de julio de 1927. En algún lugar debe de haber otras cartas donde Federico le ha ido contando cosas a Joaquín. ¿Habría cartas de Lorca entre lo que se llevó Rosales de la casa de la abuela? Inés había pensado que fueron los dibujos originales y los poemas, pero tal vez también se pudo llevar cartas.

Joaquín ha tardado en contestar a las cartas de Federico y con esta misiva trata de ponerlo al día y calmar el enfado de su amigo. Joaquín le recuerda que es el amigo de siempre, que le escucha y que le brinda un apoyo incondicional. Además, le ha llegado el ejemplar del poemario *Canciones* y está emocionado con el poema que le dedica. Es una pena que María no conserve ese ejemplar, solo les ha quedado el de *Impresiones y paisajes*. «¿Qué habrá sido de ese libro?», se pregunta Inés. Qué lástima que Rosario ya no esté aquí para aclararle tantas cosas.

Inés conoce bien los poemas de *Canciones* y se alegra de poder transcribir las palabras agradecidas de Joaquín, reviviendo el gozo de ambos amigos, que comparten confidencias y se abrazan. La amistad macerada de admiración y cariño combina también franqueza y mucha confianza. Joaquín va contando las últimas noticias de lo que se cocina en el mundillo de la poesía y sus diferentes grupos:

No puedo seguir adelante sin expresarte la indignación y el asco que siento por un artículo de Bergamín publicado en la *Gaceta Literaria* con el nuevo homenaje a Góngora que tú conocerás.

La poesía se vuelve un asunto grave donde las genealogías y la renovación importan. Joaquín está muy irritado con la forma en la que trata Bergamín el tema:

Hay que diferenciar bien los planos y las jerarquías artísticas. Por no hacerlo así, el bestia de Bergamín coloca el centro y la fuente de la verdadera poesía en Juan Ramón y en sus afluentes, y en los que él se empeña que lo sean. Y esto por no tener el gesto franco y valiente de dar a Juan Ramón como pasado, glorioso, sí, pero pasado, en vez de mirar a otros

Aquí patina el texto, hay un pequeño tachón y aparece escrita la palabra *orizontes* sin hache. Inés duda, «¿será otra palabra?», trata de buscarla: «en vez de mirar a otros ¿orígenes?». No, no pone orígenes, pone horizontes. A ella también se le escapa alguna falta de ortografía cuando escribe, pero tiene la suerte de que la aplicación ortográfica del procesador de textos del ordenador la avisa subrayando en rojo la palabra. Estas cartas están escritas con la pulsión viva del instante, normalmente tanto el uno como el otro se olvidan de las tildes, pero esta vez se ha escapado también una hache, y es gracioso, porque el tachón en realidad es el amago de las primeras letras de la palabra *horizontes* con su hache.

De niña, Inés dudaba entre la palabra *abierto* y *hablar*. Una sin y la otra con hache. Para acordarse de cómo escribirlas tenía que pensar en el letrerito de las tiendas que se ponía en las puertas e invitaba a entrar: ABIERTO. Era el rastro de su dislexia, obligándola a visualizar las palabras para no llenar sus textos de faltas de ortografía. A veces se daba cuenta de un error al pasar sus notas manuscritas del cuaderno al ordenador; veía el subrayado rojo delatando la incorrección y corría a arreglarlo tanto en el borrador del papel como en el documento de la pantalla. El misterio de la buena ortografía. Siempre le había dado mucha envidia la gente que escribía sin titubear, que jamás se equivocaba. Pero ella no era de esos, patinaba mucho más que Joaquín y Federico juntos.

La carta de Joaquín al referirse al poeta Juan Ramón Jiménez lo enmarcaba claramente en el pasado. Los «horizontes» necesitaban ser ilimitados, abrirse a espacios que definía «más luminosos y prometedores para buscar en ellos el Alba de nuestra poesía, de la verdadera poesía de la hora actual y de la que habrá que partir para la poesía futura».

La poesía futura les esperaba, al menos Joaquín así lo sentía al compartir confidencias emocionadas con su amigo Federico. Ambos creían que la poesía era importante, y necesitaban conversar sobre un tiempo poético que se estaba renovando. Pero Joaquín veía más allá de las emociones, podía calibrar la complejidad de las relaciones humanas y los espacios de poder en el territorio de la poesía que se iban formulando. Estaba francamente molesto con Bergamín y el texto que había escrito. Curiosamente la voz de Joaquín verbaliza con contundencia su furia contra el trato a favor que Bergamín da a

Alberti, y reacciona de forma muy explícita haciendo que Inés ya intuya enfrentamientos y duras tensiones. ¡Ay, la poesía!

mientras que Alberti, el mierda de Alberti, es el poeta tipo, original, y constructor, creador de los moldes líricos andaluces. ¿Se puede esto tolerar en lo que creíamos más puro de nuestros jóvenes ensayistas? ¿Qué revela eso en el seno mismo del ‘grupo’, en este grupo del cual lo esperamos todo?

Pareciese que la forma verdadera de Lorca de entender y expresar la poesía fuera ninguneada en el ensayo de Bergamín, mientras que las propuestas de Alberti fuesen las que se celebraban. Naturalmente eso indignó a Joaquín, que intuyó mucho antes que su amigo Federico los sinsabores futuros que sufriría por parte de algunos de sus compañeros. Muchos no sabrían comprender la original fuerza de sus versos y los percibirían como antiguos, al condensar en ellos la esencia andaluza. Federico y Joaquín habían depositado grandes esperanzas en el entorno de la nueva poesía que se estaba gestando y el ensayo de Bergamín sonaba a agenda personal de afinidades y compromisos. Bergamín estaba siendo juez y parte, y eso era intolerable:

Este artículo incapacita a Bergamín —el tiempo lo dirá— para la crítica. Hay una responsabilidad literaria, aunque no se vea palpablemente quién la hace efectiva, pero que al fin se cumple.

Joaquín apelaba a la responsabilidad literaria, creía en el orden secreto de las cosas, en la justicia del tiempo poniendo todo en su sitio. Sin embargo, esas tramas de poder pueden afectar a su amigo Federico y dialoga con el talento superior que tiene y la capacidad para distanciarse de esa toxicidad de las rivalidades:

Sin duda tú te estarás riendo de todo esto porque en realidad el suceso en cuestión no significa para ti nada. Pero yo que lo veo como espectador, como el paisaje es para mí todo tiene que

—¿Qué tal vas? —La voz de María saca a Inés de la última palabra de la oración, que está medio borrada y se le resiste.

—Estoy con una carta de tu abuelo, de las fotocopias de la fundación Lorca. No soy capaz de terminar la frase.

María trata de descifrarla, pero tampoco parece saber exactamente lo que pone.

—¿Inspirarme? —dice mirando a Inés.

—Seguramente, sea eso, «inspirarme». Se pone del carajo esto de transcribir.

—Mi abuelo era un estupendo grafólogo.

—Hubiera sido de gran ayuda.

—¿Te parece que bajemos ya a comer?

—Claro, luego seguiré un rato, si es posible.

—Por supuesto, todo lo que necesites.

María, Inés y Rocío bajan a comer al restaurante. Inés lleva el botellín de cristal en la mano. Cuando llegan al restaurante casi todas las mesas están ocupadas, pero les arreglan un rincón cerca del mostrador de donde salen las comandas recién hechas en la cocina. Rodrigo no está y la mexicana trata de disimular su decepción. Jesús, el hermano mayor de Rodrigo, les da la bienvenida mientras se acomodan en una pequeña mesa:

—Anda, pero si ha venido Rocío.

—Aquí estoy de vuelta. —Rocío sonríe a Jesús.

—¿En qué estás metida ahora?

—Voy a hacer un curso sobre las Ruedas de la Vida.

—Qué interesante, ya nos irás contando.

Justo al terminar de hacer el pedido del almuerzo, Inés se levanta y coge la botellita de cristal vacía.

—En lo que nos traen la comida voy a llevar la botella y también la llave a la tienda. Así no se nos olvida.

María le da la llave.

—Ahorita vuelvo.

Inés sale presurosa del restaurante y entra dando grandes zancadas en la tienda, donde Rodrigo está ordenando las estanterías.

—Hola —dice nerviosa y sonriente.

Él le devuelve la sonrisa. Inés se ha pasado toda la mañana anhelando esa sonrisa.

—Traigo las llaves y el importe de la *kombucha*.

—Disculpa, esta mañana no he podido hacerte caso, hemos tenido mucho lío. —Rodrigo toma las monedas, la botellita de cristal y las llaves.

—Estoy acá comiendo con María y una amiga de ella.

—Hoy me quedo yo encargado de la tienda todo el día, han llegado muchas cajas y estamos con inventario y mirando las fechas de caducidad. ¿Cómo ha ido tu mañana?

—Complicada, los poetas son gente de carácter y andan enfadados.

—¿Los poetas?

—El abuelo de María conocía a un montón de poetas y tenían sus diferencias.

Rodrigo sonríe y la escucha con atención. Inés piensa que esa forma de mirarla que tiene es deliciosa y se esfuerza por decir algo interesante.

—El abuelo era íntimo de Lorca.

—¿Federico García Lorca?

—El mismo. Lo apoyaba mucho con cartas lindas y esas cosas.

—¿Y el enfado?

—Bueno, porque había otros poetas que al abuelo no le gustaban tanto y defendía a su amigo Lorca. En aquella época eran competitivos, se grillaban entre sí, se escribían reseñas y antologías con las que nadie quedaba contento, igual que hoy día, que se hacen grupitos y se ven feo entre ellos.

—La verdad, no conozco a ningún poeta. —Rodrigo pone gesto pensativo—. No, creo que no tenemos clientes poetas.

—Yo escribo poesía.

—¿Y haces grupitos?

—Vivo lejos, no estoy en ningún grupo. —Inés se empieza a reír, su explicación resumida de la mañana suena ridícula. Está diciendo vaguedades para seguir mirando a Rodrigo.

—¿Y tienes un amigo que te escriba?

—Realmente no. No tengo amigos que se preocupen así de mi poesía. Ya quisiera, la verdad.

—¿Y de otras cosas?

—¿Otras cosas?

—¿Sales con alguien?

—No, la verdad es que no. —Inés nota un rubor subiéndole por el cuello hasta las mejillas.

—Pues si quieres algún día te saco a conocer la zona. Hay muchos bares y hay ambiente por la noche.

—Qué buena idea.

—Los poetas hacéis las mismas cosas que el resto de los humanos, ¿no?

—Por supuesto. —Inés sonríe y disimula su nerviosismo—. Me voy a comer, que me esperan.

—Ya sabes dónde estoy, cuando quieras quedamos.

Inés no se lo puede creer. Así de sencillo, diciendo naderías sobre los poetas del 27, ha conseguido quedar con Rodrigo para una salida nocturna. Se sienta a la mesa, su plato ya la está esperando y disfruta de cada bocado, anticipando en su interior lo que podría significar ese encuentro futuro.

Polifonía de sentimientos cruzados

La música ilumina y energiza a Inés por dentro. En el banco de madera siente como si su cuerpo levitara. La intensidad sonora del órgano es emocionante y la relaja, le hace pensar en las Ruedas de la Vida y en las explicaciones que Rocío les ha dado a María y a ella durante la comida. Inés ha creído entender que consiste en reflexionar sobre el potencial que tenemos para dilucidar los aspectos de nuestra existencia. Hay que visualizar un círculo, una rueda que gira alrededor de todas las cosas. Nos afecta todo lo que hemos vivido y debemos situarnos en el centro para contemplarlo con verdadera perspectiva.

En la quietud de la iglesia, las notas que emanan de los tubos llenan todo el espacio. Hay un extraño misterio en el ritmo de los dedos de Sabino apretando cada tecla. Su seguridad y su armónica concentración exhalan una especie de paz mística. Inés trata de dibujar en su mente las líneas que reconstruyen sus recuerdos y experiencias. Se necesita mucha paciencia para ver lo vivido como un aprendizaje pleno de sentido. Lleva años martirizada y hundida entre la desesperación, la culpa y la negación. Puede evocar claramente dos aspectos: rabia y dolor, pero no sabe bien qué otras cosas ordenar alrededor de ese eje circular de la rueda imaginaria. Rocío les ha contado que alcanzar el conocimiento de uno mismo en toda su amplitud es en realidad un proceso espiritual. Debemos aprender a observarnos con minuciosidad. Escuchar cómo fuimos, y vernos ajenos a nuestro propio personaje, situarnos al lado de nuestro yo, reconociendo los matices, las acciones y las emociones que nos definen.

La melodía va erizando la piel de Inés, respira profundamente y su cabeza se balancea con el fluir de las notas musicales. Es sencillamente aire por unos tubos, la mecánica de la belleza son silbidos celestiales. La humanidad ha inventado la música, y en ella hay consuelo. Estar en esa iglesia la ayuda a perder el miedo. ¿Qué le asusta?

«Inés, ¿qué te preocupa? Ya sabes lo que significa que no te quieran, que te desprecien, que te ninguneen, que te mientan, que te agredan, que te hagan daño. Puedes ver ese nudo grueso de conocimiento como una imagen

abstracta de rabia y dolor. Hay un proceso en todo lo vivido y le estás dando importancia y solemnidad porque es tu vida. Aunque el dolor y la rabia se generan en tu cabeza, todas las imágenes que vuelven te golpean y luego se disipan, como una pulsión que bombea grumos de espanto».

La pasión que Inés siente es sufrimiento, es vulnerabilidad, es amargura, es sustancia nerviosa, son las neuronas mandando señales, conectores que repiten las mismas percepciones. «Tienes que curarte —se dice a sí misma con firmeza—, entrar en el centro de tu círculo, dibujar tu rueda, subir a la cima de la montaña de tu vida y ver el paisaje que te rodea. Has vivido muchos años, y estos secretos que guardas como un abismo, sin atreverte a verbalizarlos, te están cercenando por dentro. No eres la culpable de nada de lo que pasó. No es culpa tuya».

«Compartir te quita un peso de encima», la frase de Rocío la tranquiliza. Inés la repite en su cabeza como un mantra, compartir, compartir, dejar que otros te escuchen, darle forma al dolor en el lenguaje. Una sencilla conversación durante la comida, alguien que acaba de conocer y simplemente le cuenta en qué consiste su trabajo, cómo busca ayudar a los demás con clases de yoga y meditación, le ha dado una clave, le ha señalado una idea desde la que construir pensamiento. Inés nunca se ha apuntado a clases de yoga, tampoco ha meditado demasiado, lo más cerca que ha estado fue en el cursillo de *mindfulness*, aunque fue incapaz de compartir. Todo era apariencias, repetir con naturalidad «tengo mucho trabajo y me estreso». Solo cuando se puso a llorar frente a su vecina fue capaz de mostrarse un poco, pero rápidamente quiso negar esa grieta, ella no podía derrumbarse, y a lo largo de muchos meses siguió disimulando, con el puño cerrado, sus años de desesperación. «Ya estoy bien, no te preocupes», le había dicho varias veces. «Todo va bien, me encuentro mejor, fue una mala racha, son las tensiones típicas de la universidad». El problema era que a las llamadas trifulcas universitarias, tan siniestras y tan representativas de una socialización tóxica, se sumaba que su gran amigo, al que ella había ayudado, la había traicionado. Una traición de libro, casi literaria, con un entramado de manipulación y enredo que a Lope de Vega le hubiera dado material de sobra para una trepidante obra de teatro. ¿Cómo iba a terminar esa obra? El teatro de Lope contiene muchos personajes, y hablan entre sí, y eso permite que se descubra la infamia. ¿Con quién hablaba ella? Con nadie.

El problema es que al tratar de reconstruir los pasos de la traición en su cabeza había un agujero negro, un instante hueco que la llenaba de pánico y horror. Se le aparecían fogonazos, y ella trataba de digerirlos como si fueran

escenas de una película en la que no había sido ni la protagonista ni la víctima. Si no se veía como la víctima, entonces no lo era.

En la balanza de las obsesiones, la traición de LusoZ era la que pesaba más porque él había sido su gran amigo y porque para defender esa amistad había obrado mal, había mentido, había manipulado, y a fin de cuentas sus actos también alimentaron al monstruo que la atacó. «¿Cuántos años dura un monstruo dentro de tu cabeza? ¿Cuánto tiempo es capaz de permanecer invisible y agazapado? ¿Por qué hay monstruos? ¿No fueron también monstruos los que asesinaron a sangre fría a Lorca y a Amigo? La energía monstruosa que se condensa en el daño y la destrucción». Pero también estaba la suma de acontecimientos, el antes que luego desemboca en el instante del monstruo.

LusoZ llegó a América dispuesto a ser otra persona, a reinventarse, y ella no quiso aceptarlo. Quería que fuera el mismo amigo de sus años en Madrid. Fue ella la que trató de parar el tiempo e injertarlo en Milwaukee; quería poder reproducir las escenas de los momentos felices una y otra vez, igual que lo intentaba el científico Morel con su invento, pues con esa máquina que apresaba en imágenes a los seres reales pretendía construir una eternidad. Inés quería la inmortalidad de los mejores momentos y que fueran un presente continuo y luminoso.

Inés está en una iglesia escuchando la esencia común de unos músicos que ya son cenizas, y los que construyeron el órgano tampoco están en este mundo, pero todos son fundamentales en el instante compartido que Sabino está interpretando. Su amigo, al ejecutar las obras, concentra vidas, invenciones, creaciones, fuerza, y lo esparce todo entre una audiencia hipnotizada. Les regala la comunión de un momento fascinante fabricado con sus manos y unas partituras. Tal vez eso sea lo más parecido a la inmortalidad universal de un sentimiento. La música filtrándose por su piel, por sus abismos de desamparo, acariciando sus mejillas. La melodía intensa y fraternal como una respiración que tranquiliza y sosiega.

Inés se está emocionando, siente que quiere llorar y liberar la tensión acumulada en su cabeza, hacer que el pensamiento se relaje de la misma forma que lo ha hecho su cuerpo. Se zambulle en la música como si fuera el mar Mediterráneo de Lorca y Dalí cuando eran amigos. El mismo mar de los poemas que le regala Federico a Joaquín. La amistad es la gran energía que imagina el futuro: un abrazo, una carta, un gesto, un tiempo fraternal que dibuja ilusiones compartidas. Una melodía que respira contigo y te devuelve al instante en el que estás, al aquí, al ahora, al presente, a este presente de

música celestial, al hilo fino de la inmortalidad que van bordando las notas de Bach, de Mozart, de Antonio de Cabezón. La vida entera de los que a lo largo de los siglos hicieron que la música perdure para que ella y Sabino estén aquí y disfruten el momento.

Quizá, si no le hubieran hecho tanto daño, hoy no sabría estar en esta iglesia de San Ginés sintiéndose tan viva, tan plena, tan afortunada de poder escuchar la melodía divina de la humanidad concentrada en los dedos de su amigo. El don generoso de la música, la expresión que detiene el tiempo. La exactitud de lo que dice la partitura, el fluir de las notas y los cuerpos que las escuchan, volviendo a reaccionar como hace cientos de años. «Somos la misma materia y no nos cansamos de escucharla porque somos iguales a los que nos precedieron».

—¿Qué te ha parecido?

—Deja que te apapache.

Inés se aprieta contra el pecho de Sabino, que ha bajado a la nave a saludar. Él se ríe, sorprendido del ímpetu de su amiga.

—Sabino, fue lindísimo. ¡Qué belleza, qué hermosura, qué bonito ha sido el concierto!

—He mejorado, ¿verdad?

—Tocas como los ángeles. —Inés sonríe con la boca muy abierta, levanta la manga y le muestra el brazo a Sabino—: Se me erizaron los pelos, todavía tengo la piel chinita, tócala.

Inés toma la mano de Sabino y hace que sus dedos le toquen la piel. La mexicana lo mira con deseo, se está dando cuenta de que quiere que esas mismas manos que interpretan el milagro infinito de la música acaricien su cuerpo. Sabino cree reconocer la apetencia en la mirada de su amiga; le gusta tocarla, sentir como le observa, y se pone nervioso.

—Tenemos la cena del congreso aquí cerca. ¿Te vienes?

—No, no te preocupes. Tengo un madral de trabajo atrasado, me voy ya a la Residencia.

Inés está pensando en los correos electrónicos acumulados y en las tareas del curso en línea que tiene que evaluar.

—Yo el sábado ya libro del todo, mañana es la clausura y esto se termina. ¿Te parece que quedemos? —Sabino quiere retener el momento porque nota la química, pero es uno de los coordinadores del congreso y no puede largarse con su amiga como si tuviera veinte años.

Inés piensa que ahora mismo haría el amor con él y que el sábado le gustará mucho verlo.

—Claro, el sábado.

—¿Te parece que quedemos a la una y empezamos con un aperitivo? Será nuestro día, no lo compartas con nadie más. —Sabino se asegura de que Inés entienda que quiere pasar el día a solas con ella.

—Te lo prometo, será todito para nosotros.

Inés lo mira con un gesto entre fraternal y seductor.

—Entonces nos encontramos en la bancada de piedra.

—Por supuesto, donde siempre, allí estaré esperándote.

A Sabino le encantaría darle un beso largo y profundo a Inés en la boca, pero se despidе con dos tímidos besos en las mejillas, confiando en que su amiga el sábado le vuelva a mirar de la misma forma, mostrándole la piel de gallina, haciéndole sentirse especial por tocar tan bien el órgano.

De la iglesia parroquial de San Ginés, en la calle Arenal 13, hasta la Residencia de Estudiantes hay un largo paseo. Inés quiere caminar, reconquistar las calles madrileñas y seguir saboreando los pliegues y las sensaciones del concierto que ha disfrutado. Ha sentido a Sabino en la fuerza que exhalaban las notas del órgano, en las vibraciones de la música invadiendo el espacio, ha despertado en ella el deseo dormido, las ganas de tenerlo otra vez, de jugar a encontrarse en la calidez de los abrazos y los besos. Ya no le importa verlo tan grueso y descuidado; a través de sus manos, de sus dedos, del tacto de la melodía lo ha vuelto a desear. Su cuerpo quería recorrer con él los senderos de la intimidad exuberante, del espejismo que es el amor sencillo y juguetón con el que forjaron su amistad. Recuperar el sabor del sexo cuando ya se regresa de muchos caminos, pero entendiendo que no son los mismos, que las referencias del pasado son ecos lejanos. El hombre que llenaba la iglesia con su talento era un desconocido profundamente atractivo.

El día ha sido largo, como si hubiera vivido varias vidas. La Inés de la mañana, la del mediodía, la del atardecer y la que vuelve por la noche a su habitación y no sabe bien cómo ordenar tantas y tan variadas emociones. Contempla el ordenador portátil cerrado en la mesa del pequeño escritorio. Concluye que ella, ahora mismo, se siente bien, el concierto ha neutralizado muchas angustias, no piensa encenderlo, mañana ya abrirá la caja de los truenos. Se desnuda y se mete en la ducha. El agua caliente la relaja. Se acuerda de Rodrigo y su cordialidad, sus ojos grandes y su ofrecimiento de sacarla alguna vez de bares. Piensa en la sensualidad que proyecta apoyado

sobre el mostrador de la tienda y el olor a fruta fresca, a especias y a comida rica que lo rodea.

Le apetecen dos hombres, los desea por diferentes motivos. Pensarlo no la compromete a nada, codiciarlos es una forma de estar ilusionada, de querer anticipar, de imaginar el porvenir. Los desea con fuerza, no es algo meramente caprichoso, es que para celebrar la vida hay que sentir otros cuerpos. Imaginarlos como una sensación que se posa en sus labios, que la toca, que la erotiza, que la hace jadear, que la devuelve al deleite, a la geografía de su cuerpo necesitado de las huellas que definen el goce y el amor.

Damnatio memoriae

Cuando llevas días sin mirar el correo electrónico, en el momento en que lo abres necesitas tomar aire como si fueras a bucear. Ese es el gesto que pone Inés, hincha los carrillos y luego suspira exhalando con desgana. No se puede creer que tenga ciento cincuenta y tres mensajes. ¿Cuántos días lleva sin mirarlo? ¿Cinco? ¿Están locos en su universidad? Algunos son correos electrónicos internos con anuncios y avisos de variada índole. Luego están los de los estudiantes pidiendo aclaraciones sobre cosas que están bien indicadas en el enunciado de las actividades en línea. Otros piden cartas de recomendación para programas en el extranjero, para solicitar la beca Fullbright o irse con los Cuerpos de Paz. Tiene que rellenar también los informes de los tres estudiantes atletas del grupo y asegurar a sus entrenadores que están cumpliendo con las tareas. Además, está el recordatorio de la reunión del departamento, los absurdos encuentros de los viernes cada quince días en los que todos tienen que verse las caras.

Inés mira por encima su agenda y todos los correos electrónicos que intuye que tendrá que abrir y contestar. Con este panorama no va a poder ir a casa de María, y se ha quedado a medias y muy enganchada en la tercera carta de Lorca. Es la que el poeta le escribe a Joaquín desde Barcelona, en la que le cuenta sus paseos por las Ramblas, sus aventuras en los cabarets de orquestas negras y sus desventuras con los distintos grupitos y cómo debe andar con pies de plomo: «Lo único desagradable es que tengo que tener una diplomacia estupenda porque hay tres grupos de enemigos irreconciliables». Inés repasa las anotaciones en su cuaderno; efectivamente, esa fue la última oración que copió. Ayer, después de comer, le dio tiempo a terminar la de Joaquín, la del enfado con Bergamín llena de consejos a Federico para que diese publicidad a su bagaje lírico y compensara los favoritismos a otros poetas que en el fondo eran menos originales. Una curiosa carta que en sus últimos párrafos celebraba con sinceridad la amistad que tenía Federico con Dalí. Eso a Inés le había llamado la atención, y se distrae un momento releendo en su cuaderno ese párrafo de la misiva de Joaquín:

¿Cuándo vendrás? ¡Qué bien llegas a Granada cuando has estado una temporada con Dalí! Él es la única persona que orienta tu espíritu a clarísimas objetividades; parece que llegas más limpio. Porque tú eres dinamicidad y creación viva que necesita verse siempre en algo, y ningún elemento tan puro como ese divino mundo de deporte sobre hielo que hace Dalí.

Era el año 27, ¿se enteraría Joaquín de lo cruel que luego sería el equilibrista sobre el hielo con su amigo? La mexicana no quiere perder la perspectiva, pero le apena que pocos años después se rompiera esa amistad entre el pintor y el poeta encomiada por Joaquín.

Inés teclea un mensaje por el teléfono a María: «Estimada, tengo mucho trabajo con la universidad, hoy no podré ir».

María le contesta a los pocos minutos: «No te preocupes, ven cuando puedas».

«Mañana lo tengo complicado», vuelve a teclear Inés sintiéndose un poco culpable.

«Ya te he dicho que cuando quieras», contesta María.

«Gracias, iré el lunes».

A Inés le ha dado apuro pedirle espacio el domingo. María ya fue enormemente generosa recibéndola el domingo pasado, y teniendo de visita a su amiga no quiere imponer su presencia. Además, tiene demasiadas cosas que resolver, y si mañana el día se lo va a dedicar a Sabino lo mejor es empezar cuanto antes. Cierra el cuaderno amarillo donde guarda todas sus anotaciones del archivo de Joaquín Amigo y vuelve a mirar, esta vez con atención, los compromisos que tiene marcados en la agenda conectada a su correo electrónico. Se da cuenta de que toda la tarde es un delirio de reuniones y encuentros debido a las siete horas de diferencia. La peor, la que tiene a las cuatro de la tarde, que equivale a las nueve de la mañana en Milwaukee. Están también sus dos horas de oficina, que no puede aplazar porque ya se saltó las del miércoles, y luego un encuentro con una estudiante graduada que quiere hablarle de su proyecto de tesis creativa para el máster. Y a las cuatro de la tarde en Milwaukee, las once de la noche en Madrid, la guinda la pone el kafkiano comité que verifica el buen uso de los despachos y otras infraestructuras, y la remodelación de los edificios. Una reunión que no sirve para nada, en la que se divaga sobre planos y ridículas disputas territoriales: «Nosotros necesitamos esas aulas, los de inglés se quedaron con ese despacho que en realidad corresponde a los de alemán, los baños del tercer piso están fatal, hay que cambiar la grifería, no entendemos por qué el plano que aprobamos con los presupuestos ahora nos lo echan para atrás; dicen que hay un vagabundo durmiendo en la sala de juntas que se come las

galletas y se bebé el café, ¿es qué no vamos a hacer nada? ¿Cómo narices tiene la clave de acceso al edificio?».

Va a vivir dos infernales reuniones a las cuatro de la tarde de un mismo día.

Baja a desayunar esperando encontrarse con Sabino, pero no hay suerte. El comedor está casi vacío y el periódico con las noticias del día es su única distracción: el Rey de España defiende la democracia en su visita a Cuba... Le han dado el Premio Cervantes al poeta español Joan Margarit; es el segundo año seguido que se lo dan a un poeta, el año anterior cree recordar que se lo dieron a la poeta uruguaya Ida Vitale, y por supuesto, años atrás a Luis Rosales. Inés se pregunta cuántos mexicanos lo tienen y se pone a navegar con el dedo por la Wikipedia: Octavio Paz, Carlos Fuentes, Sergio Pitlor, José Emilio Pacheco, Elena Poniatowska y Fernando del Paso. Un premio para consagrados y para que lo disfruten sus nietecitos.

Hay otra noticia que le llama la atención: la ciudad de Venecia está al borde del colapso, el agua sucia sube y erosiona sus calles y edificios, las oleadas desmedidas de turistas en grandes buques, el pobre alcalde está desesperado. Venecia se va a pique con la civilización occidental detrás. Eso no augura nada bueno. Moja la tostada y mastica mecánicamente, saca las migas del café con leche con la cucharilla. Le gusta mojar las tostadas, pero detesta que se queden migas flotando dentro de la taza.

Un rey, una isla, un poeta y una ciudad inundada. Cuatro imágenes para crear una actividad en alguna clase de español de nivel intermedio. Escribir una pequeña historia donde aparezcan todos estos elementos. Por supuesto que puede ser una reina o una poeta, pero definitivamente tiene que aparecer una isla y una ciudad a punto de ser devorada por las aguas. ¿Es efectivo imponer los elementos? Cuando los estudiantes están dando los primeros pasos con el idioma no queda más remedio. Si les dices que el tema es libre se atascan y se aburren, la libertad de buscar ideas propias no es la mejor fórmula para las tareas. La universidad tiene la costumbre de hacer rotaciones con los cursos básicos y avanzados. Quieren que su profesorado imparta todo tipo de asignaturas. En los departamentos de español se mezclan las clases de lengua rudimentaria con las de cultura y literatura avanzadas. Es una extraña variedad, porque enseñar un idioma no es lo mismo que divagar sobre creatividad y literatura. En el anterior *college* ella enseñaba en el departamento de cine en inglés y no notaba tanta diferencia entre los grupos, la metodología y las asignaturas. Con la aventura de Milwaukee se había reconvertido hacia la escritura creativa y la enseñanza metódica de un idioma.

La primera reunión acaba de terminar y ha sido incómoda y desconcertante. A Inés le ha deprimido ver en la pantalla la sala de juntas y a LusoZ llevar la voz cantante con el tema de la maestría y estar en su lugar proponiendo ideas de cambios y transformaciones. Le ha parecido ridículo verlo tan adulator solicitando varias veces el aplauso para la jefa por nimiedades. Inés contemplaba la pantalla como si fuera un sueño, como si aquella figurita que hablaba con voz melosa tratando de pronunciar en un inglés correcto el guion que leía no tuviera nada que ver con su viejo amigo. No puede evitar sentir repulsa al escucharlo, ha perdido toda objetividad, es consciente de que es rencorosa. Pensó que al renunciar ocho meses atrás le rogarían que no lo hiciera, que algunos dirían que la necesitaban para que el programa que ella misma había ayudado a crear funcionara. Pero no, a nadie le preocupó que quisiera dejar la dirección del máster, todos estaban a otra cosa y muchos ya tenían a LusoZ en el horizonte.

Y ahora LusoZ se colgaba medallas por proyectos que ella había iniciado y presumía ufano de dedicar sus esfuerzos a mejorar y actualizar la página web del programa de escritura. A Inés eso le parece absurdo, ella la dejó bien montada.

Abre el enlace con curiosidad y busca la nueva versión supervisada por LusoZ. Es cierto que ha mejorado notablemente el diseño y la grafía, parece mucho más profesional; tal vez le han dado fondos para que se la haga un técnico informático. La plantilla sobre la que ella creó la primera versión era muy básica.

Sin embargo, Inés descubre que su siniestro examigo ha tenido la desvergüenza de cambiar la historia del programa. Ha borrado todo el contenido que ella insertó y ya no se menciona lo importante que fue el profesor Thomas Carroll cuando era el jefe del departamento, y ella tampoco aparece como la directora que lo fundó. Ahora la genealogía está ligada al departamento de inglés y su programa de escritura, como si fuera una mera copia de ese modelo. LusoZ ha tenido el valor de sacar al catedrático recién fallecido y borrarla también a ella. ¿Acaso se cree un emperador romano? ¿Cómo se atreve a hacerles una *damnatio memoriae*?

Los romanos tenían la fea costumbre de borrar el recuerdo de los que consideraban sus enemigos. ¿En qué senado se había decretado que Thomas y ella debían desaparecer de la historia del programa?

A Inés siempre le había parecido de una enorme crueldad y bajeza eliminar a los adversarios de esta forma de la memoria colectiva. Ni Thomas ni ella habían hecho nada para que los trataran así. Es más, hicieron posible el

proyecto del que Luso es el principal beneficiario. Inés se pone a buscar en su neceser, en el baño, el bote de hidroxizina. Necesita un ansiolítico para digerir el mal rato. Había pensado que la pantalla amortiguaría en cierta forma la presencia de Luso, pero al final la experiencia ha sido pésima. Se toma una pastilla y conecta la alarma del reloj de su móvil. Tiene una hora y media para cerrar los ojos, dejar que la medicina haga efecto y no pensar en nada.

¿De qué sirvieron los buenos propósitos durante el concierto de Sabino la tarde anterior?

¿Dónde está su yo elevado en la montaña contemplando el paisaje de su vida con objetividad y sabiduría? Ha visto a su exámito una hora y media y la mexicana ya está derrumbada. Encima la *damnatio memoriae* contra Thomas y ella la ha enfurecido y desanimado. No importan todos los méritos que Inés tenga, ella se siente acabada. Luso se sale siempre con la suya. Inés cierra por fin los ojos e intenta respirar despacio reteniendo el aire en el estómago. Le entran ganas de llorar, solo han pasado diez días desde que Thomas murió y ya han borrado su memoria.

El lado oscuro

Los astronautas en sus misiones tienen que aprender a vivir reclusos en un espacio mínimo. Pasan meses en condiciones extremas confiando en que los mecanismos tecnológicos de sus naves los devuelvan a la Tierra al concluir su misión. Hay mucha ingeniería en la construcción de una nave, precisión absoluta, porque un fallo puede ser la chispa que provoque la explosión y acabe con todo. El cerebro y la mente humana son tan delicados como una nave de reconocimiento que trata de adentrarse en el espacio sideral y encontrar planetas habitables. Los astronautas salen a buscar aventuras, contemplan la belleza de la Tierra desde su minúscula nave a miles de kilómetros y no piensan en lo frágiles que son, en los algoritmos tóxicos de los pesimistas, en los errores humanos, en lo fácil que es que todo se vaya al garete.

Inés se ha tumbado en la cama y su cerebro la lleva a la deriva de una absurda misión espacial que no entiende muy bien. Piensa en su hermano Sergio preocupándose por ella y dándole claves invisibles para poder salir de su agujero de angustia. En cierta forma la reunión ha sido muy de ciencia ficción. Ella desde su pequeña nave, su habitación en la Residencia, ha contactado con los colegas en la base de Milwaukee y ha presenciado lo que ella cree que es la escenografía del mal afianzando su poder. A su hermano le gusta la parafernalia de las galaxias lejanas. Colecciona maquetas, figuritas y legos de *Star Wars*. Todo un señor, un adulto con tres niños pequeños y el *Halcón Milenario* colgado del techo de su despacho. Cuando eran críos lo tenía en su dormitorio y había puesto, además, pegatinas de las constelaciones en forma de estrellas para que brillaran por las noches. Él nunca se había interesado por la literatura española, ni por la historia compartida con la península ibérica; lo que en el fondo le gustaba era la ciencia ficción, el futuro interestelar, si es que alguna vez llegaba. Luego se había hecho abogado, experto en derechos humanos y defensa de los indígenas; por eso conocía al hermano de María y a su pareja, antropólogos españoles que trabajaban con comunidades indígenas. La pareja primero vivió en Guatemala y llevaba

bastantes años en México, según le habían explicado. Eran buenas personas, como María, como su amiga Rocío, como Rodrigo y sus hermanos en La Biotika, como los abuelos y padres de María, como el pobre catedrático Thomas, del que ya nadie parecía acordarse.

¿Por qué al tomarse un ansiolítico pensaba en los muñequitos de su hermano esparcidos por las estanterías? En los robots, en las naves, en los buenos, en los malos, sobre todo en esa figurilla que llevaba la máscara negra: Darth Vader, el personaje antagónico que había abrazado las fuerzas del mal. El comportamiento de Lusoz era asombrosamente parecido al de los personajes malos de las películas. No había fisuras para la autocrítica en esa forma siniestra que tenía de comportarse. Borrar el pasado del programa en la página web era una nueva estocada.

El siguiente tramo de la tarde son breves reuniones con los «pequeños», los alumnos estadounidenses que estudian la carrera de licenciatura y toman cursos de español. A cada profesor le asignan unos veinte, y en estas fechas toca asesorarles sobre los cursos del próximo semestre y darles el permiso para que puedan matricularse. El ansiolítico la ha relajado e Inés es clara y eficiente con los muchachos que tienen dudas a la hora de elegir las clases que más les convienen. A veces se le cuele alguno de la clase en línea que está con preocupaciones sobre la entrega final y sus notas o su bajo rendimiento. En menos de dos horas ha asesorado a siete que buscan consejo para el siguiente semestre y a tres que andan flojos con su asignatura. Trabajar y no pensar, esa es la fórmula. Inés saca del bolso una de las galletas energéticas que compró en La Biotika y la mastica con satisfacción. Al menos esto de ayudar a los «pequeños» no se le da nada mal.

Mira su agenda, en un rato se reúne con Ercilia Argaña y luego termina la jornada con otro comité en el que afortunadamente no está Lusoz. Tiene ganas de ver a Ercilia, es una prometedora poeta paraguaya que conoció en una bienal de poesía en Asunción. Tenía publicada una pequeña *plaque* de poemas en español y un librito en guaraní que había ganado un premio y se editó en versión bilingüe con sus propias traducciones al español. Conversaron y enseguida Inés intuyó el potencial y las posibilidades de la muchacha, y la convenció para que reforzara su inglés y aprovechara la oportunidad de hacer un máster de escritura creativa en español en Milwaukee. Estuvo pendiente de ella durante todo el proceso, le enseñó a hacer un currículum, a escribir una carta de solicitud, a aprender a manejarse por el sistema universitario estadounidense. Inés sabe que Ercilia va a llegar muy lejos porque tiene ritmo, imaginación y habilidad con el lenguaje.

Además, está experimentando con la musicalidad del guaraní en diálogo con el español, haciendo juegos vanguardistas de imágenes poéticas que tienen mucha fuerza. La joven aparece sonriente en la pantalla del ordenador de Inés:

—¡Qué alegría verla, espero que le esté yendo muy bien!

—¡Qué onda, estimada! —responde Inés con ánimo—. Ya no queda nada, parece que fue ayer cuando llegaste a Milwaukee.

—Sí, profesora, ha sido una aventura increíble.

—¿Sabes los cursos que quieres tomar para el próximo semestre? Si no me equivoco tienes que matricularte en el curso independiente de la tesis de máster y en el taller de desarrollo de proyectos, y creo que te falta el seminario de teoría literaria, ¿no?

—De eso quería hablarle. Este año y medio en los talleres de narrativa he escrito mucha prosa. Me dicen que no se me da nada mal, estoy haciendo un ciclo de cuentos en torno a la idea del doble. Me interesa mucho el tema de la clonación y ya tengo ocho cuentos.

—¿La clonación y el doble? ¿Qué caramba es eso? —acierta a preguntar Inés desconcertada.

—Lusoz me ha dicho que usted lo iba a comprender, que lo que más le preocupa es el desarrollo de nuestra creatividad. Los compañeros también piensan que mis cuentos son muy buenos.

—¿Y el proyecto de investigación poética de este verano? No entiendo, con todo lo que has trabajado con tu poemario el último año.

—Sí, claro, profesora, tengo pensado escribir ese libro. Voy a continuar con los poemas, por supuesto, y cuando lo publique no se preocupe que la pondré en los agradecimientos.

—Ah, qué bien —responde Inés perpleja.

La muchacha sigue hablando:

—No quería esperar a que volviera a Milwaukee para decírselo, tengo que rellenar el papeleo con el nuevo comité de narrativa porque mi proyecto ahora será el libro de cuentos. Estará Lusoz como director y me ha sugerido como miembros al novelista Virgilio y a Richard, el profe de literatura latinoamericana que trabaja con la narrativa breve. Estoy muy emocionada. Además, voy a solicitar una plaza para hacer un nuevo doctorado que planean y escribiré una novela.

Inés no sabe si está soñando, si en realidad no se ha despertado de la cabezada que ha dado después de la infernal reunión de la mañana.

—No imagina lo mucho que le agradezco toda la ayuda para entrar en el programa. Sin sus ánimos nunca me hubiera atrevido a solicitar. Figúrese, profesora, ahora me estoy haciendo también narradora. No se imagina lo que estoy disfrutando. Es mejor que el proyecto final que presente sean los cuentos porque ya he publicado poesía. Con estos relatos doy un salto.

—¿Un salto?

A Inés le hubiera encantado convertir en cucaracha a su alumna y desintegrar con una espada láser a Luso. La joven y atolondrada poeta, ¿no se estaba dando cuenta de la traición? Ella había estado pendiente de sus avances líricos todo el verano, dándole solo a ella un curso «independiente» para justificar que le adjudicasen fondos de estudio y que pudiera quedarse en la ciudad y avanzar con el proyecto. La chica estaba trabajando en un libro de poemas sobre pájaros. Le había conseguido además el dinero de una bolsa de viajes para que fuera a visitar las instalaciones de la Sociedad Ornitológica de Wisconsin, en las praderas de Buena Vista. Había podido acompañar a varios de los mejores ornitólogos del estado y aprender sobre la evolución del pájaro azul y otras aves autóctonas que anidan en los huecos. Inspirarse en los esfuerzos que se estaban haciendo por restaurar el hábitat de estos delicados pájaros..., y le venía ahora con que quería escribir cuentos de clones y profundizar en la figura del doble.

«¿Es que está borracha?», cavila Inés anonadada. «¿El doble? Doble es como ven el mundo los borrachos». El pensamiento de Inés se acelera, su corazón bombea frenético mientras intenta disimular su decepción infinita.

—Bueno, no sé bien qué decir, esto me toma por sorpresa —acierta a murmurar.

—Es verdad, que salga la narradora que hay en mí es toda una sorpresa. Y seguir aquí para el nuevo doctorado del que hablan es un sueño, porque es un programa nuevo y yo voy a ser de las primeras que lo estrenen.

Ercilia se está refiriendo a un proyecto de doctorado que estaban planeando y que Inés llama «zombi», que para la mexicana era un montaje de algunos de sus colegas para tener estudiantes y disimular sus carencias como investigadores. Sus enemigos habían secuestrado el corazón puro de la joven poeta paraguaya. Acababa de perder a su discípula.

—Que tenga un buen día, profesora, yo me tengo que ir. Gracias otra vez.

Se corta la comunicación, la muchacha ha salido del encuentro cibernético. Solo está la cara de horror de Inés en la pantalla. Tiene el rostro desencajado por la noticia. Su discípula la abandona para sumarse al lado oscuro de Luso. En ese momento, se acuerda de los lamentos de su hermano

Sergio hace algunos años cuando el hijo de Han Solo y la princesa Leia se convierte en un guerrero oscuro de la Fuerza. Inés fue de visita a México a pasar las Navidades en familia y acababan de estrenar la película.

—No me puedo creer que haya matado a su padre, a Han Solo.

Inés pensó que su hermano a veces era ridículo y tenía reacciones infantiles.

—Son películas de chamacos, increíble que sigas tan obsesionado con la saga.

Ella lo sabía de buena tinta, porque le compraba muchas cositas de *merchandising* de *Star Wars* por internet para llevárselo a México.

—Ben Solo hubiera sido un caballero Jedi espectacular y va y se convierte en el siniestro Kylo Ren. —Sergio se refería al cambio de nombre del personaje al pasar al lado de las fuerzas oscuras.

Igualito que su amigo, caviló entonces una sorprendida Inés. Con el absurdo empeño de ser Luso, todo se había complicado y estaba impregnado de fuerzas mucho más siniestras que la de las películas de la saga que tanto le gustaba a su hermano.

—Qué transformación la del muchacho, qué pena la historia, con el potencial que tiene, qué tragedia, lo vuelven un monstruo, ¿no? Ay, Inés, yo era feliz cuando Han Solo, Leia, Luke y todos eran jóvenes y las historias terminaban bien.

—¡Qué menso eres! —disimuló Inés inquieta.

La alusión a la trama de la película y al muchacho que se vuelve un monstruo y asesina a su padre le hizo sentirse repentinamente indispuesta.

—Trato de ser un caballero Jedi.

Sergio continuó con su reflexión sin darse cuenta de que su hermana palidecía. De niño había soñado con ser uno de los seguidores del lado luminoso de la Fuerza y en cierto modo lo era. Su defensa por los derechos de los indígenas no estaba exenta de riesgos.

La agenda del correo electrónico avisa a Inés de que tiene otra reunión por Zoom. Se toma una nueva pastilla de hidroxizina a palo seco, se la traga sin ni siquiera dar un sorbo de agua. Trata de concentrarse. Al menos el grupo de colegas de este comité son personas razonables de otros departamentos con las mismas pocas ganas que ella de estar trabajando un viernes a última hora de la tarde. Vuelve a sentirse una astronauta a la deriva, al margen de toda gravedad.

Inés trata de respirar profundo y lento por la nariz mientras escucha a sus colegas resolver asuntos técnicos sobre los edificios y la fiscalidad de varios proyectos de infraestructuras. Ahora le pesan las cosas que han ocurrido, son demasiadas emociones y todo suma en el desamparo que siente. Por un lado, flota, y por el otro el dolor la arrastra hacia un agujero oscuro lleno de dientes. Piensa en el infeliz Thomas muriéndose solo y en sus cenizas esparcidas por Milwaukee. En su alumna poeta convertida en otra pelele de Luso y vendiendo su alma a la narrativa. En cómo su lejana amistad se ha transformado en repulsión y asco.

Inés se pasa la reunión en silencio mirando fijamente el tresillo de cuero que sale al fondo de la sala. Al terminar el encuentro, cierra el portátil y se estira. Tiene mucha sed y está desganada. Va al baño a beber agua, se mira en el espejo, borraría ese día del calendario. Como ya ha hecho otras veces, vaciando su angustia y sumergiéndola en el sueño. Coge dos pastillas de hidroxizina y se las toma con un largo trago de agua. Busca en el neceser las pastillas de melatonina con valeriana y se toma otras dos. Solo quiere dormir. Hacer que su cerebro se olvide de todo. Olvidar que su querida discípula ha decidido cruzar al lado oscuro. Que a la joven poeta le han hecho creer en el espejismo de la narrativa, como si escribir cuentos y novelas la ayudara a subir más peldaños hacia el Olimpo de la literatura. Qué bajo ha caído Luso seduciendo a su poeta, qué forma tan mezquina de hacerle daño a ella, de seguir anulándola.

Inés siente la fuerza oscura, siniestra e invisible de su examigo apretándole el pecho, robándole el aire. «Cada día que pasa es más malo, lleva años sin publicar nada y de ese vacío sale su peor personaje», piensa con intensidad mientras cierra los ojos y trata de concentrarse en su respiración y en su cuerpo, en la sensación química de todos los medicamentos que ha tomado.

Verbaliza el dolor

El teléfono de la mesita de noche suena con insistencia. El ruido se mezcla con el sueño denso que ha cosido los párpados de Inés. Suena hasta ocho veces con fuerza. Deja de sonar, vuelve otra vez a sonar, se apaga y al rato se transforma en unos nudillos que golpean la puerta.

—¡Inés, Inés, Inés...!

La voz de Sabino aparece como un eco de luz en la condensación química del cerebro profundamente dormido de Inés. La mexicana abre los ojos, está cansadísima, trata de situarse. «¿Sabino?», acierta a decir con voz cavernosa.

—Sí, soy yo, ¿te encuentras bien?

—Ahorita te abro.

Inés se incorpora y siente un dolor intenso en la sien, la boca seca y pastosa; sobre sus hombros y su cuello nota la tensión acumulada. Está hecha un trapo, ni siquiera se puso el camión, lleva la misma ropa que el día anterior. Abre la puerta a su amigo.

—¿Te ha pasado algo? —Sabino la interroga con preocupación.

Las pupilas de Inés están bastante dilatadas y los labios hinchados.

—Me hicieron una chingadera, Sabino. Milwaukee es una pesadilla, llevo años viviendo en el infierno.

—¿Cómo?

—Ay, Sabino, deja que me bañe y te chismeo...

Sabino se sienta en la silla del escritorio, no quiere incomodar a su amiga; la habitación es pequeña y se siente un intruso. Inés ha cogido ropa limpia del armario y ha entrado en el cuarto de baño.

—Disculpa la intromisión —dice Sabino en voz alta—, es que son casi las dos y me ha parecido rarísimo que no aparecieras.

Encima de la mesa del escritorio está el bote de hidroxizina. Tiene una etiqueta blanca donde aparece el nombre de Inés sin tilde con sus dos apellidos unidos formando una sola palabra: *Sanchezcruz*, su dirección en Milwaukee y las instrucciones en inglés: «*Take 1 tablet (25 mg) by mouth every 6 hours as needing for itching or anxiety*».

Inés sale del baño con el pelo mojado y ya vestida con la ropa limpia. Se da cuenta de que ha pillado a Sabino curioseando su medicación.

—Son mis ansiolíticos, me sirven de apendejamiento, pero creo que me excedí.

—Perdona, Inés, no pretendía mirar tus cosas.

—No, no, si ayer se me fue el sentido, tomé demasiados y lo reforcé con melatonina. Soy una pendeja.

—¿Qué ha pasado?

—Vamos a caminar y te platico.

Sabino sonríe. Le gusta cuando su amiga riega sus frases con mexicanismos, le divierten los matices del idioma compartido.

—Tienes el pelo mojado, y aunque haga sol el día está frío.

—Espérame tantito, me lo voy a secar.

Inés vuelve a entrar al cuarto de baño, busca el secador y lo conecta en el enchufe de la pared. Otra vez está frente al espejo, el rostro que la mira se parece a una versión de ella misma más madura. ¿Cuánto podrá aguantar antes de derrumbarse de nuevo? ¿Será capaz de contarle a su amigo con precisión todo lo que ha pasado? ¿Dónde comienza verdaderamente la historia de su infortunio? ¿Qué cosas se pueden contar? ¿La traición de su gran amigo Agapito? ¿La energía maléfica que destruyó al profesor Thomas de la que su examigo fue comparsa? ¿El ninguneo sistemático? ¿La manipulación de los estudiantes del programa para que la ignorasen? ¿La suma de estupideces y el daño brutal de Erasmo que ella misma trata de negarse como si nunca hubiera pasado?

¿No era todo eso la trama de la misma traición?

«¿Quién te mandó traer a tu amigo, querida Inés? Fuiste tú la que te empecinaste en que Agapito fuera parte de tu proyecto. El gran amigo, al que sublimaste y que creíste el ideal para reforzar tu sueño profesional, al tocar suelo estadounidense se transformó en una pésima persona y fue el catalizador de todas las desgracias posibles. Nada que ver con el amigo con el que compartiste ilusiones y confidencias en un año que no dejas de idealizar». Inés era consciente de que había estado a punto de volverse loca, todavía se notaba al filo de la demencia. Estaba fragmentada entre la razón luminosa y los pensamientos perdidos.

En casa de sus abuelos les habían contado a ella y a su hermano de niños que los nahuas interpretaban la locura como un conejo y un venado que llevaban dentro los humanos. Los animales perdían el rumbo y se marchaban del bosque y las praderas. Había que buscar el origen del problema o en el

hígado, o en el corazón, o en el cerebro. Las plantas eran fundamentales para aliviar la enfermedad de la mente. El corazón se trataba con *yolloxochitl*, con *cacahuaxochitl* y con *neyoltzayanalizpatli*. Eran plantas pegajosas para recomponer los trozos: la talauma, que era un tipo de magnolia indígena, la rosita del cacao y la hierba de la ruptura del corazón. Tal vez un espíritu, un *ehecatl*, se le había metido en el cuerpo y le había traído mala fortuna. Todo se condensaba en su ánimo, padecía de espanto, o del mal aire, o había sido atacada por el *tlahuelpuchi*, por una chupasangre. En su cabeza se mezclaban el vocabulario ancestral de la sabiduría popular y las voces de las mujeres que trabajaban en la casa de los abuelos explicando los peligros que nos acechan.

El equilibrio entre el frío y el calor. El corazón y la cabeza tenían que coordinarse, si su corazón no era fuerte su mente tampoco podría serlo. ¿Por qué perdemos la mente? Por un golpe, por una fuerte contusión, pero también por un susto. Todo se acumula, Inés está asustada, teme perder el raciocinio, la boca del estómago exhala miedo. Ayer por la noche su sangre ardía, su corazón era un volcán, el enojo era inmenso, era una suma rabiosa de silencios y secretos que bullían. Hoy la tristeza lo enfría todo, ralentiza el ritmo cardíaco. Si estuviera en la tierra de sus abuelos la llevarían a escondidas al curandero de las yerbas, probarían con tisanas, ungüentos, aceites y cataplasmas. Pero su caso es para los curanderos graniceros, los *tesifteros*, los chamanes que predicen los fenómenos atmosféricos, los que saben de malos aires o malos vientos, los que diagnostican con un huevo de gallina.

Necesita que le palpen el cuello, la nuca, las sienes, los codos, las muñecas, las manos, todas las partes del cuerpo. Que alguien verbalice su espanto y le den de beber agua de espíritu y té de flores rojas, malvón, clavel, gladiolo y la flor de la planta que cura la tristeza. Que la llenen de pétalos rojos, que le pregunten su nombre y le griten: «¡Shh, Inés! ¡Shh! ¡Inés, ven!».

—Inés, ¿va todo bien? —La voz de Sabino se mezcla con el ruido del secador y el aire caliente que desprende.

—Ya estoy lista. —Inés apaga el secador de pelo. Al guardarlo nota que está ardiendo, ha estado a punto de quemarlo.

Cuando estás caminando parece que las penas de la vida son de otra materia. En cada paso que das la sensación de los pies pisando la calle te sujeta. Es la gravedad, que tira de ti hacia abajo, hacia la tierra, que te quiere en el presente aquí y ahora.

El dolor es una sustancia invisible que forma parte del relato. La mente fabrica las imágenes, se evocan las emociones, e Inés trata de explicar muchos de los acontecimientos, ordena en cada paso la suma ingrata de actitudes y rivalidades profesionales que agrandaron las heridas.

Sabino e Inés han tomado la calle Serrano y bajan por su amplia acera. Ella ha tenido que calibrar su voz y su mirada, ordenar las secuencias, alejarse de la trama en primera persona, ser narradora y abstraerse de su delirio. Se ha sorprendido de su aparente calma, no se ha puesto a llorar, simplemente camina junto a su amigo sintiendo el sol, la caricia luminosa del otoño madrileño en su cara. Describe algunas de las escenas de Luso: su obsesión con ser otro; el ataque a la poesía; su participación en la trama contra el catedrático Thomas; la ingenuidad de ella y su fe ciega en él al creerse que Thomas podía estar armado; su forma de quitarle proyectos de estudiantes, de hacerla sentir ridícula y ningunearla; su carisma selectivo y sus alianzas; su forma discreta de hacerle *bullying*, de destruirla emocionalmente para que dimitiera de la dirección y luego borrarla literalmente de la historia del programa junto con el catedrático fallecido. No se atreve a decir nada del ataque de Erasmo, pensarlo le causa dolor nervioso y malestar en el estómago. Inés solo menciona que le robó la novia a un estudiante.

—Creo sinceramente que Agapito se trastornó. El terrible accidente que dejó vegetal a su hermano y luego tener que reinventarse en otro país fue demasiado para él —argumenta Sabino a la altura de la plaza de Colón y sus Jardines del Descubrimiento.

—Yo, la verdad, desde lo del hermano le perdí la pista. Fue una tragedia, dejó de contestarme a los mensajes, me evitó cuando visitaba Madrid...

—¿Te evitó?

—No exactamente, simplemente no estaba accesible. Cuando le escribía para quedar me decía que había salido de viaje. Que andaba de bolos...

—¿Recuerdas cómo fue el accidente del hermano?

Sabino resopla:

—Deja que piense... El accidente fue muy dramático. Tardaron en encontrarlos. Yo de los detalles me enteré por las noticias. Se fueron a escalar y Venancio se metió una hostia espectacular y se quedó colgando de una pared de piedra, con la mala suerte de que en la zona que estaban no había cobertura para el móvil ni otros escaladores cerca porque era un día entre semana. Tuvo que cargar a su hermano como pudo, arrastrarlo hasta una cueva y descender a pedir ayuda. Para cuando llegaron los servicios de emergencia la contusión cerebral había hecho estragos y el pobre tenía el

cuello medio roto. Está vivo de milagro. Agapito quedó tocado desde entonces, e imagino que con un horrible sentimiento de culpa.

—¿Te lo contó?

—Cuando hablamos por teléfono, porque lo llamé en cuanto me enteré, el hombre estaba roto, no parecía el mismo. Agapito siempre cuidaba de su hermano, ya sabes que los gemelos normalmente tienen una relación muy profunda entre ellos. Venancio era el científico de la familia, el informático, un tipo muy capaz fascinado con los videojuegos. Era muy listo, según contaba Agapito, pero no había tenido suerte; en otro país le habría ido mucho mejor. Trabajaba en una empresa de congelación y conservas de pescado, en recursos humanos, aunque quería independizarse y montar su propio negocio.

—¿Y eso?

—Lo sé porque estuvo tanteando la posibilidad de ir a Alemania y Agapito me consultó entonces. Fue hace bastantes años, la verdad. Todo esto parece que sucedió en otra vida. Venancio era un poco arisco y hermético, lo opuesto a Agapito. Alguna vez nos acompañó cuando salíamos de copas por Madrid, pero yo nunca conecté con él. Me resultaba curioso porque son como dos gotas de agua, pero ya sabes cómo era Agapito de cordial y cariñoso; en cambio, Venancio era impenetrable, como si viviese en otro planeta.

—¿Sabes dónde está ahora Venancio?

—Imagino que seguirá en Cercedilla, en alguna residencia clínica de por allí. Ellos son de esa zona, ¿te acuerdas de que subimos un par de veces a comer y de excursión cuando estábamos de becarios en la Residencia?

—Sí, yo misma los visité al principio, cuando estaba con el doctorado de Chicago y viajé a Madrid por unas conferencias. Fue antes de que falleciera su madre. Lo que pasa es que al hermano apenas lo traté. Estaba siempre con los audífonos puestos y rodeado de pantallas.

—Ya, quería ser jugador profesional. Hay gente que se forra con los videojuegos. Van de torneos, es una locura, pero se gana muchísima pasta.

—¿Venancio hacía eso?

—Quería hacer eso, aunque no era tan buen jugador. Los jóvenes han nacido en la era cibernética, pero Venancio es de nuestra quinta, de los que empezaron con los comecocos y fueron viendo las transformaciones del campo. Las nuevas generaciones son imbatibles. A Agapito le preocupaba lo frustrado que estaba su hermano con la vida, no tenía curiosidad por nada que no fuera el ciberespacio y se montaba películas raras. Hasta las relaciones sentimentales eran muchas veces por chat con chicas que estaban en Rusia. Una cosa muy marciana, utilizaba la aplicación de Google, esa de traducción,

y ligaba con mujeres a las que nunca conocería en persona. Todo muy extraño, no le duraban nada las parejas, ni las reales ni las cibernéticas.

—Agapito no me contó nada de eso.

—A mí sí. Vimos las posibilidades en Alemania con empresas de videojuegos, pero Venancio tenía que aprender el idioma y relacionarse con la gente; ellos estudiaron inglés en el colegio, aunque nada de alemán. Venancio estaba en una etapa de insatisfacción preocupante, no le gustaba nada el trabajo en la empresa de congelados, pero no había otra cosa. Su ordenador, sus chats, sus ligues esporádicos y sus juegos eran su refugio. A Agapito cada vez le iba mejor en el mundillo con sus libros, le sacaban buenas reseñas, pero el pobre no lo disfrutaba del todo porque su hermano no terminaba de despegar. ¿Qué podía hacer? Venancio se encerró en el universo digital y ya era mayorcito. Pero, bueno, vivían juntos y se entendían.

Inés se detiene a pensar.

—Ahora que lo dices, es cierto que me consultó sobre qué tipo de visado podía pedir para que su hermano lo acompañase. Vimos que podía entrar como turista y estar sin problemas hasta seis meses seguidos en Milwaukee. Los españoles no necesitan pedir visado en la embajada si van de vacaciones, se hace el papeleo por internet. No imaginas lo ilusionado que estaba meses antes de su llegada con la idea de ser escritor tallerista, planeamos cursos bien chidos. Todavía guardo esos correos repletos de ganas y bien comprometido, pero luego fue horrible.

—Supongo que para cuando llegó a Milwaukee se había rayado con el drama del hermano. Si te digo la verdad, pensé que no me escribía porque se había liado contigo y le daba apuro contármelo.

—¿Cómo?

—Sí, te podrá parecer una tontería, pero él sabía que yo te tenía idealizada, que eras mi primer gran amor, que te había puesto en un pedestal en el recuerdo.

—¿No te platicó que estaba de amores con una estadounidense?

—Después del accidente de su hermano, Agapito se alejó y, además, al poco tiempo se marchó a Milwaukee. Dejó de contestar mis mensajes, fue una verdadera pena. Yo, por otra parte, estaba con mi lío personal, sacando adelante a mis hijos y digiriendo el divorcio. No me lo tomé a mal, simplemente lo fui dejando, pensé que ya retomaríamos cuando nos volviésemos a encontrar. La vida da muchas vueltas y la gente necesita tiempo y espacio. Ahora veo por todo lo que me cuentas que el hombre se ha trastornado y ha sacado un lado absurdo y siniestro. Parece que la aventura

universitaria americana lo volvió imbécil. Madre mía, no lo reconozco. En fin, Inés, una pena, y siento de veras el mal trago. ¿Y dices que tiene una novia americana? —A Sabino le entra curiosidad.

—Sí, se llama Gladys Gotham. —Inés se queda callada y trata de controlar un pequeño brote de angustia.

—Bueno, cuéntame cómo es... —insiste él.

—No tiene nada que ver con Fátima o Raquel.

Inés se está refiriendo a las anteriores parejas de Agapito. Respira lento visualizando a las anteriores novias, queriendo alejar el fantasma de los recuerdos de Erasmo rabioso y despedido en su oficina. Fátima era arquitecto y fue su novia oficial durante el año de la beca en la Residencia de Estudiantes. Inés la recordaba con mucho cariño. Salieron unos años más, pero no terminaron de cuajar como pareja. Luego Agapito se enamoró de Raquel, una traductora que había estudiado Filología árabe y que lo dejó para irse a trabajar al Instituto Cervantes de Rabat. Esa ruptura fue el impulso que animó a Agapito a sumarse al proyecto de Inés y dar el salto americano para empezar de cero en otro lugar.

—Nada, absolutamente nada que ver con ellas, Sabino. Esta es mucho más joven, una gringa grande y rubia con los ojos azules; era alumna de los talleres de escritura del departamento de inglés.

Inés pone un gesto de profundo desagrado, no sabe bien cómo explicar todas las imágenes que se le vienen a la cabeza. Siente mucha vergüenza, un sudor extraño en las axilas mientras la boca se le está secando a la vez. Es fácil hablar mal de Lusoz desde el lugar del desencanto profesional, pero ¿cómo explicar el horror con el estudiante enloquecido por el alcohol y la rabia que acabó agrediéndola a ella?

—Ya dije que Gladys salía con uno de nuestros estudiantes del programa y Lusoz no tuvo mejor ocurrencia que chingársela de una forma muy gacha.

—Joder, qué movidas —dice Sabino sorprendido.

—Yo le rogué que no saliera con estudiantes y no me hizo caso.

—Es su problema, tampoco tienes por qué meterte en esas cosas.

—El estudiante se quejó conmigo, estaba furioso.

—¿Y?

—Tuve que convencerle para que la cosa no llegara a mayores... —A Inés le cuesta seguir hablando—. Tenía miedo de que si se descubrían las estupideces de Lusoz con los estudiantes en los bares no pudiera consolidar la plaza. Me daba pánico un escándalo, el programa estaba comenzando.

—Bueno, pues ya está. Tampoco te tortures, le tapaste un asunto turbio.

—Al chico lo afectó mucho, estaba muy jodido, y...

—Ay, Inés, no te sientas culpable por el desamor ajeno. Obraste como te pareció mejor.

—No, yo era la directora, y en Estados Unidos hay límites, ¿sabes? No puedes jugar con los estudiantes, cuando eres profesor y te admiran no puedes meterte en su espacio. Son vulnerables. ¿Comprendes?

—Pero ya sabes cómo son los españoles... En la universidad española todavía hay mucho profesor gilipollas que cruza esa línea roja.

—Sí, la cruzó, y yo lo consentí.

—Inés, no te pongas tan solemne. ¿Te vas a culpar de que Agapito se dedicara a ligar con las alumnas de la universidad? —A Sabino le preocupa el gesto quebrado en la mirada de su amiga.

—Sabino, no todo es tan simple. Hay consecuencias, cuando se hacen las cosas mal siempre hay secuelas.

—Pasa capítulo, Inés.

Sabino la abraza con cariño e Inés se deja abrazar y contiene el llanto. No puede seguir hablando, no se siente capaz de contar lo que sucedió aquella noche con Erasmo borracho, rabioso y violentamente despechado, ¿cómo hacerlo? No puede enseñarle a su amigo el abismo de dientes que la atormenta.

Inés y Sabino llegan a la plaza de la Independencia. En el centro está el monumento de la Puerta de Alcalá, que abre la circunvalación de la calle hacia el parque del Retiro y corta de forma perpendicular la calle Serrano, que ya toca a su fin. Sabino mira hacia la calle de Alcalá, que sube un tramo por la verja del Retiro y baja hacia la plaza de Cibeles. No puede resistirse, sabe que el momento es solemne, que su amiga está dolida, que su amigo se ha vuelto malo, cínico y abusón, pero no puede evitar acordarse del pasacalle de *Los nardos* y rompe a cantar la letra y los acordes del pasodoble estrenado en 1931. A Inés el pronto de su amigo la pilla por sorpresa y no sabe bien cómo reaccionar frente a esa voz de barítono que inunda con energía el momento:

*Por la calle de Alcalá
con la falda almidoná
y los nardos apoyaos en la cadera
la florista viene y va
y sonríe descará
por la acera de la calle de Alcaláaaaa...*

Como floristas de otra época, tres mujeres rumanas de largas faldas, pañuelos de colores en la cabeza y sonrisas descaradas rodean a Sabino y le ofrecen ramitos de romero y darle buena fortuna. El hombre les regala su canción y ellas lo aplauden. Luego saca un billete de la cartera, les compra un ramito de romero y vuelve al encuentro de su amiga.

—Toma, llévalo siempre contigo, esto te protegerá contra toda esa mierda que hay en Milwaukee.

—¿Tú crees? —dice Inés perpleja.

—A estas alturas de nuestra vida, un hechizo mágico, un conjuro, una palabra cariñosa y un poco de suerte te alegran el día.

Inés se echa a reír con tristeza y guarda el ramito en el bolso. A lo lejos, observa a las tres mujeres rumanas tratando de vender su romero y su buena fortuna a unos turistas japoneses. Sabino sigue canturreando, aunque esta vez en voz baja y cogido del brazo de su amiga.

—¿A dónde vamos? —interrumpe Inés.

—A visitar a un buen amigo que la próxima semana cumple nada menos que doscientos años.

Hay otras vidas

El buen amigo al que se refería Sabino era el Museo del Prado, que andaba de celebraciones con sus doscientos años de historia. Un colega organista del congreso le había regalado dos entradas que incluían la visita a la exposición temporal de Sofonisba Anguissola y Lavinia Fontana, ambas pintoras italianas del Renacimiento que eclosionaron en el siglo XVI.

—Qué belleza, qué grandes estas mujeres —repite Sabino a cada paso que dan.

El autorretrato de Lavinia Fontana tocando la espineta le da la oportunidad de celebrar el instrumento y mostrar algunos conocimientos pictóricos:

—¡Qué bonito es! ¿Sabes que cada sonido se asocia a una tecla y que hay algunos que tienen dos teclados, como el órgano? Vermeer tiene un cuadro que me encanta con una mujer tocando una espineta de un solo teclado con un vestido azul. Pero este cuadro de Lavinia Fontana es de un siglo antes. — Sabino se acerca al cartelito para asegurarse de que ha leído bien el año, 1557 —. Obsérvala, Inés. Nos mira, nos mira tocando las teclas, con un vestido precioso y con un gesto que dice: «Aquí estoy yo, ¡¿qué pasa?!».

—Son increíbles. —Inés comparte con Sabino algunos datos del folleto—. Lavinia era hija de un pintor de Bolonia, ella fue la primera pintora profesional de la historia y dirigió un taller de pintura.

—Me pregunto cómo debió de ser en esa época lo de dirigir un taller de pintura siendo mujer —comenta Sabino.

—Era brava, solo hay que mirarla a los ojos. —Inés se queda embelesada frente al cuadro. «Qué mirar tan lindo, qué gesto tan hermoso», piensa y sigue conversando con su amigo—: Me gusta que no esté sola en el cuadro. Que haya otra mujer detrás con las partituras —destaca.

—Es su sirvienta, ¿no? —pregunta Sabino.

—Sí, eso parece.

—¿Qué pone en la esquina superior izquierda? —Sabino se está fijando en unas letras y trata de descifrarlas—. Lavinia virgen hija de Prospero

Fontana.

—No debió de ser nada fácil. A mí, Sabino, estos cuadros me emocionan. Sobre todo los autorretratos. Dos mujeres que se pintan, y pasan los años y estamos aquí admirándolas. Este museo está lleno de mujeres bellísimas, como las venus y la maja desnuda, pero las hicieron los hombres, ellas simplemente posan. Pero estas mujeres eligieron existir desde el autorretrato, se pintaron a sí mismas.

—Como Durero, como hacían los hombres.

—Ya, pero que sean ellas me emociona un chingo. Tal vez porque soy mujer.

—A mí también me emocionan un montón y soy hombre —dice Sabino en voz baja.

Inés mira a Sabino con gesto malicioso y juguetón, y le responde con el mismo tono susurrante:

—Este momento es padrísimo, pero recuerda que aquí no dejan cantar.

—Espera que salgamos...

El museo retrotrae a Inés a momentos que creía olvidados con Agapito. A una visita que hicieron juntos a una exposición en el otoño del 93. Era de obras de pequeño formato de Goya y se titulaba «El capricho y la invención», y estaba llena de escenas inquietantes del pintor aragonés, definidas como ejemplo de lo «sublime terrible» y que inspiraron varios cuentos a Agapito. Había en esas pinturas incendios, asaltos, prisiones y representaciones de la locura. Estaban llenas de contrastes de luz y con una intensidad truculenta que fueron para Agapito arranque y atmósfera de cinco relatos que escribió durante su estancia en la Residencia y aparecieron luego en un librito de cuentos que tuvo muy buena acogida en los círculos más exclusivos de los lectores alternativos. De las miniaturas y cuadros de pequeño formato de Goya salieron afinadas reinterpretaciones del mundo, nuevas y caprichosas reinventaciones.

También había sido el Museo del Prado el lugar en el que Agapito bromeó con cariño sobre la peculiaridad de su nombre. «¿Sabes que aquí hay obra de dos escultores del XIX que eran hermanos y se llamaban como mi hermano y como yo?» Inés obviamente no tenía ni idea. «Algún día escribiré un relato sobre el asunto, porque siempre he creído que llamarnos Agapito y Venancio fue un golpe de originalidad de nuestros padres, aunque nada es original. Y la historia de estos dos hermanos tiene jugo literario...»

Inés contempla el mármol del *Cristo yacente* de Agapito Vallmitjana Barbany fechado en 1872 y suspira sorprendida por el encuentro fortuito con

la escultura en su pedestal. Sabino le acaricia el hombro y sugiere que bajen a la cafetería a comer algo para reponer fuerzas y seguir paseando por las diferentes salas. Toman un tentempié y se quedan en el museo hasta que lo cierran y los vigilantes les conminan a marcharse. Si los dos amigos hubieran podido, se habrían escondido en alguna sala para pasar la noche con todas las obras maestras de la mejor pinacoteca del mundo y cantarle al museo *Las mañanitas* por su cumpleaños. Esa es la canción con la que fantasea Sabino.

Es ya noche cerrada y hace frío, pero no importa porque el azar quiere que el leonés reclute a tres mariachis callejeros con guitarras, que iban camino de una celebración. Sabino les pide que le ayuden a cantarle al museo por los doscientos años, que no son pocos en un país que a la primera de cambio se enzarza en guerras civiles. «¡Fue además idea de una mujer, de Isabel de Braganza, dale, cantémosle por su onomástica!»

Empiezan con *Las mañanitas*. Luego, al ver que Sabino canta tan bien, se animan con el *México lindo*, para que la compadrita Inés se alegre un poco, se acuerde de su tierra lejana y de que hay otras vidas aparte de la de Milwaukee. Después Sabino saca las que siempre suele cantar y con las que había amenizado a Inés el día que salieron a cenar. Añade *Ay, Jalisco no te rajes*, que despierta aplausos encendidos de la gente que se para a escuchar y corea las letras. Sabino parece Jorge Negrete junto al Trío Calaveras, en versión leonesa, y marcando la pronunciación de las eses, las ces y las zetas. El éxito es rotundo. Los turistas rezagados, los vigilantes, los vagabundos, algunos académicos de la vecina Real Academia y las gentes que salen del trabajo y van camino de sus casas se unen al corrillo junto a la estatua de Goya y cantan al unísono. Con *El Rey*, de José Alfredo Jiménez, Sabino termina la serenata al Museo del Prado en celebración de sus dos siglos de existencia. Todo gran cumpleaños que se precie se merece unos mariachis.

*con dinero y sin dinero
yo hago siempre lo que quieroooooo
y mi palabra es la leyyyy
no tengo trono ni reina
ni nadie que me comprenda
pero sigo siendo el reeeeeeyyy...*

Los mariachis quieren compartir con Sabino las ganancias generadas por el concierto improvisado que la gente ha ido depositando sobre la funda de una de las guitarras. El organista se niega en redondo e insiste a su vez en que

los mariachis acepten el billete de veinte euros que les ha ofrecido media hora antes para que tocan *Las mañanitas* y le acompañaran en el concierto improvisado.

—Hermano, pero si eres «el Rey».

—Los músicos somos familia, venga un abrazo.

Los tres mariachis y Sabino se abrazan frente a la entrada lateral del museo mientras el público espontáneo aplaude.

—Si vivieras en México, segurito irías a cantar con los mariachis a la plaza de Garibaldi.

—No lo dudes, Inés, amo a tu gente.

Con los años, Sabino se ha vuelto más extrovertido. Su lenguaje es la música, su mensaje vital es la energía de las canciones; tiene la capacidad de alegrar a los demás, amigos o desconocidos, a todos incluye en sus alardes melódico-festivos.

Después de la serenata, Sabino e Inés se van a cenar al comedor de la Residencia. El día toca a su fin y es también importante recordar la sopa y las croquetas del menú de siempre.

—Siguen siendo las mismas cocineras, ¿sabes? —le dice Sabino a Inés.

—¿Crees que todavía estará Paquita?

Los amigos se acuerdan de la gobernanta y de las mujeres que trabajaban allí cuando ellos eran becarios. Se empiezan a reír con las anécdotas de las fiestas secretas en los cuartos, de los amaneceres contemplando la cúpula del observatorio y el cielo desde la azotea.

¿Cuánta distancia hay de la risa a un beso? ¿Qué pasa cuando las bocas se abren y dejan las palabras a la mitad y se van acercando a los labios ajenos? El impulso del cuerpo se siente imán y se atrae con fuerza a otro cuerpo. Sabino e Inés parecen estar hechos de materia magnética, sus dedos se tocan y no pueden dejar de acariciarse las manos. Las risas se han convertido en miradas, en el tacto de la piel dibujando sensaciones. Qué agradable es sentir que alguien te gusta y que esa sensación sea correspondida.

En el comedor se vuelven a encontrar como los amantes que fueron, hay chispas en su memoria que nunca se apagaron y sus cuerpos les piden que se abracen y se dejen llevar por el enigma del placer. Y así lo hacen, porque ya tienen edad para amarse sin miedo, para el regocijo y el juego, para estar enredados en una de las pequeñas camas de las sobrias habitaciones de la «Resi» y buscar el deleite sobre el fino colchón y las densas sábanas.

Qué rico es el gozo cuando te quieren y disfrutan contigo, lo vives en tu cuerpo relajado y lo vas amasando en otro cuerpo. Qué sabroso es ese

momento de cansancio que desea repetir cada caricia, que celebra saber que hay otras vidas más allá de la angustia que arrastramos.

Inés se acomoda encima del pecho de Sabino. El colchón es demasiado estrecho y es más fácil subirse en el regazo de su amigo y apoyar la cabeza sobre su hombro. El efecto de Sabino es sanador, como si su presencia neutralizara la toxicidad de Milwaukee. Como si fuera un antídoto contra la kryptonita, como un héroe fortachón de los cuadernillos de cómics que colecciona su hermano Sergio desde niño. Qué ironía, la niña sabía que se burlaba de los cómics de Superman pero los hojeaba si no había otra cosa para leer, y le daba lecciones a su hermano: «Qué menso eres, te entretiene un extraterrestre al que le debilitan los meteoritos de su planeta...». Esa noche piensa en Sabino como un superhéroe muy especial hecho a la medida de la poeta.

Inés no quiere que la noche termine, se quedaría para siempre en la honda respiración de Sabino. En el ronquido silbador que la acompaña y le da sosiego y alegría. Sabino sigue siendo muy atractivo, no importan los años, sigue siendo un ser hermoso. Inés cierra los ojos y se mece en el sueño profundo de su amigo. Pone la mente en blanco y sonríe. Sabino también es feliz, sentir el peso de su amiga sobre su pecho lo emociona. En su cabeza suena *Toccata, Adagio y Fuga en Do mayor* de Bach.

A Sabino le toca madrugar, tiene que volver a Alemania. Qué poco duran los momentos felices cuando por fin los reconoces y te quieres quedar en ellos. Inés contempla silenciosa como Sabino va recogiendo sus cosas mientras la mira con amor y tristeza. Ella se conmueve con su gesto porque también siente lo mismo.

—Voy a mi habitación y ahorita nos vemos en el desayuno —le dice la mexicana a Sabino cuando ya están a punto de salir del cuarto.

Inés corre a buscar un ejemplar de su poesía completa y se lo dedica con corazones y besos, con un sol y una luna compartiendo el mismo círculo, con hojas que vuelan. Se siente infantil y ridícula, pero no se le ocurre otro modo de plasmar la energía del momento. Quiere que cuando Sabino abra esa página se ría de los corazoncitos y de los labios que vuelan. Que se vea en ese amanecer donde los astros y los planetas comparten un mismo cielo y se acuerde de ella y del sabor de su boca y de sus cuerpos abrazados rompiendo el hechizo del mal, sacándola del abismo.

Inés llega a la mesa y se lo da con un guiño.

—¿Para mí?! —exclama Sabino emocionado.

—Claro, para que te aprendas otros versos.

—Me lo voy a leer enterito.

—Eso espero.

—¿Y este gato? —Sabino mira la ilustración de la cubierta—. ¿No es el de *Alicia en el País de las Maravillas*?

—Sí, hay algo de eso en mis versos.

Sabino mira fijamente a su amiga y le sonríe con la boca bien abierta mostrando sus dientes y sus encías; por unos instantes el gesto de su amigo es idéntico al del gato que ríe de Cheshire.

Inés acompaña a Sabino hasta la boca del metro de Nuevos Ministerios, desde donde sale una línea directa al aeropuerto. Se besan varias veces buscando con la lengua un adiós esponjoso y excitante. Volverían si pudieran a la habitación para seguir amándose, se amarían sin descanso si tuvieran más tiempo, pero el avión de Sabino no puede esperar, ni sus semanas de trabajo. La vida ordenada y rigurosa de Sabino nunca imaginó lo que se iba a encontrar en Madrid.

—Cuídate muchísimo, mi adorada Malinche.

La mexicana le dice adiós con la mano y le lanza un beso largo desde arriba cuando su amigo ya ha bajado todas las escaleras. Sabino lo recoge con un suspiro antes de mirarla por última vez y meterse en el metro.

Que Sabino haya vuelto a Alemania sumerge a Inés en la melancolía. Tiene por delante el domingo y le ha prometido a su amigo que no tomará ansiolíticos como una posesa ni le dará más vueltas al asunto de la traición de Agapito y la tensión profesional de Milwaukee.

—Vete al Rastro, Inés, acuérdate de lo bien que lo pasábamos los domingos en la Ribera de Curtidores husmeando en todos los puestos del mercadillo.

—Pero yo solita me da tristeza.

—Pues me mandas wasaps y me cuentas cómo va la cosa por las callejuelas aledañas de mi mercado de pulgas favorito. Volvemos a ser «cuates», ¿no, mi querida?

—Sí, mi estimado.

—Escríbeme, envíame mensajes de voz, llámame, lo que gustes, Inés. Y sobre todo no pienses que estás sola, ¿vale? Porque aunque esté viviendo en la «chingada de lejos», como te gusta decir, sigo estando a tu lado. Los amigos de verdad siempre están.

Inés lo miró emocionada.

—Y sí —continuó diciendo Sabino—, nuestro Agapito se ha convertido en otra persona, ha sido cómplice del hundimiento del viejo catedrático, se ha dedicado a joderte la vida y a tratar de anularte, pero ya, Inés. Punto y final. En serio, al margen de lo que planea su grupito, pasa de ellos, que se queden con el programa, lo troceen y produzcan doctorandos zombis. ¿A ti qué te importa? Vuelve a ser la poeta.

—Ay, Sabino, ahorita me siento bien porque estoy lejos y te he podido platicar sobre mi infierno, pero regresar me da mucha angustia.

—Inés, tenemos la tecnología de nuestra parte. No pierdas el contacto conmigo, no te aísles, no transformes cada desaire en un motivo para tomar pastillas de esas...

—Ya, tienes razón, voy a tratar.

—Vas a lograrlo.

Inés no ha vuelto al Rastro desde su época madrileña y se sorprende gratamente de ver que en veintitantos años nada ha cambiado. La misma calle ancha llena de puestos y atestada de gente animosa curioseando. Los vendedores y su mercancía, el murmullo de los intercambios y las negociaciones, las callejuelas aledañas con sus telas extendidas en el suelo colmadas de pequeñas antigüedades. Las baratijas se mezclan con los tesoros y la luz de otoño madrileña le da un encanto especial al momento. Con tanto trajín Inés se siente menos sola, la masa de gente empujando de un lado a otro le da armonía y piensa que lo que le falta a Milwaukee son mercadillos de ese tipo. Españoles y mexicanos comparten su afición por los mercados, mercadillos y ferias, por las tiendecitas en la calle, por las conversaciones informales, por el tira y afloja de los objetos que son necesidad o capricho.

Al final de la primavera, en Milwaukee llega el mercado de los granjeros. Ocupa la mitad de un aparcamiento cerca de una comisaría de policía. Es un mercado triste con diez furgonetas que traen sus productos agrícolas para vender. La gente va a comprar silenciosa esperando riguroso turno, sin cuestionar los productos, sin charlar sobre la vida, sin nada más allá de las cajas de frutas, tubérculos y verduras. Solo el puesto de miel destaca un poco porque lo lleva un matrimonio centroamericano que ama su oficio. Escaparon de la violencia y se llevaron a Wisconsin el misterio de la miel y sus derivados. Se hicieron con los bosques y las flores del lugar, con la paciencia de los panales, y fabrican miel y velas; también preparan ungüentos y venden cajitas diminutas con los muñequitos quitapenas. «Tan lindos», ella compró

una cajita y la colocó en su repisa. Algunas noches los ha sacado de ahí y los ha metido debajo de la almohada deseando que puedan ayudarla con su angustia.

—¡Inés! ¡Hola, Inés! Aquí, estoy aquí arriba.

Es Rodrigo, que la llama desde la parte alta de un afluyente de la calle que sube por unas pequeñas escaleras.

—¿Rodrigo? —Inés se alegra de verlo y se cuela por entre la multitud para llegar a donde está.

—Qué bien que estés por aquí, así puedo invitarte a tomar algo. Te presento a Tristán. —Un niño de unos seis años asoma la cabeza por entre las piernas de Rodrigo mientras juega con un muñequito del hombre araña.

—Es el pequeño, y aquí está Martina.

Rodrigo señala a una niña con gafas y pelo largo muy abultado, tipo menina de Velázquez, sentada en el bordillo con un libro abierto. La niña levanta la cabeza y mira a Inés con curiosidad.

—Son mis hijos. Susana, mi mujer, está comprando unas cosas aquí al lado. Le va a encantar conocerte.

Inés comprende la situación y se siente ridícula. Ha malinterpretado los gestos amigables de Rodrigo como un posible indicio. Qué tonta es a veces, tan necesitada de un poco de amor, de un romance frenético que le haga olvidar todas las penas. Menos mal que el pobre tendero de La Biotika no se ha dado cuenta de sus pensamientos libidinosos y ya ha pasado página.

La niña se levanta, se acerca a Inés y le pregunta:

—¿De dónde eres?

—Soy de México.

—Ya me parecía que no eras española.

Rodrigo interviene avergonzado:

—¡Martina, hija!

—Es como Samina, pero ella es de Pakistán. —Martina se está refiriendo a una sus compañeras del colegio.

Rodrigo respira aliviado.

—En el colegio de Martina hay niños de todas partes.

—Tengo compañeros de muchos países, pero creo que de México no hay nadie. —Martina empieza a recitarlos con voz cantarina—: Hay de Pakistán, China, Polonia, Rumanía, Colombia, Ucrania, Honduras, Ecuador, Venezuela, Marruecos... hummm... no recuerdo más; pero tú eres como la mamá de Samina, que es como Samina pero en señora mayor.

—Parecen las Naciones Unidas —dice Inés riéndose.

—Sí, somos de muchas naciones —responde Martina con ánimo parlanchín—, hacemos un día de todos los países y nos disfrazamos con nuestros trajes típicos.

—¿Ah, sí? ¿Y a ti cómo te visten?

—De chulapona.

—Martina es muy madrileña —añade Rodrigo riéndose.

—Como su madre. —Susana entra en escena con unas bolsas en la mano y saluda a Inés.

—¿A que es igual que Cristina? —Rodrigo se está refiriendo a una vieja amiga mexicana de la que perdió la pista.

—Es cierto —asiente Susana—, parecen hermanas gemelas.

—Susana y yo nos conocimos en México al final de mi estancia, ella estaba haciendo unas prácticas con cremas orgánicas.

—Sí, trabajo en una empresa de productos dermatológicos.

—Es pionera también de las cosas saludables. —Rodrigo está aludiendo al restaurante vegetariano y a La Biotika.

—¿Qué habrá sido de Cristina? —se pregunta Susana.

—Eso mismo me dije yo el otro día cuando conocí a Inés. Es increíble lo muchísimo que os parecéis, podríais ser hermanas gemelas.

—Bueno, tal vez no —opina Susana riendo—. Inés es igual a como era nuestra amiga hace quince años.

—¿Ustedes llevan juntos desde entonces?

—Sí, y tenemos a estos dos.

—También se parece a la mamá de Samina —aventura a decir Martina.

—Vale. —Susana se ríe—. Tiene un cierto aire a la mamá de tu amiga.

Inés jamás se hubiera imaginado comiendo con Rodrigo y su familia. Disfrutando de un almuerzo delicioso en un concurrido restaurante casero especializado en caracoles. Todos bien apretados en una mesa larga con dos bancadas a los lados.

—Niña, deja de leer, que vas a manchar el libro —le dice Rodrigo a su hija.

—¿Qué estás leyendo? —pregunta Inés curiosa.

—*La máscara de hierro* —responde Martina—. Tengo ocho años y ya puedo leerlo sola.

—Es un libro que le he comprado esta mañana —explica Rodrigo—. No sé si en México los teníais, son las adaptaciones ilustradas de las novelas clásicas.

La niña le enseña el libro a Inés. En la portada ilustrada a colores aparecen tres hombres: en primer plano un hombre vestido con ropajes elegantes, pero con una máscara metálica; luego otro de aspecto noble con bigote y barba, y detrás un mosquetero con sombrero de pluma empuñando un espadín.

—Tiene doscientas cincuenta ilustraciones, algunas hojas están un poco pintarrajeadas. Pero no he sido yo, ¿eh? —aclara la niña.

Martina se lo presta a Inés, que le echa un vistazo. Se nota que ha pasado por muchas manos.

—Es la historia de dos hermanos gemelos. Uno es un rey malo y el otro está prisionero. Es que no puede haber dos reyes iguales y a este pobre —Martina señala al personaje de la cubierta— le ponen una máscara de hierro.

—¿Ya lo has terminado de leer? —pregunta Inés con curiosidad.

—No, todavía no, pero mi padre me lo ha resumido porque le gustaba mucho de niño. Es de la serie de *Los tres mosqueteros*.

—Yo —confiesa Inés— nunca he leído nada de Alejandro Dumas.

—Pues cuando lo termine te lo dejo —se apresura a decir Martina.

—No sé si la historia le va a interesar mucho a nuestra amiga mexicana —añade Rodrigo riendo.

—Dos hermanos gemelos, uno prisionero y el otro rey. —Inés se queda pensativa—. Tal vez sí me interese...

La extraña duda

Desde el jueves hasta ese lunes han pasado muchas cosas. Inés siente que ha perdido el hilo. Hay montones de papeles por catalogar y debe concentrarse para tratar de sacar rendimiento de las dos semanas que le quedan. Mira el calendario y calcula que puede aprovechar doce días gracias a la buena predisposición de María, que le permite estar en su casa trabajando todo lo que quiera.

Inés se sumerge en la tercera carta de Lorca, que arranca con una reivindicación del Mediterráneo. Se había quedado en la parte en la que Federico le cuenta a su amigo Joaquín como lo celebraron en Barcelona y le confiesa que trata de manejarse con los tres bandos enfrentados. La mexicana retoma diligente la transcripción de las explicaciones del poeta: está el grupo catalanista de Josep Maria de Sagarra, con quien sale por las noches y al que define como «el príncipe de los poetas catalanes», al que pertenece Dalí; luego está el grupo de López-Picó, «exquisito en tonto», y el de escritores españoles, y aclara «que escriben en español».

Inés consulta en su teléfono para situar a López-Picó, y ve que es poeta en lengua catalana como Sagarra, y que fue miembro del Instituto de Estudios Catalanes. Lorca debió de ser testigo de muchas tensiones entre ellos. Lo han recibido con todo tipo de agasajos e Inés, al no encontrar fechas en la carta, trata de situarla cronológicamente como hizo con las otras dos. El papel de la carta es del Hotel Condal, y lo que cuenta alude a sus paseos con la actriz Margarita Xirgu, lo que la sitúa indudablemente en el año 1927. Federico le dice a Joaquín que se marcha a Figueras ese mismo día, pero le pide que le escriba al Teatro Goya. ¿Irás Federico a Figueras a trabajar con Dalí en los decorados? Inés ha leído en alguna parte que a principios de mayo Federico visita a Dalí precisamente para concretar detalles sobre los decorados. ¿Será una carta anterior a la que describe el estreno de *Mariana Pineda*? Inés presiente que, efectivamente, esta tercera carta es anterior a la que manda desde Cadaqués.

Federico presume de su capacidad para entenderse con todos: «... tengo que tener cierta política. Pero lo hago bien, ¿verdad, Joaquín? Esta farsa social me divierte y cumplo mi papel de primer actor con gran sagacidad». Inés se sonríe con tristeza. Ella no sabe ser actriz, enseguida se le nota en la cara lo que piensa. No sabe ser zalamera con los colegas y los estudiantes. Con los años se ha vuelto más fría. Además, en el oficio de la escritura la farsa social distorsiona la capacidad de autocrítica y afecta mucho a los que están empezando. No, definitivamente ella no tiene ni el talento ni la sagacidad para la farsa social de Federico. Retoma la carta y encuentra al poeta hablándole a Joaquín de la soledad: «como verdaderamente disfruto es solo. Así quisiera estar siempre. Mi pose de hombre que va camino de ser famoso me divierte, pero a ratos nada más».

¿Qué era la fama en aquella época? Celebraciones con diferentes grupos literarios, el cariño del público en el teatro, reseñas laudatorias en la prensa... ¡Cómo había cambiado el mundo! Y lo peor es que el propio Federico padeció en sus carnes la relatividad de las cosas. La fama fomentó la envidia, el odio de los demás lo hizo vulnerable. Pero entonces, cuando escribe a su amigo, puede expresar lo que verdaderamente le gusta. Dejar que le sucedan cosas y disfrutar con lo inesperado: «En cambio estar solo y desconocido en una ciudad del Mediterráneo es delicioso por lo divertido, y por el margen que tiene lo insólito».

Con la soledad, parece que Federico puede encontrarse a sí mismo. Inés ha hecho algo parecido, se ha dejado llevar por lo inesperado en estos días madrileños donde no ha dejado de pensar. Pero a ella no le gusta estar sola, porque la soledad le recuerda a su vida en Wisconsin. Las prestigiosas carreras en Estados Unidos son esencia de soledad y abismo. Intentar no volverse loca, aguantar el vacío, caminar por calles que en los largos inviernos son de nieve y donde el aire corta la piel y la transforma en pellejo.

«Todos mis pasos terminan en el puerto lleno de barcos holandeses, suecos», dice Federico. «Se oyen canciones extrañas, se ven hombres largos que guisan los peces de mil y una maneras y el de aventura. El puerto hace posible el hervor anatómico de la polla, con una teoría de rosas celestes». Parece que Inés no es la única que tiene pensamientos lascivos. Se sonríe pensando en su noche apasionada con Sabino y en el encuentro con Rodrigo. Es como si las casualidades y el deseo ordenasen el mundo. Sin embargo, se alegra del peculiar desenlace con ellos dos. Por otra parte, disfrutó con la familia de Rodrigo, y tuvo la oportunidad de conocerlo mejor y verlo de otra forma. En realidad, ya no importa que al principio la hiciera sentir como una

adolescente. Al menos se divirtió y su mera presencia en la tienda y en el restaurante la ayudó a sentirse viva. Además, Sabino había aparecido con sus ganas de disfrutar y de quererla. Era una lástima que estuviese de regreso en Alemania, que todo fuera tan complicado en el mapa de las posibilidades del querer.

La carta de Lorca se cierra con la mención a los amigos y a su querida Granada:

Saluda a los amigos ya sean ingratos o sean amigos míos de verdad. Basta que sean de Granada para que yo los quiera. No hay nada en el mundo como Granada.

Al copiar esa despedida de Federico en su cuaderno, Inés siente una enorme pena, pues al poeta lo asesinaron en esa tierra donde ser de allí era motivo suficiente para que perdonara toda ingratitud. Antes de la firma hay un interrogante: «¿Y el *gallo*?».

Aparece una postal de Federico y Dalí que es la foto de la «Placeta baja de Figueras». Hay algunas personas paseando por las calles, a lo lejos una antigua camioneta de pasajeros que da la clave de otra época y en un plano cercano un carrito de mantecados. Han escrito pocas líneas, Federico manda un abrazo y le pide que le escriba y le cuente cosas de Granada. Salvador, por otra parte, dice que sabe que Joaquín es un gran novio y le felicita las Pascuas. Es una postal juguetona de 1927 para que Joaquín sepa que Federico no deja de pensar en Granada. Para entonces, el abuelo de María ya llevaba ocho años de noviazgo con su Rosario de la Quintana.

Inés encuentra sobres sin usar con membrete en tinta verde de la revista *gallo*, que había diseñado Dalí, y una carta muy divertida en dicho papel, con el gallo dibujado encabezando la hoja, firmada por Antonio Cien. Debe de ser de Antonio Cienfuegos y lleva fecha del 16 de febrero, y aunque no salga el año Inés deduce que es de 1928. Antonio le cuenta a Joaquín cosas de *gallo*, y le asegura que la recibirá en unos seis días, ya que al día siguiente irán a corregir las últimas pruebas. Le explica que saldrán muchas cosas buenas y tendrá veinte páginas. También que en lo personal sufre de amores por una mujer castigadora y le pregunta por su vida de opositor galante. Le pide que le escriba y que no invente demasiado, porque si lo hace «se publicará en *gallo* como cuento putrefacto». Pero la preparación de *gallo* no ha sido fácil porque «hay broncas como tranvías».

¿Cuándo no ha habido disputas por crear algo colectivo? Inés se acuerda de un congreso de cine en sus años de la tesis de Chicago que incluía la publicación de unos anales. Ella fue la que se encargó de la compilación y de

formatearlo todo, y contempló estupefacta como se descalificaban entre ellos. Vio de primera mano las tensiones y los horribles malentendidos de aquellos profesores expertos. Algunos mandaron los artículos sin editar, sin las referencias, medio crudos, y fue ella la que terminó completando todos los detalles en la biblioteca. Parecía como si ser catedráticos les diera carta blanca para dejar las cosas a medias y delegar en los demás.

Lo que le contaba Antonio Cien a Amigo no le sorprendía. Inés sigue leyendo y ve que Federico felizmente no se ha marchado, aunque parece distraído «por donde se lo lleva la caída de ojos del último joven [...] que lo coge en sus redes». Ya se vuelven a mezclar las distracciones sentimentales, porque en el fondo la vida son muchas distracciones y pensamientos apasionados. Inés echa de menos a Sabino, ella también está distraída.

Otra de las notas de Federico, por fin, tiene una fecha clara: es del lunes 3 de noviembre de 1926, un texto juguetón en el que indica que ha verificado «ensayos arquitectónicos de retórica platónica con el dibujo transcendental y automovilístico que da origen a los problemas de la poesía contemporánea» y que firma con su nombre y sus dos apellidos. Inés lo interpreta como un texto manuscrito para que Joaquín pueda analizar la grafología de su amigo. Una de las pasiones de Joaquín, que despierta gran curiosidad entre sus amigos, son las minuciosas lecturas grafológicas que sabe hacer.

Lo que más entenece a la mexicana son las notas de ánimo que le escriben a Joaquín sus amigos en 1928, en minúsculas hojas, tras suspender la cátedra de psicología a la que se había presentado. Le escriben Manuel López Banús, Luis Pitín y Federico. El tono de Federico está lleno de cordialidad y reflexiona además sobre su propia experiencia recordando el desastre que fue la presentación de su obra *El maleficio de la mariposa* en el teatro Eslava:

No debes tomar esta cosa por la tremenda sino por la suavenda. Ha sido una mala pata y nada más. Quizá sea por tu bien. Yo estoy seguro de que esto te hará catedrático de lógica[...]

—¿Te acuerdas de mi pateo de la Mariposa? Pues es lo mejor que me ha pasado en mi vida literaria.

Ocho años antes, el 22 de marzo de 1920, Inés lo recuerda perfectamente porque lo anotó cuando leía a Gibson, Lorca tuvo que aprender a digerir el fracaso, y es desde ese aprendizaje cuando se siente con fuerza para animar a su amigo: «Yo tenía la intuición de que te iba a pasar algo así. Así como la tengo de tu próximo y verdaderamente gran triunfo».

Que los amigos crean en uno es clave. Entra en la pantalla del teléfono un mensajito de Sabino: «¿Qué tal? Mucho ánimo con tu investigación», acompañado de emoticonos de una cara mandando besos. Parece que su

amigo está decidido a evitar que Inés pierda el rumbo. La amistad que le ofrece es una brújula de pequeños detalles, melodías y canciones.

Hay una caja naranja de *Simil Seda* con una rosa dibujada donde pone HILATURA SELECTA «ANGEL ROMERO BARCELONA» e indica que «reemplaza la seda para coser». En su día servía para guardar hilos, pero ahora, según dice una etiqueta blanca escrita con letras en mayúsculas en uno de sus bordes, guarda «grafología, psicoanálisis y otros ensayos psicológicos». Hay dentro unas notas grafológicas tomadas de la enciclopedia Espasa donde se explica que la «grafología se basa en que la escritura es una serie de gestos emanados del cerebro y transmitidos al papel por la mano, que es el principal factor del gesto». El ejercicio de copiar es una forma de aprender. Inés copia lo que en su día escribió Joaquín Amigo. De este modo aprende que una firma con rasgo oblicuo vertical denota un espíritu polemista e independiente y abunda entre escritores y políticos. «Cuánto se deben de parecer unos y otros», piensa risueña la mexicana. También descubre que la escritura de dimensiones desiguales indica emotividad, que la grande y espaciada, generosidad. Que la pequeña, sencillez, y la mediana, moderación y buen sentido. La escritura desmesurada representa falsa grandeza. El que escribe con mayúsculas muy grandes es vanidoso. Todo en la escritura debe considerarse: las dimensiones de la letra, la orientación para ver si es horizontal, ascendente o descendente. La inclinación, la rapidez, la presión, los ángulos y las formas gráficas. Hasta la puntuación y los espacios blancos entre las palabras comunican cosas.

Aparecen unas hojas dedicadas al autopsicoanálisis. Joaquín lo ha escrito en letras griegas. Le impresionan algunos sueños porque está leyendo a Freud. María conserva de su abuelo un volumen de *La interpretación de los sueños*. Es una edición en español de 1923. Según Freud, la angustia puede ser de una intensidad tan extraordinaria que impulsa al enfermo a cometer insensateces como su ataque de rabia por culpa de Luso, que fue capaz de desequilibrarla otra vez y le hizo tomar demasiados ansiolíticos. Al menos entre el sábado y el domingo recuperó la calma y durmió sin ayuda. Incluso en la distancia y a través de la pantalla, la presencia de Luso le sigue afectando. Sabe que no se está quieto, siempre aparece detrás de algún plan. Lo del robo de su discípula poeta ha sido la gota que colma el vaso. Sabe de la fuerte vocación poética de la muchacha y ha implicado a Virgilio y a Richard para asegurarse la jugada y que le ayudaran a convencer a la joven Ercilia de que el proyecto narrativo con ellos es lo mejor.

Inés está harta de Luso, de sus artimañas, del siniestro personaje en el que se ha convertido, como una especie de Mr. Hyde, como si su amigo, al

haber pisado las tierras del Medio Oeste y haber entrado en el tóxico ambiente de las rivalidades universitarias, se hubiera transformado en un «pinche cabrón», como repetía dolida. ¿Tendría un trastorno psiquiátrico? ¿O simplemente era *El extraño caso del amigo Agapito y Mr. Luso*? Inés no sabe bien qué pensar. La pulsión repentina del mal con fuerza monstruosa le da pánico, y ya desde adolescente le preocupaba, era parte de su educación. En México, cuando eres mujer y creces, sabes que nunca estarás segura, que los noticieros lo confirman cada día. Salir de México e ir a Europa te permitía relajarte, crecer como mujer, ser igual a las otras mujeres occidentales que se sentían seguras.

Inés recuerda perfectamente cuándo leyó la narración de Stevenson: tenía catorce años y fue su primer libro en inglés. Lo tuvo que leer con un pequeño diccionario, y estaba tan emocionada del reto que fue repitiendo cada oración en voz alta tratando de poner acento británico. Escribió anotaciones con el vocabulario e intentó entender la profundidad del relato. Todos sabían que era la historia de un científico que experimentaba con un brebaje y se desdoblaba convirtiéndose en su lado más siniestro. A Inés le había gustado descubrir que la trama arrancaba con el abogado Utterson, todavía recordaba el nombre, enfrentándose al enigma de su cliente, el doctor Jekyll. El celo del abogado construye el ritmo de la historia. El lector sabe que el extraño caso se refiere a la misma persona y su desdoblamiento, pero es la forma en la que lo cuenta Stevenson la que lo hace fascinante, un texto literario que trata de explicar la razón que motiva a un hombre a experimentar con su propio cuerpo, a buscar la esencia del mal en su ser como un saber científico y proteger ese yo maligno que lo habita.

En clase de inglés, la profesora la vio tan interesada por el tema del mal y el desdoblamiento que le recomendó leer el relato *William Wilson* de Edgar Allan Poe, casi cincuenta años anterior al de Stevenson, pero esta vez Inés lo buscó en traducción porque era demasiado complejo tratar de entender el original y no había versión escolar. Lo leyó con curiosidad. El narrador hablaba desde su propio desconcierto al descubrir que un chico de nombre idéntico al de él ingresaba a la vez en la escuela; luego se enteraba de que su tocayo había nacido el mismo día, un 19 de enero, cosa que sobresaltó a Inés, que también nació ese mismo día y no pudo evitar sentirse impresionada por semejante coincidencia. ¿Cuántas posibilidades había de nacer el mismo día del mes que el personaje narrador y protagonista de un cuento que a su vez descubre que tiene un doble? ¿Cuántas Inés Sánchez Cruz había en el mundo que hubieran nacido el mismo día que ella? «Ninguna, eso solo pasa en la

literatura», respondió sin dudarlo, y siguió leyendo hasta el final. Allí estaba el yo monstruoso que habita en nosotros. Nuestro doble, porque de eso hablaba el cuento: de un yo terrorífico que nos acompaña.

Años después, al comenzar sus estudios en la universidad, Inés retomó el tema del desdoblamiento y leyó con curiosidad la segunda novela de Dostoyevski, titulada precisamente *El doble*. Fue su época de apasionamiento con Sylvia Plath, y que a la poeta estadounidense le hubiera interesado indagar sobre el *doppelgänger* en la obra del ruso le resultó fascinante. Pensó entonces en el doble que hay en nosotros como síntoma, como el eterno deseo de resolver los enigmas de nuestra propia identidad. Los conflictos interiores, la agonía de existir, de verse reflejada y reconocerse, la enfermedad mental y los pensamientos suicidas labraban la poética confesional de Plath y saturaron las intuiciones de Inés, que terminó alejándose de esa voz, temiendo contagiarse.

Por eso era el juego literario de Italo Calvino con *El vizconde demediado* el que recordaba con más nitidez. Tal vez porque había algo lúdico y luminoso en ese texto, porque no había dobleces ni sombras fantasmagóricas, y el corte entre una y otra parte del personaje era claro. En la novela del italiano, la trama fantástica describe como una bala de cañón en medio del campo de batalla parte en dos al protagonista, el Vizconde Medardo. Un cuerpo dividido que sobrevive en ambas mitades: sale Gramo, que es malo, malísimo, y sale Buono, el lado puramente bueno. ¿Nos desdoblamos con los años como una ficción? ¿Es ella la misma que hace veinte años? ¿En qué momento fue golpeado Luso por una bala de cañón? ¿Dónde está su mitad bondadosa? ¿Fue el accidente de Venancio el gran golpe? Su pobre hermano sumergido en coma profundo debió de activar algo oscuro. Estar lejos, marcharse al poco tiempo. Dejarlo solo en un sanatorio tuvo que abrir una herida extraña e invisible en su ánimo.

Cuando Agapito llegó a Milwaukee fue muy hermético con el asunto de Venancio. Inés creyó que el silencio le ayudaba a digerir el disgusto. Sin embargo, la mexicana sigue pensando en la luz del domingo en el Rastro, en el jolgorio del restaurante y en la hija de Rodrigo pasando las hojas del libro ilustrado. La vida no puede ser una trama novelesca de capa y espada, aunque lo cierto es que Dumas fabrica su historia de una leyenda que escuchó Voltaire en la Bastilla sobre un preso encerrado bajo secreto de Estado. Alguien oculto y en prisión, atendido con privilegios y tristemente enmascarado. Ese personaje no salió de la nada. No es tan descabellado que se esconda al gemelo de un rey para evitar la disputa entre hermanos por el

trono. Eran otros tiempos, ¿qué pasaría ahora? ¿Por qué queríamos vivir una vida ajena? ¿Quién querría estar en otro cuerpo? ¿Necesitamos otro cuerpo para volvernos otra persona? Al doctor Jekyll le bastaba con un brebaje, pero no tenía un gemelo que lo bebiera por él.

La verdad

—¿Estás segura? —La voz de Sabino suena preocupada.

La pantalla del teléfono de Inés es grande y la mexicana puede ver con nitidez la frente ancha y los expresivos ojos de su amigo.

—Creo que es lo mejor —responde ella—, llevo días obsesionada con el asunto y Rocío, la amiga de María, ha tenido la idea. Hoy terminó su cursillo y mañana nos llevará a Cercedilla.

—Sí, pero se me hace raro, no lo sé.

—Las tres pensamos que hay que intentar saber la verdad.

—¿Crees que lo vas a poder distinguir? Tal vez esté muy deteriorado. Me resulta extraño, todo este asunto es muy triste.

Inés se ha pasado tres días con la idea rondándole la cabeza y lo ha ido compartiendo con María y con Rocío al final de cada tarde. Cuando ya recogía los papeles de Amigo y daba por concluida la jornada, se sentaba un rato a conversar con la nieta de Joaquín y su amiga. Y mientras les explicaba las maravillas que guardaban las carpetas y cajas de Amigo, reiteraba su compromiso con una investigación profunda que plasmaría en un futuro ensayo. También les narraba algunos detalles de sus peripecias y sinsabores profesionales en Estados Unidos, porque al haberse atrevido a verbalizar parte de sus pesares con su amigo Sabino se sentía capaz de seguir contando lo que le preocupaba, como si hubiera roto el cascarón y fueran saliendo poco a poco la clara transparente y el flujo amarillento de la yema. De este modo incluía sus dudas sobre el gemelo de su antiguo amigo y la posible identidad del verdadero traidor:

—No dejo de darle vueltas. Como si el librito ese de la máscara de hierro que llevaba la hija de Rodrigo en el Rastro fuera una señal del destino.

—Más bien una casualidad —dijo María sonriente mientras servía la infusión.

—Ya, pero he pensado que, si existe esa posibilidad, debería tratar de aclararlo —replicó Inés.

—Ir a la Bastilla, que casi suena como Cercedilla —añadió Rocío sonriendo.

—Hay otra novela clásica de intercambio de dobles, la de Mark Twain, *El príncipe y el mendigo*, ¿no? —comentó María pensativa.

—Sí, la de los dos niños que son iguales y se intercambian las vidas —dijo Inés.

—Claro, la idea del doble es un arquetipo literario —explicó Rocío—, pero la historia no necesita de la ficción y la supera. En la carrera recuerdo que leímos *El regreso de Martín Guerre*, un libro que escribió una investigadora americana sobre un hombre que suplantó la identidad de otro en el siglo XVI en Francia.

—¿No hicieron una película? —preguntó María.

—Sí, me suena a película —dijo Inés.

—Me parece que salía Gerard Depardieu. —María miró en el buscador de su teléfono—. Hay una clásica basada en el caso del siglo XVI que es la francesa de 1982, y luego otra de 1992, un *remake* ambientado en la guerra de Secesión americana con Richard Gere y Jodie Foster.

—El tema es fascinante y sentó precedente jurídico. El caso fue tan sorprendente en su tiempo que, si no me equivoco, el juez Coras escribió un libro titulado...

Antes de que Rocío pudiera terminar su frase ya estaba Inés añadiendo el dato, que acababa de buscar en su teléfono:

—*Arrest Memorable du Parlement de Toulouse*. Fue efectivamente uno de los jueces y escribió un informe detallado. ¡Qué interesante!

—El libro que leí es de una investigadora... —trató de decir Rocío.

—Sí, Natalie Z. Davis, de la Universidad de Princeton. —Inés sintió una especie de nerviosismo trepidante—. Hay bastantes entradas en la red sobre el tema...

—Es que el tema de la identidad y el doble es muy potente, y el caso real quedó impregnado en el imaginario popular.

—¿Cuál fue la trama exacta de esa historia? —preguntó Inés—. Yo recuerdo que Borges escribió un cuento sobre un impostor inverosímil y era la madre del desaparecido la que se empeñaba en creer en el impostor, aunque no se parecían en nada. Pero, claro, está escrito con humor desde la ficción.

—Martin Guerre era un campesino francés que vivía en los Pirineos y dejó su pueblo, a su mujer y a sus hijos y se marchó ocho años sin dar noticia alguna.

—¿Ocho años?

—Sí, se sumó al ejército español.

Inés escuchaba con mucha atención a Rocío, que seguía relatando:

—Un día, alguien llega al pueblo diciendo que es Martin Guerre y su mujer lo acepta y lo reconoce como su esposo.

—¿Cómo no se dio cuenta? —preguntó Inés.

—Creo recordar que llega enfermo y la mujer lo cuida y se acostumbra a su presencia. Martin Guerre era el cabeza de familia y, en cierta forma, con su regreso se recupera la armonía del hogar. Asumieron que había envejecido y que la vida como soldado lo había transformado.

—¡Necesito leer ese libro! —Inés sentía que allí podía encontrar respuestas.

—Todo esto pasa en el siglo XVI, no tenían fotos o retratos, era la palabra del hombre que decía haber regresado la que contaba —añadió Rocío—. En clase nos sirvió para analizar la sociedad rural de aquella época y el tema de la religión, el catolicismo y el protestantismo. En algún lugar debo de tener el libro todo subrayado, me lo estudié a fondo porque entraba en un examen.

Cuanto más pensaba en el libro, mejor se acordaba Rocío de algunas escenas:

—El impostor se llamaba Arnaud du Tilh, y el verdadero Martin Guerre apareció con una pata de palo en pleno juicio. Pero Arnaud se había metido tan bien en su papel que creyeron que estaba poseído por un espíritu diabólico. Yo siempre pensé que el impostor quería tener otra vida, sentir que pertenecía a un lugar en donde lo esperaban. Me dio pena todo el asunto.

—Y acabó muy mal... lo condenaron a la horca —leyó Inés en su pantalla.

—A Montaigne esa condena le pareció excesiva, también escribió algo sobre este caso —agregó Rocío.

—Es interesante cómo las vidas de una y otra época nos despierten las mismas dudas. —María intervino con una lucidez poética que a Inés le hizo pensar en Joaquín Amigo. María la miró con dulzura y continuó hablando—: Una persona que creías un gran amigo te ha hecho muchísimo daño, y antes de aceptar su maldad como parte de la naturaleza humana buscas una explicación que te dé consuelo, como que en realidad sea un impostor y se haya intercambiado por su hermano.

—Es cierto, prefiero que sea un impostor a que el que fue mi amigo sea simplemente un culero —confesó Inés.

—La gente cambia —dijo María.

—Y eso es horripilante —se lamentó Inés—. Mirando las cosas de tu abuelo he reflexionado mucho sobre ese asunto. Por ejemplo, tu abuelo piensa que Dalí es un buen amigo de Federico, pero todos sabemos que luego se transforma en alguien mezquino.

—Creo que hasta dio clases de pintura a Franco —comentó Rocío—, y al final no fue amigo de nadie, a Buñuel también se la jugó.

—¿Cómo puede cambiar tanto la gente? —volvió a preguntarse la mexicana—. La amistad debería ser irrompible. El tiempo bueno y luminoso que se ha vivido con alguien, lo que significó, tendría que seguir siempre detenido.

—Buena idea, detener el tiempo de la amistad, congelarlo —declaró María.

—Es lo que siento leyendo las cosas de tu abuelo, como si él, tu abuela, y todos sus amigos estuvieran en las cartas, en las anotaciones, en los documentos. Como si al releer cada palabra volviera a recuperar el instante jubiloso de lo que vivieron.

—¿Sabéis qué? Vamos a ir mañana a Cercedilla en mi coche e Inés va a visitar a la persona que está convaleciente en el sanatorio —dijo Rocío con convencimiento mirando a la mexicana a los ojos—. Tienes una intuición y es importante que puedas resolver la duda. Además, podemos pasear por los bosques de la Fuenfría, que son preciosos. El viernes tengo que volver sin falta a Jaén, pero mañana buscaremos a tu amigo. ¿Te parece?

—Es una idea estupenda —afirmó María.

—Asusta un poco. ¿Cómo lo buscamos? —respondió Inés sintiendo vértigo.

—¿Cómo dices que se llama el que tuvo el accidente? —preguntó Rocío.

—Venancio Luso Pescader.

Mientras pronunciaba las tres palabras, a Inés se le hizo un nudo en la garganta. Llevaba días fantaseando con la idea, queriendo resolver el misterio de la terrible traición, y ahora Rocío y María se ofrecían a ayudarla, y ella se daba cuenta de que encontrara lo que encontrase le tocaría vivir con la verdad. ¿Era Agapito, bajo la máscara de Luso, una mala persona y un mal amigo, o en realidad el que estaba en Milwaukee era el egoísta y raro de su hermano gemelo, que se había apropiado de su identidad? ¿Habría sido ella tan estúpida de no darse cuenta del engaño?

—Mañana podrás aclararte —aseveró Rocío mientras empezaba a buscar en el directorio clínicas y sanatorios de Cercedilla para localizar al enfermo.

Por la noche, María le mandó un wasap a Inés: «Rocío ha localizado el sanatorio y podrás verlo». Entonces Inés llamó a Sabino para contárselo y su amigo músico se asustó, porque sabía lo sensible que era ella, y aunque Agapito con los años se había transformado en un ser deleznable, Inés con sus obsesiones también era diferente y la notaba mucho más frágil que la risueña amiga del año en el que fueron becarios.

—Tú también has cambiado, Inés; y yo, mira lo gordo que estoy —dice Sabino con tono grave desde su pantalla.

—Ya, lo que pasa es que no es lo mismo. Hemos evolucionado, pero él ha dejado de ser él. Cuando contemplo desde la distancia cómo se ha comportado y lo falso y manipulador que se ha vuelto, puedo aseverar de forma objetiva, sin nervios y sin ansiolíticos, que no es la misma persona. Tuvo acceso a todos los papeles de Agapito, a sus correos electrónicos. Conocía a su hermano a fondo, solo tenía que fingir, como hacen los actores. Si me veía la cara de pendeja era suficiente para prosperar. —Inés habla con nerviosismo—. Representar el papel de su hermano escritor en el aula. Seguir el guion de los materiales de cada curso. Casi como aprender las reglas de un videojuego y jugar, ¿no?

—Entonces ve a verlo, Inés —dice Sabino resignado al escuchar el empecinamiento de su amiga y la idea que se está armando en su cabeza—, pero ten cuidado, no dejes que todo esto te afecte. Encuentres lo que encuentres, que no te haga más daño.

—Estaré bien, te lo prometo.

Después de hablar con Sabino, Inés busca un último dato. Rocío había mencionado que Montaigne había citado el caso del impostor en sus ensayos, y tiene curiosidad por saber lo que dice el filósofo sobre el asunto. Localiza todos los ensayos en abierto en el Cervantes virtual y da con la cita en el capítulo XI del libro III titulado *De los cojos*. En esta pieza, Montaigne habla sobre la verdad y la mentira. Cita a Cicerón: «*Ita finitima sunt falsa veris, ut in praecipitem locum non debeat se sapiens committere*», que quiere decir algo así como que lo falso y lo cierto están muy cerca y las personas sabias no deben confiarse por ese resbaladizo camino. Para Montaigne, «la verdad y la mentira muestran aspectos que se conforman; el porte, el gusto y el aspecto de una y otra son idénticos» porque las miramos con los mismos ojos, y explica que no solo «somos débiles para defendernos del engaño, sino que además lo buscamos convidándole para aferrarnos en él». Parece que nos dejamos embaucar por el vacío.

Aparece por fin el párrafo que menciona el caso: Montaigne alude a que siendo niño vio el proceso que el magistrado Coras hizo imprimir. Era «de una naturaleza bien rara: tratábase de dos hombres que se presentaban uno por otro». Inés sigue leyendo las palabras del filósofo, que recuerda del caso cómo «el auxiliar de la justicia convirtió la impostura del que consideró culpable en tan enorme delito» que excedió el conocimiento de los presentes y del propio juez. Por eso Montaigne pensó que resultaba una «temeridad singular» una sentencia que condenaba a la horca a uno de los reos. Al parecer, en ese caso era mejor decir «la corte no entiende nada».

Era una pena que ni Montaigne ni el juez Coras pudieran acompañarla a Cercedilla al día siguiente. La experiencia de lo que vieron en el caso de Martin Guerre la habría ayudado a dilucidar sus emociones. Pero el caso del siglo XVI no era el de dos hermanos gemelos, sino el de un hombre de otro pueblo que quiso ser otra persona y aprovechó una oportunidad cuando notó que lo confundían con esa otra persona. Si el Luso de Milwaukee resultaba ser un impostor, tampoco estaban Alejandro Dumas o Mark Twain para darle a Inés un buen consejo. ¡Y qué necesitada se sentía de algún buen consejo en ese momento para conciliar el sueño! Entonces la mexicana se acordó del infeliz de Cervantes, y de aquel impostor que lo plagió y escribió un Quijote apócrifo. Pobre Cervantes, ya viejo y cansado, escribiendo a toda prisa una segunda parte para recuperar a su personaje, obligado a contar en boca del propio Don Quijote que había otro Don Quijote que era falso. Aquel libro apócrifo tenía que haber sido un duro golpe para el escritor. Seguramente Cervantes le diría a Inés: «Yo tuve que escribir la segunda parte del Quijote por culpa de un impostor y un sinvergüenza que decía llamarse Avellaneda».

Si Agapito era el que estaba en coma en Cercedilla, ¿qué podía hacer ella para que su amigo recuperase la identidad robada? ¿Cómo demostrarlo?, ¿escribiendo un libro en el que contase todo lo que había pasado? Pero ella es poeta, es una enamorada de las imágenes, las metáforas y las sensaciones abstractas de lo simbólico. Su intuición y sus presentimientos son la materia prima de sus versos. Con esos pensamientos cierra los ojos y respira. Mañana tal vez encuentre el hilo de la verdad, y con esa verdad tendrá que conformarse. Detrás de la verdad no hay otras cosas, es el último peldaño de una escalera que pretende tocar el cielo o, tal vez, el fondo del abismo más profundo.

El impostor

Cuando estás cerca de saber la verdad parece que el cuerpo se pone en tensión. Como si la verdad estuviera acompañada de una especie de rigidez sudorosa. Inés siente que tiene la boca seca y no sabe bien cómo actuar en el pasillo del sanatorio. El viaje hasta allí con María y con Rocío ha sido muy agradable, como una aventura adolescente por las carreteras de la sierra convertidas en bosques. Han llevado bocadillos y fruta y han dado una larga caminata por un sendero precioso antes de acercarse al sanatorio durante el horario de visitas.

Las tres amigas han seguido hablando de los gemelos, tratando de invocar las claves del misterio que tratan de resolver:

—En la mitología grecorromana están los hermanos gemelos de la constelación Géminis, que son Cástor y Pólux y representan el amor fraternal —comenta Rocío mientras le da al intermitente y adelanta a un enorme camión lleno de ganado.

—Para las culturas ancestrales tenía que ser muy enigmático que aparecieran gemelos en un parto —interviene María.

—Es complejo, a veces han sido vistos como fuerzas sobrenaturales, como pares opuestos, otras como mensajeros de malos augurios. Lo que está claro es que los gemelos son figuras clave en el imaginario de los mitos, tanto occidentales como orientales —dice Rocío.

«Sí, los hermanos gemelos», piensa Inés, «la fuerza doble de lo que representan». Pero a ella en ese momento le preocupa otra cosa, presiente la posibilidad de un engaño, la impostura, la suplantación... y en ese tramo del pasillo que va a la habitación en el tercer piso, donde tienen al paciente, solo nota el olor aséptico de los suelos recién fregados mezclándose con la luz otoñal del bosque entrando por los ventanales. Camina junto a la enfermera, que le da algunas explicaciones:

—Tal vez te pueda oír, pero creemos que desgraciadamente su estado vegetativo es irreversible, y tratamos de que tenga la mejor vida posible dentro de los límites de su situación.

La habitación es pequeña pero acogedora. Está tumbado en una cama alta. Inés se acerca sigilosa a contemplarlo. Parece más flaco de lo que recordaba, tiene los ojos abiertos y está mirando al infinito.

«¿Quién eres?», le pregunta Inés en silencio.

La enfermera arrima una silla a la mexicana para que pueda sentarse a su lado.

—Han venido a verte, Venancio —le anuncia mientras le coloca la almohada y lo incorpora un poco apretando un botón que eleva la parte del colchón en la cabecera.

—Os dejo solos. Llámame si necesitas cualquier cosa. Voy a estar con el paciente del cuarto de aquí al lado —le dice la enfermera a Inés señalando la pared de la izquierda antes de salir.

Inés no sabe bien qué hacer. Esperaba que el encuentro fuera más dramático, como en las películas o las grandes novelas decimonónicas. ¿Cómo va a poder distinguir a ese hombre? ¿Qué queda de su amigo, si es que alguna vez la persona tumbada en la cama fue su amigo?

Mientras caminaban por el bosque, Rocío y María han hablado de la idea del «doble cuántico». A Inés le ha resultado sugerente pensar que una parte nuestra se pueda desdoblar en un montón de posibilidades. Desdoblar no significa tener que elegir entre el bien y el mal, simplemente es el potencial de todas las vidas posibles.

—Todo vibra, y nosotros como materia también somos vibración. Hay vibraciones que son más densas que otras —le ha explicado Rocío—. Para algunos, nuestro «doble cuántico» sería el equivalente al ángel de la guarda de la tradición cristiana, pero en teoría nuestro doble imperceptible está en otra dimensión anterior a la que nos encontramos. En cierta forma, es la misma idea de los relatos de ficción, pero desde la perspectiva de un físico que también lo busca en las partículas del presente, del pasado y del futuro; y no eran necesariamente los opuestos.

Siguiendo el hilo de esa idea, Inés se pregunta si su doble ya ha estado en la habitación contemplando ese rostro enflaquecido con la mirada perdida. ¡Ojalá no existiera el tiempo y en otro mundo de posibilidades, de cuerpos energéticos y sutiles, esos ojos vacíos la mirasen con la calidez de la amistad verdadera que se fraguó décadas atrás!

De todas las dimensiones posibles, Inés está en la más triste, contemplando con curiosidad un cuerpo consumido. Observa con pena el estado vegetativo en un momento desolador en el cual la respiración y los

latidos se acompañan. Decide acariciar ese rostro, tocar sus pómulos con las yemas de los dedos, recorrer su frente y su barbilla.

—Soy yo, Inés —se atreve a decir por fin—. Tenía ganas de verte, de volver a España, de estar otra vez por estas tierras.

A la mexicana le entra una profunda emoción contemplando la fragilidad de ese cuerpo a la deriva en el paisaje silencioso y hueco de la habitación del sanatorio. Lo siente como una nave espacial naufraga mucho más lejana que el profundo sueño de sus ansiolíticos.

Se acerca a darle un beso en la mejilla y, como en los cuentos de hadas, desea que sus labios rompan el hechizo. Y en el instante en que su boca y su nariz se acercan a la piel para fundirse en un beso fraternal, Inés comprende que aquel hombre es Agapito.

El olor invisible de su amigo la envuelve, ese sudor leve del cuerpo dormido que bajaba a desayunar sin ducharse, pero con hambre, aparece como imagen viva. Es el olor olvidado detrás del descuido perezoso que escondía con colonias y desodorantes lo que la está llamando desde su hermética celda.

Inés lo huele, se acerca a su cuello y aspira su inconfundible rastro desnudo. Siempre pensaba que si ella fuera su novia no le dejaría bajar al comedor sin antes ducharse y camuflarlo bien.

Es Agapito, es su olor, ese rastro potente de hormonas picantes. Un olor que aún después de acicalarse volvía a aparecer al final del día. Su olor, su aroma áspero al que tuvo que acostumbrarse porque lo acompañaba y era parte de su amigo. Un olor que no notó en Milwaukee y que ella pensó que no aparecía porque el cambio de dieta lo había neutralizado. No se dio cuenta de que Venancio olía diferente. Simplemente desprendía el olor artificial de la colonia y el desodorante. La frialdad de Venancio y su temperamento egoísta no tenían casi olor, no llamaban la atención, no dejaban rastro.

Lusoz es Venancio, y en esa cama está su amigo Agapito. No necesita más prueba que su fino olfato ordenando todas las piezas de una trama profundamente dolorosa. Inés se abraza con fuerza al cuerpo inmóvil de su amigo y se echa a llorar.

—Agapito, no sabes las ganas que tenía de verte.

Inés ha bajado temblorosa al aparcamiento, donde la esperan sus amigas, y trata de ordenar sus emociones. Las rodea un bosque inmenso de abetos y tiene la sensación de estar soñando.

—Saber la verdad te tiene que dar paz —le dice Rocío a Inés.

—¿Saber la verdad? ¿Saber que el malnacido de Luso es un impostor y que va de huevos? —replica en voz baja Inés.

La mexicana traga saliva y trata de contener la rabia, pero explota con frustración y alza la voz:

—¡Encima le he regalado el programa! Claudiqué, me rendí porque no entendía la razón por la que mi amigo me había traicionado... Pero no era él, era su hermano haciéndose pasar por uno de mis compañeros de vida, y yo estaba tan ilusionada de tenerlo en Milwaukee que no me di cuenta.

—Por eso tienes que superarlo, no puedes dejar que te afecte. Ahora que entiendes lo que realmente ocurrió, debes continuar con tu vida —responde Rocío.

—Tendré que seguir trabajando con el impostor. —Inés vuelve a bajar la voz.

—Sí, pero es peor para el impostor que para ti —añade Rocío con dulzura. Se quedan las tres en silencio durante un rato.

—Deberías decirle a la cara que lo sabes —prosigue Rocío con determinación y suma una reflexión—: Si Luso supiera que conoces la verdad, cada vez que os miraseis vería en tus ojos los de su hermano en estado vegetativo observándolo con desaprobación.

—¿Tú crees?

Rocío no está segura, nadie puede estar totalmente seguro de lo que piensan los demás, pero entiende que Inés necesita convicción, encontrar armonía en su interior para sobrellevar el disgusto, la rabia, el peso de la certeza y la impotencia de la impunidad con la que el farsante seguirá trabajando con ella en Milwaukee.

—Quiero creer que sí —acierta a decirle a Inés.

—Voy a intentar salir otra vez al mercado de trabajo, no puedo seguir en Milwaukee de ninguna manera. No sé cómo voy a poder demostrar la verdad. Lo mejor es irse.

María interviene decidida:

—No, Inés, tú aguanta en tu puesto, que se marche él. Que ese infame busque trabajo en otro lugar. ¡Con lo que te ha costado y todo lo que has hecho!

—No está capacitado para irse a ningún sitio, se aferrará a su puesto, donde encaja haciéndose pasar por Agapito. Seguirá usando el currículum de su hermano, interpretando su personaje. Venancio es informático y trabajaba en recursos humanos en una empresa. Se metió en la vida de su hermano,

pudo rastrear sus documentos más personales y su correspondencia, las claves de su computadora. Ahora entiendo las reticencias y la necesidad de usar todos mis temarios. ¡Cómo no fui capaz de intuir que algo fallaba! Pensé que era inseguridad con el inglés. Es un sinvergüenza que solo sabe adular e imitar el rastro literario y vital de Agapito.

Inés siente una profunda pena, el sabor de la triste verdad se mezcla con la sensación de derrota y agotamiento. Ver a Agapito enfermo en la habitación de la residencia, ausente y vulnerable, ha dado significado a su pesadilla, pero todo seguirá igual al otro lado del Atlántico:

—Cuando vuelva a Milwaukee estaré sola, no estarán ustedes a mi lado, no me sentiré apoyada. Tendré que ver a ese pinche impostor en las reuniones de departamento, cruzármelo por los pasillos.

—Tu tiempo es más importante que los ratos que puedas coincidir por trabajo con él, distánciate e ignóralo —dice María.

—¡Carajo! Venancio robó la identidad de su hermano y me ha hundido la vida. Luso es Venancio, ¡cómo no me di cuenta antes!

—Vale, ese tipejo se ha apropiado de la identidad de su hermano —interviene Rocío—, y lo ha hecho porque no le gustaba su vida y vio una oportunidad, pero a ti, Inés, te gusta tu vida. Tienes una vida real, eres libre, no vas a interpretar ningún papel, eres la auténtica Inés y esa es tu gran victoria.

—A Venancio lo debieran meter a la cárcel. —Inés trata de contener las ganas de llorar condensando la rabia en un deseo que la hace gritar—: ¡Ojalá se despierte Agapito y pueda desenmascararlo!

Rocío y María se miran en silencio, saben que su amiga mexicana desea un imposible.

Inés rompe por fin a sollozar y describe el momento que ha pasado con Agapito:

—Estaba flaco y con la mirada perdida. Mi verdadero amigo es el que reposa en esta residencia. Le hablé como si todavía estuviéramos planeando su viaje a Milwaukee. No me atreví a contarle la verdad, no puede moverse, no puede hacer nada. Dicen que su cerebro está ausente.

El rostro de Inés brilla con las lágrimas que lo recorren.

—Quise creer que no había pasado el tiempo, que estábamos en el verano de 2012 y que se despertará y vendrá conmigo a Estados Unidos. Quise dar marcha atrás al reloj, borrar los últimos siete años. ¿Qué otra cosa puedo hacer? Le he cogido la mano y he fingido que todo estaba bien.

María y Rocío le acarician el hombro con cariño y tratan de consolarla. También María desearía dar marcha atrás al reloj y que sus padres todavía estuvieran vivos. La sombra fría del atardecer se adueña del aparcamiento y las tres amigas se meten en el coche.

—Creo que en el centro de Cercedilla hay un par de sitios donde dan bien de comer, ¿y si nos tomamos algo? —comenta Rocío para romper con el silencio mientras arranca.

—No sé, yo no tengo mucha hambre —contesta Inés.

—Por mí, lo que queráis —interviene con tristeza María.

—Venga, sí, animaos —dice Rocío—, que este pueblo tiene mucho encanto y nos vendrá bien dar un paseo por sus calles y comer algo rico. Me marcho mañana y me apetece invitaros a las dos. Dejadme que os cuide. Además, cuando hace frío la comida caliente reconforta y lo que hemos comido de almuerzo en la excursión me ha sabido a poco.

Inés y María asienten con la cabeza y se dejan llevar; tal vez algo caliente las ayude a digerir ese pesar que las oprime. Cada una arrastra su pena, y Rocío las cobija con su buen humor, sus ojos gatunos y chispeantes y su inmensa sonrisa de dientes ordenados y blanquísimos.

Tiempo con Agapito

En el tren de cercanías a Cercedilla a Inés le da tiempo para pensar en Joaquín Amigo y ordenar las notas del día anterior. Se ha prometido visitar a Agapito por las mañanas y por la tarde seguir con el archivo del abuelo de María. Sale temprano rumbo a la sierra desde la estación de Nuevos Ministerios, que está cerca de la Residencia, y luego regresa a la estación de Atocha por la tarde, que la deja a una caminata de la calle Amor de Dios. En el tren come un bocadillo y algo de fruta, y al lado de la estación, en la Glorieta del Emperador Carlos V, compra un cucurucho de castañas calientes y se las va comiendo mientras sube por la calle Atocha.

Le queda una semana antes de regresar a Milwaukee y todo lo que haga persigue la reconfortante noción de vivir el momento, en un presente que está lleno de fantasmas, pero es su presente y tiene todo el sentido. El sendero de otras vidas construye un paisaje que le interesa. La historia de Joaquín y sus contemporáneos da significado a lo que hace e Inés se siente bien, tiene un propósito, le gusta escuchar el lejano pasado y volverlo presente vivo.

A la mexicana le duele ver a su amigo perdido en el infinito del cerebro. Que su mente ya no responda a ningún estímulo, que sea como una planta estática, como los árboles del bosque, pero sin el verdor que crece hacia el cielo. Su amigo y su peculiar olor le han devuelto la perspectiva, como si ella fuese la que hubiera estado en otra dimensión y ahora le tocara regresar, recuperar la confianza perdida, afrontar los peores miedos.

En la habitación de Agapito, Inés abre su pensamiento, expone las ideas que ha ido acumulando en su cuaderno de notas, donde cada día intenta dibujar un nuevo camino. ¿Por qué se ha emocionado con una carta de tres actores que le escriben a Joaquín para contarle sus peripecias haciendo representaciones por diferentes lugares?

Inés le acaricia la cara a Agapito y le coloca bien la cabeza sobre la almohada.

—Se sienten unos románticos a los que los demás tratan como si estuvieran locos. Le platican que están dando funciones benéficas para apoyar

a los soldados en África y a nadie parece importarle.

Inés había buscado información para contextualizar la frustración de los actores al descubrir que a sus paisanos no les afectaba que los jóvenes murieran en la guerra del Rif. Aprendía de la sangrienta historia de España leyendo cartas de mediados de agosto de 1921. Acababa de pasar el Desastre de Annual, que causó casi diez mil muertos entre las tropas españolas.

—No conocía mucho de este episodio —comenta Inés mientras masajea las manos de Agapito—, he pensado que a ti estas cosas siempre te interesan. Me acuerdo de cómo te gusta platicar sobre las voces que nadie escucha, sobre la otra versión de los hechos. Pues hay una carta bien dura, quejándose de lo poco que se preocuparon tus compatriotas por los infelices soldados. Siempre la misma chingadera, ¿cierto?, los tristes soldados al final no le interesan a nadie.

Alguna vez a Inés le habían tocado veteranos de guerra en sus cursos. La universidad tenía un programa de apoyo a los soldados que retornaban del frente. Volver a la universidad era una forma de ayudarles a recomponer las piezas de sus fracturas psicológicas. Aunque todavía eran jóvenes, no tenían el perfil del *millennial* que vive pegado a la pantalla de su dispositivo portátil.

Estaban en otra dimensión rodeados de fantasmas. Inés intentaba ser muy amable y paciente, no les bajaba la nota por no ir a clase, ni se molestaba con ellos porque llegaran tarde. Le daban lástima los soldados, verlos en el aula sin saber bien qué hacer, rodeados de compañeros obsesionados en coleccionar «me gusta» y subir fotografías y comentarios en sus cuentas de la aplicación de moda. «¿Para esto hemos luchado?» Inés se imaginaba cuáles serían las preguntas que rondarían sus cabezas. ¿De verdad que estaban dispuestos a morir por esos niñatos? ¿Cuántas preguntas se hace un veterano de guerra decepcionado?

Inés ha ido creando una carpeta con cada uno de los amigos de Joaquín. Va guardando las cartas en distintas fundas de plástico y anotando datos clave en las etiquetas. Se encariña con sus voces, con el tiempo idílico, con la juventud y la amistad que reflejan muchas de sus líneas. Por las noches intenta descifrar el triste camino que siguieron aquellos amigos que tantas ilusiones tenían y que tan bien se las detallaban a Joaquín. Son retratos de sueños que no se cumplieron. Muchos se fueron al exilio, a México por supuesto, pero alguno terminó, como ella, de profesor en Estados Unidos.

—Encontré una carta bien larga desde la cárcel —le explica Inés a su querido amigo, absorto en la profundidad de su frágil cerebro dañado—. Eran estudiantes muy comprometidos, de los que se activaron políticamente, y dos

de ellos pasaron unos días encerrados. El que escribe lo platica todo con mucho humor. Le cuenta sobre las rutinas del lugar, la necesidad que tienen de libros de Ortega, de novelas de Baroja o de Ayala o de los versos de Guillén.

Inés mira a Agapito y piensa en su orfandad, y evita contarle que el amigo estudiante de Joaquín también explica lo mucho que le preocupa su padre y que anda angustiado con la idea de que puedan represaliarlo. Y le pide que le ayude a hacerle entender a su padre que no es deshonoroso que su hijo esté en la cárcel. Se imagina el gesto pensativo de Joaquín, en abril de 1929, cuando su amigo le ruega que haga de intermediario. Sus palabras tienen un ingenuo tono exaltado:

la prisión puede ser título de nobleza, cuando en todo momento uno se porta como un hombre. Dile a mi padre que por eso estoy aquí.

Inés traga saliva y vuelve a hablar:

—Las anécdotas sobre los gatos del recinto carcelario son bien lindas, hasta les ponen nombres.

Hay gatos, siempre hay gatos en todos los lugares donde hay rendijas o huecos, edificios abiertos, ruinas o descampados. Incluso en los jardines de la Residencia habitan los gatos callejeros, a los que dan de comer algunas señoras de la zona. En las ciudades se adaptan y forman colonias, y lo observan todo desde los arbustos. Inés nota enseguida los ojos de los gatos, reconoce el intenso rastro de su olor cuando los machos marcan el territorio. Todo huele de una forma u otra, pero le gusta la elegancia leve de su figura y los escucha por la noche pelearse. Ahora, cuando los oiga maullar, pensará en los de la cárcel de la carta del estudiante amigo de Joaquín, transformados en el entretenimiento de unas líneas cariñosas.

Inés siente que quiere quedarse en el instante de las líneas apasionadas de un muchacho que tendría veintitantos años cuando las escribió pero que le hacen sentir la fuerza de la gravedad, la energía del ser:

Mantenemos un espíritu admirable y, puestos a prueba, no cederíamos un ápice de la firmeza con que hemos de sostener nuestras convicciones más nobles.

¿Cuáles son las convicciones más nobles que ella sostiene? Tal vez la amistad era su gran convicción, creer en los amigos. Por eso está sentada junto a Agapito y le acaricia las palmas de las manos con mucha delicadeza, y le escucha respirar con ternura. Como si en el hilito ronco de aire que sale de su boca entreabierta hubiera un ápice de esperanza.

Su tiempo con Agapito también significa volver a la poesía. Atreverse con versos nuevos, dejarse llevar por el impulso de su mano en el cuaderno. Inés ha vuelto a escribir versos mientras acompaña a su amigo y lo contempla estático en ese limbo de extrañeza, siente que su corazón la está llamando, que hay una energía que necesita expresarse y solo es capaz de hacerlo con el lenguaje de los versos. Dicen que los poetas son visionarios, que los escritores son una especie de médiums que se comunican con la esencia de todos los miedos. Inés escucha un eco interior que la ayuda a darse cuenta y entender lo que ha vivido, y comienza a escribir un poema:

*Cada ruptura,
cada separación,
cada despedida,
cada espacio de desamor enjaulado
duele.
Separaciones que son abismos,
desencuentros que son gestos de rupturas.
Fragmentos divididos
en pequeñas nostalgias de lo que no se dijo,
de aquello que ya es eco de pensamiento doloroso y sumergido...*

Tocar fondo

El lunes, al final de la tarde, Inés camina animosa hacia la «Resi». Ha encontrado entre las cartas una mención directa a la Sanjurjada, al fallido golpe de Estado de agosto de 1932 en Madrid, y tiene ganas de contarle todos los detalles a Agapito al día siguiente. El archivo de Amigo es una mina donde el tiempo de la historia se ha congelado. Va a tener que hacer muchas lecturas si quiere explicar bien todo lo que estaba aconteciendo en esa España. Inés habla sola mientras tuerce por la calle María de Molina y entra por la calle Pinar. A la altura de la calle Pedro de Valdivia, una voz le congela el alma:

—¿Profesora?

Inés se detiene en seco y lo ve. Lleva el pelo muy corto y carga un bebé de pocos meses dormido en un rebozo sobre su pecho.

—Mira, Tere, es mi profesora Inés, de Milwaukee. ¡Qué casualidad!

Una muchacha pelirroja se acerca a Inés y le sonríe.

—Hola, soy la mujer de Erasmo, encantada de conocerla. Hace unas semanas compramos su poesía reunida y la estoy disfrutando un montón.

—¿Cómo por aquí? —acierta a decir Inés tartamudeando.

—Me vine a vivir a España hace tres años. Y esta es Ada.

Erasmo le muestra el rostro de la bebé dormida.

—Tuvieron una hija, es muy linda.

—Sí, fue venirme a España y enamorarme. Qué gusto verla tan bien, profesora.

A Inés le tiemblan las piernas.

—Lástima que no tenga tiempo. Se me hace tarde y hay mucho trabajo.

—¿Va a estar más días en España? —Erasmo la mira con fijeza.

—No, ya enseguida me regreso a Milwaukee.

—Qué pena, porque nos habría encantado que viniera a cenar a nuestra casa —dice Tere sonriente—. Erasmo siempre habla maravillas sobre lo mucho que lo ayudó en Milwaukee.

—Gusto en conocerte, siento la prisa y otra vez será. —Inés se despide con la mano mientras se aleja dando grandes zancadas sin atreverse a mirar atrás.

Sube a la habitación mareada por la escena que acaba de vivir. No había vuelto a ver a Erasmo desde la lectura de fin de curso, al día siguiente del ataque. Lo había tratado de borrar todo de su mente, no pensar en él, como si no existiera. Si se le aparecían las imágenes de lo que le hizo las intentaba reprimir con fuerza. Estaban tachadas con tinta negra en lo más profundo de su cerebro. Se tapa la cara con las dos manos y se pone a llorar desconsolada.

«Ahora que sabes la verdad sobre Venancio, ¿qué habrías hecho? ¿Te hubieras atrevido a denunciarlo? Vete de mi programa, le dirías. ¿Habrías dejado que la queja de Erasmo prosperase en denuncia y salieran a la luz los escarceos nocturnos y los rumores sobre los enredos de las alumnas? Tu impulso protector, tu estúpida lealtad, tu ambición con el programa, tu deseo de que todo saliera bien, como tú querías, había estado por encima de toda lógica y había sido el origen de tu desgracia. El empeño, la insistencia, la convicción de que el programa tenía que funcionar por encima de cualquier principio hizo que sacrificaras las emociones de Erasmo, y participaste de forma pasiva en su humillación. A él también le dejaron de lado los compañeros, era el exnovio loco de Gladys, el centroamericano despechado, el pobre tipo al que todos veían beber y lo evitaban. El centro de las fiestas en las casas de los estudiantes era Luso, brindando con chupitos de whisky con gelatina.

»Te violaron, Inés, pero no eras una adolescente paseando por una calle solitaria tratando de llegar a casa. No eras una jovencita vulnerable de la que se aprovechan en un bar. No eras el perfil de las noticias que nos asustan. Tu violador era más frágil que tú, estaba más roto, y tú habías contribuido a romperlo. Por eso te callaste, porque el golpe que te dieron era un puñetazo de rabia contra el mundo. Te violaron la frustración y la rabia. Erasmo condensó la ira y te apuñaló, estaba borracho y colérico, podía haberse ahogado en el lago con la misma pulsión de impotencia, haberse tirado a las vías del tren, haberse colgado con una soga... Pero te violó. Que le hubieran llevado preso a ti no te habría hecho sentir mejor, por eso te tocó juzgarlo en ese abrazo desesperado en el que te pedía perdón y tú le rogabas que saliera de dentro de ti, horrorizada por el espanto de lo que había pasado. No le perdonaste, simplemente lo declaraste no culpable».

Inés madruga y se prepara para ir a ver a Agapito. Siente que ha tocado fondo. El encuentro con Erasmo la ha descolocado, la ha puesto frente a ella misma, la ha hecho tomar perspectiva, comprender y asustarse. ¿Y si Erasmo sigue siendo un monstruo? ¿Y si esa pulsión de rabia le vuelve? ¿Es responsable por no haberlo denunciado? ¿Por qué piensa eso ahora?

Parece que alguien le ha estado leyendo el pensamiento y quiere rendir cuentas. Cuando baja a la calle, Erasmo la espera en la bancada de piedra que forma la curva.

—Es hora de que hablemos —le dice serio—. Lo que pasó me mortifica. Le juro que no he dejado de pensar en usted un solo día.

—Lo de ayer no fue un encuentro casual, ¿verdad?

—No, la llevo siguiendo desde el día de su presentación. Vivo cerca y quería pedirle perdón y agradecerle que no me denunciara, que me diese una oportunidad. —A Erasmo se le quiebra la voz—. No he vuelto a tomar y he tratado de ser una persona honesta. No entiendo lo que me pasó, me pesa mucho lo que le hice.

—Erasmo, saber que eres consciente de lo que hiciste y que no tomas me tranquiliza. —Inés se siente entera.

En el fondo es un hombre destrozado, el monstruo que lo habitaba ya no está, ahora quedan la culpa y el terrible secreto que el muchacho cargará toda su vida. Tendrá miedo de contarle a Tere la verdad, ¿cómo le dices a tu mujer y a tu hija que en un ataque de ira, borracho, sodomizaste a tu profesora cuando trataba de ayudarte?

Erasmo la mira con los ojos llenos de lágrimas. Inés hace un esfuerzo para no ponerse a llorar con él. Le toca ser la mujer madura y fuerte que cierra el capítulo.

—Erasmo, el monstruo está muerto y enterrado en Milwaukee. Ahora tienes una familia y otra vida, y les deseo lo mejor.

—¿Me perdona?

—Pues no sé. —Inés suspira—. No sé si lo que me hiciste se pueda perdonar, pero de mi parte no hay rencor, de favor ve con tu familia. Ya no me sigas, tienes una familia, y no hagas que ellas carguen con tu culpa. Estoy tranquila, Tere y Ada son lo que ahora importa.

Inés contempla cómo Erasmo se aleja por la cuesta. Ella suspira como si el aire de todo el planeta se hubiera concentrado en su estómago. «Qué forma de empezar el día». Solo cuando se sienta en el tren logra tranquilizarse. Menos mal que va a ver a Agapito. Apoya la cabeza en el cristal de la ventanilla y se deja llevar por el traqueteo del tren recorriendo las vías.

—Ay, Inés, cuánto lo siento, falleció ayer por la noche —le dice la enfermera al verla por el pasillo en dirección al cuarto de su amigo.

—¿Cómo que falleció?

—Tuvo una parada cardiorrespiratoria y no logramos reanimarlo. No era la primera vez que le pasaba, pero en esta ocasión se nos fue. Estaba ya muy débil. Lo lamento mucho.

—¿Ya no está?

—Lo acaban de trasladar, estamos esperando a la funeraria y dando aviso a los familiares.

—¿Puedo verlo?

—Ven conmigo.

A la enfermera le da pena el rostro compungido de Inés y se la lleva al cuartito en el que tienen el cuerpo de su amigo. Está en una habitación de la planta baja que da a la zona de carga y descarga de la parte de atrás del edificio. Lo han puesto en una camilla metálica, tapado con una sábana, mientras esperan a los de la funeraria.

—Tienes cinco minutos —le dice con gesto amable la enfermera.

Inés levanta la sábana y le da un beso en la frente a su amigo. Sonríe con cariño, incluso muerto tiene el olorcillo inconfundible que ahora le parece a rebaño de ovejas y heno.

—Adiós, Agapito, siento mucho el calvario de estos años. Manda saludos a Joaquín Amigo si es que hay otra vida. Te voy a extrañar. —La mexicana se queda en silencio mirando los ojos cerrados de Agapito—. No te he contado que tu hermano no tuvo mejor idea que hacerse pasar por ti en Milwaukee. Nos engañó a todos, y a mí la primera, que estaba deseando que vinieras a trabajar conmigo al taller. Ha sido una pesadilla, no lo hizo nada bien. Sinceramente estoy furiosa con él. Han pasado siete años desde tu accidente y tengo que decirte que eres insustituible y que tu hermano no me agrada nada como persona, es manipulador y muy tóxico. Pero, bueno, imagino que tú le quieres y seguramente se lo perdonarás. Yo, la verdad, no. Tú eres el mejor, eras el bueno de los dos.

Quizá el doble energético que debemos de tener todos en alguna otra dimensión la está escuchando. Inés sabe que no habrá milagros y que su amigo no se levantará de la camilla, pero se queda tranquila contándole lo de Venancio:

—No te lo he dicho antes porque no quería disgustarte. Cuando los hermanos hacen estupideces suele avergonzar y doler. Por cierto, puede que te

encuentres con mi colega el profesor Thomas Carroll. Ha muerto hace poco y no creo que tenga nada bueno que decir de tu hermano. Bueno, quizá está tranquilo, no lo sé, Agapito, no tengo ni idea de los sentimientos que uno se lleva cuando se muere. A mí la muerte me asusta y trato de no pensar mucho en ella, y eso que he pasado una época horrible y había días que me la planteaba. —Los ojos de Inés están llenos de lágrimas—. Es una pena que solo haya tenido tiempo de acompañarte cuatro días, pero creo que estás en un lugar mejor. Era duro verte en esa cama tan solo. —Inés se arrepiente de haber dicho eso—. Quiero decir que tu cuerpo te tenía aprisionado, que ahora eres libre. Creo que estoy asumiendo que la muerte es como continuar viviendo, de forma invisible. Me gusta creer que cuando nos morimos seguimos al lado de las personas que queremos.

—Disculpa, ya vienen a recogerlo. —La enfermera interrumpe desde la puerta.

—Ahorita voy.

Inés vuelve a dar un beso a su amigo en la frente.

—Sea lo que sea, Agapito, yo te llevo en el corazón. Gracias por haber sido mi amigo.

Los dos hermanos

Inés pasa el trayecto de regreso a Madrid con la mente en blanco. Sale del sanatorio. La mañana todavía es fría, pero no lo nota. Alza la vista hacia los árboles del bosque y camina hacia la pequeña parada del microbús que hace el recorrido a la estación de Cercedilla. Una vez allí, coge el tren de regreso a la estación de Atocha. Hace el recorrido hipnotizada por la tristeza, como una sonámbula que se queda detenida en un punto indeterminado del sueño y a la que su cuerpo desplaza de forma automática.

Frente al puesto de castañas que da a la glorieta de la estación de Atocha empieza a recuperar el sentido de la realidad. La mujer que le entrega el cucurucho con la docena de castañas también le está dando algo de cambio. Se acuerda de Sabino y de su pasión por los romanos. León, su ciudad, había sido un campamento romano, el de la Legio VII.

—Tienes que venir a mi tierra. Podríamos ir a las Médulas, te van a encantar. Son las viejas minas de oro de los romanos, lo de buscar oro nos viene de lejos. —Y se reía—. Son preciosas, las montañas peladas están rodeadas de bosques de castaños. Las legiones romanas sobrevivían comiendo castañas. El secreto de la romanización fueron estos misteriosos frutos calóricos que plantaron ellos.

—Están sabrosas —decía ella mientras las pelaba intentando no quemarse.

Inés tiene el impulso de acercarse al Museo Reina Sofía y ver algunos cuadros, pero en la puerta se da cuenta de que es martes y está cerrado. Se queda frente al edificio tratando de pensar qué debe hacer. Creía que si veía el *Guernica* de Picasso o los cuadros de Dalí recuperaría el aliento para retornar al archivo de Joaquín Amigo algo más serena. Ir a casa de María significa tener que explicar lo que ha pasado. Contarle que Agapito ha muerto, que ya no despertará para desenmascarar a su hermano. Pero Inés sabe que eso era imposible. Que aunque Agapito hubiera recuperado la consciencia nunca le devolverían la identidad. Solo ella y Venancio, ahora jugando a ser Luso,

fingiéndose Agapito, tienen el convencimiento de la verdad, y ambos saben que lo que le ha hecho a su hermano quedará impune.

La noche del jueves, cuando volvió de Cercedilla con Rocío y María, por fin entendió lo que había pasado, y habló largo y tendido sobre el asunto con Sabino por la cámara del teléfono.

—Inés, un detective no va a poder demostrar nada —le dijo su amigo con gesto preocupado mientras intentaba tranquilizarla—. Lo que ha hecho Venancio es delictivo y siniestro. Pero también se puede entender, tenía una vida vacía y frustrante y dependía emocionalmente de Agapito.

—Ya, todo el mundo desea alguna vez empezar de nuevo. En eso no le culpo, pero ¿volverse mala persona? —Inés sentía la indignación del maltrato meticuloso y la manipulación del impostor.

—Su mundo eran los videojuegos. *Game Over. Start Again*. Te debió de ver como un competidor, como un personaje al que destruir para ganar la partida.

—Freud en estos tiempos hubiera tenido que escribir todo un volumen dedicado al impacto de los videojuegos en las mentes. —Inés se acordó de las notas de Amigo sobre sus lecturas de Freud y la interpretación de los sueños.

—Está claro que hay trabajos que te ponen a prueba todos los días y otros en los que te puedes refugiar en la fama. Ya lo dice el refrán: «Cría fama y échate a dormir» —respondió Sabino.

Inés puso un gesto extraño con las cejas y la nariz, y Sabino trató de explicarle su idea:

—Si yo tuviera un hermano gemelo, tal vez podría hacerse pasar por mí cuando enseño historia de la música, pero no podría dar conciertos de órgano. Soy inimitable, mi trabajo me obliga a expresar constantemente mi talento.

—Es cierto, Venancio no ha publicado nada nuevo estos años porque no podía imitar el talento de Agapito. Pero no lo ha necesitado, el sistema le ha permitido vivir de los réditos de lo que está ya publicado. Consiguió la plaza con los méritos y las publicaciones de Agapito. Poco antes de llegar a Milwaukee, Agapito acababa de mandar las galeras de su último libro. Salió al año siguiente de que el impostor de Venancio llegara a Milwaukee.

—Joder, es verdad, el azar le puso en bandeja la última novela de Agapito —resopló Sabino contrariado.

—Lo hizo todo con las publicaciones de Agapito, con la pinche pose de escritor, con mis temarios y una frialdad calculadora de gran jugador. Un cínico que se presentó frágil y preocupado por entender el sistema. ¡Y yo ciega! Todos le ayudamos a hacer el pinche papeleo. El muy mugroso se ha

escondido bajo la máscara del profesor entregado a sus alumnos y esforzado gestor metido en una maravillosa novela. Todos creen que está escribiendo la gran y extensa novela de campus americana desde la mirada de un español. Si supieran que es mentira, que todo ha sido ¡con los méritos de su hermano! — volvió a repetir Inés con rabia.

—Si Agapito hubiera sido cirujano, bailarín o piloto de avión otro gallo cantaría... —añadió Sabino.

—No te creas. Hay una película de Spielberg de un joven impostor que se hace pasar por piloto de avión y médico.

—Sí, me suena, con Di Caprio de protagonista, era una trama de ficción, ¿no?

—Está basada en la biografía de un estafador estadounidense que ahora es experto y asesor en fraude y estafa. Y hay otro caso muy conocido de un impostor que se hizo pasar por piloto en Sudáfrica y se pasó dos décadas volando aviones con pasajeros. Hay mucho impostor culero por el mundo.

—Bueno, pero tú te tienes que sentir mejor ahora que sabes la verdad. — Sabino trató de animarla.

—Eso dicen María y Rocío.

—Inés, pasa página.

—Sabino, el tipejo trabaja conmigo.

—Ya, y entiendo que eso es un problema. Y más cuando se ha dedicado a hacerte zancadillas, es un cabronazo y se ha hecho fuerte. Lo bueno es que tu psicología no es la misma que la del otro día, cuando me contaste los horrores de Milwaukee. La diferencia es mayúscula: de haber sido traicionada por uno de los amigos que más admirabas has pasado a ser engañada por el impostor que ha traicionado a su hermano. ¿No te das cuenta? Estás en otro lugar de la partida. Él ha estado jugando todo el rato. Ahora tú te has dado cuenta de su juego.

—No se va a marchar. Hará lo posible por seguir chingándome.

—Por eso te toca salirte del juego, rehacer tu vida sin perder todo lo que tienes. Ya no te puede afectar nada de lo que diga o haga. Tienes otros proyectos en el horizonte. ¿Qué más te dan los programas que se quieran inventar? El que tú creaste funciona, y lo hiciste tan bien que incluso un mequetrefe lo puede dirigir. Pura ficción.

—Yo me lo creí, pensé que era Agapito.

—¿Por qué no miras si tienes alguna opción de poder pasar una temporada en Alemania como profesora visitante?

—No es mala idea. Están las becas Fullbright y ya dentro de poco me toca el sabático.

—¿Ves? Tú tienes el futuro en tus manos.

El semáforo ilumina la figura, son dos muñequitos gemelos verdes que caminan y le dan permiso a Inés para que cruce la calle. La mexicana sube por la acera soleada de la calle Atocha hacia la calle Amor de Dios. Agapito ha muerto y está claro que Luso, el impostor, tendrá que volver para enterrar a su hermano. Cuando Inés llega a la altura del portal de casa de María, la ve en la puerta de La Biotika charlando con Rodrigo.

—¿Está todo bien? —pregunta María asustada, pues nota claramente algo desencajado en el rostro de su amiga mexicana.

—No, Agapito murió anoche.

—Ay, lo siento, Inés, lo siento mucho.

La mexicana y María se funden en un abrazo.

Desde el instante del abrazo con María el martes en la mañana hasta el jueves del entierro, todo es anticipación en la cabeza de Inés. Trata de calmarse y sigue revisando los papeles de Amigo. «Concéntrate, Inés —se repite una y otra vez—, es la vida de Amigo lo que da sentido a este momento». Descubre que Joaquín había intentado ingresar en la Residencia de Estudiantes a finales de 1922 y se le llenan los ojos de lágrimas. En una carta de su amigo Modesto Laza, el que sería años después un eminente farmacéutico y científico dedicado a la botánica, le cuenta a Joaquín que anda haciendo gestiones para que pueda ingresar. Le sugiere que el 1 o 2 de enero escriba a Alberto Jiménez Fraud solicitando una plaza y que le explique que va a estudiar un doctorado y preparar una oposición a cátedra. También le indica que cite a su tío Enrique Laza como posible referencia.

La carta del 4 de enero de 1923 que le manda Modesto a Joaquín no trae buenas noticias. Jiménez Fraud no le concede la plaza. Modesto lo lamenta enormemente y le explica que al parecer hubo mucha afluencia de solicitantes y que Joaquín ya ha terminado los estudios y están dando prioridad a los principiantes. Inés siente la misma desilusión que debió de sentir Joaquín, y anota en su libreta la cronología de ese intento fallido. La Residencia de Estudiantes, con su edificio principal, sus pabellones gemelos y su jardín de adelfas, perdió una gran oportunidad. La mexicana está segura de que Joaquín

Amigo hubiera sido un catalizador de muchos proyectos, de mucha energía vitalista y buena.

En la mañana del jueves, Inés se levanta muy nerviosa. Rodrigo se ha ofrecido a subirlas a María y ella hasta el cementerio de Cercedilla en su coche. Inés sabe que Luso ha volado hasta Madrid para hacerse cargo de los restos de su hermano y enterrarlos. Siente que tiene que aprovechar esta oportunidad para enfrentarse al impostor. Decirle lo que piensa para que Agapito pueda descansar en paz y salir ella misma del tablero de siete años de engaño. Siete años de profunda ingenuidad en la que ha estado ciega, viviendo una ficción tóxica, cargando con el peso de sus propios titubeos. Sintiendo en el fondo menos que los demás, como si ella, por tener talento, por haber sido capaz de abrirse camino limpiamente, no se mereciera los reconocimientos profesionales fruto de su esfuerzo. Qué malas son las inseguridades que ha tenido y qué extraño se hace ahora contemplar su vida con nitidez objetiva, más allá de sus emociones volcánicas, verlo claro, como si estuviera sujetando unos prismáticos y ajustara las dos lentes, y viese perfectamente todo el horizonte de los últimos siete años.

En la calle están María y Rodrigo esperándola. Han ido en coche hasta la puerta de la Residencia de Estudiantes y están fuera mirando con curiosidad los alrededores.

—¡Qué sitio tan bonito! —exclama Rodrigo mientras le da dos besos a Inés.

—¿Estás lista? —pregunta María sonriente y acariciándole el hombro.

—Sí, creo que sí.

Justo antes de entrar en el coche, le suena el móvil a Rodrigo.

—Esperad un minuto, que es Susana y tengo que cogerlo.

Las dos amigas se quedan junto al vehículo, mientras Rodrigo da zancadas a lo lejos y habla haciendo círculos. Es una mañana luminosa, aunque ya se nota el frío que dejan los amaneceres del avanzado otoño.

—Hoy es el día de Acción de Gracias en Estados Unidos. —Inés se ha acordado mientras desayunaba—. En los últimos años lo he pasado cenando con mis vecinos, son una pareja con muy buena onda. Me lo voy a perder, pero seguro que cuando vuelva el domingo Fiona, la mujer, me ha guardado algo. Me están cuidando la casa, regándome las plantas y recogiendo el correo.

Inés piensa que no se debe olvidar de comprarle un detalle bonito. Algún colgante de Sargadelos que ha visto en una tienda de artesanía. Esas cosas le

gustan a Fiona. Para su marido, un buen vino y turrón será suficiente. Pero quiere que ella tenga algo especial.

—Tenemos un problema técnico —dice Rodrigo chasqueando la lengua—, pero vamos con tiempo y todo se puede hacer sin problemas.

—¿Qué ha pasado? —pregunta María preocupada.

—Vamos de vuelta al barrio —responde Rodrigo mientras arranca el coche—. Se vendrán con nosotros Tristán y Martina. Se ha roto una tubería de gas en unas obras al lado del colegio y están pidiendo a los padres que puedan que recojan a los críos. Se los han llevado a una nave de aparcamiento cercana, menudo lío. Susana está con una feria de productos en Toledo, pero no os preocupéis, no tardamos nada. Luego yo os dejo en el cementerio y me daré una vuelta con los críos por el pueblo.

—Está bien, no te preocupes —dice Inés—, pero a los niños no les ha pasado nada, ¿cierto?

—Sí, sí, el colegio es pequeño y los han alejado de la movida, pero mejor estarán con nosotros que desperdigados por una nave. Es lo malo de Madrid, siempre en obras y siempre con líos de estos.

Rodrigo recoge a los niños y abre una de las puertas traseras para que se sienten junto a Inés.

—¡Hola! —saluda Martina sonriente mientras se acomoda en el asiento del centro y deja que su padre le ponga el cinturón de seguridad. La niña mira a Inés con curiosidad y le dice a la mexicana lo que piensa—: ¡Qué bien que podamos acompañarte a ver al malo!

—Martina, ¡por favor! —exclama su padre avergonzado.

—Ayer en la cena papá nos contó que hoy te llevaba al cementerio porque se había muerto tu amigo bueno, pero que también venía su hermano que era muy malo.

—Disculpa, Inés, ayer en la cena le comenté a Susana que subiríamos a Cercedilla.

—Yo quiero ver al malo —interviene Tristán mientras agita el muñeco que lleva en la mano.

—Vamos a estarnos quietos. —Rodrigo coloca a Tristán en su asiento—. ¿Y esto qué es? —le pregunta al niño mientras mira al muñeco del personaje de Han Solo que tiene en la mano—. ¿Dónde está tu Hombre Araña?

—Se lo he cambiado a Santos.

—¿Cómo que se lo has cambiado?

—Yo ahora tengo a Han Solo.

—Pues no te voy a comprar otro Hombre Araña, con la lata que me diste, que te quede claro.

María e Inés se miran y se aguantan la risa. La presencia de los pequeños tiene un efecto cómico que quiebra la solemnidad del momento.

Martina mira a Inés.

—Ha pasado igual que en *La máscara de hierro*.

—Más o menos —responde Inés con un gesto resignado.

—Qué aventuras, ¿verdad? —añade la niña.

Rodrigo deja a Inés y a María en la explanada de la entrada al cementerio de Cercedilla. Queda en volver a recogerlas en cuanto le manden un wasap y se va con sus hijos al centro del pueblo a dar un paseo. A Martina y a Tristán no les hace demasiada gracia perderse al malo. La idea de que haya un malo de verdad y que Inés se vaya a enfrentar a él les parece emocionante, pero el asunto no está para bromas y aceptan con resignación que su padre se los lleve y solo se pueda quedar María acompañando a la mexicana.

—¿Podrán con el malo? Tal vez necesiten nuestra ayuda.

—Ya te vale, Martina...

—Yo quiero ver al maloooooooo... —agrega Tristán.

—Basta los dos —dice Rodrigo mientras acelera y mira desde el espejo retrovisor como Inés y María entran en el cementerio.

El cementerio de Cercedilla está en la ladera de una montaña que se abre a un paisaje con mucho cielo que dibuja un perfil sostenido por colinas lejanas. En la parte principal, nada más entrar, hay hileras de tumbas ordenadas en pequeñas calles. Al fondo, bajando una cuesta y una escalinata, se encuentra la zona de nichos, contruidos en varios muros. Inés sabe que a Agapito lo están enterrando en uno de los nichos. Que LusoZ tratará de ser discreto y sigiloso en el paso definitivo de su metamorfosis.

—Yo creo que está allí abajo —dice Inés señalando hacia la parte final del cementerio.

—¿Te acompaño? —le pregunta María.

—No, gracias, mejor quédate acá. Vuelvo en un rato.

Tal y como Inés pensaba, a Agapito lo están metiendo en un nicho. Desde la parte de arriba tiene un plano en picado en el que puede ver a dos operarios subir el ataúd a una zona intermedia de la pared y deslizarlo en el hueco. Abajo ve a LusoZ, solo, contemplando ensimismado la operación. No hay viejos amigos, ni otros familiares, ni antiguos compañeros que lo acompañen

en esta despedida. No debe de ser tan fácil fingir delante de su hermano muerto.

Inés espera a que los operarios se alejen y decide bajar las escaleras para acercarse a Luso, que se ha quedado abstraído frente al nicho recién sellado de su hermano.

—Has enterrado a Agapito.

—Inés, ¿qué haces aquí? —acierta a decir Luso, desconcertado de tenerla allí.

—La enfermedad de tu hermano te dio la oportunidad de comenzar otra vida.

—Inés, ¿de qué estás hablando?

—Tu hermano Agapito esperó a que alguien lo reconociera para poder irse tranquilo.

—Inés, mi hermano Venancio —Luso pronuncia con claridad y forma incisiva el nombre de Venancio— estaba en coma profundo, no esperaba a nadie, no digas estupideces.

—Te equivocas, yo estuve con Agapito en sus últimos días, lo reconocí, le devolví su identidad, la memoria de quién era realmente.

—Inés, estás loca.

—Agapito jamás me hubiera llamado loca, ni intentaría mostrar aires de suficiencia para esconder complejos. Era lo que tú no eres. Tenía más imaginación y talento. Son genéticamente iguales, pero se ha llevado a la tumba su gran virtud, la lealtad. Era una buena persona digna de sus amigos.

—No tengo por qué perder el tiempo contigo. —El gesto del labio de Luso se ladea mostrando desagrado e incomodidad.

—Eres un impostor y lo sabes. Te quedaste con la identidad de tu hermano y con mi programa. Nada de lo que tienes te pertenece. Tú y yo nunca hemos sido amigos, por eso te resultó tan fácil usarme y hacerme daño.

Luso miraba a Inés con perplejidad midiendo el impacto de sus palabras. Nadie creerá a esta mujer. No puede probar nada de lo que está diciendo, pero no se atreve a rebatirla en voz alta, no quiere llamar la atención en el cementerio. Tiene la sensación de que alguien los escucha, de que los muertos han dejado de murmurar, de que la descomposición de la carne en los ataúdes se ha detenido y espera su respuesta.

¿Quién es realmente ese hombre que mira con fijeza a Inés? La mexicana le ha quitado la máscara invisible, pero su gesto tenso fabrica otra máscara sobre su rostro. Que ella le haya descubierto es insignificante. Solo tiene que seguir siendo el personaje que ha inventado e ignorarla. Inés ya no cuenta en

la universidad, es cuestión de tiempo que se marche de Milwaukee; todos están de su lado y admiran el espejismo de lo que proyecta, y a ella simplemente la ven como a una poeta menopáusica y desequilibrada. Ella ha perdido la guerra y este incómodo episodio es solamente un pequeño contratiempo dentro de un capítulo que ya está cerrado.

Inés le sostiene la mirada a Luso y por fin comprende que saber rendirse es una forma de ganar. Descubrir la verdad, descifrar el misterio de la traición y entender que no fue su amigo Agapito le ha devuelto la calma, la serenidad que necesita para los nuevos comienzos. Piensa en lo que le han dicho sus amigas, que ella no tiene que robarle la vida a nadie, que su vida es auténtica y genuinamente suya. Imagina que Agapito estará contemplando con lástima la deslealtad cobarde de su hermano, porque tal vez en la muerte se condensan todas las verdades, y morir y desaparecer conlleva despedirse de los que se quedan. Ella también siente algo de compasión, pues los que traicionan, los que vampirizan las vidas ajenas, son seres miserables y profundamente infelices.

Inés piensa en todas esas vidas que nunca conocerá. Cree ver la silueta de los muertos observándolo todo. El universo paralelo de las vidas ya vividas que reposan a su alrededor. Agapito ya no estará tan solo como cuando malvivía inerte en el sanatorio en el que ha pasado los últimos años. Por entre las grietas de una de las lápidas brota un hierbajo de hojas dentadas. El deterioro de la piedra da una oportunidad a las semillas, con un poco de lluvia germina la vida en ese paisaje de existencias acabadas. Inés hace un leve gesto de despedida con la cara, levanta la mirada.

—Algún día tendrás que demostrar que sabes algo de lo mucho que sabía Agapito, impostor —dice Inés antes de alejarse.

Luso baja los ojos y se queda frente a la lápida del nicho de su hermano. Tal vez los recuerdos de la niñez compartida le hacen percibir un extraño alivio. Quizá lo que han vivido de niños su hermano y él no necesita reinventarse. Mientras se aleja, Inés quiere creer que Venancio se siente culpable por haber deseado la muerte de su gemelo, por haber querido ser él tantas veces, por ¿lograrlo?

Epílogo

La flor de la canela

A Inés todavía le quedan tres noches antes de regresar a Milwaukee. Sube las escaleras y sale de la zona de los nichos. Busca a María con la mirada en el camino principal que va hacia la entrada del cementerio. Su amiga no está allí. Inés recorre con la vista el camposanto y la ve junto a una lápida, en una de las callecitas perpendiculares a la vía central. Aún nota los latidos nerviosos en su garganta seca tras su encuentro con el hermano de Agapito. Camina deprisa hasta llegar a su lado. Observa con sorpresa que su amiga está frente a la tumba de Luis Rosales, el poeta amigo de su abuelo con el que tantas horas ha pasado Inés en el archivo las últimas semanas.

En la parte frontal de la tumba hay grabados cuatro versos dedicados a su esposa, que también se llamaba María:

*Muchas cosas he perdido
pero aún queda el vivir
y este asombro de que vengas,
si te llamo, junto a mí.*

—A nosotras nos queda el vivir —se atreve a decir Inés.

—Sí, ya no están. Al menos su familia puede visitarlo.

—Pienso que quiso mucho a tu abuelo, que realmente apreció a sus amigos, aunque con tu abuela no supo portarse bien.

—Lo sé, y estoy segura de que mi abuela lo ha perdonado. Ella perdonó a todos, se pasó la vida perdonando.

«Qué gran talento tienen las personas que saben perdonar», piensa Inés en silencio mientras camina con María y buscan el coche de Rodrigo en el aparcamiento. Se han quedado calladas mientras lo esperan, no necesitan palabras para entenderse.

La sonrisa de Rodrigo al volante y los niños en el asiento trasero las devuelven a otra realidad.

—Venga, subid —dice Rodrigo desde la ventanilla—, nosotros hemos hecho una excursión por el pueblo y hemos visto muchas cosas. Aquí vivieron esquiadores famosos y es un lugar precioso.

—Papá me ha comprado a Chewbacca. —Tristán les muestra ufano la figurita del personaje peludo socio de Han Solo.

—Hemos ido a una librería y a una tienda de cómics que hay justo enfrente —explica Rodrigo.

—Sí, primero papá me ha comprado a mí un libro de poemas. —Martina les enseña el ejemplar con una bonita portada donde sale dibujado un tigre mirando a un elefante que hace equilibrios con un mono y un gato encima de la cabeza—. Luego hemos ido a la otra tienda, donde vendían personajes de *La guerra de las galaxias*. Yo le he dicho a Tristán que se tenía que haber llevado a la princesa Leia, que es la que sale con Han Solo.

—¡No! —grita su hermano—. Chewbacca es su mejor amigo.

—¿Vais a discutir otra vez? A ti te he comprado el libro, deja a tu hermano en paz con su elección.

—Ya, pero yo prefería a la princesa Leia —responde la niña con retintín.

—Estupendo, pero el que va a jugar con las figuritas es tu hermano. Hija, todo lo discutes.

Rodrigo enciende la radio de forma automática para desviar el tema y que los niños dejen de monopolizar la atención. Está sonando la canción *La flor de la canela*, de la cantautora y folclorista peruana Chabuca Granda, interpretada por María Dolores Pradera.

—¿Lo cambio? —pregunta Rodrigo.

—No, no, déjalo, a mi madre le encantaba María Dolores Pradera —dice María.

Ahora que aún perdura el recuerdo.

Ahora que aún se mece en un sueño...

María contiene la emoción mientras la escucha y se acuerda de su madre con la guitarra, cantándola en el salón de la casa de la Guindalera que acaban de vender. Intenta disimular las ganas de echarse a llorar apoyando su cara en la ventanilla. El recuerdo es tan nítido que le parece mentira no estar allí con sus hermanos y su padre, contemplando a su madre mientras canta.

Jazmines en el pelo y rosas en la cara

airosa caminaba la flor de la canela...

Martina se acerca a Inés y le dice en voz baja al oído:

—Le hemos prometido a papá que no te vamos a preguntar nada sobre el malo. Pero le has ganado, ¿verdad?

—No es tan sencillo —le contesta Inés con un susurro.

—¿Ha ganado el malo? —pregunta la niña en voz bajita.

—Creo que hemos quedado en tablas —sigue murmurando Inés como si compartieran un secreto.

—¿Empatados? —pregunta Martina.

—Qué remedio... —dice Inés con gesto resignado.

—Pues vale —le responde la niña mientras se encoge de hombros y abre el libro—. Mi papá me ha dicho que tú también escribes poemas.

Inés sonríe a Martina con un guiño amistoso:

—Es cierto, a veces escribo versos.

La niña se distrae con los dibujos y los poemas mientras Inés suspira y se acomoda en el asiento, y observa como el coche se desliza por el hermoso paisaje de la carretera de la sierra de Madrid. Su teléfono vibra y le avisa de que le entra un wasap. Inés lo mira. Es Sabino que le ha escrito un mensaje:

Malinche, aterrizo esta noche en Madrid para darte apoyo. He reservado una habitación en el hotel Lope de Vega, cerca de tu archivo. Nos merecemos una cama grande para dormir abrazados hasta el domingo.

Inés se sobresalta y responde emocionada:

Grandes ganas de apapacharte,
gracias, mi cuate.

Todo el cuerpo de Inés florece anticipando el reencuentro con Sabino. Es su amigo y viene junto a ella, y ni siquiera ha tenido que llamarlo. Tal vez ha perdido muchas cosas en estos años de traumas y oscuros pensamientos obsesivos, pero le han regresado con fuerza las ganas de gozar. Los acordes de la canción siguen sonando acompasados por la guitarra. La mexicana tararea la letra, se siente luminosa, en paz y liberada:

recogía la risa de la brisa del río,
y al viento la lanzaba del puente a la alameda...

Inés se mece en la sensación del instante, en las ruedas rozando el pavimento, en el espacio de las respiraciones que vibran a su lado, aliento, suspiros, bocanadas, soplos...

Escucha infinitas voces en un mismo palpito. Conversan desde el pasado de la historia, desde la intimidad secreta de cartas, poemas y confidencias; están con ella en este presente de risas y juegos infantiles; la acompañan con reflexiones silenciosas; la animan a seguir creyendo en el futuro. Todas suman, son la misma energía humana. Son las respuestas que nos redimen, nos reconcilian y nos salvan.

Agradecimientos

El camino de los libros es siempre misterioso. Esta novela nació en la primavera de 2019 en Zúrich, cuando estaba allí de profesora visitante gracias a la invitación de la poeta y amiga Itzíar López Guil. Luego, se fue dilucidando en San José, en Almería, aquel agosto. El libro continuó creciendo entre Iowa City y Madrid.

El 25 de junio de 2020, María Bastos me enseñó por primera vez los documentos de su abuelo Joaquín y tuvo la generosidad de permitirme visitar su casa y estudiar los papeles para que pudiera incluir parte de la historia real de su abuelo y de su abuela en esta novela de ficción. A ella y a sus hermanos Santiago, José Antonio, Joaquín y Eduardo, los nietos de Joaquín Amigo y Rosario de la Quintana, les agradezco el cariño con el que han acogido mi proyecto. A María también le agradezco que, junto con mi amiga Rocío Camus, se prestaran a ser los personajes «semificticios» o «semirreales» que acompañan al personaje de Inés y unen desde el espacio del archivo el hilo fino de la realidad narrada con la ficción inventada.

La voz de la protagonista, con ese acento poblano, se modeló bajo la atenta mirada del escritor mexicano Fritz Glockner y su esposa Cecilia Márquez, viejos amigos de muchas aventuras, a los que agradezco inmensamente las horas que me han dedicado.

A mis padres y a Manuel, que son, junto con mi agente Txell, los primeros que me leen, y lo hacen con la sinceridad que se necesita. A toda mi familia, en especial a mi hermana María y a mi prima Ana Viñuela. Un agradecimiento profundo también a mi cuñado Paco y a la memoria de su padre Francisco, porque ambos me ayudaron muchísimo con las partes más complejas de la historia de España.

A Pilar Marcé por las largas conversaciones, las caminatas y las tardes de cine mientras terminaba la novela.

A Marta Monterroso, que, como el personaje de Inés, ha buscado su camino cargando el peso de los días difíciles.

A las amigas estupendas que tengo en Iowa City y en Madrid: Deanna, Kineret, Anna, Ulpi, Julia, Cris, Karla, Ana, Eva, Alexa, Joana, Katty, Raquel, Bea, Lara...

A la ayuda de International Programs de la Universidad de Iowa para investigar parte de los materiales del archivo de *Amigo* durante el verano de 2021.

A los estudiantes del MFA que buscan en las llanuras de Iowa un sendero literario.

A Luis Rosales hijo le agradezco los permisos para citar los poemas de su padre. A Paloma Altolaquirre Méndez le agradezco la autorización para citar el poema de su madre.

A Beatriz, Elizabeth, Rosa, José, Isabel, Lourdes, James, Peter... y tantos y buenos amigos que germinaron en la lejana Nueva Inglaterra.

A mis editoras Anna y Martina, que creen en mis novelas, y al equipo de Destino, que me ayuda a niquelar cada frase.

A la memoria de la poeta Lupe Grande, hija de los poetas Félix y Paca, que se nos fue en enero de 2021.

Al amor que nos habita y hace posible que exista la literatura y la amistad.



ANA MERINO (Madrid 1971) es catedrática y fundadora del MFA de Escritura Creativa en Español de la Universidad de Iowa. Ha publicado nueve poemarios, entre los que destaca *Preparativos para un viaje*, galardonado con el Premio Adonáis de Poesía en 1994, y es autora de obras de teatro estrenadas en Zúrich y Iowa. Experta en estudios culturales, es pionera, con sus ensayos, en el desarrollo de la formación académica del cómic. Ha sido columnista para *El País*, miembro del Comité Ejecutivo del International Comic Arts Forum (ICAF), del Directivo del Center for Cartoon Studies (CCS) y del Iowa City UNESCO City of Literature. En la actualidad es miembro de la Junta Directiva del Teatro Riverside de Iowa. Fue galardonada con el Premio Nadal 2020 por su primera novela, *El mapa de los afectos*. *Amigo* es su segunda novela de ficción.

Ana Merino Amigo

